

MALENA DE CINCO MUNDOS

Ana Teresa Torres

A Isabel Carvallo, mi hija

I LOS SEÑORES DEL DESTINO

El Primer Señor alisó los pliegues de su túnica azul y comenzó a hablar:

– Baja el volumen de la música, así no podemos entendernos.

El Segundo Señor obedeció la orden y se escuchó un eco lejano y metálico.

– Yo no sé quién la pone tan alta –se quejó el Tercer Señor.

– Debe ser el vigilante del Archivo de Destinos –opinó el Cuarto Señor.

– Así está mejor –respiró el Quinto Señor–, esta musiquita de las esferas celestes me da por las bolas.

– Bien, empecemos –habló de nuevo el Primer Señor–. ¿Está muy llena la agenda para hoy?

– Llenísima. Así como vamos no podemos seguir. Se necesitan más computadoras, más personal, o modernizamos la oficina o esto se va a poner imposible. ¡Cómo quieren que procesemos tantos destinos sin los equipos al día! –se lamentó el Cuarto Señor.

– Y que ahora la gente se ha puesto muy exigente. Antes cada cual con su destino que le tocaba y sin protestar. Ahora no, ahora todos quieren ser felices –comentó el Segundo Señor.

– Como si fuera tan fácil –suspiró el Tercer Señor–. La felicidad de unos es la desgracia de otros.

– Bueno, bueno. Menos conversación y vamos al asunto. Empieza a leer la agenda –ordenó el Primer Señor.

–¿Salto guerras, persecuciones étnicas, catástrofes naturales y afines? –consultó el Segundo Señor.

– Sí, sí, salta todo lo que no tiene remedio –le contestó el Quinto Señor –, vamos con los casos individuales pendientes.

– Aquí hay uno de finales del siglo XX. El caso de una mujer que se llamó Malena – observó el Segundo Señor.

– ¿Años?

– 1957 a 1992.

– ¿País?

– Venezuela.

– ¿Venezuela? –exclamaron sorprendidos y al unísono los otros cuatro Señores.

– Busca el mapa de la esfera terrestre –pidió el Quinto Señor–. No tengo la menor idea de dónde está eso.

– Bueno, es igual. Que alguien lea el reclamo –urgió el Primer Señor.

– El caso es que esta mujer –leyó el Segundo Señor– reclama que no le ha gustado ninguna de las vidas que le han tocado y que no cumplimos lo prometido.

– ¿Qué era lo prometido? –quiso saber el Tercer Señor.

– Lo prometido era una vida de mujer moderna. Así parece que le dijimos –continuó leyendo el Segundo Señor–, y considera que no ha sido moderna la vida que le dimos.

– Yo de las mujeres estoy hasta la coronilla –gruñó el Quinto Señor.

– Revisa si está inscrita en algún movimiento feminista. No quiero problemas con esa gente –advirtió el Cuarto Señor.

– No dice nada.

– A ver si ha hecho algo de particular. Con las mujeres destacadas tampoco es bueno tener problemas. Enseguida te dicen que las descalificas por sexismo –intervino de nuevo el Quinto Señor.

– Es una mujer normal y corriente. Clase media, divorciada, un hijo. Trabajaba en una empresa de seguros.

– Pues no sé de qué se queja. Le ha podido tocar peor –volvió a refunfuñar el Quinto Señor.

– Yo creo –afirmó el Tercer Señor –que es necesario reconsiderar el caso. No se puede ser tan prejuiciado. Si hay un reclamo hay que saber por qué es el reclamo. Los Señores del Destino tenemos una responsabilidad.

– Tiene razón el compañero. Abierto el caso –decidió el Primer Señor.

La música de las esferas celestes resonaba al fondo. Los Señores del Destino, envueltos en sus túnicas de colores fríos, activaron las computadoras y recuperaron el archivo de Malena 1992.

–Es bastante largo –dijo el Segundo Señor después de revisar el documento–. ¿Lo leo todo?

– Sólo el último año.

En 1992, en Caracas, había amanecido un sábado neblinoso y húmedo. Los asistentes al foro psicoanalítico sobre *La Ciudad de las Mujeres* salían de la cinemateca y llenaban los jardines interiores del edificio. Llovía y Malena tuvo un breve estremecimiento de

abandono cuando cruzó la calle y se dirigió al estacionamiento. Encendió el motor y cuidadosamente puso en marcha el automóvil. Las calles estaban mojadas y Malena siempre descuidaba el arreglo de los frenos.

Abrió la puerta del apartamento y entró en su habitación. Sobre la cama se desparramaba la ropa, algunos libros, cremas hidratantes, un secador de pelo. Así que me voy, pensó, así que me voy, repitió en voz alta, percibiendo el desagradable sonido de la voz en soledad. Continuó llenando la maleta, dudando entre las piezas de ropa, desechando algunas, probándose frente al espejo otras. Me queda muy mal este pantalón, muy ancho. El color de esta blusa me mata. Revisó la ropa interior, hizo espacio para las pantaletas, metió todas las que tenía, para no estar lavando, forzó un poco una esquina para que cupiera un cinturón, finalmente guardó los trajes de baño. Se detuvo entre los dos piezas y los de una. Se probó el dos piezas y un rollito de grasa en la cintura la convenció de dejarlo fuera. Al regreso me meto en aeróbics, pensó, pero lo había pensado muchas veces y no lo había hecho. ¿A qué hora son los aeróbics? Por la mañana temprano, ¿cuando llevaba a su hijo al colegio?, a mediodía, ¿cuando tenía un almuerzo de trabajo?, o por la noche, ¿cuando estaba agotada? Los aeróbics no tenían lugar en su vida.

Seguía lloviendo a través de la ventana, el tráfico abajo se enlentecía. La ciudad cuando llovía le parecía desolada, llovía despacio, estaba oscuro, un sábado vacío, sobre la acera las bolsas de basuras se mojaban y se les salía el contenido, decadencia urbana. *Urban decay*, era una frase que recordaba de una película de David Lynch.

Continuó metiendo la ropa en la maleta y comprobó con alegría que su conjunto de playa preferido seguía quedándole espectacular. Sin embargo, un fragmento de cansancio

se coló entre los pliegues de la blusa que doblaba en ese momento. Un fragmento que formaba parte de la misma decadencia urbana que dejaba entrar el olor de la basura en una ráfaga de viento. Unas filas más adelante de ella, en la cinemateca, había visto a Alfredo Rivero. Tuvo el estremecimiento habitual al encontrarlo, por lo que trató de evitar el saludo a la salida, pero inexorablemente se había hecho presente.

–¡Hola! Cuánto tiempo sin vernos, estás perdida.

–¡Hola! ¿Qué es de tu vida?

–Lo mismo, ¿y tú, estás empatada?

–Más o menos.

–¿Cómo es eso?, ¿por qué no me cuentas?

–No tengo tiempo, me voy esta noche de viaje.

–Oye, chica, pero vamos a vernos. Tú sabes que siempre eres para mí muy especial.

Malena se sintió como unos langostinos al curry, pero contestó amablemente:

– Bueno, al regreso te llamo.

– ¿Seguro?

– Sí, sí, seguro te llamo.

Uno debería ir olvidando a medida que vive, ir olvidando todo el pasado, y también que ya ha pasado, incluso olvidar el futuro. No tener esa conciencia historicista de uno mismo que jode tanto. Cada vez que recordaba los episodios culminantes de su vida le parecía que eran como los huecos de las calles: casualidades interpuestas para meter la pata. Su psicóloga posdivorcio le había dicho que se llamaban procesos. “Estás viviendo un proceso.” Esa frase quería borrarla, no decirla más nunca ni oírse la decir a nadie más nunca. ¿Quién puso de moda esa frase?

– ¿Quién es Alfredo Rivero? –levantó la cabeza de la pantalla el Segundo Señor.

– Te has saltado un pedazo. No se entiende nada –dijo el Primer Señor.

– Ahora archivan muy mal los documentos –murmuró el Cuarto Señor.

– Alfredo Rivero todavía está en la esfera terrestre –observó el Segundo Señor–. No aparece el documento de su última vida.

– ¿Quién cruzó esos destinos? –preguntó el Tercer Señor.

– No nos acordamos –contestaron a la vez los otros cuatro Señores.

– Creo que fui yo mismo –dijo después de un rato el Tercer Señor –. Sí, ahora me acuerdo. Se encontraron en un cine y yo hice que Alfredo Rivero le regalara un libro de poemas.

– Las mujeres que tienen debilidad por los hombres que les regalan libros de poesía son las que más reclaman –aseveró el Quinto Señor.

–Sigue leyendo, a ver si encontramos dónde está el rollo

–ordenó el Primer Señor.

Obedientemente el Segundo Señor volvió al monitor.

II EN UNA ISLA DEL CARIBE

Abrió de nuevo la maleta. Se le había olvidado meter la bolsa de playa. Se iba una semana a la isla de Margarita, en un nuevo proceso de su vida. El nuevo proceso era muy puntual y Malena temía no estar lista cuando viniera a buscarla, pero al meter la bolsa de playa había recordado que no tenía en la cartera el frasco de analgésicos importados que le traía siempre su amiga Sonia de Nueva York. En este preciso momento no recordaba exactamente en qué cartera se encontraba el frasco. No quisiera ir a Margarita, quisiera ir a Grecia, pensó. O mejor dicho, volver. Había estado una vez, con Alfredo Rivero, hacía ya mucho tiempo, y le quedaba un recuerdo pequeño y deslucido. Un hotelucho de empleados desatentos, una habitación sumamente calurosa porque el aire acondicionado no funcionaba, unas calles sucias, una enorme desilusión al ver el Partenón lleno de turistas saltando por encima de las piedras, las pocas piedras, porque la mayoría estaban en Londres, multitudes sacándose fotos entre las columnas de los templos cuyos nombres no recordaba, esculturas sostenidas por clavos, medio mancas o medio cojas, un restaurante donde las gringas bailaban *sirtaki* con chulitos de ocasión, unos barcos malolientes que cruzaban las islas atestados de campesinos, de mujeres con pañolones negros, niños, gallinas, bolsas de comida, ganas de vomitar. Malena tenía la habilidad de hacer descripciones destructivas, una habilidad innata. Su descripción de Venecia era muy famosa. La usaba siempre que en alguna reunión la gente empezara con el tópico de los viajes. Últimamente Malena había viajado poco. Su

más reciente intento había sido volver a Grecia con su amiga Alicia, pero después de varias horas de elaborar presupuestos, habían llegado a una previsible conclusión: era muy caro. Malena abandonó momentáneamente sus recuerdos para enfatizar la búsqueda del frasco de analgésicos, pero se vio interrumpida por el teléfono.

– Sí, mamá, me voy por fin. Todo listo, sí, todo listo, estoy esperando a que me pase a buscar. Si le da dolor de garganta llama al pediatra. NO trates de curarlo con jarabe de zábila. ¡Oíste! Llama al pediatra, te dejé el número en la cocina, está anotado.... sí, sí, arriba del teléfono. Muchos besos, mami, no me llames más, por favor. No sé si te podré llamar desde allá, si no te llamo es que todo está bien. Besos, mami, besos al nené.

Siempre suena el teléfono cuando estoy pensando algo importante. Cuando estuve en Grecia tuve la impresión sacrílega de que Grecia se parecía mucho a Venezuela. ¿Por qué? Razones impresionistas: aceras sucias, luz similar, colores parecidos, niños hambrientos, hombres en bares sin mujeres, descuido general, dificultades burocráticas. Totalmente superficial la comparación. Por eso quisiera volver, para encontrar la grandeza pasada, el siglo de Pericles, el Discóbolo, qué sé yo, la cuna de la cultura.

A Malena le parecía haber vivido alguna vez en Grecia, en tiempos de Pericles, pero no se lo había dicho a nadie. Una vez se lo insinuó a su mejor amiga, Alicia, y ella le dijo, “Male, tú estás loca”. Nadie se lo hubiera creído pero ella a veces tenía la clara impresión de que había estado en Atenas, mucho antes del viaje que hizo con Alfredo Rivero. Muchísimo antes. Prefería no comentarlo, era un placer muy personal.

Otra vez el teléfono, ahora sí debía ser el nuevo proceso. Pero no. Era Alicia.

– Male, ¿te vas por fin a la isla?

– No tengo tiempo para nada. Cero encargos, por favor.

– Male, anota veloz en un papelito, la n° 2 de Estée Lauder. ¿Lo anotaste? No se te vaya a olvidar, por fa, (Alicia siempre hablaba en apócope), es de vida o muerte. Te lo pago luego. ¿Te importa que no te lo pague ahora?

Malena anotó cuidadosamente, la n° 2 de Estée Lauder—. Y ¿qué más?

– Más nada, bueno, si te alcanza el dinero, si te alcanza, el *First* de Arpels.

– Definitivamente no me alcanza.

– Bueno, no importa, pero la n° 2, por fa, sí.

– *Chao*, Alicia, no tengo tiempo de seguir conversando.

Había escuchado el taxi en el que llegaba el nuevo proceso y bajó corriendo las escaleras porque vivía en un primer piso.

Martín la abrazó mientras Malena lograba sentarse en el taxi y acomodaba una maleta, un maletín de mano y un morral, regalo de su amiga Sonia. Un *backpack* de cuero, como los que usan las ejecutivas en Nueva York.

– ¿No olvidas nada? –preguntó Martín.

A Malena le molestaba mucho ese tipo de preguntas porque siempre olvidaba algo. Olvidar algo era parte de su rutina, pero, al fin y al cabo, era una ejecutiva de una empresa de seguros.

– ¿Nada como qué?

– No sé, algo importante, como la cédula de identidad o los anticonceptivos.

– La cédula la tengo aquí –señaló el morral–, y el anticonceptivo aquí –señaló la vagina–. Martín, tratemos de pasar una semana feliz. ¿Será posible?

El taxi se enfundó en la oscuridad y sólo se veían los reflejos de las luces de los automóviles. Había dejado de llover pero el tráfico seguía lento. Martín miró el reloj varias veces.

- No me gustan los vuelos especiales, generalmente tienen retraso.
- Nadie nos está esperando –dijo Malena y lo besó.

El vuelo especial, a pesar de serlo, salió a tiempo, y media hora después, Martín y Malena aterrizaron en la isla de Margarita. Habían escogido una fecha fuera de la alta temporada, después de descartar otros posibles itinerarios a varias islas del Caribe, a Estados Unidos o a Europa. A Martín no le gustaba viajar fuera del país, si era por pocos días, y desgraciadamente el momento en que su nuevo proceso se había iniciado coincidía con una ampliación de las empresas que dirigía, por lo que de ninguna manera la escapada podía alargarse más de una semana. Malena recordó un refrán de su madre: lo bueno, si breve, dos veces bueno.

A Malena le gustaba recordar a su madre cuando estaba lejos de ella. Lo que le horrorizaba era su presencia. Era la única hija y eso se paga. Después de una infancia consentida en la que había sido la alegría de la casa y la ternura de una familia que ya contaba con tres varones, su padre había muerto precozmente, inexplicablemente, y Malena había pasado a ser la hija de una viuda acostumbrada a que alguien siempre resolviera todo aquello que estaba en relación con el mundo exterior, es decir, todo lo

que sobrepasara los límites de su casa de trescientos veintitrés metros en una urbanización de decorosa clase media-media de los años 50.

Después de la muerte de su padre, sus hermanos habían pasado a cumplir todas aquellas funciones exteriores que anteriormente éste desempeñaba, y Malena observó que éstas se resumían en: pagar la hipoteca de la casa mensualmente, pagar el seguro del automóvil anualmente, cobrar el cheque del depósito a plazo fijo semestralmente, y discutir con el vecino un legendario problema de filtración de la pared medianera, de vez en cuando. De resto, todos los otros acontecimientos transcurrían dentro de los trescientos veintitrés metros interiores, en los cuales su padre sostenía la básica función de escuchar a su madre, y Malena añadió a la muerte de su padre, ser la radioescucha de su madre.

Descubrió, a la edad de dieciséis años, que su madre hablaba constantemente, y que si no lo había percibido antes, era porque su padre siempre estuvo allí, sentado en el salón-comedor, intentando hacer algo que nunca logró hacer en silencio. Descubrió también que si no quería pasar de clase media-media a media-baja, o quizá baja-alta, era necesario que se avispara, por lo que desistió de un vago proyecto de ser profesora de historia para estudiar administración comercial, lo que le permitió entrar a trabajar en la firma en donde su padre habría prestado servicios durante toda la vida, y donde ella había logrado, para sorpresa de sus hermanos que la consideraban una niña mimada, escalar posiciones con sorprendente rapidez.

Su madre había calculado que, al paso que llevaba, cuando tuviera aproximadamente cuarenta y cinco años, se trasladaría de clase media-media a media-alta, pero las circunstancias económicas del país no acompañaron estos pronósticos, y Malena se

sintió muy contenta de seguir siendo clase media-media, y de que entre los cuatro hermanos lograran que su madre permaneciera en el mismo escalón en que había vivido siempre. Su breve matrimonio había sido con un personaje también de clase media-media, con ligera inclinación a alta, y estaba muy satisfecha de que su vida no hubiera mudado de nivel, especialmente ahora cuando el discurso de su madre se centraba en leerle los precios que daban en la oficina de protección al consumidor y los precios reales que ella enfrentaba en el diario consumo. Malena tenía que escuchar esto semanalmente, pero no podía negarse porque su madre, para aliviarle las dificultades de ejecutiva divorciada con un hijo de cinco años, le hacía todas las compras y ésa era una de las cosas que a Malena le gustaba recordar de su mamá.

– ¿En qué piensas? –le preguntó Martín mientras esperaban la entrega de las maletas en el aeropuerto.

– Pensaba en mi mamá.

– ¿Tiene algún problema?

Martín era un hombre muy solidario, y ésa era una de las virtudes que Malena más apreciaba de su nuevo proceso.

– No, no, ninguno, la eché de menos.

Martín era hijo de italianos y entendía perfectamente la nostalgia de una madre a la que se había dejado de ver por lo menos veinticuatro horas.

– Podemos llamarla al llegar a la cabaña, tiene teléfono. Y fax –añadió orgulloso.

– No quiero llamarla, sólo la eché de menos por un instante –dijo Malena y, acto seguido, empezó a forcejear para sacar su maleta de la cinta rodante, en contra de una señora que pretendía ser la dueña.

A Martín, que era de clase alta-alta, proveniente de clase baja-baja, no le gustaban esas escenas de clase media-media, y se dirigió a la salida para buscar un taxi, pero no pudo evitar oír que la señora le gritaba a Malena, “no, hija, esta maleta es la mía”. A pesar de lo cual, Malena salió triunfante con su maleta, su maletín y su morral, para subir en el taxi que Martín había logrado tomar, ofreciendo el doble de la tarifa habitual. Malena pensó en confrontarlo por este acto de corrupción, pero vio el reloj, eran casi las doce de la noche, habían llegado dos vuelos especiales seguidos, y quedaban únicamente tres taxis disponibles.

Martín era un hombre con fe en el poder del dinero. Mientras un problema pudiera ser resuelto mediante una negociación, se sentía seguro de que el sol amanecería todos los días. Había derivado esta creencia de lo más inmediato de su experiencia. Cuando era niño su familia era muy pobre, sus padres trabajaban mucho y no lograban nada. Su padre era casi analfabeto, había nacido en Sicilia, y el único gusto que se dio fue ver en la televisión los partidos del fútbol italiano los domingos por la mañana. La madre de Martín también había nacido en Sicilia, era completamente analfabeta, y el único gusto que se dio fue, cuando Martín comenzó a ser rico, viajar a su pueblo y quedarse allí para siempre sin su marido. Por esta razón, Martín, que era hijo único, había tenido que ingresar a su padre en un asilo de ancianos. El asilo era un problema económico de fácil arreglo, la mirada perdida de su padre, cuando lo visitaba semanalmente, era un problema sin solución.

Una vez que el taxi los depositó frente al lujoso condominio donde Martín había alquilado la cabaña, Malena pensó que no era tan grave el no haber ido a Grecia. El conjunto de casas, alrededor de una inmensa piscina, y a pocos metros del mar, con

decoración de vivienda rústica encarecida y palmeras alrededor, parecía sacado de cualquier postal del paraíso; entre el follaje tropical le pareció divisar a Adán y Eva a punto de comerse la manzana. No era una mujer interesada en el dinero de los hombres, pero tampoco despreciaba el lujo y el bienestar y se sintió muy contenta. Pensó que Martín era un buen amante, al menos así se había comportado hasta ahora, y que aquella era una semana feliz, tan feliz como si hubiera ido a Grecia en busca de la cuna de la cultura y el erotismo. Malena era más culta que Martín y eso la incomodaba pero no demasiado. Su proceso con el culturoso Fredy la había curado para siempre.

Se dirigieron a lo que parecía la oficina en busca de la llave, Martín llevaba en la mano la autorización de la inmobiliaria. Estaba apagado, no se veía a nadie. Un vigilante armado se acercó y les preguntó en un tono a medias amable, a medias *Terminator*, qué deseaban.

– La llave –dijo Martín en su tono de director de empresas–, la llave de la cabaña 34 – y mostró su carta.

El vigilante volvió a su tono amable-vernáculo y contestó que la oficina sólo funcionaba en horas de oficina, es decir, de ocho a doce y de dos a cinco.

– Pero esto es insólito –rugió Martín en su tono de despedir a un empleado–, pregunté varias veces en la compañía por la llave y me aseguraron que la oficina tenía un servicio de veinticuatro horas.

El vigilante se amparó en su tono silencioso-vernáculo, a la hora de no saber quién tenía la culpa porque ya era la cuarta vez en un mes que sucedía lo mismo.

– Tiene que preguntar en la oficina –volvió a la carga.

– ¿Cómo quiere que pregunte en la oficina si esta cerrada?

- Por la mañana –musitó el vigilante.
- ¿Aquí no hay un conserje? –preguntó Malena.
- Sí hay pero no duerme aquí.
- ¿Y dónde vive? –escupió Malena–. Yo lo voy a despertar.

Martín era muy sensible a la idea de molestar a un conserje, porque ése era el oficio que su madre había desempeñado durante veintitrés años, y le molestó el tono arrogante de Malena.

- No creo que ésa sea la manera...
- La manera será entonces dormir en las sillas de la piscina.

Abrumado por el peso de la realidad, Martín le pasó un billete al vigilante.

- Hágame el favor y despierte al conserje para que nos entregue la llave.
- Yo no puedo moverme de aquí. Usted puede ir si quiere. Sale a la derecha del condominio y camina como un kilómetro. Allí se mete por un caminito a la izquierda y donde usted vea una bodega que dice Víveres La Famosa, pregunta por Fidel.

Dejaron las maletas junto al bar de la piscina y discutieron un largo rato acerca de si iban los dos o sólo Martín. Venció esta última proposición porque Martín consideró menor el riesgo del vigilante que el de una mujer caminando a altas horas de la noche por un descampado, y Malena se sentó a esperarlo al borde de la piscina.

Al quedarse sola reconoció un viejo aburrimiento. Tuvo la sensación de que Martín era un recuerdo de su infancia, cuando su mamá le decía, “cómeme las zanahorias que son buenas para la vista”. Es el encuentro con Alfredo Rivero, consideró. Alfredo Rivero nació para estropearme la vida. Pero al mismo tiempo pensó que la vida venía

siempre un poco estropeada. “La vida es una novela mal escrita”, había dicho Alfredo Rivero alguna vez.

– ¿El señor no ha regresado todavía? –irrumpió el vigilante en sus retrospectivas.

– No.

– No se quede mucho rato ahí porque hay bastante plaga.

Súbitamente Malena sintió que los mosquitos le devoraban los tobillos. Me gustaría que el que escribe mi vida eliminara este tipo de incidentes, deseó, pero en eso vio que había aparecido Martín. Venía con las llaves en el bolsillo y en su tono de me-voy-de-este-país.

– Hemos debido ir a Aruba. Este país es una mierda.

Malena no era una nacionalista pasional pero siempre que un hijo de emigrantes decía, “este país es una mierda”, le pegaba.

– En casi todas partes las oficinas tienen horario de oficina. La culpa es de la inmobiliaria.

– Sí, coño, pero es la falta de previsión, entiendes, ponen a este tarado de vigilante que no sabe nada.

– ¿Y en Santa Caterina las vainas funcionan de pinga?

Santa Caterina era el pueblo donde habían nacido los padres de Martín.

– En Santa Caterina hay el mejor hospital de Italia para problemas reumáticos.

– ¿Hoy en día?

– Hoy en día.

Malena comprendió lo absurdo de mantener esta discusión y le dijo a Martín que ya que tenían la llave de la cabaña, entraran, siempre que fuera la llave de la 34 y no otra, por supuesto.

– Me prometieron atención Vip. Vino blanco frío en la nevera, fax y sábanas importadas.

– El vino frío será cuando la nevera funcione. De momento no hay luz –constató Malena después de probar varias veces a encenderla

– Busca los interruptores, seguro están pasados.

Pero no era así. La luz la ponía el gerente de la oficina.

– Mañana –susurró el vigilante en su tono de yo-me-voy, cuando Martín salió en su búsqueda para espaturrarlo.

– No quiero vino de todas maneras –dijo Malena cuando Martín regresó– y para lo que tengo ganas no hace falta luz.

Buscaron a tientas la cama, que afortunadamente tenía las sábanas importadas puestas, y fueron felices por un buen rato.

Amaneció un día brillante, desde la cama podían ver hasta muy lejos el mar y se distinguía con nitidez el perfil de los islotes de Los Frailes. Malena descolgó el teléfono, y para su sorpresa, en pocos minutos se presentó un empleado de la oficina que conectó la electricidad y preguntó si deseaban desayunar en la cabaña o en la piscina. Optaron por lo primero, y después del desayuno, continuaron en la cama.

Malena se iba sintiendo cada vez más feliz y Martín desistió de perder la mañana en un inútil reclamo en la oficina por el asunto de la llave. Transcurrió el día jugando entre las sábanas importadas y bebiendo el vino blanco, que ahora sí se había enfriado en la nevera, y cuando el sol comenzó a bajar, Martín propuso dar una vuelta por el condominio.

Salieron agarrados de la mano y Malena recordó a su primer amor, Gustavo Graterol, compañero de colegio con quien se había agarrado de manos muchas tardes en el cine. No lo había vuelto a ver desde que terminaron el bachillerato y se lo imaginó barrigón, medio calvo, casado con una mujer horrible y llena de niños.

– ¿Cuál fue tu primer amor? –le preguntó a Martín.

– Tú.

A Malena le hizo gracia la respuesta porque Martín le había confesado en su primer encuentro, un coctél de la compañía, que él nunca se había enamorado. Se había casado con Julia porque le pareció que tenía edad de casarse, porque formaba parte de su imagen de empresario cada vez mejor relacionado, porque no le gustaba vivir solo. Malena no le había creído nada de eso. Algunos hombres pensaban que lo más atractivo para una mujer era ser el primer amor. Le había dado ternura su ingenuidad y había hecho como si lo creyera.

Le iba a decir algo cuando se escuchó una voz llamándolo.

– ¡Qué vaina! –dijo Martín –. Tengo que irlos a saludar.

Se acercaron al grupo. Eran tres parejas rodeadas de vodka, hielo y aguakina, que hablaban en voz muy alta y que corrieron hacia Martín para abrazarlo. El trató de

abreviar el encuentro lo más posible, inventando con velocidad que debía ir a recoger el automóvil que había alquilado, y presentó a Malena secamente.

– ¿Te pareció que no estaba a la altura de tus amigos? –dijo ella después.

– En lo más mínimo, simplemente vine aquí para estar contigo y no con ellos. No quería darle cuerda a la conversación.

– Pero dijeron que nos invitaban a almorzar mañana.

– Mañana será otro día.

– Pero aceptaste.

– No me quedaba otro remedio, es gente que veo mucho en Caracas. Hubiera sido difícil decir que no. Si digo que mañana no podemos, hubieran dicho pasado mañana. Es mejor salir de eso. Después de todo no son desagradables. Quizá te guste conocerlos.

– No lo creo –Malena era muy rápida en sus juicios.

Por la noche decidieron ir a cenar a un restaurante en Porlamar. El gerente de la oficina, informado de los inconvenientes de la noche anterior, quería evitar a toda costa una mala imagen y les había enviado una botella de champaña a la habitación. Martín llamó para agradecerle el detalle y el gerente insistió en hacerle una recomendación. Un restaurante a la altura de cualquier *resort* de lujo del Caribe. No tenían automóvil pero ése era el menor de los problemas, el gerente les prestaba el suyo hasta que Martín consiguiera uno en la Hertz, a donde había llamado infructuosamente media docena de veces.

– Pensé que era baja temporada.

– Precisamente, tenemos menos unidades disponibles. Cuando hay más es en alta temporada.

A Malena le pareció buena idea salir del condominio. Tenía la sospecha de que en algún momento sonaría el teléfono y serían los amigos de Martín, por lo que decidieron aceptar la proposición del gerente y se dirigieron al famoso restaurante.

El lugar les agradó a los dos. Había poca gente y el servicio era bueno, la comida bastante aceptable y la decoración atractiva. Cuando iban por el café, Martín acarició la mano de Malena, al tiempo que se volteaba para pedir algo. En ese momento entraba un grupo de personas, manifiestamente habían bebido mucho y su presencia era notoria. Martín desistió de pedir lo que iba a pedir y trató de encogerse, como queriendo pasar desapercibido.

– ¿Pasa algo? –Malena era bastante perceptiva.

Martín negó.

– Pasa algo.

Martín confesó que en el grupo de personas que acababa de entrar estaba Susana, la mejor amiga de Julia.

– Menos mal que estamos en baja temporada –dijo Malena.

Martín pidió la cuenta pero ya era tarde. Susana, como un tigre hambriento, lo había divisado y no estaba dispuesta a perder su presa.

La separación de Martín y Julia había sido muy mal recibida por sus amistades. Todos pensaban que Martín había caído en manos de una secretaria desvergonzada, con los ojos puestos en su dinero. Las explicaciones de Martín no habían sido satisfactorias y todos los amigos de Julia le habían insistido en que no diera el divorcio hasta que no se aclararan las cosas. Entre ellas, la separación de la comunidad conyugal. Los dos hijos de Martín estudiaban en Estados Unidos y eran mayores de edad. No era posible reclamar

pensión de alimentos, fuera de que la fortuna de Martín daba para reclamar caviar Malossol todos los días. Todos habían coincidido en el mismo consejo: ni un paso adelante, ni una firma hasta que no se aclarara la separación de bienes. Y Julia había amado su papel de desahuciada, de pobre mujer recluida en una mísera covacha, o quizás en un asilo de indigentes, obligada a pedir limosna a sus hijos.

Martín ofreció un arreglo sencillo: la mitad de todo. Pero de nuevo los amigos habían intervenido. “¿La mitad de qué? Esos italianos no son de fiar. Seguro que tiene la mayor parte en Suiza y no te lo ha dicho. Ni una firma hasta que se aclare todo.” Y Julia amaba su papel de mujer a la defensiva, tratando de impedir que aquel mafioso, –antes decía, “mi marido es de origen europeo”–, la dejara en la calle, pero, sobre todo, amaba impedir que Martín fuera libre. Impedir que, por un instante, tuviera la sensación de verse librado de ella. Porque de dos cosas estaba segura Julia: ni Martín era capaz de quitarle un céntimo de lo que le correspondía, ni Martín la había amado por un segundo de su vida. Tampoco ella lo había amado, pero él lo iba a pagar bien caro. Para que las cosas estuvieran claras, como decían sus amigos, Martín iba a tener que esperar mucho. Hasta que fuera un viejo rico, al que ninguna jovencita amaría más que por su dinero. Esa era la venganza de Julia.

– ¿La venganza de qué? –le había preguntado Malena.

– La venganza de no haber sido feliz conmigo, de no haberme amado. No lo puedes entender.

Susana se acercó a ellos y Martín se levantó a saludarla, haciéndose el que no la había visto y con aire de no-está-pasando-nada. Estaba muy borracha, o quizá lo fingía para decir lo que le viniera en gana. Saludó a Martín efusivamente y emprendió una

ininteligible conversación cuyo único fin era ignorar a Malena. Hacerla sentir ausente, despreciable, inexistente. Malena comprendió la jugada y decidió aceptarla en silencio. Además, su carácter era violento, siempre su madre lo había tratado de atemperar sin éxito, y sabía que una palabra la llevaría a otra hasta que no tuviera remedio. Susana comprendió que Malena había comprendido y que el asunto no se resolvía por la vía del olvido sutil. Era necesario un golpe bajo y efectivo.

– No te quito más tiempo, Martín –dijo enfatizando falsamente el tono de borracha –, las señoras y las putas no se deben mezclar.

Malena se levantó y Martín por un momento pensó que se iba a retirar, dando señal de un tacto que le desconocía.

Intentó detenerla pero fue tarde. Malena había vaciado un vaso de menta *frappé* en la cara de Susana y Martín salió corriendo detrás, y detrás de él, el mesonero, porque no había pagado la cuenta. Martín dejó una propina exorbitante pero algo en la mirada del hombre le dijo que ése era uno de los problemas que no tenía solución económica.

La cama era *king size* y eso permitía que dos personas pudieran dormir cómodamente aunque no estuvieran una encima de otra. Había sido un día rico en experiencias y Malena besó a Martín angelicalmente, dándole a entender que continuarían la parte erótica del episodio al día siguiente. Martín lo agradeció porque el encuentro con Susana lo había dejado destruido. Malena abrió un libro de Margaret Atwood que había traído para los momentos muertos, y éste era uno. Buscó la página donde lo había dejado y continuó la lectura interrumpida de *Cat's eye*. Leyó un poco y luego se entregó a sí misma.

No podía dejar de pensar que Julia le resultaba una persona muy conocida. Repasó rápidamente las amigas de su mamá pero no se parecía a ninguna. Le vino de golpe la absurda impresión de que ella alguna vez se había llamado Giulia Metella.

– ¿Se puede saber por qué recuerda haber sido Giulia Metella? –interrumpió la lectura el Cuarto Señor.

– A veces pasa. Se filtra información de unas vidas a otras –explicó el Segundo Señor.

– Los humanos tienen tendencia a recordar –comentó el Tercer Señor.

– ¿Tú te imaginas cómo se nos pondría la lista de reclamos si cada uno estuviera recordando todas las vidas anteriores? –insistió el Cuarto Señor.

– ¿La filtración de recuerdos fue culpa de alguno de los presentes? –preguntó el Primer Señor.

El silencio de los cinco Señores dejó oír el gong de la música de las esferas celestes.

– Propongo que continuemos. ¿Quién fue Giulia Metella? –dijo después de un rato, para romper el hielo, el Primer Señor.

– Me suena que es romana. Llama al archivo de Roma, siglos I al V –sugirió el Cuarto Señor.

El Segundo Señor pulsó el tablero hasta que en la pantalla apareció el archivo de Giulia Metella:

– Aquí está: “Noble romana que murió a finales del siglo II en Ostia. Su esposo, Lucio Quinto Lucarnio, fue gobernador de la provincia de Bulla Regia. Tuvo dos hijos.”

– ¿Y qué más? –quiso saber uno de los Señores.

– No dice nada más.

– Pero, ¿cómo no va a decir nada más? Con esos datos no vamos a ninguna parte – criticó el Primer Señor.

– El resto del archivo está en blanco. Debe de haberse borrado –comunicó el Segundo Señor.

– Siempre he dicho que cuando los llevábamos a mano salía mejor –opinó el Cuarto Señor–. Llama al archivo del marido. A ver si aparece algo por ahí.

–“Lucio Quinto Lucarnio. Noble romano que vivió en Ostia a finales del siglo II. Tuvo dos hijos con Giulia Metella. Fue gobernador de la provincia africana de Bulla Regia” –leyó obediente el Segundo Señor.

– Pero bueno, ¿quién metió esos datos? –se enfureció el Primer Señor.

– Hubo muchos problemas con la alimentación de los archivos viejos –se excusó el Segundo Señor.

– ¿Viejos? Viejos son los del alto Egipto y hay que ver lo bien que los llevo –alardeó el Quinto Señor.

– Aquí hay algo –anunció contentísimo el Segundo Señor después de una acuciosa revisión del documento –. Una nota al pie de página dice que Lucio Quinto Lucarnio fue después un ferroviario italiano a principios del XX. Se llamó Martín Sposito.

Buscaron en “Martín Sposito 1914”.

– ¿Qué te decía? –habló el Cuarto Señor luchando con los archivos del siglo XX, años 1900 a 1930–. Todo confundido. Aquí está la vida de Lucarnio, metida cuatro destinos más adelante.

– Es que de la vida de Sposito había muy poco. Murió a los veintiún años en un choque de trenes en Palermo. Pobre hombre –se compadeció el Segundo Señor.

– Lee lo que haya de Lucarnio a ver si sale algo de Giulia Metella –se le ocurrió al Tercer Señor.

– Es bastante largo. Está dedicado a ella. Debe ser lo que el hombre consigné poco antes de morir porque después ya no trae nada, pero que siga leyendo otro porque me estoy quedando sin voz –pidió el Segundo Señor.

– No veo por qué tenemos que leer ese archivo tan largo –dijo entre dientes el Quinto Señor.

– Giulia Metella fue la primera vida de Malena en la era cristiana. Es necesario dar marcha atrás para saber por qué no le han gustado sus vidas y comprender las razones del reclamo –sentenció muy científico el Tercer Señor.

Los Señores del Destino se alisaron los pliegues de sus túnicas de colores fríos y se dispusieron a escuchar la lectura del archivo de Lucio Quinto Lucarnio.

III HONOR A TI, DIGNISIMA ESPOSA Y MADRE

Te he odiado, Giulia Metella, a lo largo de toda nuestra vida en común. Volviste mis noches amargas y mis días tediosos, estéril mi esperanza y apesadumbrada mi conciencia.

He venido hoy a inscribir el epitafio que escribí para tu tumba. Tu muerte repentina no permitió que las obras del mausoleo finalizaran a tiempo para el día de tu entierro. Ese día no preparé un banquete funerario, ni invité a la comarca a un duelo público. Vine solo, con nuestros hijos y algunos esclavos y libertos que quisieron acompañarme. Llovía esa mañana de otoño y cuando regresé a casa mis sandalias estaban llenas de barro. El fiel Mirza se sentó a mi lado y encendió el brasero, y ambos contemplamos juntos tu tumba. La hice construir justo enfrente de mi ventana, a poca distancia de la casa, de modo que me vea obligado, durante todos los días que me quedan, a verla. No te enterré en la necrópolis, quise que si toda mi vida había transcurrido a tu lado, también tu muerte estuviera presente ante mis ojos. Di órdenes a los esclavos para que me entierren junto a ti, y le rogué a nuestros hijos que mis exequias fúnebres sean lo más discretas y silenciosas posibles.

Marcela vino a verme hace algunos días, con su marido y sus hijos. Fui muy feliz de tenerla aquí. Julio Antonio, ya sabes cómo es su carácter, estuvo también una temporada visitándome, y no hicimos sino discutir por niñerías, pero también me alegró mucho su

presencia. Es un hombre inteligente y espero que los dioses le den un destino más brillante que a su padre.

Mirza y yo estamos ambos bastante viejos y pasamos la mayor parte de estos meses encerrados en el interior de la casa. Fue frío el invierno y mi salud no es muy buena. Llovió mucho, e incluso nevó, lo que no ocurría en Ostia desde hacía muchísimo tiempo, por ello las obras de tu mausoleo se vieron enlentecidas, pero tan pronto como vino el albañil a anunciarme que estaban terminadas, salí a tu encuentro con el maestro lapidario para inscribir el epitafio. Tuve noches oscuras y días de encierro para pensarlo.

Ahora ya ha llegado la primavera y he sentido un soplo de segunda vida. He podido reanudar mis paseos por el campo, seguido de Mirza y de los perros. Es, quizá, tarde para ser feliz, Giulia Metella, pero cada día, al despertarme, doy gracias a la naturaleza por conservarme aún vivo. Disfruto de poder pasear por mis tierras y saludar a los campesinos, de unas horas de cacería, de la buena comida que me preparan los sirvientes, y de la conversación, aunque ésta es escasa pues rara vez viene algún amigo a visitarme. Mi vida lleva el ritmo de los planetas y de las estaciones, mis placeres se han reducido a la simplicidad y mis dolores son también tenues. Ayer lloré porque en la cacería uno de mis mejores perros se lastimó una pata y quedó inservible. Desde tu muerte, mi vida se ha apaciguado, es como si contigo hubieran desaparecido el desvelo y el fracaso. Nada deseo ya, Giulia, y el silencio de mis deseos llena de dulzura y de quietud mis últimos días, y me permite gozar de los pequeños gustos que quizá durante mucho tiempo desprecié.

Me decía mi fiel Mirza que le dictara mis memorias. El piensa que todo hombre notable debe dejar constancia de su vida, para honra y dignidad de su familia. Me costó

una larga conversación convencerlo de que su amo no es un hombre notable, pero, para él, quien fue cónsul de Bulla Regia, es poco menos que un emperador. No complací al esclavo, pero, ahora, sentado frente a tu mausoleo, no puedo dejar de recordar. Encargué para ti una bella estatua, lamentablemente el escultor es muy perezoso y no la ha terminado aún. Creo que te gustará. Representa a una joven Parca que llora sentada al lado de tu tumba. Le di al artesano el busto que mandó a hacer tu padre para conmemorar nuestro compromiso. Era un hábil retratista aquel escultor cuyo nombre he olvidado, y quiero que la joven Parca se parezca a ti.

Los Metellos y los Lucarnios fueron familias amigas durante siglos. Los linderos de nuestras fincas se tocaron siempre, como si nuestras tierras se besaran y respetaran su unión. No creo que el anuncio de nuestro compromiso representara una sorpresa para nadie, ni es cierto tampoco, como alguna vez me reclamaste, que yo dudé entre casarme contigo o con tu hermana, Claudia Metella. Siempre, Giulia, estuve seguro de que tú eras mi destino, y me hubiera reído de cualquier augur que me advirtiese de lo contrario. Sabes, además, que jamás fui amigo de los augures. El destino de los hombres me parece demasiado incierto para residir en las vísceras de los inocentes animales. Sin embargo, consentí en el ritual que tu padre, el gran Rufio Metello, quiso officiar. Los augures, Giulia, cantan al son de las monedas que les pagan y aquél fue bien pagado. Cantó el honor, la notabilidad, la dignidad y la piedad de nuestras familias, la felicidad de nuestra múltiple descendencia, y el laurel que ceñiría mis sienes al terminar la larga vida de honestidad, rectitud y amistad que compartiríamos.

Cuando se celebró nuestro compromiso, tu madre, la nobilísima Antonia Escipia, ofreció un banquete que duró varios días. Dispuso que todos los campesinos de la

comarca participaran en él, e hizo traer de Roma gladiadores y músicos, actores de teatro y poetas, porque quería, dijo así, demostrar que la nobleza del campo nada tenía que envidiar a la ciudadana. Fueron bellos días aquéllos, Giulia Metella. Nuestra felicidad fue compartida hasta por el último y más humilde de nuestros campesinos.

Tu padre me rogó entonces, recostado en el triclinio, y después de una larga noche en la que bebimos copiosamente, que no celebrara el matrimonio hasta que tuvieras al menos dieciséis años, y yo lo complací. También mi padre, mi amado Publio Lucarnio, me había hecho la misma petición. Con su gran generosidad, que no tendré días suficientes para agradecer, me aumentó el peculio, pues no deseaba tener un hijo que deseara su muerte. “Los pobres tienen hijos –me dijo–, los ricos tienen herederos”, y aún yo no había vestido entonces la toga viril. Sí, nuestros padres fueron sabios al hacernos esperar. Cuando nos casamos, tú tenías dieciséis, y yo, diecinueve. ¡Cómo sufrió mi hermano, el desdichado Terencio! ¡Siempre la envidia mordió su corta vida!

Fueron dulces esos dos años de nuestro compromiso. El tiempo incendió mi deseo. Esperaba con inquietud que mis profesores terminaran sus lecciones para poder acudir a tu lado, sentarme junto a ti, pasear juntos entre los cipreses, oler la suavidad de nuestra campiña. No creo que imaginé mayor felicidad ni que hombre alguno sobre la tierra me pareciera estar en mejor posición que yo. Mi padre quería que una vez que nos casáramos, nos mudáramos a Roma para iniciar mi carrera senatorial, pero yo veía con tristeza ese día. Si existen otras vidas, como dicen los órficos, yo fui en alguna de ellas un campesino porque el amor por la tierra ha sido lo más fuerte y continuo de mi ser. Cuando mi hermano fue nombrado senador, pensé que mi padre quedaría satisfecho y, en efecto, pude convencerlo de que la fortuna de la familia Lucarnio no estaba sólo en

Roma. Alguien, y ese alguien era yo, debía quedarse en nuestras fincas de Ostia para vigilar el trabajo de los campos. Mi madre estuvo de acuerdo. Ella, como yo, adoraba su vida aquí y los años que tuvo que pasar en Roma los contaba siempre como los más desgraciados de su vida. Los banquetes, el teatro, las habladurías y maledicencias, las agotadoras visitas de los clientes de mi padre, todo le parecía miserable.

Hizo construir para nosotros una villa, a poca distancia de la casa familiar, y las obras comenzaron al día siguiente en que terminaron las fiestas de nuestros esponsales. Terencio reclamó de inmediato una compensación y yo mismo rogué a mi padre que se la diera. Los dioses no lo favorecieron. Siempre fue de los dos el más ambicioso, el que tenía aspiraciones políticas, el que quería llegar a ocupar los más altos cargos del imperio y soñaba con que algún poderoso lo adoptara, para así ser digno de recibir altas investiduras. Murió tan joven Terencio. Cuando recibí la infausta noticia –ya estábamos en Bulla Regia– lloré no sólo su muerte sino la frustración de su destino. Era él y no yo quien debería haber sido nombrado cónsul en alguna de nuestras provincias. Era él y no yo quien debería haberse casado con una mujer que tuviera tus cualidades. Yo, en cambio, deseaba fervientemente llegar a ser un filósofo respetado en todo el imperio, más sabio que los griegos, con más conocimientos que los egipcios. Todo el tiempo que debía dedicar a mi administrador me parecía un tiempo perdido. Sus largas cuentas e infinitas explicaciones de lo recaudado, de las cosechas perdidas o vendidas, de la construcción de nuevos establos o de las acequias, me aburrían tanto que temía que aquel amable griego se diera cuenta y se lo transmitiera a mi padre. Pero nunca me traicionó, mi querido Tírias. Siempre le decía a mi padre que yo era un gran noble, y que bajo mi conducción, él lo único que hacía era cumplir mis acertadas órdenes. ¡Mi

conducción!, nunca le dije a Tirias qué hacer o no. Fue él siempre quien tomó todas las decisiones. Irritaban a mis preceptores las largas conversaciones que mantenía con él, quizá preocupados de que mi padre los despidiese por ineptos, pero ciertamente Tirias era mejor profesor que ellos. Sólo la penuria lo había obligado a venderse, y había tenido la inteligencia de hacerlo a un hombre bondadoso como fue Publio Lucarnio. Había estudiado en Pérgamo con los mejores filósofos, había ganado muchos juegos poéticos, y era, además, un excelente atleta. Con él aprendí el discóbolo, el salto y la lucha. Tirias era apenas un poco mayor que yo, y sin embargo, siempre lo respeté y amé como a un padre, y él a mí, como a un hijo. Tú nunca lo apreciaste. Te pareció que su presencia era nefasta para mí, que sus enseñanzas me apartaban de mi destino. Pensaste, incluso, que alguna vez tuvimos una relación impúdica. Aun cuando fuera mi esclavo, ¿creíste que yo lo hubiera sometido a una relación servil? ¿A él, un hombre superiorísimo a mí mismo? ¿Y él, creíste tú que hubiera pisoteado mi honor viril, rebajándome a ser su mujer? No tengo dolor más pesado que el recuerdo de Tirias. Su muerte es una de las mayores razones del odio que te profeso en lo más profundo de mí.

Tuve otros buenos preceptores en la casa de mi padre. El viejo Cornelio Liborio es también un grato recuerdo de mi juventud. Con él aprendí a amar a nuestros poetas, a recitar sus versos, a escribir la más pura gramática. Me ponía, lo recuerdo como si fuera hoy, a dar vueltas alrededor del patio, declamando los discursos que alguna vez haría, cuando estuviera en el senado romano, inflamando a mi audiencia y despertando la envidia y el recelo de todos los oradores que esperarían su turno avergonzados de no poder superar en su retórica al alumno de Cornelio Liborio. También de Batar, el egipcio, adquirí muchos conocimientos. Mi padre fue generosísimo en la educación que

quiso darnos a Terencio y a mí, e hizo venir a un matemático de Alejandría, pues pensaba el buen Publio que las matemáticas y la astrología eran las ciencias más importantes para el hombre, más aún que la filosofía y la retórica. Y no debo omitir a nuestro médico, Elías, a quien mi tío, el gran Tulio Gallo, gobernador de Judea, trajo consigo y regaló a mis padres. Elías me enseñó mucho de sus artes médicas, claro que en secreto; mi padre lo hubiera arrojado de la familia, de haber sabido que me adiestraba en un oficio servil, pero yo disfrutaba de aprender con él; si hubiera nacido en otra condición, quizá me hubiera gustado emprender el conocimiento del cuerpo. Siempre me atrajeron el conocimiento y el estudio, pero con mucha razón, tú no querías un esposo sabio, querías un esposo notable, hábil en la política y agudo para merodear entre los patricios. Fuiste, Giulia Metella, una romana, y la sabiduría te parecía cosa de griegos pederastas y de árabes andrajosos. Querías un ejecutor y te encontrabas con un esposo melancólico que te buscaba para ver juntos el crepúsculo o leer algunos versos.

Al poco tiempo de que iniciamos nuestra vida en común, te empecé a notar quejosa, aburrida, malhumorada, pero lo atribuí a la pérdida del que hubiera sido nuestro primer hijo, y te dejé en paz, que te divirtieras cantando con tus esclavas, con las que hasta hacía pocos años habías jugado. Elías me aconsejó que necesitabas descanso y distracción, y cuando tu salud mejoró, te llevé a Roma, donde disfrutamos de la hospitalidad de mis parientes, la rama citadina de los Lucarnios, y una vez más confirmé la sabiduría de Elías, porque volviste a reír y a disfrutar conmigo, y pensé alguna noche, cuando te encontraba en el lecho, que eras feliz. No tengo un mal recuerdo de nuestro amor en los primeros tiempos del matrimonio. Al menos, accediste siempre que lo requería, pero después, Giulia Metella, mi recuerdo se llenó de amargura. Comprendí que tu ejercicio del amor

era una parte de la esmerada educación que te dio la nobilísima y siempre bien recordada Antonia Escipia.

Después que regresamos de Roma, concebiste a nuestra primera hija, la dulcísima Marcela. Lloraste porque querías un varón, y yo mismo tuve que consolarte y asegurarte que aquella niña me llenaba de felicidad y ternura, y que tu juventud nos prometía muchos hijos más. No fue así, sin embargo, y perdimos varios, ya no recuerdo cuántos, hasta que nació Julio Antonio. Pusiste poco interés en la educación de Marcela, la entregaste sin dolor al cuidado de la nodriza, y era yo quien me acercaba a ver sus progresos, y me admiraba de su inteligencia y gracia. Hasta que tuvo catorce años y empezaste a pensar en el mejor marido que podríamos darle, no recuerdo de tu parte una frase tierna hacia ella. Tu hija, Giulia Metella, no te quiso y no la culpo. Siempre sentiste celos de su amor y devoción por mí, y me pregunto si podría haber sido de otra manera. Sólo tuviste ojos para Julio Antonio, a quien yo también he amado devotamente, pero no he sentido en él un ápice de cariño y de respeto para mí. En su mirada parece haber siempre la misma pregunta, ¿cuándo morirás, padre, para heredarte? Esta ley romana, que nos obliga a morir para que nuestros hijos sean dueños del patrimonio, me parece una de las mayores insensateces. A Julio Antonio le he dado todo, y sin embargo, espera mi muerte como un gusano ávido de tierra.

Tengo para mí, Giulia Metella, que su ambición y su inclemencia son tu huella, pues no ha habido en todo el imperio un padre más generoso, más solícito, más amante que yo con su único hijo, y a él nunca le parece bastante ni me perdona el empobrecimiento de mi fortuna y el olvido de mi nombre. “En Roma –dice– nadie te recuerda.” El vacío de mi nombre le pesa sobre los hombros como la cruz con que ajustician a los

malhechores. No le basta mi honradez, mi devoción al emperador. Quiere que en todas las calles de Roma alguien lo salude y le diga, “Julio Antonio Lucarnio, tú eres hijo del nobilísimo Lucio Quinto Lucarnio, nieto del ilustre Publio Lucarnio y de la dignísima matrona Claudia Galla, honor a ti y a todos tus antepasados.” Pero nadie recuerda el nombre del triste cónsul de Bulla Regia, y mucho menos, su modesta vida en su villa de Ostia. Mi nombre, dice, ha desaparecido de la memoria de los notables y en el senado preguntarían si Lucio Quinto Lucarnio es un tendero o el usurero que cobra las rentas de los burdeles de la vía Toscana. Tu hijo, Giulia Metella, al igual que tú, quiere sentir el honor de mi nombre y mi memoria, y no han sido suficientes todos los gastos que hice para empujar su carrera senatorial. Es a mí, y no a su incapacidad, a quien se debe que aún no haya conseguido mejor cargo que administrador de las termas, pero, aun así, esos primeros años en que nuestros hijos eran niños y correteaban por los jardines de la villa, que, por cierto, tú siempre encontraste pequeña, fría y húmeda, son los recuerdos más dulces que tengo de nuestra larga vida en común, y a pesar de sus reclamos, las visitas de Julio Antonio me complacen.

Crecieron nuestros hijos en la salud del campo, ágiles como campesinos, sanos como animales jóvenes. Fueron sus cuerpos bellos y armoniosos, adiestrados en los juegos, y ambos, excelentes jinetes. Hasta que Marcela cumplió quince años, y Julio, doce, tus reclamos eran para mí un motivo de tristeza. A partir de entonces se convirtieron en pesadumbre y amargura. Fue necesario abandonar nuestra villa y montar nuestra residencia en Roma. Yo había cumplido treinta y cinco años y no había ejercido ningún cargo público. ¿Qué futuro les esperaba a nuestros hijos? A los treinta y cinco años, te dije entonces, era demasiado tarde para aspirar a un cargo importante en Roma. Podría

llegar a ser, después de visitar a muchos poderosos, cónsul en alguna de las más perdidas provincias del imperio. Me obligaste a un recorrido humillante por las casas romanas, hasta encontrar a algún notable que me acogiera entre sus clientes. Finalmente, gracias a la recomendación de mi tío Tulio Gallo, logré ser designado cónsul en Bulla Regia. Todavía recuerdo tu estupor, tu humillación, tu desprecio hacia mí. “Bulla Regia –me dijiste–, ¿es eso todo lo que tu nombre merece?”

Pensé que no lo aceptarías y que volveríamos a Ostia. Me sentí apesadumbrado porque presentía tu amargura pero, al fin, consolado con que estaría de nuevo en mi amada villa, y quizá tú, con el tiempo, mudarías tus ambiciones y te sentirías agradecida a los dioses de ser dichosa junto a tu esposo, tus hijos, y toda tu familia. ¡Qué sorpresa fue para mí, Giulia Metella, cuando me dijiste que aceptara el cargo! Sin darme tiempo a meditar empezaste a encargarte tus vestidos y a tomar las precauciones del viaje. Todo estaba decidido, de nada valieron mis ruegos y mis explicaciones de que nunca en aquella ciudad podríamos ser más felices que en nuestra querida Ostia. Te rogué con lágrimas que no me obligaras a desempeñar un cargo para el que no tenía virtudes ni deseos, en donde mis ocupaciones serían tantas que no habría para mí un momento de paz que pudiera dedicar a la lectura. Te amenacé, incluso, con el peligro de que los habitantes de la provincia tenían fama de ser muy levantiscos y que nuestras propias vidas se verían en riesgo. Pero todo fue inútil. Me dijiste que hubieras esperado mejor destino que ése, pero si eso era lo mejor a lo que podía aspirar, tú me acompañarías. Nunca dudé de tu fidelidad, Giulia Metella. Aunque mi honor quedara maltrecho, más hubiera preferido que un amante te hubiera retenido en Ostia.

Pero se cumplió tu voluntad. Partimos hacia África, porque al regreso, tú estabas segura, el emperador tomaría en cuenta mis méritos y sería ampliamente recompensado. Quiso tu madre, de nuevo, consultar al augur y me negué. La burla de un augur a sueldo, que cantara mis triunfos, me pareció demasiada afrenta.

Mirza ha encendido la lámpara de un exvoto frente a tu tumba. Ordené esculpir un pequeño altar en mármol, y a los lados, dos serpientes alzadas que representan a los genios tutelares de mi casa. Al hacerlo, Mirza llora. Piensa que es su deber de esclavo sumirse al duelo de su dueño. Es bueno que los esclavos crean en los piadosos sentimientos de los señores, de lo contrario, podrían sospechar que éstos no son dignos de respeto, y la piedad de nuestras costumbres es necesaria para el buen ejercicio de su servidumbre. Así pues, derramo un vaso de vino sobre tu tumba y limpio una lágrima. No me es difícil llorar, Giulia Metella, tengo sobrados motivos, y una lágrima es igual a otra.

Me basta recordar nuestros días en Bulla Regia para que mi corazón se llene de tristeza y desasosiego. No puedo perdonarme a mí mismo el haber accedido a tu voluntad. Durante los primeros años de nuestro matrimonio, era evidente, aunque inexplicable para mí, que no eras feliz. La madurez de ser una mujer casada te había arrancado la alegría y la despreocupación de tus años adolescentes en los que cualquier pequeño detalle de mi parte te agradaba. Un pajarillo que te regalase, una pieza de cacería que te ofreciese, un libro que te leyera para hacerte disfrutar de la belleza de unos versos o de una cómica obra de teatro, llevarte a caballo hasta los viñedos de mi padre para que

vieras a las campesinas pisar las uvas, o un ternero recién nacido en los establos, todos aquellos pequeños y saludables placeres del campo te entusiasmaban y te hacían sentir que los dioses habían sido muy generosos con nosotros al depararnos una vida tan afortunada. Éramos ciudadanos del imperio más poderoso de la tierra y habíamos nacido en el honor y la prosperidad de notabilísimas familias. Teníamos dos bellos hijos que continuarían nuestro nombre y nuestra felicidad.

Nuestra relación era la que correspondía a nuestra dignidad. Mi sereno amor por ti, mi disposición a hacer de tu vida la más agradable existencia, la salud de nuestros cuerpos jóvenes, era eso, Giulia, lo que el matrimonio nos auguraba. Condenaba yo a esos nobles señores que se complacen en depilar a sus favoritos, para abusar de su servidumbre, y a aquellos que, desenfrenados por la impudicia de una cortesana, olvidan sus deberes maritales. Fui educado por Tirias, aunque tú siempre lo despreciaras, en la filosofía estoica y cualquier placer desordenado me hubiera llenado de vergüenza. Toda pasión es condenable, y de ti, Giulia, comenzó a apoderarse la pasión del poder. Los largos ratos de ocio que mi privilegiada condición me ofrecía, comenzaron a irritarte de modo tal que hasta fingías estar enferma, solamente para interrumpir mis lecturas o mis paseos con Tirias y con Elías; todo lo que me apartara de ti, te parecía una ofensa. Interpreté aquello como los celos de una joven recién casada, que quiere disfrutar al máximo de los favores de su esposo, pero fui comprendiendo, lenta y duramente, que no era mi compañía lo que apetecías. Siento la tentación de culpar de ello a tu nobilísima madre. Antonia Escipia, sea bien recordada su memoria, era una mujer muy ambiciosa, y cuando poco después de nuestra unión, tu padre, el siempre distinguido Rufio Metello, murió, empezó ella a administrar su fortuna. No quiso Ceres darle un hijo varón, y ¡ay de

las viudas sin hijos! Una vez que tu hermana Claudia se fue a vivir a Roma y su esposo fue senador de la curia, Antonia Escipia comenzó sus intrigas y enredos para hacerte comprender que tú también merecías un destino semejante. No había teatro ni gimnasios ni espectáculos en nuestra comarca. Nuestros visitantes eran los propietarios de otras fincas vecinas. Mi nombre, decía, sería poco más que el de un campesino rico. ¿Para qué –se preguntaba– mi amado padre, Publio, había gastado tanto dinero en la manutención de un pedagogo griego, un reputado retórico, un matemático egipcio? ¿Para qué tenía yo tantos conocimientos si en Roma nadie sabía de mí? Quiero pensar que fue ella la que corrompió tu pensamiento y la que te inoculó, como una víbora, el veneno de que tu esposo no te brindaba el honor que merecías.

Llegamos a Bulla Regia a finales de un verano, en la última década del divino Marco Aurelio. Viajábamos con nuestros hijos, el fiel Mirza, varios de los esclavos de los que no quisiste desprenderte y con Tirias. Aún recuerdo las larguísimas discusiones que sostuvimos para que accedieras a su viaje. Más que esposos parecíamos dos generales trazando la estrategia de rendición de una provincia. Vencí, al final, yo, convenciéndote de que Julio Antonio necesitaba de un pedagogo ilustre, y tenía noticias de que en la ciudad donde nos asentáramos no había ninguno a la altura de su calidad. ¡Nunca lo hubiera hecho! Sin saberlo, mi insistencia en llevar a Tirias fue su condena a muerte.

Cuando desembarcamos en el puerto de Cartago, estaba esperándonos el cónsul que terminaba sus funciones. Yo hubiera deseado reunirme con él y ponerme al tanto de los negocios de la provincia, pero él no me dio tiempo. Intercambiamos las tablillas que enviaba el emperador y se limitó a besarme y a desearme la suerte y el favor de los dioses. No habría otro barco hasta pasado el invierno y me dijo que era demasiado larga

esa espera para sus ardientes deseos de volver a Roma. No se me escapaba que aquella premura, además de la descortesía para conmigo, era índice de su infelicidad en aquella ciudad, y así te lo comenté en el largo e incómodo viaje hasta Bulla Regia. Pero tú estabas tan enceguecida con la idea de ser la esposa de un cónsul que no reparaste en ello, ni en la miseria de aquel paisaje árido y solitario. ¡Cómo podían estar tus ojos tan ciegos que prefirieses aquel desierto al verdor y suavidad de nuestra campiña ostiense!

Bulla Regia era una ciudad pequeña, contaba apenas con un termario, en muy mal estado, un anfiteatro descuidado, y algunas casas de los pocos nobles romanos que allí vivían, descontentos y aburridos, sólo para enriquecerse de la extracción de mármoles que tenían fama de ser tan preciosos como los toscanos. La ciudad estaba estancada dentro de sus murallas, sin barrios periféricos, y había sido construida durante el reinado de los númidas. Fuera de los pocos notables que componían su élite, la habitaba un conjunto de comunidades en las que había cristianos, judíos, egipcios, sirios, descendientes de los antiguos cartagineses, y esclavos nubios. Todos se odiaban entre sí y lo único que los unía era su odio a Roma, aún mayor. No había manera, me explicó el jefe de la guardia pretoriana, de gobernarlos, pues lo que complacía a unos, irritaba a los otros.

La casa que nos correspondía no era de mejores proporciones que la de nuestra villa en Ostia. El peristilo era reducido, sin atrio, y no tenía termas, de modo que mi primera gestión fue iniciar la construcción de las mismas; ése fue, Giulia, el único momento en que sentí en ti un arrepentimiento. Durante los meses que duraron los trabajos estuvimos obligados a vivir en el polvo que los fuertes vientos del desierto levantaban, y utilizando palanganas para nuestras necesidades, como si fuéramos humildes habitantes

de una ínsula. Al menos las letrinas fueron construidas con celeridad, y nos vimos liberados de aquella humillación.

Comencé así mi tediosa rutina. Por las mañanas acogía en el vestíbulo a los numerosos clientes que se presentaban. Algunos eran romanos, la mayoría jefes de las comunidades, que venían más que a obsequiarme y halagarme, como es la costumbre en Roma, a solicitarme favores, ponerme inconvenientes, y plantearme sus irritantes litigios y desavenencias para que yo hiciera justicia. Por las tardes debía reunirme con el jefe de la guardia pretoriana y escuchar sus infinitos lamentos acerca de la desobediencia que los habitantes tenían para con sus disposiciones; con el administrador de las rentas públicas, que nunca se daba por bien servido, y con los recaudadores de impuestos, que no hacían otra cosa que quejarse de las dificultades que sobrellevaban. Hasta el caer de la tarde no tenía un momento de quietud, y finalmente, agotado, me acostaba en los lechos que hice colocar en el patio, el lugar más fresco de la casa, para, al menos, divertirme un poco con la conversación de Tirias o jugar con nuestros hijos hasta la hora de la cena. Esperaba la noche con fruición, para dormir y descansar de tan miserable existencia como llevaba.

Quizá por la pesadez en que transcurría mi tiempo, lleno de obligaciones, no reparé en los cambios que se fueron sucediendo en ti. Tus habitaciones quedaban bastante separadas de las mías, y a veces pasaban varios días sin que nos viéramos, pues tú empezaste a frecuentar a las esposas de los notables, y era rara la tarde en la que te encontraras en casa. Incluso asististe a varios banquetes sin mí, pues tan cansado y aburrido estaba, que prefería dejarte ir sola antes que alargar hasta la medianoche mis ocupaciones. A menudo ordenabas que el almuerzo te fuera servido en el patio menor, y poco a poco fuimos perdiendo la costumbre de cenar en el triclinio, de modo que yo

también ordenaba que la comida de la noche me fuera servida en mis habitaciones, con la sola compañía de Tirias, o a veces de Julio Antonio. Hubo, finalmente, un banquete al que no pude negarme a asistir, y de vuelta a nuestra casa me advertiste que ya habías cursado invitaciones para recibir nosotros. “El cónsul no ha invitado todavía a un banquete –me dijiste–, ofendes a los ciudadanos.”

Quizá fue esa noche la primera vez que sentí que estaba frente a una extraña, Giulia Metella. Cuando las peluqueras y numerosas esclavas que habías solicitado sin advertírmelo, te dejaron adornada para el banquete, tuve la impresión, no de hallarme frente a una dignísima esposa, sino frente a una cortesana. Te hice notar mi desagrado y me contestaste que así se vestían las mujeres nobles de Roma. Las peluqueras habían peinado tu pelo en diademas de trenzas hasta formar una torre. Tu rostro y brazos estaban pintados de blanco, tus pómulos y labios parecían un mosaico, y tus ojos y pestañas, de negro. Sobre tu cabeza llevabas una diadema de oro; en tus orejas, largos pendientes de plata; tu cuerpo, adornado por un pectoral; y tus brazos, llenos de brazaletes y sortijas; en los tobillos, varios aros, como lo acostumbran las orientales. Vestías sobre la túnica un manto de seda, bordado de oro, y habías elevado tu cabeza con un tocado; en la mano llevabas un abanico de plumas. Comprendí, al ver llegar a los invitados, que tu vestimenta, ciertamente, reproducía la de las otras mujeres, y que nuestra tranquila vida de Ostia no te había dado ocasión de lucirla.

Debo admitir que tu obsequio estuvo magnífico. La comida y los vinos fueron de excelente calidad, y confieso que me sentí orgulloso cuando los invitados me lo hicieron notar. El banquete contó, además, con la presencia de unas bailarinas árabes que hicieron las delicias de todos los comensales, y después un sirio encantó a los presentes

con juegos de magia. Trajiste también mozos atentísimos que trinchaban las carnes y servían las copas como si fueran los sirvientes del emperador, y unos enanos que hicieron malabarismos y saltos y causaron gran divertimento entre todos. Fue un banquete imperial, Giulia Metella, pero fue también uno de los más tristes días de mi vida.

Cuando ya los entretenimientos del banquete habían terminado, le pedí a Tirias que recitara unos versos y que diera con su elevada conversación el espíritu de sabiduría que un noble romano debe encarnar. Obedeció Tirias mis órdenes y recitó algunos versos griegos, con la dulzura y bella gravedad de la que era capaz su voz. Después, comprendiendo que un debate filosófico no iba a tono con el romano pensamiento de mis comensales, propuso adivinanzas que agradaron mucho a la concurrencia. Julio Antonio intervino en ello, y fue delicioso para mí ver la inteligencia y sabiduría en que Tirias había educado a mi amado hijo. Sin embargo, tú no estabas contenta, Giulia. Tu odio hacia Tirias no había cedido un ápice. Aprovechaste un momento en que él, tiernamente, y como correspondía al amor y obsequio de un griego de su calidad, apoyó su cabeza en mi hombro, para hacer un chiste de mal gusto. Algunas de tus amigas lo corearon, se escucharon risas en el comedor. Tirias, en silencio se levantó y se sentó lejos de mí, pero yo no podía tolerar esa ofensa de tu parte, Giulia Metella, y lo volví a llamar a mi lado. Entonces tú insististe, lo retaste a seguir con sus acertijos, y él, por obediencia y respeto, te complació. Continuaste con tus bromas viperinas, y aprovechando que todos estaban muy borrachos, sugeriste que él se rebajaba a ser la mujer de un esclavo nubio.

Las carcajadas de los comensales coronaron tu triunfo. Cuando Tirias se levantó de su lecho, al lado del mío, y salió del triclinio, fue la última vez que lo vi con vida. Yo

estaba también muy borracho, despedí a los invitados y tambaleante me dirigí a mis habitaciones. La providencia no me señaló en ese momento que debería haber reparado públicamente el honor de mi amigo, y la fatalidad se ensañó conmigo. A la mañana siguiente Tirias fue encontrado en un árbol, colgado. A sus pies una tablilla dirigida a mí, que contenía solamente estas palabras: *Honor a ti, sabio Lucio Quinto Lucarnio, Cónsul de Roma.*

Al menos una precaución había tomado antes de salir de Roma, y fue libertarlo. No quise, entonces, que su compañía se debiera a la obediencia servil sino al amor del amigo, y que una vez liberto, se convirtiera en el pedagogo de mi hijo por su propia voluntad. Tirias no había querido aceptarlo, pero fueron tantos mis ruegos que al fin accedió. Gracias a que era un hombre libre pude celebrar con honor sus exequias y declaré un duelo público en la ciudad por tres días. Ese honor consoló mi tristeza pero no fue suficiente, Giulia Metella, para amainar mi odio hacia ti. Cuando terminó su duelo te dirigí de nuevo la palabra.

Tuviste la habilidad de hacerme creer, por un momento, que lamentabas el suicidio de Tirias. Pero poco duró tu compadecimiento. Me explicaste que así como los dioses lo habían llevado a la muerte, así me llevarían a mí a la gloria. Aquel banquete había sido muy apreciado por todos los ciudadanos. Se decía en la ciudad que yo era el mejor cónsul que el divino Marco Aurelio les había enviado, y todos estaban de acuerdo en que la filosofía hace a los hombres serenos, pero pobres. Si la muerte había apartado de mi lado a Tirias, era porque sus enseñanzas no convenían a las imperiales funciones que yo representaba. En cuanto a Julio Antonio, para continuar su educación sería necesario enviarlo a Roma. Al dolor de perder a Tirias añadiste la separación de mi amado hijo, y

cuando intenté negarme, él vio en mí a un padre autoritario que se oponía a su destino. Yo, que gasté la mitad de mi fortuna en impulsar su designación como senador, y que aún no ha conseguido.

A partir de entonces, cuando despedí a Tirias en lo profundo de la tierra, y a Julio Antonio en el navío que lo conducía a Italia, mi vitalidad comenzó a secarse. Continué atendiendo mis aburridas obligaciones como cónsul, pero dejaron de aburrirme. El aburrimiento, Giulia Metella, sólo tiene lugar cuando el ocio nos reclama otros placeres, cuando el deseo se remueve incómodo en nuestro interior, y yo me sentía tan seco como la tierra a la que me habías condenado. Esperar a que el día concluyera no tenía ya para mí ningún aliciente. Ni Tirias ni Julio Antonio podían compartir conmigo esas horas, en las que el viento frío del desierto congelaba mi cuerpo y mi conciencia.

Sólo la gracia y el amor de Marcela me alegraban, pero es difícil para un padre ser compañía grata para una jovencita y, por otra parte, tú tampoco le dabas mucho tiempo. Descuidaste su educación, ella tan llena de ingenio, para dedicarla a su arreglo, y el día transcurría para ella en el adorno de su cuerpo y las visitas que tú dispensabas a las otras señoras.

Yo, mientras tanto, Giulia, me fui convirtiendo en lo que tú querías. En el hombre más importante de Bulla Regia, no sólo por mi digno cargo de cónsul, sino también porque mis banquetes comenzaron a hacer época, mis visitas aumentaron, y ya no cabían en el vestíbulo todos los notables que deseaban ser mis clientes. “Pronto –me dijiste– volveremos a Roma. Cuando un hombre alcanza tanta notoriedad, el emperador lo llama a su lado.” ¡Qué lejos estabas de conocer el destino! Ni todos los augures que a

tu padre le gustaba pagar, hubieran sido capaces de encontrar en mi futuro un ápice del triunfo con el que tú soñabas.

El viento ha apagado la luz que Mirza ha encendido. Sin preguntarme, enciende otra y me pide que le narre las virtudes de su nobilísima señora, Giulia Metella. Pues tú viviste toda tu vida a su lado, ¿qué podré añadirte que no sepas?, le contesto.

Poco después de la muerte de Tirias, llegó la noticia de la muerte de Terencio. Fuiste otra vez la amiga de otros tiempos, la dulce compañera, la inestimable esposa. El dolor por la muerte de mi hermano nos unió de nuevo. Renunciaste a las invitaciones de las otras señoras de la colonia romana, a los banquetes que habías previsto, a las frivolidades que llenaban tu vida cotidiana. Volvimos a comer juntos, dábamos largos paseos en los alrededores de la casa, conversábamos hasta tarde después de la cena. Suspendí por duelo las visitas mañaneras de los clientes y limité mis funciones a las inevitables sesiones con los administradores de la ciudad. Pude así reanudar mis lecturas, tanto tiempo interrumpidas, y te interesaste por ellas, haciéndome preguntas como si se tratase de una niña que recibe clases de su pedagogo. Pensé entonces que quizás había sido necesaria la tristeza que me embargaba por la desaparición de mi querido hermano para que tú regresaras a la que habías sido. Comencé a sentir en ti un desasosiego y a notar, en algunos comentarios, que añorabas Italia. Recordaste a tu madre, a mis padres, a tu hermana Claudia. La muerte de Terencio nos hacía pensar que también ellos podrían

desaparecer sin que nosotros los volviéramos a ver, alejados en aquella remota provincia. Las costumbres religiosas, que sabes nunca compartí, volvieron a ti. Hiciste construir un pequeño panteón en una de las salas menores, y compraste dos estatuas, una representando a Diana y otra a Baco. Alumbrabas sus exvotos y todas las noches derramabas en ellos un vaso de perfume. Yo te dejaba hacer, comprendiendo que el culto a los dioses representaba un alivio a tu inquietud, y alentando en mí la esperanza de que un buen día me dijeras que deseabas regresar a Ostia.

Los dioses a veces son hábiles negociantes. Pensaba que tal vez la muerte de Terencio era el precio que yo debía pagar por tener de nuevo a mi lado a una esposa que me dispensara el respeto y la compañía debida. Son contradictorios los sentimientos de los hombres. Yo amé mucho a Terencio y siempre me dolió que su envidia hacia mí impidiera una unión estrecha entre hermanos, pero si su muerte me devolvía tu sumisa devoción, me daba por satisfecho. Pero no fue así, Giulia. Tu inquietud y desasosiego, que yo equivocadamente interpreté como un deseo de que regresáramos, tomó otros caminos. El duelo te había mantenido en el hogar, ya que habías renunciado a las visitas que tanto te entretenían, y quizá por respeto a mí, habías también simplificado tu adorno personal y el de Marcela. Tu inquietud derivó entonces a los arreglos que la casa necesitaba.

Las termas, que había mandado a construir al poco tiempo de nuestra llegada, habían sido fabricadas ateniéndolas a lo imprescindible. Pensaste entonces que el calor de la ciudad ameritaba una piscina, pero, al mismo tiempo, las variaciones de temperatura de esta desértica región requerían un sistema de calentamiento de aguas que permitiera baños fríos y tibios, de acuerdo a las horas del día. Te autoricé a que te entendieras con

los albañiles y artesanos para la reconstrucción del termario, y lograste así tener el sistema de agua más perfecto de Bulla Regia, incluso superior al que disfrutábamos en Ostia. Tus amigas comenzaron a ser asiduas de nuestros baños, toda la ciudad quería bañarse en las termas de Giulia Metella, y fue necesario dedicar más esclavos a su mantenimiento y servicio. A la entrada, te pareció oportuno edificar un pequeño templo y llamaste a los talladores de marfil para la fabricación de las estatuas. Fue necesario también aumentar el número de jardineros, ya que querías embellecer el panteón. Para producir una cascada que cayera sobre las estatuas, como el agua es un bien escaso en aquella provincia, fue necesario el concurso de arquitectos para construir una acequia que la transportara desde los pozos que surten de agua a los habitantes. En resumen, las obras terminaron en un precio exorbitante que no podía pagar de mis emolumentos, y muy contra mi voluntad me vi obligado a un aumento de los impuestos, aprovechando que se aproximaba la conmemoración del nacimiento del divino Marco Aurelio, para lo cual tuve que decretar una fiesta pública en su honor. Creo que estabas complacida, y en señal de ello, escogiste a un muchachito, hijo de una esclava nómida, para que me sirviera de alumno.

Era un bello niño, de unos diez años, muy bien conformado y sumamente despierto. Acogí tu regalo con ternura y entendí que era una compensación a la separación de Julio Antonio que tanto me entristecía. El niño era cristiano, pero aceptó de buen grado que yo lo llamara con un nombre romano, y decidí darle el de Terencio, en recuerdo de mi amado hermano. Le enseñé a escribir en latín y le di algunas nociones de griego. Le leía a nuestros poetas y lo encomendé a Mirza para que lo adiestrara en los juegos atléticos. Terencio tuvo por mí una adoración absoluta, y a pesar de su corta edad, me esperaba

despierto a que yo terminara mis funciones para mostrarme las tablillas que probaban sus progresos en gramática o para recitarme versos que mostrasen el aprovechamiento de sus lecciones. Le entusiasmaba cazar y le prometí llevarlo conmigo cuando saliera a la caza más peligrosa y excitante que podía hacerse en aquella región: el león. El niño soñaba despierto con el día en que me acompañaría en aquella maravillosa aventura. Yo le dispensé el trato de un hijo y no quise nunca hacer de él un juguete de placer, aunque él, suponiendo que ése era mi gusto, se arrodillaba entre mis piernas y buscaba mis caricias. Comencé de nuevo a recibir a mis clientes, y Terencio, sentado a mis pies, asistía en silencio a todas las visitas, y luego, mostrando la vivacidad de su inteligencia, me interrogaba acerca de aquello que más le hubiera llamado la atención. Yo me maravillaba al ver cómo aquel niño era capaz de entender la adulación, la hipocresía, la falacia que ocultaban muchos de los visitantes y me reía con él, cuando se habían marchado, enseñándole que un hombre siempre debe saber distinguir la verdad o el engaño en las palabras de quienes lo agasajan. Lo educaba como si se tratara de mi propio hijo, y un día, en una cena a la que él no asistía, dije, quizá sin pensarlo seriamente, que deseaba libertarlo para adoptarlo. Cuando escuchaste mis palabras, Giulia, vi en tus ojos que había cometido un grave error, y de inmediato traté de quitarle importancia.

Poco después de esa noche me pediste permiso para hacer una renovación a los mosaicos de la casa. Los encontrabas faltos de gracia, iluminados torpemente, y me dijiste que había llegado a la ciudad un granitero, proveniente de Cartago, que tus amigas recomendaban como el mejor que podía encontrarse en toda el África romana. En realidad, ya lo habías contratado, porque al día siguiente te encontré con él revisando los dibujos que se proponía. Para el triclinio se haría una decoración de pesca, y para el

vestíbulo habías pensado en unos motivos de caza. La casa sería un ejemplo de la importancia arquitectónica de Roma, me dijiste, porque el poder del imperio estaba no sólo en sus legiones, sino sobre todo, en la belleza de sus monumentos que darían testimonio de nuestra grandeza hasta el fin de los siglos. La renovación de los mosaicos costó mucho y de nuevo tuve que recurrir a un aumento de impuestos. Mis numerosos clientes comenzaron a pedirme dinero para el embellecimiento de sus propias casas. La casa de Giulia Metella, decían, era el mejor ejemplo de la magnificencia de nuestro imperio, y todos querían contribuir a la grandeza de Roma. Me negué rotundamente, aunque sabía el malestar que mi negativa produciría. La casa del cónsul, les dije, no es del cónsul sino del emperador. No me parecía justo recabar nuevos impuestos para el ornato de las viviendas particulares.

Fui entonces invitado a un gran banquete, que seguramente daban con el ánimo de ablandar mi decisión, y acudí a él contigo, con Marcela, y el pequeño Terencio. Mi anfitrión había sacado los mejores vinos, y en vez de los resinosos vinos griegos, hizo derramar auténtico Marsala. Creo que no pude sostener la temperancia que mi amado Tirias me había aconsejado como la mejor virtud de un noble. Bebí y comí en exceso, aplaudí desenfrenado el baile de las danzarinas y animé a todos los comensales a hacer un discurso, cuando habíamos terminado de comer. Todos estaban bastante borrachos, y yo el que más. Cuando me tocó el turno, mi anfitrión me gritó, “Lucio Quinto Lucarnio, haz tu testamento.” Ya los otros lo habían declamado, siguiendo esa costumbre romana, que creo no tiene otra finalidad que la de servir de jactancia, con la que el testante hace gala de sus riquezas y sus fidelidades políticas. No soy tan rico como vosotros, les dije, mi riqueza es todo lo que he aprendido de filosofía y literatura, y pues

soy más rico en sabiduría que en dinero, lo único que prometo dejar es un bien espiritual. Sentía torpe y pesada mi lengua cuando tomé a Terencio de la mano, lo senté en mis rodillas, y declaré: cuando este niño cumpla los doce años, lo libentaré y le daré mi nombre, para que sea un caballero. Todos rieron y la noche transcurrió sin otros acontecimientos de importancia.

Tu egoísmo no me hubiera sorprendido, tampoco tus reclamos por aquella insensatez que dije públicamente. Al día siguiente, además del dolor de cabeza que me había provocado el vino, esperaba tus regaños. Pero dejaste pasar un silencio sobre todo lo ocurrido la noche anterior. Ni una palabra de reproche. Marcela me preguntó si yo, de verdad, pensaba desheredar a Julio Antonio para enriquecer a aquel esclavo, y le contesté riendo que era un malentendido. Quería, sí, antes de que partiéramos a Roma, devolverle su libertad, y quizá llevarlo conmigo, pero nunca me había cruzado el pensamiento de despojar a mis propios hijos de su fortuna en beneficio de un liberto. Creo que la pregunta de Marcela era tu pregunta, Giulia Metella, y que la enviaste a ella porque no querías tratar directamente conmigo aquel enojoso asunto. No sé si la respuesta que te dio Marcela fue del todo convincente, temerosa, ella también, de perder su dote. No sé si desconfiaste de mis palabras, no quiero saberlo, y aun así, lo sé.

Cuando Terencio apareció ahogado en la piscina de las termas, supe, más allá de todas las palabras, que era por tu mano. Mirza me comunicó su extrañeza, él mismo había enseñado al niño a nadar y lo había convertido en un hábil nadador. La piscina no era demasiado profunda, ni siquiera lo suficientemente larga como para que un inexperto no lograra agarrarse de alguno de los bordes, en el caso de que se sintiera en peligro. No hablamos de eso nunca, pero yo sé, Giulia Metella, que tú mandaste a ahogar ese niño

porque temiste que yo desheredara a tus hijos. El amor de una madre es inconmesurable, y su primer deber es defender a sus crías por encima de todo. Tu deber de madre era asegurar que mi patrimonio fuera a parar a tu propio producto, a tus hijos legítimos. Todo eso lo sé y lo estimo. No creo, Giulia, que la muerte de un inocente era necesaria para asegurar ese derecho. Era tu esclavo y podías matarlo, pero tus manos quedaron manchadas para siempre en su injusta inmolación, y a partir de ese día no quise que volvieran a posarse sobre mi cuerpo. Por otra parte, tampoco tú deseabas más el contacto del mío, y puesto que acceder a tus favores era tan difícil como librar una campaña militar, decidí que nuestra unión carnal había terminado. No me parece que te importó, fue para ti un alivio, y para mí, el abandono de un ejercicio inútil.

Acusarte de la muerte del niño era imposible. Estuve tentado muchas veces de gritarte violentamente, de ofenderte, incluso. Pero no lo hice. Mi honor se hubiera visto rebajado, y tú, por otra parte, hubieras negado la verdad; yo, entonces, ¿qué clase de hombre hubiera sido, cuando ni siquiera era capaz de decidir la vida de mis esclavos? Fuimos educados, Giulia Metella, en la compasión por los infelices que tienen la mísera condición de ser propiedad de otros. Nunca viste en tu casa a la nobilísima Antonia Escipia ejercer la crueldad sobre sus servidores, ni a tu padre, el amado Rufio Metello, imponer un castigo injusto o por dar placer a los más bajos instintos de la crueldad. Ahora, no sé si contagiada de tus amigas, arrojabas a la cara de la peluquera el espejo, si algún rizo no te complacía, y herías con el látigo al que tambaleara con una copa en la mano y derramara unas gotas sobre tu vestido. Abofeteaste en público al fiel Mirza porque no había barrido la arena, que, por el viento, se colaba en el vestíbulo, y palmeabas a tus vestidoras cuando se demoraban en traerte el cofre de las joyas.

Educaste a Marcela en ese trato altanero que me irrita tanto de nuestras mujeres, pero yo había renunciado ya a hacerte cualquier observación. Temía que pudieras olvidar que yo era tu marido y me faltaras el respeto enfrente de mis subordinados.

Prefería el silencio y guardar contigo una relación de enemigos en tregua. Complací desenfrenadamente todos tus caprichos, dejé de invitar a quien tu consideraras inconveniente, y acepté, en cambio, a personas que me eran del todo desagradables pero que tú decidías eran notables. Permití la construcción de unos estanques en el peristilo, porque se pusieron de moda y todas las damas comenzaron a criar peces en ellos, con la excusa absolutamente estúpida de que sería más barato tener un criadero en la casa que pagar los altos precios de la pesca en la región. A cada gusto tuyo fue necesario inventar nuevos impuestos, y como me negaba a permitir aquellos lujos para todos los nobles, comenzaron a llegarme noticias del descontento con mi gestión. El administrador me hizo saber que en las termas se hablaba mal de mí, que la población se quejaba del alza de impuestos que en nada beneficiaban a los habitantes; mis espías, los pocos amigos fieles que contaba entre mis clientes, me hacían saber del gran desencanto que conmigo sentían los nobles romanos, pues ellos pensaban que el dinero recaudado sólo servía para mis lujos, y, en cambio, ellos se veían obligados a vivir en casas pequeñas y estrechas, mal acondicionadas. Supe, incluso, que algunos habían escrito a Roma, contando de mí mentiras y calumnias, pero no puse demasiada atención a ello. Sabía que siempre hay, frente a los cónsules, los partidarios y los enemigos, y que los romanos aman la intriga y la maledicencia. Por otra parte, pensaba que si por causa de sus maniobras me retiraban de mi cargo, sería ése el mayor favor que podrían hacerme.

Me limité a cumplir mis funciones dentro del tedio y la rutina que me imponían, pero como en verdad los asuntos de aquella pequeña ciudad no eran muchos, y yo había adquirido ya cierta diligencia para ejecutarlos, el tiempo comenzó a sobrarme, y decidí tomar para mí algunas distracciones. Empecé numerosas cacerías, por gusto propio, y también para congraciarme en algo las voluntades. Cobré en una de ellas una bella pantera, y su hermosa piel, Giulia, te devolvió al menos una sonrisa de complacencia para conmigo. La cacería de estos animales tenía lugar a bastante distancia de la ciudad, por lo que era necesario acampar por varios días. Fuimos en una ocasión un grupo de nobles, seguidos por una nutrida escolta de servidores, y uno de mis invitados llevó también a varias esclavas sirias con el propósito de que se ocuparan de nuestra comida pero, evidentemente, con la intención de que nos endulzaran las noches. Dormí con una de ellas, Farrah, y quedé tan contento de sus placeres que a la mañana siguiente le ofrecí a su dueño comprársela; él, sin dudarlo, me la obsequió.

Farrah fue, durante esas noches de cacería, en el frío y la soledad del campo, un cuerpo bienvenido en el que desahogué mi soledad. Era un cuerpo que me pertenecía y nunca me imaginé, cuando me fue entregada, que yo llegaría a ser su siervo. Ese delirio y esa humillación te los debo a ti, Giulia Metella. Con ella conocí lo que en ti no había encontrado, y tuve lástima de ti. Sí, Giulia, lástima de todo cuanto yo era capaz de hacer gozar a una mujer y que tú nunca conociste. Cerré los oídos cuando alguien me dijo que se comentaba en Bulla Regia tu disposición amable hacia uno de los mozos que llevaba tu litera. No quise averiguarlo, aunque bien fácil me hubiera sido, y además creo que fue una infamia, más dirigida contra mí que contra ti. Creo, sobre todas las cosas, en tu fidelidad, y tuve lástima de que tu honor y tu respetabilidad no te permitieran los

placeres que Farrah ejerció conmigo. Ella abrió, sumisa, su boca para que yo me derramara en ella; se ofreció para que la poseyera como poseen los hombres a sus efebos, y yo entré en ella con mi lengua y conocí todos los repliegues de su interior con la parsimonia y el deleite con el que un oso lame la miel.

Nunca me había sentido sometido a una pasión, nunca había conocido esa esclavitud hasta que supe lo que era esperar el final del día, para después de terminar de cenar contigo, despedirte con un beso en la frente, y retirarme a mis habitaciones, donde ya ella me aguardaba desnuda en mi lecho. Noche tras noche la disfruté, y aun despreciándola, ella me pareció el más preciado don que me había sido otorgado. No debería decirte esto, lo sé, no es tu culpa y nunca te hubiera sometido a las humillaciones que a ella podía infligir, pero tampoco creo que Farrah hubiera pasado de ser la distracción de unas noches de cacería si mi odio hacia ti no hubiera latido, en lo más profundo de mi ser, con la misma aspereza del desierto y la misma avidez de las fieras que matábamos. Te dejé sola, rodeada de tus albañiles y graniteros, y de los marmolistas y los carpinteros, de tus mozos de litera y tus mozos de servicio. Te hundí un poco más cada día, alentándote en tu afán de ser la más importante señora del África romana. Poco me importaba. El cuerpo despreciado de aquella infeliz era mi venganza. Te empujé más aún dentro de aquel remolino de boato y frivolidad que tú aspirabas como una droga divina, con la que te emborrachabas en tu propio vacío.

Pero medí mal mis fuerzas, Giulia Metella. La noche en que por primera vez desde hacía meses, Farrah no me esperó en mi lecho, reconocí tu odio. Llamé de inmediato a Mirza, y cuando ya los sirvientes dormían, estuvimos buscándola sin cesar por toda la casa. Sólo había dos posibilidades. La primera, que ella hubiera decidido escapar por su

propia cuenta. Quiero creerlo, pero Mirza, el fiel Mirza que ha sido siempre depositario de mi intimidad, me hizo ver que era muy poco probable que Farrah lograra traspasar la vigilancia de los guardias. La segunda posibilidad, la más cierta, es que tú la hiciste desaparecer. No quiero saber si tuviste la crueldad de darle el mismo fin que le diste al pequeño Terencio. Seguramente no quisiste tomar ese riesgo y te limitaste a enviarla lejos de mí. Es eso lo que creo, Giulia, porque no pienso que tú tuvieras alguna vez celos de ella. En el fondo, nada de mí te importaba, quisiste apartarla de mí porque ella me brindaba un placer que tú ignorabas, porque querías secar mi deseo, como estaba seco el tuyo. Porque querías, Giulia Metella, que yo fuera, como tú, sólo el emblema de mí mismo. Mi felicidad con Farrah llamaba a tu puerta con la crueldad de un chacal. Mi felicidad con Farrah echaba por tierra todo el mundo banal y sin sentido en el cual tú vivías. Querías que yo volviera a mi vacío, que ambos compartiéramos el mismo destino, porque la vida se te había vuelto más arenosa que las montañas que nos rodeaban. Porque, en el fondo, tú sabías que ser la esposa del cónsul de Bulla Regia, aunque fuera el paso obligado a detentar nuevos y mejores honores, no aumentaba en un ápice la felicidad que nuestra tranquila villa de Ostia hubiera podido darnos.

Tirias, Terencio, Farrah, no fueron otra cosa que la demostración de que yo nunca compartí tus ideales, y yo, en el fondo, no he sido más que un cobarde. Tuviste la habilidad de ser una esposa sumisa y de hacer creer a todo el mundo que tu vida no era sino el cumplimiento de tus deberes, y a la vez, de ejercer sobre mí el dominio más absoluto, que ni aun sobre un esclavo es posible. Retirar del camino toda piedra que señalara mi libertad interior.

Descansa en paz, Giulia Metella, si como dicen los cristianos, existe otra vida, errarás en ella, sola como Eurídice, porque no volverás a encontrarme. Mirza, en su ignorancia, piensa que es tanto mi dolor por tu muerte que quiero tener muy cerca de mí tu tumba, como único signo visible de tu memoria. Sería escandaloso que yo le revelara que la deseo cerca de mí para saber, todos los días que me queden, que estás ahí para siempre.

El viento se ha levantado y una débil lluvia comienza a mojar nuestros cuerpos. Oigo toser a Mirza y sé que está enfermo. Pienso que me dolería verlo morir, porque él es, al fin y al cabo, parte de mí mismo. No tengo recuerdos de mi vida en los que no aparezca su imagen, y no creo haber dormido una noche sin que él haya extendido su camastro a la puerta de mi habitación. El lapidario ha comenzado su labor. Los albañiles han estado limpiando el mármol y los adornos de bronce, sucios de los polvos y lluvias de la primavera. Su bruñida superficie reclama ahora la inscripción.

Estuvimos cinco años en Bulla Regia. Tengo hoy la impresión de que no fueron sino una pequeña parte de mi vida, pero entonces me parecían un tiempo que se desarrollaba sin fin. Mis espías me tenían al tanto de los movimientos que a mis espaldas se estaban fraguando. ¡Qué desilusión para ti, Giulia Metella! El éxito de tus banquetes y la celebridad de tus termas no era suficiente para acallar la insidia que se gestaba en mi contra. ¡Y qué humillación recibimos cuando nos dejaron saber que el matrimonio de Marcela, que con tanto entusiasmo estabas previendo, no era del agrado de los padres del novio! Los padres de Fabio Máximo Crato tenían, al parecer, otros planes que

casarlo con nuestra hija. Se decía que yo no duraría mucho más en el cargo y que la dote de Marcela era dudosa. Tuve entonces un último arresto para intentar recuperar nuestra dignidad. Fuiste tú quien me empujó hacia lo que se convirtió en nuestro final en Bulla Regia, y yo secundé tus planes porque en aquel momento me pareció que tú te comportabas como una digna esposa.

El anfiteatro de la ciudad era pequeño, y además estaba en muy malas condiciones, en parte por falta de uso, y también por defectos en su construcción inicial. Una de las quejas más recurrentes de la colonia romana era la falta de diversiones y espectáculos que aliviaran la aburrida vida que llevaban los nobles de la ciudad. Fue idea tuya que emprendiéramos su restauración. “Un bello anfiteatro –dijiste– hará brillar tu nombre.” Evidentemente que las obras tenían un costo superiorísimo a lo que podría obtenerse de las rentas de la ciudad. “Sube los impuestos –me aconsejaste–, cuando tengan el anfiteatro olvidarán el costo.” Y así lo hice. Debo admitir que tu renunciaste a tu ocio para ayudarme en aquella empresa. Te convertiste en mi más fiel colaboradora, y no te importó el sol inclemente ni el polvo que continuamente la arena de las construcciones arrojaba sobre tus vestidos. Desvelaste muchas horas de tu sueño revisando los planos del arquitecto, y en las primeras horas del día ya estabas levantada y vestida sencillamente, para dirigirte a las obras. Desde tu litera cuidabas de revisar con los maestros albañiles la construcción, y paso a paso, estuviste allí presente para vigilar hasta el último detalle. Toda la ciudad comentaba el cuidado y el amor que Giulia Metella consagraba a los ciudadanos. Tus amistades te sirvieron de mucho. Convenciste a las señoras de que, a su vez, convencieran a sus maridos de la necesidad de ayudar a aquella magna obra, y anunciaste que todas las rentas del cónsul estaban destinadas a su

edificación, por lo que los banquetes y obsequios en nuestra casa quedaban suspendidos hasta nuevo aviso. Vendiste algunos de tus vestidos y la mayor parte de tus joyas para dar ejemplo de austeridad y colaboración, y conseguiste que alguna de tus amigas también lo hiciera. Pero, aun así, faltaba dinero. Te dije que no trataras de reproducir el circo romano, porque aunque fuera un modesto anfiteatro, los costos eran elevadísimos. Era necesario transportar las piedras desde canteras muy lejanas y los obreros disponibles no eran muchos. Tuviste entonces la idea de que, además de subir los impuestos, se obligara a los hombres y muchachos de las comunidades de la ciudad a trabajar en las obras. Decreté ambas cosas. Hubo, naturalmente, protestas. No sólo por el dinero de las recaudaciones sino también porque la mayor parte de los habitantes eran hombres libres, y la idea de someterse a trabajar para nosotros produjo indignación. Sin embargo, seguí adelante. Ya faltaba poco para que el gran anfiteatro de Bulla Regia estuviera terminado, y una vez que lo inauguráramos todos estarían contentos.

Me hubiera gustado inaugurarlo con alguna pieza de teatro, y puesto que no había compañías de actores profesionales, te sugerí que quizá los jóvenes romanos quisieran aprender alguna corta comedia de Marcial. Pero no fue posible. Eran jóvenes muy incultos, acostumbrados a la molicie, la mayoría de ellos había recibido una educación muy insuficiente, y en los primeros ensayos renunciaron. Decidí, entonces, como primer espectáculo, una lucha de gladiadores, aunque siempre he sentido aversión hacia esa sangrienta escena. Los nobles, sin embargo, estuvieron muy de acuerdo. Hacía mucho tiempo que no asistían a una lucha y echaban de menos su emoción. Pidieron también que se capturara un león o una pantera para darle mayor brillo y que se arrojara al animal a los condenados a muerte.

El combate de gladiadores fue, como siempre, un ejercicio brutal, pero durante su ejecución tú me señalaste que observara los rostros alegres y satisfechos de nuestros amigos. Era la prueba de que Lucio Quinto Lucarnio resurgía de sus cenizas. Se sucedieron varios combates en los que yo perdoné la vida de todos los luchadores, y afortunadamente ninguno de los vencidos murió en la pelea. Llegamos así a la última lucha. Eran un esclavo nubio, de enorme estatura, y un sirio cristiano. El combate fue duro porque el sirio, a pesar de su inferioridad física, era más ágil y hábil que el negro; un hombre fuerte, muy musculoso, pero también pesado y torpe, y, sin conocimientos de la lucha, usaba su fortaleza sin destreza. Para sorpresa de todos, venció el sirio, y el nubio fue retirado de la arena, sangrante. Yo me sentí aliviado y me disponía a perdonar la vida del sirio, para dar por terminado aquel espectáculo que nunca disfruté, cuando tú me advertiste que los nobles esperaban la muerte del cristiano. Había perdonado la vida de todos y ahora reclamaban que al menos uno se sacrificara. Me negué rotundamente y tú insististe. No creo que por crueldad sino por complacer la necesidad de los espectadores, los espectadores nobles, quiero decir. Obedecí y el cristiano fue arrojado a la pantera que allí mismo lo devoró. Nos retiramos bajo cerrados aplausos, y por la noche disfrutamos de un extraordinario banquete que ofrecían los padres de Fabio Máximo. Durante la comida me solicitaron el consentimiento para que nuestros hijos se unieran. Tuve el acierto de contestar que no quería tomar una decisión apresurada.

Llegamos a nuestra casa bastante avanzada la noche. Yo, de nuevo, había bebido mucho. Tú y Marcela se quedaron hablando en tus habitaciones. Marcela era muy feliz porque deseaba casarse con Fabio Máximo, y las dejé a las dos haciendo planes al respecto. Cuando comenzaba a amanecer, Mirza me despertó violentamente. Había un

levantamiento en la ciudad. Los habitantes habían prendido fuego al anfiteatro; hombres, mujeres y niños habían salido a la calle con teas encendidas, y a golpes de martillos y pedradas, destrozaban los asientos. La guardia, avisada de inmediato, salió a la calle y se produjo una matanza.

Cuando logré asfixiar la revuelta, en horas de la tarde, recibí en mi despacho a los jefes de las comunidades. Había gran indignación en la ciudad. Había dejado al pueblo exangüe con las constantes recaudaciones, los había obligado a trabajar como esclavos, cuando la mayoría eran hombres libres, y finalmente, lo ocurrido en el anfiteatro los había injuriado. La comunidad cristiana, la más numerosa, estaba enfurecida contra mí. Se había asesinado a uno de sus miembros, y además, los espectáculos de fieras y de luchas sangrientas estaban en contra de su dios. También los judíos, que siempre odiaban a los cristianos, se habían aliado con ellos y decían que aquel rito pagano ofendía su culto. La matanza que había tenido lugar por la mañana los había sacado fuera de sí. Querían escribirle al divino Marco Aurelio para que les enviara otro cónsul. Amenazaban con nuevas insurrecciones. Llamé a los más importantes nobles de la ciudad, que acudieron enseguida a reunirse conmigo. Les pedí su apoyo en aquellos difíciles momentos. Estaba en peligro la dominación romana. En todas las ciudades del imperio se celebraban nuestros espectáculos y fiestas, y siempre habían sido respetados por todas las poblaciones. ¿Cómo era posible que los habitantes de Bulla Regia increparan a su cónsul por haber celebrado un combate de gladiadores? Sus rostros silenciosos me sorprendieron. Había esperado de ellos inmediata sumisión y ofrecimiento de ayuda, pero fueron, poco a poco, dejándome en silencio. Al final, uno de ellos comentó que cuando yo abandonara la ciudad, ellos se quedarían. Ellos tendrían

que seguir conviviendo con aquella levantisca población. Dicho esto, todos se retiraron. Ni uno solo quiso quedarse con el cónsul Lucio Quinto Lucarnio.

A partir de ese momento supe que nuestros días en Bulla Regia se acercaban al fin, y así te lo comuniqué. En efecto, en poco tiempo llegó una tablilla anunciándome que el emperador me llamaba, agradeciéndome con las fórmulas rituales mi servicio a Roma, a mis antepasados, y al divino Marco Aurelio. Nadie fue a despedirnos, Giulia. Partimos solos, con el fiel Mirza y los esclavos domésticos que nos habían acompañado. No hubo una sola de tus amigas que ofreciera un banquete de despedida. Marcela tuvo que renunciar a sus planes de matrimonio. Fabio Máximo Crato no volvió a poner los pies en nuestro hogar. Nuestra hija tenía ya veinte años, y tú te sentías muy preocupada por su destino. Tuviste la misericordia de no achacarme el fracaso. Te sabías partícipe de todos los acontecimientos, y durante la travesía me consolaste cariñosamente y te pusiste de mi lado, en contra de aquellos traidores, que después de halagarme, habían pedido mi destitución. En las desgracias, Giulia Metella, no puedo decir que dejaste de cumplir tu abnegado papel de esposa.

Cuando llegamos a Roma fui yo quien tuvo que consolarte. El navío que traía la carta anunciando la muerte de tu madre se había cruzado con el nuestro, y desembarcamos ignorantes del suceso. Ya las exequias se habían celebrado, presididas por el esposo de tu hermana Claudia, y sólo nos quedó lamentar el infausto día en que la nobilísima Antonia nos había dejado. Mis padres tenían la fortuna de encontrarse bien. Nos recibieron llenos de amor y alegría. Aquellos años de nuestra ausencia y de la muerte de Terencio habían constituido una dura prueba para ellos, y nuestra llegada los acercaba al consuelo. Fue duro, sin embargo, el reencuentro con Julio Antonio. Era ya un caballero, vestía la

toga viril, sus facciones se habían endurecido y había perdido una sonrisa traviesa que tenía su rostro adolescente. Me pareció que nos saludaba con frialdad, y cuando te comuniqué mi desencanto, me dijiste que tú no habías observado nada extraño. Sencillamente, se había convertido en un hombre y sus maneras no podían traducir sino seriedad y respeto, como convenía a su alta condición. ¿Cuál es su alta condición?, te pregunté sorprendido. Me dijiste que nuestro hijo era, sin duda, un aspirante al senado, y que ahora teníamos el deber de consagrarnos a que él pudiera obtener esa magistratura.

Julio Antonio, en cambio, no compartía tu entusiasmo. Se decía en Roma que mi gestión en Bulla Regia había sido desastrosa. La sombra de mi nombre caía sobre el suyo. Mi tío Tulio Gallo vino a visitarme, tan pronto como fue advertido de mi regreso. En efecto, las noticias que habían llegado a Roma dibujaban de mí un retrato poco favorecido. Yo era, al parecer, causante de todas las desdichas que lloraban los nobilísimos señores de la ciudad. Se decía, incluso, que el emperador podía castigar mi ineptitud con el destierro. No podía dar crédito a aquellas infamias, no lograba convencerme de que mis errores, sin duda muchos, pudieran merecer aquella ignominia. Me puse furioso contra ti, Giulia. Eras tú quien me había llevado a un funesto destino, obligado a desempeñar funciones que ni me interesaban ni sabía llevar a cabo. Eras tú quien había interrumpido mi apacible vida en Ostia, dedicado a la filosofía y la literatura, porque te parecía una actividad propia de inútiles, de fracasados. Eras tú quien había querido brillar a través de mi nombre, y en esa empresa habías condenado mi felicidad, la tuya y la de nuestros hijos. No quise, entonces, echarte en cara la muerte del pequeño Terencio ni la desaparición de Farrah, ni mucho menos el suicidio de Tirias. Quizá Tirias tenía otros motivos para desear la muerte y tus ofensas fueron el pretexto. Quizá tuviste

razón y yo hubiera podido derrochar mi fortuna en un liberto que no la merecía, quizá Farrah me hubiera llevado a la desgracia y a la molicie, y yo, un noble romano, hubiera terminado por ser el juguete de una esclava. Quizá todas tus decisiones fueron acertadas y yo no tenía nada que reclamar, quizá sólo cumpliste con lo que te parecían tus deberes de esposa, y era yo el equivocado. Pero una cosa es cierta, Giulia Metella, y es que más allá de todas las razones, yo me sentía infeliz, yo sentía mi vida dilapidada, mi conciencia apesadumbrada, y a la hora de encontrar un culpable, sólo tu nombre llega a mi pensamiento.

Entonces, comprendiendo cuál era mi situación y el estado de postración en que me encontraba, volcaste sobre mí todo el cariño y la comprensión de los que eras capaz. Me acompañaste en aquellos duros días en que esperaba la llamada del emperador para que se decidiera mi destino. Fuiste solidaria de mi angustia y desesperación cuando tuve que recurrir a cuantos notables celebraban el nombre de mi padre y de mi tío, para rogarles que intercedieran por mí ante Marco Aurelio, y mis desdichas no fueran agravadas con la pena del destierro o la pérdida de la fortuna. Hiciste todo cuanto estuvo en tus manos y visitaste a todas las esposas de los senadores, rogando clemencia para mi nombre y el de mis hijos. Sólo querías mi felicidad, me dijiste, y yo debía perdonarte si no habías sabido interpretar cuál era su mejor camino. Dedicaste votos a los dioses, prometiste levantar estatuas y panteones en nuestra casa familiar, lloraste conmigo todos los días de aquel pesado verano romano, mientras se decidía nuestra vida. Y el tiempo transcurrió sin que nada sucediera.

Marco Aurelio consideró que tenía asuntos más importantes que ocuparse del destino del cónsul de Bulla Regia. Se limitó a nombrar otro y a olvidarme. Yo tenía

cuarenta y un años, no me sentía capaz de luchar, mi hijo no lograba ningún cargo, mi hija no encontraba esposo. La muerte se alzaba ante mí como una tentación. Dormir para siempre, como Tírias. Sólo me quedabas tú. La madurez había dado serenidad y prestancia a tus nobles facciones. Encontré en ti a una hermosa mujer, a la que todavía podía desear, y tú me prometiste que, de ahora en adelante, dedicaríamos nuestras vidas a acompañarnos. En Ostia volveríamos a ser felices, me dijiste. Allí los nombres de nuestras familias eran respetados desde hacía siglos. Marcela se casaría dignamente, y en cuanto a Julio Antonio, intentaríamos en lo posible que llegara a algún cargo de importancia. Contábamos con algunos amigos, el nombre de mi tío Tulio Gallo abría muchas puertas. Tú dedicarías tu tiempo a dirigir el hogar y todo tu ocio estaría comprometido en hacerme feliz. Si el estudio era la pasión de mi vida, no te opondrías. Volví a creer en ti.

Regresamos a Ostia, acondicionamos nuestra casa, que había sufrido el deterioro del tiempo y de nuestra ausencia, diste aviso a los nobles de la comarca que el dignísimo Lucio Quinto Lucarnio, después de haber servido al imperio, volvía a sus posesiones, y cumpliste todas las promesas que habías hecho en Roma, cuando sentiste miedo de que verdaderamente yo pusiera fin a mi vida. Fuiste la mejor esposa que un hombre puede anhelar. Todo el cuidado de la villa, las tareas de los sirvientes, la mejor comida y los vinos más delicados, estuvieron bajo tus órdenes. La rutina de nuestra vida se sucedía de modo tal que mil detalles fueran debidamente supervisados y atendidos, sin que yo tuviera la menor preocupación por ellos. La atención que me dispensabas era la de una esclava con su dueño. Yo no tenía casi el tiempo de desear algo para que de inmediato se cumpliera. Si me encontraba en mis habitaciones, leyendo o escribiendo, prohibías a los

servientes el menor ruido que pudiera molestarme. Si sospechabas que tenía ganas de ir de caza, aprestabas a Mirza para que tomara las precauciones necesarias. Si intuías que me sentía solo y con ganas de conversación, ofrecías una exquisita comida para que algunos de nuestros amigos vinieran a acompañarnos. Si pensabas que yo echaba de menos a mis padres, los hacías llamar para que cenaran esa noche con nosotros. Como observaste que yo había engordado, hiciste instalar en la casa un pequeño gimnasio para que pudiera ejercitarme por las mañanas, y contrataste a un viejo griego que había sido entrenador de atletas en Atenas para que me sacara de la molicie. Te ocupaste de hablar con un primo tuyo, que tenía grandes posesiones en la Toscana, para que enviara a su hijo mayor a conocer a Marcela, y tu negociación fue acertadísima porque ambos jóvenes se complacieron del encuentro y poco después se casaron. Me diste así unos bellos nietos que nos rodeaban de alegrías, y que tú tenías buen cuidado de que no perturbaran mis siestas o mis ratos de lectura. En suma, pasaste a dirigir mi felicidad, a adivinar mis caprichos, a satisfacerlos, a inventarlos para cumplirlos, a hacer de mí, si no el eminentísimo hombre que habías pensado, el obediente niño cuyos deseos te pertenecían. Y llegó un momento, Giulia Metella, en que dejé de saber cuáles eran mis aspiraciones y cuáles las tuyas, en que llegué a confundir mi felicidad con la tuya, en que dejé de saber cuál era mi propósito, y me sentía como alguien que tiene que consultar a otro qué sandalias quiere calzar o qué alimento convendrá más a su estómago.

Lograste, Giulia Metella, hacerme sentir un extraño dentro de mí. Lograste que te debiera todo, y tu felicidad consistió en arrebatarme la mía. En que yo no fuera, como siempre habías querido, otra cosa que tu emblema. Comprendí que bajo tu sumisión se ocultaba una dominación de la cual no era posible sustraerme. Estabas dispuesta a todo

con tal de que yo fuera tuyo. Y ésa es la última razón de mi odio, porque lograste que yo no fuera, por mí mismo, capaz de distinguir mi propia dicha o mi infortunio.

Tirias, el pequeño Terencio y Farrah. Tres nombres que significan mucho. Ellos proponían, para mí, placeres que te estaban vedados. Comprendo, ahora, que los odiaras. Tú querías ser la única causa de mi felicidad. En el fondo no hacías más que cumplir con tu deber. Ser todo para mí. No encuentro otra razón mayor para odiarte. Me despojaste de mí mismo. Es ésa la inscripción que el lapidario está inscribiendo.

Honor a Giulia Metella, dignísima esposa y madre. Yo sin ti sólo soy una sombra.

Mirza lee la inscripción y me felicita. Le había ocultado su contenido porque quería sorprenderlo. “Es extraña, nobilísimo señor, indica tu amor por ella, pero al mismo tiempo, me entristece,” dijo.

No le contesto. Ha cesado de llover y nos retiramos hacia la casa. Le ordeno encender el brasero porque la noche amenaza con ser fría, y que me sirva una colación en mis habitaciones. Abro la ventana y desde ella contemplo tu tumba. No puedo desde aquí leer la inscripción pero perfectamente detallo el perfil de tu mausoleo. Tu muerte me ha devuelto a mí mismo. Contemplarla es el único verdadero placer que puede quedarme en los ya inútiles años de mi invierno.

Los Señores del Destino terminaron la lectura conmovidos.

– Pobre hombre –dijo entre lágrimas el Primer Señor.

- Después dicen... –se secó los ojos el Segundo Señor.
- Yo, a una mujer así, la hubiera puesto en su sitio –comentó iracundo el Cuarto Señor.
- Los Señores del Destino no tenemos mujeres –recordó el Tercer Señor.
- Gracias al destino –se alegró el Quinto Señor.
- ¿Y qué hemos sacado en claro de la vida de Giulia Metella? Nada, perder el tiempo –concluyó el Cuarto Señor.
- Los Señores del Destino nunca perdemos el tiempo porque no tenemos tiempo. Para nosotros es igual un minuto que un siglo –volvió a recordar el Tercer Señor.
- A mí me parece que sí hemos sacado algo en claro –meditó el Segundo Señor–. Lucarnio se queja de que no fue feliz con Giulia Metella, a lo mejor ella tampoco lo fue.
- Los Señores del Destino no estamos para otorgarle la felicidad a los humanos – aseguró el Primer Señor–. Estamos para organizar los destinos que es otra cosa.
- Eso –apoyó el Cuarto Señor.
- Si Malena no fue feliz como matrona romana, me temo que lo que viene después no le ha podido gustar mucho –dijo relamiéndose de odio el Quinto Señor.
- ¿Cómo lo sabes? –preguntó suspicaz el buen Tercer Señor al malvado Quinto Señor, pero éste no le contestó.
- Bien, sigamos con el archivo de 1992. ¿Quién quiere leer? –cortó el Primer Señor.
- Sigue tú –le ordenó el Segundo Señor.
- ¿No se podrían sacar copias para que todos leyéramos a la vez? –propuso el Cuarto Señor.

Todos estuvieron de acuerdo y leyeron juntos y en silencio mientras se escuchaba al fondo el sonido metálico y lejano de la música de las esferas celestes.

IV EN UNA ISLA DEL CARIBE

Malena se despertó con el sabor a musgo que le quedaba siempre que tenía la impresión de haber sido Giulia Metella, cuando a las ocho de la mañana sonó el teléfono. Era de la Hertz para avisar que tenían una unidad disponible: una Mitsubishi de nueve puestos. Martín colgó enfurecido y llamó a la Avis. En la Avis pasaba lo mismo, sólo había Mitsubishis de nueve puestos. Intentó comunicarse con la National Car Rental pero nadie atendía. Martín pensó que no era malo haberse despertado temprano porque tenía muchas ganas de jugar de nuevo entre las sábanas. Era casi la una cuando volvió a sonar el teléfono. Los amigos de Martín llamaban a recordarle que los esperaban para almorzar en la cabaña N° 8.

A Malena no le gustaba compartir el baño. Siempre había pensado que ducharse juntos era como filmar una propaganda de espuma de afeitar, pero Martín insistió tanto que no quiso defraudarlo. Verlo desnudo en la ducha, enjabonándose, le trajo memorias de la infancia. Se sintió una niña que descubre que los varones tienen pichuflín, y evocó los juegos con su primo Enrique en la oscuridad de la infancia. Mientras Martín se cortaba las uñas, se probó delante del espejo toda la ropa. La breve visión de las mujeres del grupo le había bastado para comprender que un *short* y una franela no serían bienvenidos. Decidió por un pareo hindú que le había traído su amiga Sonia de Nueva York, y luego se maquilló con detalle. Dudó entre dejarse el pelo suelto o recogerlo con una cola de caballo que le daba un aire muy juvenil –había observado que las mujeres del

grupo oscilaban entre los cuarenta y dos y cuarenta y ocho—, pero optó por el pelo suelto. Estaba acostumbrada a arreglarse con rapidez todas las mañanas y pudo hacerlo sin que Martín se impacientara. Le molestaba mucho la idea de que las mujeres se eternizan frente al espejo, no iba con su imagen de ejecutiva joven y eficaz. Más bien pensaba que una mujer debe estar siempre lista y en buena forma. Cuando llegaron a la cabaña ya estaban las tres parejas reunidas y los recibieron cálidamente. Malena inició inmediatamente una conversación con Jessie acerca de aceites bronceadores y se sintió muy contenta de que Jessie estaba de acuerdo con ella: ninguno como Lancaster.

Oscar comenzó a servir los tragos pero fue interrumpido por la voz de Rosana, su mujer.

— ¡Qué vaina es ésta! Este carajo sí es bruto, mira que le he dicho veinte veces que vodka es la que tiene que comprar.

Se refería al chofer-mesonero que preparaba los vasos en una esquina del jardín.

Oscar comentó que no tenía importancia.

— ¿Cómo no tiene importancia? La diferencia entre la Absolut y la Stolishnaya es total.

— Yo he oído decir —intervino Reinaldo, el marido de Jessie— que los productos rusos han decaído mucho.

Martín dijo que él prefería un *gin tonic* y Malena se sirvió una copa de vino blanco.

La tercera pareja hizo su aparición. Estaban junto a la mesa en el jardín. Leo y Emma preparaban los canapés de salmón.

— El salmón, ¿es el noruego? —preguntó Jessie.

— No, mi amor, no lo conseguí. Es canadiense, pero es bastante bueno.

— ¿Lo compraste en Rattan? —preguntó Oscar.

– No, en el Bodegón de Blas. Mucho mejor, lo tengo comprobado.

Leo era el experto en salmón y se le adjudicaba la tarea de comprarlo y cortarlo. Reinaldo era el experto en quesos. Mientras probaban el salmón, Jessie y Malena habían entrado en un frenético intercambio de lociones y cremas y Malena la tenía casi convencida de que quien no usara la N° 2 de Estée Lauder, estaba condenada a la vejez prematura. En la distancia le agradeció el encargo a su amiga Alicia. Jessie había usado la hidratante de Lancôme durante cinco años y la frescura del cutis de Malena le probaba su error. Obviado el hecho de que Malena tenía doce años menos.

Reinaldo y Leo estaban en pleno intercambio de los *chèvres*. Leo resentía un poco que su opinión en quesos no fuera muy respetada; dado que, en general, se consumía más queso que salmón, su experticia era más ocasional. Jessie le preguntó a Martín si no tenía pensado, en su nueva situación, comprarse una cabaña como ellos, para verse más a menudo. Jessie era la jefa del grupo y quien le había recomendado la inmobiliaria, aunque había omitido que el grupo también viajaba en la misma fecha. Malena comprendió inmediatamente por qué dicen que los hombres son más ingenuos que las mujeres. El verdadero salmón era ella.

Malena relató los inconvenientes ocurridos a su llegada y todos se rieron mucho. Ante su éxito, pensó, verán cuando cuente lo de Venecia. Martín se sirvió el segundo *gin tonic*, lo que no le pasó desapercibido porque solía tomar muy poco, y ésa era otra de las virtudes que más amaba en su nuevo proceso, establecida la comparación con los momentos que el ron ocasionaba en Fredy Márquez, su ejemplo más exacto de por qué algunas mujeres prefieren beber solas.

Los *gin tonic* produjeron en Martín uno de los efectos más comunes: se le soltó la lengua, y para asombro de Malena, pasó con pelos y señales al encuentro de la noche anterior con Susana, a quien todos los presentes conocían y odiaban. Las razones del odio no eran del todo claras, pero Malena pudo comprender que una de sus bases fundamentales era el hecho de que Susana y Julia pertenecían a la clase antes-alta-ahora-mucho-menos, lo que les daba un aire de superioridad tradicional sobre ellos, que pertenecían a la clase antes-desconocida-ahora-altísima. Malena agradeció a sus padres el haberse mantenido fieles a la clase siempre-media-media, y verse así libre de estos conflictos.

Todos se rieron mucho y celebraron el momento apoteósico en que Malena derramó un vaso de menta *frappé* sobre el cuello de Susana, y al comentario de ésta acerca de las señoras y las putas, hicieron ronroneos cómplices que fueron *in crescendo* hasta que Emma abrió fuegos recordando una anécdota de la vida de Susana, que Malena ignoraba y que la verdad no le importaba nada. El grupo tomó definitivo partido a favor de los amantes Martín y Malena, y ambos se sintieron protegidos por los buenos Capuletos que los defendían de los malos Montescos, o viceversa.

Pasado este momento inaugural en que Malena había sido preceptada en el grupo, venía el rito de iniciación para la aceptación definitiva. Ya había franqueado muy bien el asunto de aceites, lociones, cremas y afines, había guardado un silencio prudente sobre los salmones, y pudo anotarse algún punto favorable en los vinos, haciendo acopio de su memoria y evocando los comentarios de sus padres a raíz de su único viaje a Francia, más o menos en 1970. Faltaba ahora el interrogatorio más preciso acerca de su vida sentimental y habitacional. Malena contestó dócilmente todas las preguntas acerca de

dónde vivía; actualmente en un apartamento de la Avenida Libertador, planta baja, de los de antes. Emma comentó si no tenía demasiado ruido, pero Rosana salió en su defensa y dijo que seguramente tenía todo a mano, diferencia fundamental con ella, que vivía en una alejada y elegante colina. Malena estuvo de acuerdo en esa ventaja y añadió otra, en la que hasta ese momento no había pensado como ventaja: la posibilidad de observar de cerca la decadencia urbana. Eso encantó a Leo, que era un arquitecto posmoderno, e inició de inmediato un intercambio de ciudades visitadas. Malena le agradeció enormemente a Sonia su viaje a Nueva York. Jessie quiso ayudar un poco más y sugirió que los apartamentos de antes tenían los techos mucho más altos, y por lo tanto, las habitaciones eran más frescas. Leo, por supuesto, estuvo de acuerdo, y se cerró el tema de la Avenida Libertador.

Pasaron entonces a la vivienda de su madre y Malena confesó orgullosamente que sus padres vivieron toda la vida en una casa en la urbanización Santa Mónica, que habían comprado cuando se casaron, en 1950. La idea de haber vivido más de treinta años en el mismo lugar impactó mucho a Jessie que quiso saber más acerca de la distribución de espacios, motivos ornamentales y áreas destechadas, y Malena concluyó en que la casa, a Dios gracias, seguía en pie, y su único inconveniente eran las goteras y un problema de filtración de la pared medianera que su familia no había logrado, en los pasados cuarenta años, solucionar con el vecino; razones éstas, además del costo de la vida, por las que su madre comenzaba a considerar con seriedad la posibilidad de venderla, colocar el dinero en dólares y mudarse a un apartamento pequeño, puesto que vivía sola, transitoriamente con su hermano mayor que estaba recientemente divorciado. Rosana, Emma y Jessie estuvieron de inmediato de acuerdo con la madre de Malena, y Leo le sugirió que pasara

por sus oficinas porque estaba construyendo un edificio que podría interesarle, y además, muy bien financiado. Malena le aseguró que su madre lo visitaría de inmediato y no se molestó en preguntar el precio de los apartamentos porque le resultó evidente que la cifra provocaría un ataque de hilaridad en su añorada-en-la-distancia-mamá.

Cruzaron entonces al punto más espinoso de su vida sentimental. Malena extendió su vida matrimonial por cuatro años más de su duración real, encogió su noviazgo con Luis Cortés, llevó a la insignificancia su tórrido proceso con Alfredo Rivero, omitió absolutamente su conflictivo proceso con el culturoso y cabeza caliente Fredy Márquez, y decidió borrar de su vida todos aquellos procesos de duración inferior a tres meses, aunque hizo una conmovedora mención de Gustavo Graterol, como parte fundamental de su proceso adolescente. La prueba tuvo éxito. Jessie comentó que las tres parejas eran producto de nuevas uniones y todos se sintieron en familia. Se procedió entonces a la degustación de quesos y Malena dijo que le parecía mejor probar el *chèvre* antes que el *cammembert*, lo cual convenció a Reinaldo de encontrarse frente a una verdadera conocedora, y Malena le agradeció a su padre este comentario, rescatado de la bruma de su pubertad. El queso y el vino tinto produjeron cierta somnolencia y decaimiento de la conversación que Martín pensó podría ser una buena señal para la retirada, pero se sorprendió de que Malena, no queriendo dejar así abortado su éxito inicial, le pidiera que se quedaran más tiempo, en medio de un beso con sabor a Gorgonzola.

Envalentonada por sus glorias, Malena propuso preparar unos *mists*, en homenaje mudo a Alfredo Rivero, que consideraba el *mist* como la única manera de beber el whisky nacional sin darse cuenta de que lo era. La proposición fue más que aplaudida y llamaron a escena a Oscar, el experto en *mists*. La bebida tuvo el efecto esclarecedor

previsto por Alfredo Rivero, pero mucho más en este caso, en virtud de que fueron confeccionados con Glenfiddich, y la conversación renació. Pasaron al tema de la inseguridad ciudadana y los deseos compartidos de emigrar muy lejos. Opiniones a favor, opiniones en contra, las mujeres no querían continuar mucho más en el tema, y Jessie dijo que por ella podían matar a todos los monos que tan malos ratos los hacían pasar, asaltándolos un día sí y otro también, y dada por concluida la terapéutica social, se entregó al intercambio de Ungaros contra Valentinós con Rosana y Emma.

Malena se vio envuelta en la conversación de los caballeros que debatían un intercambio de bolsa de valores contra especulación cambiaria, y comenzó a aburrirse y a pensar en la huida. Lamentaba que el tema de los viajes no había sido demasiado insistente y la había dejado sin la ocasión de describir Venecia. Pero en eso, un nuevo acontecimiento sobrevino. Tocaron el timbre y escuchó el tono de qué-alegría-pero-qué-vaina de Jessie. Le presentaron a Virginia, un miembro periférico del grupo. Como descripción para la sección de Avisos Personales, Virginia hubiera podido escribir:

Div, 45 a, sin hijos ni perros, usada pero en buen estado. Int. intelectuales, act. propia relac. con el arte. Admite, más que busca, hombre cualquier edad entre 30 y 55, sin vida sentimental simultánea. Barreras étnicas a discutir con foto reciente. Ni muy rico ni muy pobre. Indispensable admirador de Almodóvar y Test de SIDA.

A Malena le encantó Virginia desde el primer momento. El tipo de mujer de la que quería ser amiga. Ácida y rápida, desesperanzada, absolutamente fracasada sentimentalmente, tono de superioridad intelectual evidente, profundo conocimiento de

la mediocridad y mezquindad humana, ternura hacia los débiles, sorna hacia los poderosos, ropa clásica y lecturas contemporáneas.

Se preguntó por qué no tenía ninguna amiga como ella, con un breve sentimiento de culpa hacia la fidelidad de Alicia y la generosidad de Sonia, pero ninguna resistía la comparación. Virginia era la amiga que estaba buscando y sintió que debía decirle de inmediato que estaba leyendo a Margaret Atwood. Amor a primera vista. Virginia acababa de terminar *Lady Oracle* y le prometió prestárselo al llegar a Caracas. Rosana sintió un fuerte ataque de celos y valerosamente reconoció su ignorancia. Oscar le preguntó a Malena si hablaba inglés, y Martín dijo:

– Malena es completamente bilingüe –con el mismo orgullo con que lo hubiera dicho el propio padre de Malena.

Jessie inmediatamente preguntó cuántos años había vivido en Estados Unidos, y Malena, sin miedo, contestó que nunca había vivido en Estados Unidos porque su padre no tenía el dinero para mandarla, razón por la cual consideró que sí lo tenía para pagar las mensualidades del colegio americano de Caracas, donde ella y sus tres hermanos habían estudiado, al igual que Gustavo Graterol.

La absoluta bilingüidad de Malena ocasionó cierta reticencia, lo que unido a su inmediata afinidad con Virginia, le produjo un descenso en la escala de aceptación como de ocho puntos. Malena lo comprendió en el acto, así como Martín. Su aceptación se había basado en ser una-pobre-muchacha-que-consuela-a-Martín y esta sorprendente capacitación no estaba prevista. Disfrutando del momento, Malena consideró oportuno señalar que era vicepresidenta de la compañía de seguros donde trabajaba, y no secretaria ejecutiva como se pudiera haber pensado, y ya, metida en faena, mencionó su sueldo,

utilidades y primas, dejando bien sentada su total independencia económica y su solvencia para viajar a la isla de Margarita cuando le viniera en gana, es más, adelantó su proyecto de visitar las islas griegas, acercando así las posibilidades de contar el viaje a Venecia, con lo que pensaba cortar rabo y oreja, como hubiera dicho su primer novio, Luis Cortés, aficionado a los toros. Rosana, Emma y Jessie, antes de sus respectivos segundos matrimonios, habían trabajado pero nunca con el éxito que Malena les estaba restregando por la cara. Convencidas de que por más seguros que vendiera, Malena nunca llegaría a su nivel de gastos, pero, a la vez, íntimamente avergonzadas de que, al fin y al cabo, Malena era una *self made woman* y no *man made women* como ellas, la subieron unos puntos en la escala, y decidieron que su lugar en el grupo sería más o menos como el de Virginia. Ambivalente y periférico.

La razón de la ambivalencia y periferia de Virginia no estaba en su éxito como gerente y propietaria de una galería de arte, esta actividad les traía sin cuidado y frecuentemente comentaban que los artistas que Virginia presentaba eran muy de segunda categoría. La razón de su odio provenía de que Virginia había rechazado sin discusiones la propuesta que el grupo le había hecho de casarse con un exmiembro, recientemente abandonado por su mujer, y quien, a causa de no tener pareja fija, se había visto obligado a abandonarlos. Porque el grupo era absolutamente monogámico y no admitía célibes. La ocasional pertenencia de Virginia se debía a que ella y su exmarido habían sido los fundadores. A su divorcio, el exmarido había sido desterrado definitivamente del grupo y se había casado de nuevo con alguien a quien ni querían conocer. Una intelectual excomunista muy desagradable. Pero Virginia había mantenido un contacto más o menos cercano con todos, y decirle ahora que su soledad era molesta no resultaba fácil.

Por otra parte, aunque los artistas fueran de segunda, la realidad era que la galería de Virginia era muy famosa y punto obligado de los domingos culturales por la mañana. Si todo Caracas visitaba su galería sería absolutamente incongruente que ellos no lo hicieran.

Y también le tenían cariño. Virginia era una persona muy atenta con todos, estaba pendiente de sus cumpleaños, los visitaba cuando estaban enfermos, y siempre se mostraba dispuesta a solucionar cualquier problema que estuviera en sus manos. Y no había pruebas. No había pruebas de que Virginia intentase seducir a ninguno de los maridos. Bien es cierto que si la conversación solitaria con alguno de ellos se prolongaba más de diez minutos, inmediatamente eran amablemente convocados a reunirse en colectivo, pero aun así, nunca una mirada, una palabra, un gesto, habían delatado una intención poligámica por parte de Virginia, y eso había que reconocerlo.

Virginia estaba intercambiando con Malena a Susan Minot contra Alison Lurie, cuando comenzó un fuerte aguacero. Malena acababa de redescubrir el intercambio. Cuando era niña intercambiaba fotos de artistas de cine con sus compañeras de colegio, y en la adolescencia había intercambiado grupos musicales, pero había olvidado ese placer y de nuevo lo había encontrado. Y le gustaba mucho más intercambiar libros y películas que los Armani y los Fendi, entre otras razones, porque no tenía ninguno.

La lluvia los obligó a abandonar la terraza que abría al jardín, y desde la cual se contemplaba una vista muy superior a la que tenían en la cabaña 34, según observó Malena. Comenzaba a oscurecer y Martín le hizo un gesto cómplice de que era hora de volver a jugar entre las sábanas importadas. Pero hay momentos en que la fuerza de las circunstancias lleva más allá de la voluntad y éste era uno. La lluvia le permitió a Malena

introducir el tema de Venecia. Era un viaje realizado poco antes de la devaluación de la moneda que la había anclado definitivamente en ser clase siempre-media-media, no importa lo que llegara a ganar, y su viaje a Venecia había sido su último viaje a Europa, su único viaje en total, a excepción de la semana en Nueva York con Sonia, quien había pagado el hotel. Pero era un viaje extraordinario en el que amaba mucho a Alfredo Rivero, poco después de que Alfredo Rivero le hubiera propuesto sepultar su amor en la convivencia de una joven pareja media-media, con dos habitaciones, salón-comedor y cocina empotrada.

Malena aclaró la voz, se sirvió un whisky en las rocas, y comenzó. Para su sorpresa, la descripción de Venecia no tuvo esta vez el efecto obtenido en anteriores versiones. Nadie se reía. Rosana, comprendiendo que era una anécdota cómica, lo intentó, pero se reía con tono de me-río-por-educación-pero-no-me-hace-gracia. Jessie intentó inútilmente cambiar la conversación pero Malena no se lo permitió. Oscar interrumpió un par de veces para explicar la diferencia entre los espaguetis a la veneciana y los espaguetis a la florentina. Malena, a medida que iba avanzando en su relato de cómo la visita a Venecia podía formar parte de la historia de la decepción, se iba decepcionando ella misma. Nunca jamás había pasado del episodio en el que las lanchas de motor salpicaban de agua sucia a los pasajeros de las góndolas, sin que la gente estallara en carcajadas, y nunca jamás había llegado al momento en que a ella se le iba el pie entre la góndola y la calzada, cayendo al canal (en realidad no había sido ella sino Alfredo Rivero), sin que los escuchas definitivamente lloraran de risa. Pero en la cabaña N° 8 nada de eso sucedió y Malena llegó al final, cuando abrió la ventana del cuarto del hotel y una paloma se cagó encima de su cabeza, sin haber logrado otra cosa que llamar la

atención de Leo y Emma acerca de la necesidad de reservar sus pasajes para la próxima Semana Santa. Precisamente iban a Venecia.

Malena se sirvió otro whisky en las rocas para consolarse de su fracaso y se lo comentó a Virginia. Durante todo el relato, Virginia la había estado contemplando con ternura, con una expresión muy cercana a la de su añorada-en-la-distancia-mamá, cuando Malena tenía nueve años y no lograba aprender a montar en bicicleta. Malena reconoció inmediatamente esa mirada materna ante el fracaso de un hijo.

– No les hizo gracia –le comentó con su tono de niña-que-se-cayó-otra-vez.

– No les puede hacer gracia. Nada de lo que comprometa su visión del mundo les puede hacer gracia –dijo Virginia.

A Malena le encantó el comentario y se lo agradeció desde el fondo de su corazón de niña-comprendida-por-su-mamá. Pero no se dio cuenta de que Virginia había elevado la voz. No había hecho el comentario en silencio, como correspondía a aquella confesión de intimidad y amistad-para-siempre. Había elevado la voz para que todo el mundo la oyera y la habían oído. Martín hizo un gesto más explícito solicitando a Malena regresar a la cabaña, siempre con el lema de que esperaba una llamada de la Hertz o de la Avis, o de la National, pero Malena quedó detenida ante el espectáculo que acababa de desencadenarse. Jessie había tomado de más, lo que parecía ocurrir con frecuencia, según supo después, y con la copa en la mano, y sonrisa de Cruella de Vil, se acercó a Virginia.

– ¿Y cuál es tu tremenda visión del mundo, chica?

De pronto parecía muy vulgar, de una vulgaridad y chabacanería que hubieran horrorizado a su abuela. Malena admiraba mucho a su abuela, la mamá de su mamá, descendiente de un prócer de la Independencia.

Virginia intentó tranquilizar a Cruella de Vil.

– Pero bueno, Jessie, ¿qué es?, es una broma.

– ¿Cuál es tu visión, chica, cuáles son tus compromisos?

El tono era definitivamente el que horrorizaba a su abuela, y por consiguiente a su mamá, y por consiguiente a ella.

Malena se sentía absolutamente culpable de la escena, y por un instante temió que el vaso de menta iba a tener una repetición. Esta vez un whisky de Virginia sobre Jessie o viceversa. Pero no fue así. Virginia era una mujer con mucho más mundo que ella, eso estaba claro.

– Jessie, no seas tonta, me pareció que la muchacha se sentía mal porque a nadie le hizo gracia su cuento, y la verdad es que nada de esto tiene importancia.

Martín agarró a Malena por el brazo y procedió hacia la puerta. Malena lo siguió derrotada. Estaba segura de que Jessie la había visto sonreír cuando Virginia hizo el comentario. No quería irse así, sin manifestar su apoyo incondicional a Virginia.

Cuando salía escuchó el último trozo de conversación. Rosana le decía a Jessie:

– Creo que estaba tratando de decir que ella también ha viajado.

– Habrá viajado pero, definitivamente, no vamos a los mismos sitios –contestó Jessie.

Cuando regresaron a la cabaña, Malena le comunicó a Martín que esa noche no había juego entre las sábanas.

– Me siento muy triste –y apagó la luz.

Cuando Malena se sentía muy triste le gustaba recordar las escenas de amor perdidas junto a Alfredo Rivero. No porque le quitaran la tristeza, al contrario, se la aumentaban, pero era una tristeza consoladora.

En esta escena salen del cine, ha oscurecido, caminan rápidamente, y entran en cualquier parte a tomar algo, comentan *Gritos y Susurros*, revisan el programa para ver cuál será la próxima. Entra más gente en el pequeño restaurante y se eleva el tono de las conversaciones. Ellos hablan de su infancia.

¿Tu crees que es posible que los niños se quieran?, como las personas mayores, quiero decir, como nosotros. Malena quiere entregarle una niña amorosa que surge con el pelo largo, saltando sobre unas rocas en la arena. Al fondo hay unos jardines bien cuidados que marcan senderos, sillas de extensión, macizos de flores, personas que van y vienen o descansan suavemente acostadas en las sillas, tomando algún refresco, bajo un sol tibio. Hay un suave murmullo de conversaciones que se esparce en el aire y un griterío de niños que llena la playa. Desde lejos los colores en movimiento se entrelazan y se separan dentro de un ritmo inaprensible para el observador. Parecen reír, gritarse, increparse, de nuevo reír, empujarse, caerse, volver al juego. Es el último día de vacaciones, aprovechan el instante final sin decirlo. Malena niña se acerca a él, no mucho más alto, vestido ya para el viaje, lo mira en silencio, le pregunta algo relativo a la partida que él contesta brevemente, entonces él se acerca a un macizo de flores y busca en el suelo unas hojas hasta que, con una sonrisa de triunfo, le ofrece un trébol de cuatro hojas. Da buena suerte, le dice. Ella lo toma y lo guarda apresuradamente en el bolsillo

antes de que nadie la vea. Se sientan en una roca y él dibuja con un palo unos círculos en la arena, escribe sus nombres, y ella los enmarca con un gran corazón. Alguien lo llama, se oye una voz que dice su nombre varias veces, con insistencia. De pronto, los dos niños echan a correr y se pierden por un momento entre los árboles, a lo lejos se sigue escuchando la voz y él, temblando, se acerca a ella y la besa, luego sale del escondite y corre hacia la voz. Malena niña se sienta de nuevo frente a las rocas, nadie parece llamarla, nadie ha notado su desaparición, con el pie le echa arena a los nombres escritos, poco a poco quedan cubiertos, entonces se levanta y recorre sola el jardín, a lo lejos ve un automóvil pero no logra distinguir, por la distancia, si es en el que viaja él. Se queda contemplando su ausencia, y después de la cena, sola en su habitación, escribe lentamente una carta de pocas líneas, la rompe cuidadosamente y luego se acuesta a dormir.

Alfredo Rivero la mira sonriendo y le pregunta algo acerca de la escena, pide algún detalle que le gustaría saber. No hay más. Pregunta si el niño aquél fue de nuevo encontrado. No existe más, ambos han desaparecido en ese momento, la fugacidad de la imagen ha entrado en un instante de amor, el niño se desvanece en un hombre cualquiera que anda por el mundo, en alguna calle, y sólo por una violencia de rememoración ha podido volver a representarse ante ella. Malena niña se esfuma en una mujer que describe para otro la escena con un tono de lejana ternura. Alfredo Rivero le habla de su infancia y ambos, desde diferentes esquinas, estiran sus manos hacia sus niños cadáveres no totalmente enterrados, no suficientemente olvidados.

La atmósfera del pequeño restaurante es alegre, muchas personas entran y salen, unos amigos descubren su mesa y se acercan riendo y saludando, se sientan con ellos, piden

algo de beber, la conversación cambia y disipa la anterior, desde lejos puede verse un grupo de animadas parejas de jóvenes que consumen la noche del sábado.

Cuando se despertó invitó a Martín a jugar entre las sábanas importadas y pidieron el desayuno en la cabaña, para evitar un encuentro demasiado cercano con los miembros del grupo.

Después de comer Malena pensó que era un buen día para ir de compras y Martín decidió quedarse solo en la cabaña, jugando con el fax. El gerente, arrastrando un resto ya menor de su culpabilidad, no le ofreció el automóvil pero sí llevarla hasta el centro, de donde le sería fácil regresar en taxi, y Malena acometió la invasión de las tiendas. En la primera hora y media logró comprar tres *shorts*, un pijama y dos bluyines para su hijo, la Nº 2 de Estée Lauder y el *First* de Arpels en formato pequeño para Alicia, una franela *punk* para Sonia, y un mantel de Taiwan y una blusa estilo-su-mamá para su mamá. Entró en la tienda que le pareció más elegante de ropa para hombres y salió con una camisa Pierre Cardin para Martín, un poco más alegre que el género que habitualmente usaba. Cumplidos sus deberes de buena hija, buena amante, buena amiga y buena madre, decidió que la próxima hora y media era suya. Con un conocimiento exacto de su saldo positivo en cuenta corriente, libreta de ahorros y activos líquidos, se planteó si ir por calidad o cantidad, y decidió lo primero. Estaba harta de rebajas, de ropa vendida en oficinas y casas, y de la costurera de su mamá de toda la vida. Decidió: entro en Patricia Nitti, y que sea lo que Dios quiera. Echó primero un vistazo a la vitrina, para irse

acostumbrando a los precios y no poner cara de pazguata cuando la vendedora empezara a azuzarla. Quería poner cara de mujer de mundo, cara de mujer-que-ha-comprado-toda-su-vida-en-Patricia Nitti, o en sitios mejores, que los hay.

En el preciso momento en que abandonaba el consumo de vitrina para ir hacia el consumo verdadero, el destino, que no lo tenía muy bueno en esos días en la isla, la llevó a su tercer encuentro. Cargado de paquetes, considerablemente más gordo y con menos pelo, vestido con unos bermudas ridículísimos, como para adolescente con *walkman*, y un sombrero de paja, que le quedaba como dos pistolas a un crucifijo, frente a ella estaba, saliendo de la propia Patricia Nitti, Carlos, su primer, y hasta el momento, único proceso legal. Carlos Rengifo, su exmarido en persona.

Lo primero que pensó Malena al verlo fue, el coño de su madre, ahora sí tiene plata. Rápidamente ideó alguna frase certera y humorística con la cual darle a entender que comprendía que sus años de penuria le habían tocado a ella, mientras que las vacas gordas le habían tocado a otra, y en segundo lugar, algún comentario burlesco acerca de su ridículo atuendo, frente a su elegancia innegable. Malena se había puesto el conjunto *beige* oscuro con una franela color salmón que le quedaba de película; con la cola de caballo y los Reebok, parecía no más de veintiocho, a la sombra. Pero no dijo nada de lo que pensó y se limitó a un saludo tímido, como el de jovencita que se encuentra frente a frente con el muchacho que le gusta, el día que tiene el pelo sucio. Carlos la abrazó con el cariño con que se palmea la espalda de un viejo esclavo, y Malena tartamudeó un hola, sintiendo que sus dos años de psicoterapia posdivorcio estaban en la basura.

Fue inútil su intento por desligarse del pasado. Carlos insistió en que se sentara con él en la heladería que estaba justo enfrente, mientras esperaba a su esposa que estaba

comprando en Patricia Nitti, por supuesto. Malena pensó que, de todas maneras, comprar simultáneamente a la segunda esposa de Carlos le iba a resultar difícil y aceptó un helado de pistacho. Algo repuesta por la ingestión de glúcidos, intentó, en tono enigmático de cree-lo-que-tú-quieras, explicar su presencia en la isla.

– Estoy con unos amigos.

Pensó muy bien si decir con un amante, un empate, un novio, un levante, o un resuelve, pero optó por la fórmula “unos amigos”, más sugestiva. A continuación mencionó el nombre del condominio. Sabía muy bien que Carlos quedaría desestabilizado de envidia. Pero Carlos estaba muy de vuelta de sus anteriores calamidades económicas.

– ¡Ah sí! –dijo distraídamente–. Me han comentado que allí se va la luz a cada rato. Prefiero el Hilton.

Malena le aseguró que el sistema de energía eléctrica era comparable al de Disneyworld y que salía más agua de los grifos que de las cataratas del Niágara.

– Qué raro –insistió Carlos–, mi suegra estuvo allí y me dijo que el problema del agua era gravísimo.

Su suegra. De modo que su respetable madre no era ya la suegra de aquel imbécil. Malena se lanzó en búsqueda de una herida más profunda.

– Carlitos se queja de que hace dos semanas que no lo llamas –dijo en tono aséptico.

Pero Carlos era a prueba de madre judía. –¡Qué raro! –contestó –, fui a verlo la semana pasada. Tú habías salido y entré un rato al apartamento. Por cierto, Malena, no lo tomes a mal, pero esa muchacha que tienes no limpia un carajo. Está todo bien sucio.

Malena decidió probar de nuevo su tono de madre judía.

–No la puedo despedir, Carlos, me trabaja por un sueldo miserable. Tú sabes cómo están los precios.

Carlos tenía decidido el triunfo.

–Si es necesario te subo la pensión de alimentos, me resisto a que mi hijo esté en manos de esa mujer tan cochina. ¿Tú estás segura de que lo baña?

– Lo baño yo misma –contestó Malena lastimada.

En ese momento la esposa de Carlos salió de Patricia Nitti con un paquete tamaño *container*. La saludó efusivamente y Carlos se despidió con un nuevo espaldarazo de no-se-preocupe-la-vida-sigue. Malena, francamente derrotada, entró en Patricia Nitti con la absoluta seguridad de que nada le quedaría bien. Después de una hora, (había consumido media en el encuentro con Carlos), logró un conjunto de pantalones y chaqueta de lino color limón y una blusa Versace. Le quedaba dinero en su saldo de la cuenta de ahorros pero sintió un irrefrenable deseo de ver a Martín.

Cuando llegó lo encontró dormido rodeado de faxes por todas partes. Lo despertó y a Martín le gustó mucho la camisa Pierre Cardin, aunque le quedaba un poco apretada.

– Eres un *medium* grande –dijo Malena con ternura. Y jugaron otra vez un largo rato entre las sábanas importadas.

Cuando terminaron, iniciaron una trivial conversación poscoito y Martín le preguntó amablemente qué tal habían estado las tiendas. Malena no pudo evitar contarle que se había encontrado con Carlos. Martín le confesó que a él también lo perturbaban mucho los encuentros con Julia.

– Me imagino que tendrás muchas ganas de que se arregle de una vez lo del divorcio – comentó Malena comprensiva.

Un tono dubitativo apareció en la respuesta de Martín.

– Es duro, sabes, de todos modos, tener que aceptar el fracaso.

– Para mí el fracaso es haberme casado con Carlos, no el haberme divorciado de él. Si hubiéramos seguido juntos, habría terminado por engañarlo, y eso va en contra de mis ideas.

– ¿Qué ideas? –preguntó Martín con su tono más estúpido.

– Mis ideas de todo, mis ideas de cómo debe ser el amor, la vida, la pareja. ¿A ti te hubiera gustado que Julia te engañara?

– Obvio que no, pero estoy convencido de que la fidelidad es un bien escaso. La mayor parte de las veces hasta sirve para conservar los matrimonios. Claro que no es el caso de Julia.

– No sé cuál es el caso de ella –dijo Malena furiosa.

– Bueno, el caso de una mujer que cree en el matrimonio, tanto que se indignó conmigo porque tuve una aventura –explicó Martín, arrepintiéndose en el acto de estar en una de confesión.

– ¿Así que ella se quiso divorciar porque tú tenías una aventura? Pensé que ella no te quería dar el divorcio –recalcó Malena con tono de ésta-me-la-pagas.

– Yo creo que no me quiere dar el divorcio porque no quiere que yo sea libre de disfrutar algo en lo que ella no esté presente, pero también debo admitir que fui yo quien faltó. Verdaderamente no estoy de acuerdo con que seamos los hombres los que tenemos derecho a ello –intentó complacerla en su tono de falso feminista.

– ¿Te enamoraste de otra? –preguntó Malena en su tono de niña-que-no-sabe-nada-de-la-vida.

– Ya te he dicho que sólo creo haberme enamorado de ti. Lo de aquella muchacha fue una pendejada.

– ¿Y quién era? –insistió Malena en su tono de Kojac.

– Nada, una cosa absurda con una secretaria.

– Vaya, no me hubiera esperado de ti que cayeras en algo tan cotidiano –se enroscó Malena como una cascabel.

– ¿Qué quieres decir con cotidiano? –preguntó Martín con su tono de las-mujeres-son-una-vaina.

– Bueno, no sé, siempre pensé que eso de las secretarias era mentira. En fin, me parece que hay bastantes mujeres en la ciudad como para tener tanta flojera que sólo se pueda buscar la que queda en la oficina de enfrente.

– Era una muchachita, cómo te digo, ¡pero, bueno!, ¿por qué tengo que estar hablando de estas cosas contigo? –dijo Martín con el tono de no-se-cuentan-chistes-sucios-delante-de-las-niñas.

– ¿Cómo era exactamente la muchachita? –lo acorraló Malena en su tono de haber apresado al criminal.

– Bueno, pues, una de esas muchachitas que creen que acostándose con un hombre importante llegarán a algo. Es un tipo de prostitución, ¿comprendes? –dijo Martín en su tono de explicar la fórmula de la raíz cúbica.

– Sí, comprendo, una muchachita que no cree en el matrimonio –contestó Malena en su tono de sabérsela.

– Malena, por favor, esto es absurdo. Hemos pasado un rato maravilloso juntos y ahora vamos a discutir por una putica, que ni sabes quién es.

– A la muchachita, la despediste, ¿no? –dijo Malena con el tono de ya-me-contaron-la-Caperucita Roja.

– Sí, la despedí, pero de todos modos Julia ya estaba enterada y quiso agarrarse de eso para hacer el gran escándalo. Yo creo que, en el fondo, ella estaba harta de vivir conmigo y se aprovechó de la ocasión –dijo Martín con el tono de colorín colorado.

Hubo un silencio.

– Las mujeres le dan demasiada importancia a que un hombre se acueste con alguien –sentenció Martín con su voz de Sócrates–. Ya te has puesto de mal humor.

– A mí me importa un carajo con quien te hayas acostado, con tal de que no tenga Sida ni herpes. Lo que me indigna es el tono con que hablas de esa muchachita, como tú la llamas.

Martín comprendió por qué dicen que a las mujeres no las entiende nadie.

– En el fondo...

– En el fondo, yo voy a dar un paseo y luego regreso –dijo Malena sin disimular su ansia homicida.

Se fue a la piscina y se acostó un rato a mirar las nubes. Pensó que había actuado injustamente con Martín, pero aquella muchachita despedida le dolía inexplicablemente porque a ella nunca la habían despedido y tampoco recordaba procesos de importancia con hombres casados. Alfredo Rivero era civil y canónicamente virgen.

Trató de imaginarse cómo sería el pérfido objeto sexual que había dado al traste con el estable matrimonio de Martín y Julia pero únicamente se le ocurría un rostro borroso en un personaje borroso. Siguió mirando las nubes como solía hacer de niña, cuando iba los domingos a la playa con su papá, su mamá, sus tres hermanos y su amiga Alicia.

Después de un rato de contemplación extasiada del firmamento llegaba a una sensación de extrañeza, como si ella no fuera ella y los que estaban a su alrededor unos desconocidos. Generalmente, cuando accedía a ese delicioso momento, su mamá la sacudía y decía, “esta niña es muy ensimismada”. Pero en esos álgidos y breves episodios de no ser ella misma, a Malena le parecía salirse de un guión que otros le escribían. Al pensar en la muchachita sacrificada por Martín, en el intento de conservar su conmovedora relación con Julia, un incómodo sentimiento de debilidad la oprimió en alguna parte, como si su cuerpo no tuviera peso y cualquiera pudiera empujarla contra la pared. “Tú estudia una carrera para que seas independiente”, siempre le había dicho su papá, y en su voz le parecía que él quería decirle, no dejes que te empujen contra la pared, como si él supiera que sería muy fácil hacerlo.

Malena cerró los ojos para no mirar más las nubes y terminar con la sensación de no ser ella misma.

– Aquí hay una nota a pie de página que dice: “Ver Juana Redondo. Siglo XVIII. Provincias españolas de Ultramar” –señaló el Tercer Señor.

– A ver, a ver. ¿Dónde está eso? –preguntaron los demás.

– Aquí está. “Juana Redondo, natural de Sevilla, de origen desconocido, pasa a la América Española en 1724. De oficios viles, ejerce de cómica, tahura, celestina y

prostituta. Murió en Caracas, capital de la Provincia de Venezuela, fecha en blanco” – consignó el Tercer Señor.

– Pero bueno, ¿y qué tiene que ver esta señora con lo que estamos leyendo? –protestó el Cuarto Señor.

– ¿Alguien sabe por qué aparece esta nota? –preguntó insidioso el Tercer Señor.

Todos lo negaron excepto uno.

– ¡Juanita Redondo! –exclamó el Quinto Señor después de un rato, a la vez que se estiraba los rizos de su larga barba.

– ¿Te suena? –preguntó el Segundo Señor.

– ¡Cómo no me va a sonar esa zorra! Ese archivo lo llevé yo muy personalmente –dijo el Quinto Señor otra vez relamiéndose de odio–. Giulia Metella fue después una dama feudal en el siglo XIII y yo la dejé castigada sin vidas porque le puso los cuernos al marido. Pero estuvo insistiendo tanto en que quería volver a la esfera terrestre que decidí mandarla como Juanita Redondo.

– Lo de los cuernos no me extraña, viniendo de Giulia Metella todo podía esperarse –corroboró el Cuarto Señor.

– Y además que lo engañó de muy mala manera porque él se fue a luchar contra los moros y ella aprovechó la ocasión –abundó en detalles el Quinto Señor.

– También que eran viajes muy largos –dijo como para sí el Segundo Señor.

– Ya estás tú defendiéndola –le increpó el Primer Señor.

– Pues a esa Juanita Redondo –continuó el Quinto Señor chupándose la hiel–, le dije, te vas a América, al sitio más pobre y más malojero que haya, y luego tuvo las bolas de

reclamarme que si la habían tratado muy mal, que si le había dado una vida muy mísera, que se merecía algo mejor.

– ¿Tú consultaste esa decisión? –le reclamó irónico el Tercer Señor.

– Era presidente del Consejo Directivo y podía tomarme esa atribución –contestó ufano el malvado Quinto Señor.

– Pues, para que lo sepas, yo la mandé después al siglo XIX, y la mandé a una casa rica, para compensarla –confesó el Segundo Señor.

– Ya voy viendo el reclamo por dónde viene. Uno la manda para castigarla y otro para compensarla. Y todo es obra de lo mismo, de que aquí se han estado tomando decisiones irrespetando al Consejo Directivo. Yo soy el único que no lo ha hecho, y los demás, cada uno a su antojo, decidiendo los destinos. Aquí todos somos Señores del Destino con los mismos poderes y atribuciones, y los problemas se forman porque se han estado tomando decisiones sentimentales –protestó iracundo el justiciero Cuarto Señor.

– ¿Sentimentales? –preguntaron a coro los otros cuatro Señores.

– Sentimentales, sí, sentimentales, y los destinos son una cosa muy seria para estarlos decidiendo de esa manera.

Los cinco Señores del Destino prometieron al unísono no volver a tomar decisiones sentimentales e inconsultas. Y acto seguido, pasaron a leer el archivo de Juanita Redondo.

V JUANITA REDONDO

Me dijeron que nací en Sevilla, en 1705, y que fui una niña expósita, es decir, expuesta a la puerta de un convento, una mañana de domingo del mes de Abril de ese mismo año. Juana se llamaba la monja que me recogió del portal, y Juanita me bautizaron; redonda era la cesta en la que me habían metido, y Redondo me pusieron de apellido.

No supe nada de mi madre, ni si ella sabía algo de mi padre. Me gustaba imaginarme que yo era la hija de alguna duquesa que me había concebido ilegítimamente y que por ello me había entregado a la caridad. Pero mis compañeras del hospicio decían que la mayoría de nosotras éramos hijas de mujeres de mala vida, y que más me valía no estar averiguando de dónde había salido. De todas maneras, de nada hubiera servido. Hija de duquesa o hija de puta, mi destino era vivir en el convento y aprender allí algún oficio o hacerme hermana lega. Las monjas del convento nos enseñaban labores y observaban en cada una su habilidad. Yo no tenía ninguna pero, al parecer, mi mejor disposición era la costura, y a los doce años me entregaron a una sastra para que fuera su aprendiz. Éramos dos muchachas, yo de doce, y la otra de quince. La monja que me había recogido me enseñó algunas letras, y podía, por lo menos, escribir mi nombre. También sabía contar hasta el cien y sumar con los dedos. Por estos conocimientos, aunque fueran pocos, la oficiala del taller me tenía preferencia y me adjudicaba tareas de más importancia que a la otra, pero no me gustaba mucho coser, y además lo hacía mal y despacio. Trabajábamos desde la mañana hasta la noche, y cuando la sastra pasaba a examinar nuestra labor, siempre encontraba la mía en falta y me obligaba a terminarla,

así dieran las doce de la medianoche en el reloj de la catedral. Me castigaba a pan y agua, cuando no quedaba contenta, y en cambio, a la otra la premiaba con chocolate y churros, porque era más habilidosa, y también más tonta y siempre dispuesta a obedecerla. En el poco tiempo que me daban para el descanso, echada en un saco relleno de paja, miraba la luna desde el ventanuco enrejado de la habitación donde dormíamos, y pensaba cómo escapar de allí y adónde ir, si lo lograba. Mi vida en el taller empeoraba cada día y, aunque la oficiala se hacía conmigo la vista gorda, la sastra siempre encontraba alguna razón para regañarme, y como sus gritos y sus insultos no me hacían mella, empezó a castigarme todos los días sin darme de comer, y a veces, con palos. La ropa me quedaba bailando, de lo poco que pesaba, y si no fuera porque la oficiala me regalaba pedazos de pan a escondidas, me hubiera muerto de hambre.

Vino un día al taller, a encargarse vestidos de mucho lujo, una mujer que me despertó la curiosidad. La sastra la atendió muy bien y vi que pagaba con dinero contante y sonante, no como muchas que dejaban deudas. Cuando se fue, la oficiala me sopló por lo bajo que estaba amancebada con un canónigo de mucha importancia, y que vivía en una casa muy rica, con muchos sirvientes a sus órdenes. Pensé que ésa era mi oportunidad de salir del taller y empezar una nueva vida, así que estuve muy pendiente de su próxima visita y me las arreglé para que la otra aprendiz estuviera bien lejos el día que le tocaba prueba a la señora. Había que entregar un trabajo y le aseguré que en aquella casa, si llegaba puntual, le darían propina por el encargo. Llegó la señora a sus pruebas, y ahí estaba yo, con el alfilerero, la tiza y las tijeras en la mano. Aproveché un momento en que la oficiala fue a buscar la cinta de medir, que yo me había arreglado

para esconder, y le pregunté si no necesitaba en su casa una criadita despierta, bien educada por las monjas, y con ganas de servirla.

“De lo que te han enseñado las monjas no te hará mucha falta en mi casa –me dijo–, pero si quieres venir, te daré trabajo.” Me estuvo preguntando de mi vida y me pareció que, cuando le dije que era una niña expósita, le tembló la voz, pero en eso entró la oficiala y no hablamos más. Antes de irse me dijo dónde vivía, y que pasara por allí cualquier día.

Por la noche hice un atado con la poca ropa que tenía y metí también unos mendrugos, no fuera cosa que la señora se arrepintiera y no me quisiera en su casa; pasara lo que pasara, yo estaba decidida a que me iba para siempre del taller. Me hubiera gustado darle las gracias a la oficiala por sus favores, pero no me atreví a hablar con ella, temiendo que fuera a darle aviso a los alguaciles de que me había fugado.

Esperé a que amaneciera, y cuando el lechero dio voces para avisar que había llegado, me escondí detrás de una cortina, y en el momento justo salí corriendo. Hacía tiempo que no veía la calle, porque como la sastra no me tenía confianza, eran pocas las veces que me mandaba a llevar los encargos, pero dicen que preguntando se llega a Roma y no me fue difícil encontrar la casa de la señora. Como era temprano no había salido todavía a hacer sus compras, y tuve suerte porque se acordaba de mí y de la promesa que me había hecho, así que sin pensarlo más, me mandó a la cocina y me pusieron de ayudante de la cocinera, a cortar verduras y patatas.

En la casa de la señora descubrí cuáles eran mis habilidades. Algunas veces, en la misa de los domingos, las monjas me habían hecho cantar, sin saber yo lo que cantaba porque era en latín, pero me aprendía el salmo o lo que fuera, y no desentonaba. También

cantaba cuando cosía en el taller, pero a la sastra no le gustaba porque decía que distraía la atención. En la cocina de la casa de la señora, en cambio, se cantaba mucho, y por las noches había juerga. Nos sentábamos los criados a cantar y bailar, y todos decían que yo tenía mucho ángel para el arte. Hasta una vez entró la señora sin que me diese cuenta, y me dio las palmas. Yo, hasta ese momento, no había bailado nunca, pero fijándome en lo que hacían los demás, fui aprendiendo, y se me ocurrió pensar que a lo mejor yo no había nacido de una duquesa sino de una cómica.

La señora vivía en la calle del Arenal y era muy rica. En aquella casa se vivía bien, no le faltaba comida a los criados y nunca me dieron un mal trato. Yo pensaba entonces que me quedaría allí a vivir toda la vida, pero me picó la ambición.

La criadita que planchaba, una muchacha algo mayor que yo, me dijo que en una taberna podría llegar a hacer bastantes reales. Era cuestión de animar a los clientes, darles conversación, y si se prestaba, acompañarlos a pasar un buen rato. La oferta me tentaba, porque viendo a la señora, pensaba que a lo mejor con el tiempo, yo podría llegar a ser la dueña de una taberna o de alguna mancebía, y vivir tranquila para el resto de mis días. Pero tampoco estaba resuelta porque, como ya dije, en casa de la señora se estaba muy a gusto. Pero un día la ocasión se presentó, y con mucho dolor, me fui. Vino un marchante de la bodega de vinos, que hacía el reparto en la casa de la señora, donde siempre había, y a toda hora, buenos caldos, y me empezó a dar conversación. Tenía su cuñada una tabernita, de poca clientela pero muy escogida, en la que hacía falta una muchacha para servir la comida y la bebida. Por la noche, ya tarde, se armaba el fandango y allí venían las propinas y las oportunidades. Le consulté a la señora su parecer, y ella me dijo que así había empezado ella, hasta que había encontrado al

canónigo que la había sacado de ese oficio y la había puesto con casa propia. No me dijo ni que sí ni que no, pero yo le entendí que me decía que sí y me fui a la taberna.

A los pocos días de estar sirviendo en ella, me di cuenta de que me había equivocado. La tabernera era una mujer muy agria, me daba de comer y me pagaba, pero me sacaba con trabajo lo poco que me daba. Hasta la madrugada se estaban los clientes y había que atenderlos, y muy temprano ya le estaba dando patadas a la puerta del cuartucho que tenía de habitación para que fregara los cacharros de la cocina y barriera toda la casa. Después me ponía con ella a preparar la comida para la noche, y en cuanto a los clientes, no sólo eran pocos sino muy pobretones. En todo el tiempo que estuve allí las propinas que me dieron no pasaron nunca de lo que sisaba en la casa de la señora, cuando la cocinera me mandaba a hacer la compra del mercado. Dios me había castigado por ambiciosa y malagradecida, me había mandado a la señora en mi camino para darme una casa honrada donde vivir, y yo lo había despreciado. Pensé regresar y pedirle que me volviera a tomar a su servicio pero no me atrevía. En esa confusión estaba cuando la taberna empezó a tener más movimiento. La tabernera dispuso algunas mesas de juego y acudieron más clientes, a jugar al siete y llevar, al presa y pinta, a los quince, o a los treinta. El marido, o lo que fuera, hacía de enganchador y llamaba a los incautos para que entrasen a dejar el dinero. Empezaron a llegar tahures y prestadores, y entre los que jugaban al naipe o a los dados, los apuntadores y los mirones, los que se hacían los dormidos para, al final de las partidas principales, sacar la baraja e invitar a los que habían perdido a reponerse, los tramposos y los fulleros, y los barateros que exigían la propina a los ganadores, la casa estaba rebosada hasta el amanecer. Y mientras tanto, vayan días y vengán ollas, la tabernera le empezó a ver el fruto a su garito. Pero yo seguía

en las mismas, porque las propinas se las llevaban todas los hombres y a mí ni me miraban. Conocí entonces a Diego Hinojos, a quien llamaban “el macareno” porque había nacido en la Puerta Macarena, aunque supe luego que era mentira, porque era de Cádiz.

Diego era un fullero, o sería más preciso decir que era por entonces aprendiz de fullerías, y pasaba toda la noche tratando de mirarle las cartas a un jugador, para luego avisarle al contrario y recibir la coima. Había fulleros de más experiencia y la mitad de las veces le quitaban la jugada. Era muy buen mozo, o por lo menos a mí me lo pareció, y para consolarlo de la poca suerte que tenía, yo le llevaba de vez en cuando un vaso de vino que podía distraer de la atención de la tabernera, quien entusiasmada por lo bien que andaba el negocio, empezó a fijarse menos en mí y en lo que hacía. Así, poco a poco, y de noche en noche, Diego y yo nos empezamos a querer, y los domingos, que el negocio cerraba, salíamos a pasear juntos y luego íbamos a su cuarto, en una casa de vecindad, y allí nos quedábamos en la cama hasta caer la noche, hora en que yo tenía que volver a entrar a la taberna.

Quise mucho a Diego, fui su mujer, y con eso digo todo. Tanto me gustaba que un día le prometí que haría por él cualquier cosa y él me tomó la palabra. Me propuso independizarnos. Iríamos de pareja, él de rufián y yo de buscona. Llegaríamos, cada uno por su cuenta, a los garitos y a las tabernas; yo a mi arte, para entretener al jugador, y él, con los ojos en la apuesta, para hacer las trampas mientras me miraban a mí. Mejor que seguir sirviendo en la taberna me pareció la idea, y así empezamos a recorrer Sevilla, trabajando todas las noches sin parar, menos los domingos y fiestas de guardar porque se me metió en la cabeza que esos días era pecado. Por Diego yo hubiera hecho

cualquier cosa, desde ser gorrón de puchero hasta trotona, pero él nunca me pidió más de eso, que entretuviera con mi arte a los jugadores, y además, bueno es decirlo, nunca me pegó, y si me tocaba alguna propina, la repartíamos. Fuimos siempre buenos socios, y si no es por la desgracia, nunca me hubiera separado de su lado.

Entramos una noche a una tabernilla. Había poca gente. Diego se sentó detrás de una mesa en la que jugaban al tute, yo pedí vino y empecé a cantar por bulerías, hasta que me hicieron rueda un grupo de hombres y mujeres. Se pusieron todos a dar palmas, y así estábamos, cuando de repente llegaron a la taberna dos valentones. Dieron voces, sacaron cuchillos y preguntaron por un tal Antonio Tortolero. Se levantó el jugador que respondía a ese nombre, y sacó una navaja de la manta. Hubo más gritos, insultos, los valentones reclamaban a Tortolero que era un bandolero y que los había asaltado hacía varios días. El Tortolero negaba, y en eso, uno de los valentones se le acercó y le metió la navaja por un costado. El tabernero se puso a gritar también y a toda costa intentaba sacarlos a los tres de la casa. La mujer que estaba con Tortolero salió corriendo, y detrás de ella, los dos hombres. Diego y yo, y los otros que se habían quedado, tratamos de ayudar a Tortolero, pero ya no había nada que hacer. Se había desangrado. Ahí llegaron los alguaciles, eran muchos y cerraron la taberna, pidieron explicaciones y todos a una intentábamos relatarles lo ocurrido, pero no quisieron saber nada, y aprovechando la ocasión, se llevaron presos a todos los hombres, Diego entre ellos. Y allí me quedé, sola y muerta de miedo. No volví a ver a Diego nunca más. No sé qué hicieron con él, si lo ajusticiaron o lo metieron en algún barco de galeote, o si se escapó y se quedó por algún pueblo escondido. Por su buen corazón. Si en vez de ayudar al herido, nos hubiéramos escapado, nada habría pasado.

Yo no tenía a dónde ir. Nos habían echado de la habitación que tenía Diego porque no la habíamos podido pagar, dormíamos bajo el puente o en el atrio de las iglesias, a veces solos, otras buscando a otros pícaros para estar juntos y entre todos encender un fuego para calentarnos en las noches de invierno. Pero sola no quería dormir en la calle, y además me daba miedo que el tabernero me hubiera denunciado como cómplice de Diego y los alguaciles me estuvieran buscando. Pensé que sólo había un lugar al cual podía volver y era la casa de la señora. Toqué a la puerta, tapándome con el manto, y me abrió el cochero. Me dio una sopa caliente y estuve esperando a que fuera de día para hablar con ella. Mientras tanto le estuve contando al cochero lo que me había pasado y él prometió ayudarme a buscar algún remedio a mi situación. La señora también me ayudó. Me dijo que me quedara en su casa hasta que encontrara un lugar donde esconderme, pero fija no, fija no me podía tener; no quería problemas con la autoridad.

A media mañana llegó el canónigo y me tuve que volver a la cocina y ayudé a la cocinera a preparar el almuerzo. Cuando la señora y el canónigo se fueron a sus habitaciones a dormir la siesta, el cochero me dijo que iba a dar una vuelta, a ver qué se decía y dónde me podía meter. La señora tenía el propósito de estar unos días fuera de Sevilla, y entonces él podría esconderme en el coche y sacarme de la ciudad. Pero cuando volvió me dio una noticia que no esperaba. En unos cuatro o cinco días zarpaba un galeón a América.

Tan desesperada estaba que no lo pensé dos veces. El cochero me llevó al puerto, y allí estuvimos un buen rato, viendo cómo hacer para meterme. Mujeres solas no podían viajar. Cuando oscureció, los marineros que estaban en el barco, cuidando los preparativos para el viaje, bajaron a tierra y se metieron en una taberna. “Ahora”, me

dijo el cochero, y me empujó. No sé cómo logré subir por las cuerdas. Una vez adentro me metí debajo de una chalupa. Pasé cuatro días con un botijo de agua y unos pedazos de tocino que saqué de la cocina de la señora. Cuando calculé que llevábamos varias horas en el mar, salí de mi escondite. A lo mejor me echan al agua, pensé. Pero no fue así. Los marineros se alegraron mucho de llevarme, y en recompensa bailé y canté todas las noches, y también los consolé de su soledad. Después de treinta y dos días llegamos a América.

Era el amanecer. “Baja, Juanita, que ya estás en América”, me dijo Francisco Pizarro. Se llamaba como el conquistador y decía que eso le iba a dar suerte en América y que allí se iba a quedar. Currito, ¿dónde estamos?, le pregunté. “En América, ¿no te digo?” Pero América es muy grande, le contesté. ¿Cómo se llama a donde hemos llegado? “Estás en La Guaira —me dijo—, el puerto principal de la provincia de Venezuela, y ea, bájate ya, que estamos descargando.” Y me bajé a la chalupa, con mucho miedo, porque estaba el mar muy movido. “Suerte, Juanita, y a los buenos días”, me gritó Francisco Pizarro, y no lo vi más.

Lo primero que noté es que hacía menos calor que en los veranos de Sevilla, y pensé, menos mal que es más fresco. Lo segundo, que había muchos negros, y yo no había visto nunca tantos; algunos sí, de los que traían de África. Y luego que hablaban muy deprisa, como nosotros, los andaluces, que no tenemos paciencia para pronunciar todas las letras. Así que me dije, bueno, Juanita, ésta va a ser tu tierra de ahora en adelante. Y me gustó mucho. Había unas montañas muy altas que daban al mar, la luz era

blanquísima, y todo muy verde. Pensé, el verde es color de esperanza, y con el buen tiempo que hace, no será tan malo dormir al descampado. “No se vaya a meter en el monte –me advirtió un muchachito a quien le pregunté– porque hay mucha culebra.” Vaya por Dios, siempre hay una desgracia para el pobre, me dije, cuando el tiempo es bueno, la naturaleza es mala. Pero el tiempo no fue tan bueno, porque después de mediodía se taparon las nubes y llovía tan fuerte que me hacía daño el agua en el cuerpo. Nunca había visto llover así, pero como no quería ser malagradecida con la suerte que había tenido de llegar viva tan lejos, pensé que era un baño gratis que me mandaban del cielo, y me acordé del trabajo que pasábamos Diego y yo, en verano, para meternos a refrescar en alguna fuente, sin que los alguaciles nos sacaran de mala manera.

Cuando terminó de llover, me acordé de que no había comido nada desde la noche anterior y empecé a buscar una taberna, pero no encontré ninguna. Subí por las callejuelas del pueblo de La Guaira; la gente me miraba, entendiendo que era forastera, con curiosidad, y finalmente me paré en una casa, ante cuya puerta una mujer sentada pelaba unas frutas que yo no conocía. Me las dio a probar, sin yo haberle pedido nada, así se me veía el hambre en la cara, y después de agradecerse, porque eran muy ricas, le busqué conversación. No había ninguna taberna en La Guaira, ni en Caraballeda, otra pequeña población cercana. Por lo menos, no una taberna como las que yo conocía. Si acaso, lo que la mujer me dijo que se llamaban pulperías, donde se vendían víveres y algunas bebidas para los hombres, pero de tapadillo, porque estaba prohibido venderles bebidas fuertes. De vino, además, nada. Ron y guarapo. Para ejercer mi arte, la mujer me dijo que aquél no era un buen sitio. Ella nunca había estado en Caracas, la capital de la provincia, pero se imaginaba que allí encontraría mejor situación. Me señaló la montaña

a nuestras espaldas, y me dijo que la ciudad estaba detrás. A unas doce horas a mula. Pero la mula, habrá que pagarla, ¿no?, le dije, y ella me contestó con un silencio elocuente. Yo no tenía ni un maravedí en el bolsillo. Ni ropa, porque en la carrera de la noche en que prendieron a Diego, se me perdió el atado que siempre llevaba conmigo. En el barco me había hecho unas camisas con los pedazos de una vela rota que me dieron los marineros, y me acordé de agradecerles a las monjas y a la sastra lo que me habían enseñado de costura. Pero yo no había venido a América a coser.

Para que me llevaran a Caracas en la mula no había más remedio que acudir a mi arte, y si la cosa no iba por tientos, iría por alegrías. A la orilla de un puerto no debe ser difícil, pensé, encontrar a un hombre solo. Y dicho como hecho, me senté en los tablones del embarcadero a ver qué pescaba. Y pesqué a un tinterillo de la aduana. Allí mismo en la arena le serví y me pareció que empezaba con buen pie porque no vi ni alguaciles ni tenientes que se metieran donde no los llaman. El tinterillo me dio unos pesos, que no sabía yo si eran muchos o eran pocos, pero supuse que sería lo justo, y esperé a que amaneciera para buscar a un arriero que me llevara a Caracas. Me desayuné con unas tortas de maíz que vendía un niño a voces y me parecieron muy buenas, a él mismo le pregunté dónde encontrar un arriero, y tuve la suerte de que lo era su padre, que al día siguiente de madrugada salía para Caracas con dos mulas de mercancía.

El arriero me cobró el viaje pero no me dejó montar en las mulas porque iban muy cargadas. De todos modos, el precio lo valía porque nunca yo sola hubiera logrado escalar aquella montaña tan alta, llena de vericuetos y precipicios, así que cuando me dejó en la Puerta de Caracas, le agradecí sus servicios y me despedí de él. Ahora sí estaba ya en la ciudad. Me pareció pequeña, muy rústica, no vi ni grandes iglesias ni palacios de

oro, como me había imaginado yo que era América. Era un pueblecito entre montañas, en un valle muy verde, de altísimos árboles y casitas muy pequeñas, y eché de menos Sevilla, tan preciosa, con su Torre del Oro, su Giralda, sus iglesias, sus plazas y palacios, su catedral. América no era como yo me la había pensado, pero la verdad es que tampoco había hablado nunca con alguien que hubiera venido de aquí, y pensé que me debía dejar de comparaciones para ir a lo mío.

Me quedaba muy poco dinero, después de pagarle al arriero y comprar algo de comer, así que juzgué que el tinterillo había sido muy avaro, y que no podía perder mucho tiempo sin encontrar de qué vivir. Como Caracas era tan pequeña no me fue difícil enterarme. Había en los arrabales varias casas parecidas a las tabernas, aunque éstas eran de paja, y las paredes de barro endurecido, donde se apreciaba mucho el arte del baile y, según me dijeron, a las cómicas españolas las pagaban muy bien porque eran pocas.

Entré en conversaciones con la dueña de la que era la casa principal. Una mulata más simpática que las pesetas, y que me recibió contenta porque estaba a falta de personal. Otra cosa que me gustó enseguida es que las mujeres iban por la libre. No tenían rufián para administrarlas. El buey suelto bien se lame, le dije, pero ella nunca había escuchado el refrán. Que me va bien no tener perro que me ladre, le aclaré, y eso lo entendió y le hizo mucha gracia. “A mí me gustan las andaluzas –dijo–, aquí tú te puedes hacer tus buenos realitos.” Y empecé esa misma noche a trabajar. La clientela era poca pero pagaban bien, y después que canté dos cositas tenía una cola de hombres atrás; pero, para empezar a hacer amistades, repartí el dinero con las otras chicas: una canaria, dos mulatas libres, y una negrita que se había escapado de esclava. “Tú sí eres viva –se rió la dueña–, enséñame a las muchachas a bailar, que aquí vamos a tener la mejor rochela de

Caracas.” Y creo yo que así fue porque venía gente y más gente, y de todo, que llegaba también gente principal a divertirse. Me llamaban Juanita de Triana y empecé yo a vestir como una reina.

Nunca había sido más feliz en mi vida, y que me perdone Diego, que en paz descansa. Como la ciudad era muy oscura, el trabajo se terminaba antes de medianoche, y empezaba alrededor de las seis; de día tenía tiempo para estar a gusto, descansar, pasear, y gastando poco, era mucho lo que había ahorrado. Para la vejez, que el arte pide juventud. Además había un morenito que me rondaba y quería que me fuera a vivir con él, a una tierrita que tenía más allá del pueblo de Petare. Yo, para meterme a campesina, no tenía vocación, pero él me prometía que iba a estar de doña, y que tendría quien me sirviera. Muchas ilusiones se hacía, pero me gustaba su compañía porque estar siempre de servicio, seca, y con él, era por gusto. No lo quise tanto como a Diego Hinojos, era un hombre de mucho porte, Diego Hinojos, pero el morenito me hizo pasar muy buenos ratos, y tenía mucha alegría, que es lo principal.

Los alguaciles los hay en todas partes, y aunque en América menos, también. Tenía la mulata muy bien arregladas las cosas con el celador del barrio, para que nos dejara tranquilas; la mala estrella fue que lo cambiaron. El gobernador no lo quiso poner más, así que nos tocó celador nuevo, y de muy mala leche. Primero, empezó por pedir más coima que el otro, y la dueña, Catalina, que no la había nombrado, aceptó. Qué remedio quedaba. Luego, que había que cerrar a las diez y no a las doce; pues se cerró a las diez. Y después que no quería blancas en el fandango, que las blancas que fueran putas las iban a devolver a España. “Aquí no hay putas, aquí hay cómicas”, le dijo Catalina, por defenderme, pero tanto dio el hombre que yo tuve que irme. Hubiera sido una

malagradecida y una malaje si por mi culpa le cierran la casa a Catalina. Y me fui. Pensé que me retiraba del oficio, y que le aceptaría la proposición al morenito, pero no me dio tiempo. Al celador lo que le apetecía era tener cómica particular y me vino a buscar una noche. Será que yo había perdido la costumbre de andar siempre con miedo a la justicia, como en Sevilla, y pensé que bastaba con decirle que no. Pero el hombre era uno de esos castellanos más brutos que un arado y no le gustó que me negara. “Te pongo presa, Juanita Redondo”, me gritó furioso, y yo, sin más, le tiré la puerta en las narices. Pues al día siguiente volvió con la misma murga, que me fuera con él, y cuando le iba a tirar la puerta otra vez, sacó unos grillos, me los puso en los pies, me amarró las muñecas con una cuerda, y a golpes me llevó hasta la Casa de Corrección.

Y allí empezó Cristo a padecer. Me arrojaron a una celda en la que había más de quince mujeres, medio desnudas, estropajosas, en un olor pestilente; algunas tiradas en el piso, como adormiladas, otras dando gritos, unas engrifadas con otras. Pasé por lo menos siete días en aquel infierno, pensando que estaba pagando todos mis pecados, hasta que vino el regidor a hacer una visita, y viéndome, le dijo a los guardias que aquella casa era para las esclavas altaneras o viciadas, y para las morenas libres que vivían sin profesión conocida, pero no para blancas, y ordenó sacarme de allí y enviarme al hospicio de mujeres de Nuestra Señora de la Caridad. Y para allá fui. El hospicio no era mucho mejor que la Casa de Corrección. Un lugar lúgubre, húmedo, muy oscuro; la única diferencia que pude apreciar es que las mujeres que en él se encontraban eran, en efecto, blancas, y algunas las había de mucho ringorango, razón por la cual pretendían que las que éramos menos, las sirviésemos. Yo no soy esclava, señora, le dije a una que se las daba de marquesa. “Pero será usted blanca de orilla”, me contestó la muy cabrona.

De la orilla del Guadalquivir, señora, y a mucha honra, y me acosté en el suelo a dormir. Me contó una mujer, que estaba presa porque había matado a su niño recién nacido, que la marquesona estaba allí por orden del marido, que la había encontrado de picos pardos en una corrida de toros, disfrazada y tratando de confundirse con el populacho. Así que, ¿a los toros?, le dije luego, y no me contestó.

Escaparse del hospicio era muy difícil. Tenía paredes muy altas, ventanas pequeñas y con rejas, y la celda la cerraban con dos candados. Todas las que lo habían intentado habían fracasado, y decían que luego las habían llevado a un sitio peor, que no me imaginaba yo cuál podría ser. Pensé que no me quedaría más remedio que esperar a que me juzgaran, y se dieran cuenta de que no había cometido ninguna falta, porque la casa de Catalina estaba permitida y no se jugaba en ella, que era lo más prohibido. Pero no fue así.

Algunas señoras principales tenían por costumbre visitar a las presas y llevarles comida, ropa y libros santos; la más asidua era doña Manuela de Benavides, porque pagaba una promesa que le había hecho a la Virgen de la Caridad. Cuando llegaban las señoras, para que no les oliera la peste en que vivíamos, nos echaban encima unos baldes de agua y nos sacaban al patio, donde era la visita. Doña Manuela se acercó a mí y me buscó conversación.

Yo le dije que era de Sevilla, que había venido a América por seguir a un hombre que tenía un compromiso conmigo, y que cuando habíamos llegado, después de muchas penalidades, porque casi naufragamos, me había abandonado, el muy ruin, y yo me había visto sola y desamparada con un niño en los brazos, que se me había muerto de hambre, y no había encontrado otro trabajo que ser criada de una casa de pecado, y por eso me

habían encerrado, y que lo único que quería era volver a España, para cuidar a mi madre que era viuda, muy enferma, y se estaba muriendo del dolor de haberme perdido. Tenía yo mucha labia.

– No te creo una palabra –me dijo doña Manuela– pero me hace falta una criada despierta que me vigile a las esclavas, porque a mí llevar la casa me aburre mucho.

Yo le prometí que, aunque mi madre llorara lágrimas de sangre, me iría a su casa y le serviría toda la vida, si me sacaba de allí. Habló doña Manuela con algún mandamás, y esa misma tarde vinieron a buscarme a la celda y me llevó el teniente hasta su casa. Me despedí llorando de aquella pobre mujer que había ahogado al niño, y a la marquesona le dije: Ya ve usted que más vale caer en gracia que ser gracioso.

Doña Manuela de Benavides y Riera vivía con su marido en la esquina de Las Mercedes, al frente del convento de los franciscanos. La casa era muy grande, tenía dos patios principales y muchas habitaciones de dormir para los señores, aunque no eran más que ellos dos, porque no tenían hijos. Estaba también el escritorio de don Fernando, con su mesa para los tinteros y muchos libros, la sala principal donde recibía doña Manuela las visitas, y otra más pequeña, que llamaban la salita, donde se sentaba a leer. Le gustaba mucho leer a doña Manuela. Tenían ocho esclavos porque eran muy ricos. Dos mujeres que limpiaban la casa, la cocinera, otra para lavar, otra para planchar, un muchacho para cuidar las matas, y otro, sin mucho oficio, para cuidar de los caballos; más el pajecito, que era el hijo de la planchadora, y lo tenían vestido como a un príncipe

y era el encargado de ir a dar los recados. Me dieron un cuarto para mí sola, que daba al patio de atrás, el de los sirvientes, y desde allí una se podía estar sentada, mirando la montaña de El Ávila, por las tardes, al fresco.

Allí estaba bien; me aburría, sí es verdad, porque ya me había apegado a llevar la vida como mejor me pareciese, y además, eran de costumbres muy austeras. A las seis, todos al oratorio a rezar el rosario, a misa todos los domingos y también algunos días de trabajo. A las siete comían, y ya a las nueve se apagaban todos los candiles, y quieras que no, a dormir. Me sentía muy encerrada, pero doña Manuela se daba cuenta y me dejaba por las mañanas dar una vueltecita, ir al mercado a comprar, o me mandaba a algún recado. Me quería tener contenta, la muy lagarta. Yo pensé que tendría que quedarme en su casa hasta que al celador del barrio se le olvidara mi nombre, y, a veces, cuando doña Manuela me mandaba al mercado, me escapaba un rato a la casa de Catalina para ver cómo andaban las cosas, y estar enterada de cuando nombrasen a otro. La vida en casa de doña Manuela era un regalo de la providencia, si se compara con lo que me esperaba en el hospicio de mujeres, pero tampoco quería yo ese regalo para mucho tiempo. A mí me gustaba la libertad, así que me dije, aquí, Juanita Redondo, te tiras un añito o dos, y luego, a tu arte. Pero una cosa piensa el burro y otra el que lo monta. Y doña Manuela lo tenía pensado distinto.

Transcurrieron los primeros meses sin que yo notara nada raro. Doña Manuela pasaba la mañana en su cuarto, más tarde daba una vuelta por la cocina, después me mandaba al mercado, luego a comer, después la siesta, al terminar la siesta, venían sus amigas a merendar el chocolate, o si no, salía ella, y en lo que oscurecía, el rosario. Yo, con poca tarea, porque las esclavas lo hacían todo, y lo de vigilarlas, pues no era mi gusto

estarle montando guardia a nadie. Que no limpiaban hoy, pues ya limpiarán mañana. Que se quedaba la ropa sin planchar, pues que se pongan otra, que para eso tienen mucha. Que el muchacho no quitaba las malas hierbas, pues que miren las buenas. Que se sacaban la comida de la alacena, pues que les aproveche. Lo único que me preocupaba era que, al no tener mucho oficio, doña Manuela fuera a encontrar que mi presencia estaba de más y me mandara al hospicio de vuelta. Pero nada parecía indicar que lo haría, y al revés, le gustaba estar conmigo y me buscaba la lengua por las tardes, cuando no venían las amigas o ella no salía, para que le contara cosas de España.

Su padre era de Cáceres y había venido a Venezuela de Tesorero Real. De la orden de los caballeros de Santiago, había sido un señor muy rico, con muchos campos, pero que le gustaba ver mundo y servir al rey. Su madre era de una familia muy principal de Caracas, descendiente de un señor que había muerto en la defensa de la ciudad, cuando la quiso invadir el pirata inglés Amyas Preston. Tenían muchas tierras en el valle de Osma, con plantaciones de cacao. El marido, don Fernando, también muy principal; era dueño de una hacienda en Barlovento y pasaba allí temporadas muy largas. Yo, al principio, seguía con el cuento de la primera vez, pero el que mucho habla, mucho yerra, y un buen día, contándole de Sevilla, metí la pata y se me salió lo de la taberna donde conocí a Diego Hinojos, y ya no pude echar para atrás, porque a doña Manuela le hizo mucha gracia y tuve que contárselo todo. No hubo mayor diversión. Todas las tardes a recordar mis noches sevillanas, cuando Diego y yo íbamos de garito en garito a cantar y hacer fullerías, y hasta tuve que inventarme algunos episodios porque se me terminaba el repertorio, y me empezó a parecer que, a lo mejor, el oficio que me tenía doña Manuela era el de entretenimiento.

Y cuando ya no hallaba qué más decirle de Sevilla, porque, al fin y al cabo, me había venido a América con diecinueve años, tuve que contarle de la casa de Catalina en Santa Rosalía, y más todavía le gustaban las situaciones a doña Manuela, porque, a veces, entre los señores que la frecuentaban tenía conocidos. Pero también se me acabaron los cuentos de la casa de Catalina, y volví a lo de Sevilla, para acordarme de los años amargos de mi infancia, cuando estuve en el hospicio de las monjas y en el taller de sastrería. “Así que tú eres una pícara”, me dijo doña Manuela, cuando le conté cómo me había escapado del taller para irme a la casa de la señora del canónigo. “Me lo había imaginado desde el día en que te conocí en la casa de la Caridad.” Yo no le contesté. “No te avergüences, niña, que te ha tocado una vida muy mala. Para ser honrada hacen falta muchas cosas”, añadió después, y se quedó callada mirando por la ventana. Me despachó a mi cuarto y dijo que no quería más conversación.

Yo tuve un presentimiento. Que doña Manuela no era tan feliz como me lo había parecido. Pensé, tiene ganas de contarme un secreto y no se atreve. Pero tampoco le di más importancia y dejé estar las cosas. Después de ese día, pasaron muchos sin que doña Manuela me volviera a llamar, hasta que una mañana me buscó en mi cuarto, me entregó un sobre y me ordenó que lo llevara. Yo tenía que entregarlo, esperar la respuesta, y volver sin explicarle a nadie a lo que iba. Y así lo hice.

Era una casa en la esquina de San Jacinto, frente a la iglesia de San Pablo. Toqué la aldaba de la puerta y salió una esclava. Sacó del fustán un sobre y me lo entregó, al tiempo que guardaba el que yo llevaba, y cerró la puerta inmediatamente. A partir de aquel día el intercambio de cartas se repitió con bastante frecuencia, y por más que lo

intenté, no logré sacarle una palabra a doña Manuela; tampoco a la esclava, que era muy bien mandada.

Mis conversaciones con doña Manuela escaseaban, a veces me llamaba para preguntarme alguna cosa o para que le diera una indicación a la cocinera o a la planchadora, pero nada más. Al fin y al cabo, ya le había contado todo lo que me acordaba de mi vida, y hasta un poco más, usando mi imaginación. Al celador del barrio no lo habían cambiado todavía y Catalina me había advertido que era necesario esperar. También me había dicho que el morenito seguía preguntando por mí, y yo tenía decidido irme con él, pero me parecía mejor quedar en buenos términos con doña Manuela, no fuera cosa que se le ocurriera mandarme a encarcelar otra vez. Su silencio, después de tanta amistad, me parecía raro, y como no estaba al cabo de saber sus pensamientos, la prudencia me aconsejaba esperar.

Llegó un día del Corpus y las negras estaban todas muy alborotadas, querían ir a la fiesta que se daba en la plaza mayor, para bailar, cantar, y ver a los dragones y a los diablitos. Toda la ciudad estaría reunida en la plaza, desde el gobernador hasta el último mono. Doña Manuela le dio permiso a los esclavos para irse de fiesta, y a mí también. Me pareció extraño que ella no fuese, porque había llegado invitación del gobernador para que asistiese a los palcos reservados a las señoras, pero dijo que ella prefería quedarse en casa porque esperaba que don Fernando regresara de la hacienda.

Me fui con la lavandera, muy acicaladas las dos, y me harté de bailar y cantar, y reírme, que buena falta me hacía, pero se me cayó la alegría cuando me encontré con Catalina. Nunca falta una desgracia en la casa del pobre, y ella tenía malas noticias. Se le había muerto una muchacha, la morenita más joven, de un mal parto. Estuve con ella,

consolándola, porque yo sabía el cariño que le tenía, y la verdad es que después me faltó ánimo para correr delante de los diablitos como si fuera una chiquilla. Así que me despedí de Catalina y le prometí que iría el siguiente domingo a una misa que le hacían a la difunta en la iglesia de San Mauricio. Cuando llegué a casa estuve un buen rato tocando la puerta pero nadie abría. Pensé que doña Manuela se había cansado de esperar a don Fernando y se había marchado a la fiesta, así que di la vuelta y me metí por el corral de atrás, salté el muro, y me fui a mi habitación. Pero ¡el diablo me tentó la curiosidad! Me dije que quería ver la casa, como si yo fuera la señora, y saber qué se sentía, sentada en la sala o en los sillones del patio principal, y me puse como una misma tonta a dar vueltas, imaginándome que yo era la dueña de aquel solar. En eso, llego al zaguán, y sobre el banco veo un sombrero de cura. ¡Hostias!, pensé, ¡otro canónigo! Sentí pánico de ser descubierta en el fisgoneo y corrí hacia mi cuarto, pero era tarde. Una voz de hombre me llamó.

– Juanita, ven para acá, que te quiero conocer.

Al lado de doña Manuela estaba un caballero, muy joven, tan buen mozo que me recordó a Diego Hinojos en sus tiempos, vestido con unos calzones y una camisa abierta, y sin nada que hiciera pensar en un cura.

– No soy cura –me dijo–, pero tú sabes que esto es un asunto muy delicado y hace falta disimular.

Yo no podía abrir la boca, no me salía una sola palabra. Además estaba segura de que doña Manuela iba a estar más encendida que la tarasca de la plaza y no quería verla.

– No quiero molestar –fue lo único que logré decir.

El caballero se rió.

– No, chica, si tú no has molestado. Has cumplido muy bien tus encargos.

No me quedaba duda de que era a él a quien yo le llevaba las cartas.

– Es hora de irme –dijo. Y se echó encima la capa negra que llevaba en la mano y se caló el sombrero. –Hasta otro día, Juanita, que estés bien.

Me fui corriendo a mi habitación, me acosté debajo de la cobija, y no volví a salir. Cuando llegaron las negras, las oí riéndose y haciendo bulla, pero me quedé en silencio. No quería dar ninguna explicación, ni decir a qué hora había llegado.

A la mañana siguiente no me atrevía a mirarle los ojos a doña Manuela y le mandé a decir con el paje que estaba enferma. Ella no me hizo llamar, y me pasé todo el día en la cama. Por la noche salí a la cocina porque tenía mucha hambre y me encontré a doña Manuela preparándose algo.

– ¿Por qué no me ha llamado para atenderla? –le pregunté.

– Acuéstate, que es tarde –me dijo como si nada, y comprendí que de la fiesta del Corpus no se hablaría más.

A los pocos días llegó don Fernando de la hacienda y prepararon un banquete para agasajar al alcalde. Estuvimos en eso muy atareados todos los sirvientes, y se dispuso un festín de mucha importancia. Vino, creo yo, todo el que tocara algún pito en la ciudad; se abrieron buenos vinos, traídos de España, se sacaron los platos de la mejor Talavera que había, y las copas doradas, que estaban guardadas. El alcalde era hijo de andaluces, y debe ser que me oyó hablar con las otras mujeres, que se dio cuenta de que yo también lo era.

– Es Juanita –me presentó don Fernando–, Juanita Redondo, una muchacha que Manuela sacó del hospicio donde la habían metido de mala manera. Juanita canta muy bien –añadió.

No había pensado yo que don Fernando estaba al tanto de mi arte, pero, de buenas a primeras, me vi, obedeciéndolo, cambiarme la falda y la blusa blancas, que me había puesto para ir igual que las otras, y poniéndome una falda de colores y una blusita más picarona.

– A ver, Juanita, unas sevillanas – pidió el alcalde.

Un poco avergonzada, me aclaré la voz, me eché saliva en las manos, y a cantar y dar palmas, como en los buenos tiempos. En eso estaba cuando tocaron la puerta. Llegaban más invitados. Don Fernando me hizo un gesto de que ya estaba bien, y salí a buscar más vino y copas. Por la puerta entraron varias personas, entre ellas, el del sombrero de cura. Se dirigió a don Fernando y se abrazaron, luego, muy respetuoso, saludó a doña Manuela, y así siguieron bebiendo y charlando hasta bien entrada la noche.

Le pregunté al muchacho que cuidaba los caballos, y que aquel día estaba de mozo de servir, quién era el caballero que acababa de entrar.

– Don Alonso Riera, un primo de la señora –me aclaró.

Pues qué bien, me dije, todo queda en familia.

Don Fernando pasó un mes en Caracas y después se fue otra vez, camino de Osma, para pasar allí unas dos semanas. Doña Manuela me volvió a buscar conversación. Empezó de nuevo a llamarme por las tardes, a que pasara por la salita, y a hacerme

preguntas y comentarios que no venían a cuento. Así estábamos, hablando tonterías, hasta que de repente saltó la liebre.

– Mira, Juanita, el día que yo me vaya te voy a dejar unos pesos para que te puedas casar con ese enamorado que tienes.

– ¿Se va usted?

– Pues, a lo mejor.

– ¿Se va usted a la hacienda?

– ¿A Barlovento? No, mijita, a ese zancudero y ese calor no me voy ni a tiros.

– Como don Fernando dijo que tendría que pasar una temporada larga por allá...

– Sí, pero yo no me voy con él.

Estaba más claro que el agua. Doña Manuela me miraba fijamente, para ver si yo decía algo, y pensé, ya está bueno de andarse por las ramas, Juanita, dile lo que piensas que te está buscando la lengua, y que sea lo que Dios quiera.

– ¿Se quiere ir usted con don Alonso?

– Niña, ¡qué avispada eres tú!

– Pero, doña Manuela, ¿y don Fernando? ¿Y lo demás? Mire que yo vi en el hospicio a una señora muy principal que la tenían allí nada más porque un día se fue a los toros. ¡Ay, doña Manuela! ¡Que se va a armar la de Dios es Cristo!

– ¿Y qué remedio le ves tú?

– Pues ninguno, doña Manuela, que tenga usted mucha resignación.

– Vaya remedio, mijita.

– Y como es usted mucho más joven que don Fernando...

– Ajá, ¿y qué?

– Bueno, eso, que es usted más joven y tendrá más vida.

– ¿Que espere a que se muera Fernando para casarme con Alonso?

– Ea, sí, eso es lo que digo.

– Bueno, pues si todos hemos de morir, ¿no crees tú que un poco antes, un poco después, dará lo mismo?

– ¡Ay, doña Manuelita, por la Virgen de la Macarena! ¡Que eso es pecado! ¡Que lo que está usted pensando es pecado!

– Si ya he pecado, lo mismo será que peque de un todo.

– ¡Cómo va a ser lo mismo! El pecado de la carne lo perdona Dios porque la carne es débil, dicen los curas, que también pecan ellos. Pero lo que usted está pensando, no, mire que cuando la reciba San Pedro llevará la cuenta más gorda.

– ¡Ay, Juanita! Tú en el fondo eres una muchachita inocente. Ya eso está decidido, y tú nos vas a ayudar.

– No, doña Manuela, en eso, no. Llevar las cartas, teparle lo que usted quiera, serle su alcahueta, lo que usted mande, pero matar a un cristiano, no, eso que me pide usted yo no lo hago, se lo juro por los huesos de mi madre, que ni la he conocido.

– Es que no te lo estoy pidiendo, Juanita, te lo estoy mandando.

– Usted no me puede mandar algo que está contra la ley de Dios, ni siquiera a sus esclavos les puede usted mandar eso.

– ¿Sabes qué me dijeron en el hospicio de la Caridad?

Guardé silencio porque ya sabía por dónde me venía el toro.

– Pues me mandaron a avisar que no fuera más por allá, porque metieron a una pobre muchacha que estaba leprosa y se han contagiado todas. Qué suerte tuvo esa Juanita

Redondo, me dijeron, la que se llevó usted para su casa, porque el mal de Lázaro va a acabar con todas estas desdichadas.

Verdad o mentira, no me quedaba más remedio que creerle. Me despidió a mi habitación, y cuando salía por la puerta, me ordenó:

– Levántate temprano mañana, que tienes un encargo que hacerme.

Yo pensé que sería llevar una carta a don Alonso, pero no fue así. Por la mañana, muy tempranito, doña Manuela me explicó la dirección de una mujer que vivía por Petare.

– Dile que tengo muchas ratas en el patio y que hace falta un remedio fuerte. Ella te entenderá.

Eché a andar, pensando que a lo mejor tenía la suerte de encontrarme con el morenito, en ese caso, me quedaba con él, y doña Manuela no me volvía a ver el pelo. Pero la buena suerte se me había acabado. No di con el conuco del morenito.

Cuando llegué a Petare estaba el sol alto. Doña Manuela no me había dado dinero para hacer el viaje en un carro de arriero. Tenía que ir a pie y sin hablar con nadie. Llegué al pueblo, agotada del calor y la sed, y empecé a buscar al morenito, pero el tiempo se me terminaba. No quería volver oscuro a Caracas, porque les estaba prohibido el paso de noche a las sirvientas, y aunque yo, por blanca, podría pasar desapercibida, no quise tentar la suerte. ¡Qué mal fario el mío! Si no hubiera sido por ese cabrón del celador del barrio hubiera estado yo, en casa de Catalina, triunfando. ¡Juanita de Triana, mujer de rompe y rasga! Y si no fuera por pretenciosa, me hubiera ido a tiempo con el morenito, cuando me lo propuso la primera vez, pero yo, que no, que era mucho triunfo lo que todavía me esperaba en Caracas, para meterme en un conuco a criar niños y a engordar. Y ahora, ahí estaba el castigo de Dios.

Busqué la casa de la yerbatera y ésta no me fue difícil encontrarla. Cuando se está de malas, todos los caminos son de espinas. Era una india, vieja y sucia, que apestaba. Me metió rápidamente en su covacha y me preguntó a qué había venido. Yo le repetí el encargo y ella se echó a reír, con una boca a la que le faltaban casi todos los dientes. Es una bruja, pensé, doña Manuela me ha mandado a la casa de una bruja. Nunca me gustaron los cuentos de demonios y de malditos. Cuando era niña, en el hospicio de las monjas, había una que contaba leyendas de los alumbrados, y decía que a su madre la había quemado la inquisición, pero yo nunca le di crédito a esas historias, ni he sido de las que no pueden ver un gato negro porque creen que es el diablo, o una jorobada, porque dicen que traen mala suerte.

La india me dijo que no me asustara, que ella no me iba a hacer daño, que ella ayudaba a sanar a la gente. Y la verdad es que, al preguntar por ella, todo el mundo la conocía y la apreciaba, y creyendo que yo la visitaba por alguna enfermedad, me la recomendaron mucho y me dijeron que era mejor que los médicos de los blancos, y total, tampoco los había muchos, ni yo creía en esos barberos de mala muerte. Para mí siempre he tenido que la gente se muere el día que le toca.

Le repetí el encargo de doña Manuela y la india se me quedó mirando.

– ¿Cómo de qué tamaño es la rata que quieren matar? –me preguntó.

– La rata es bastante grande –le contesté.

– ¿Más grande que tú?

– Más grande que yo, y más gorda.

– Yo curo a la gente de sus males. Para matar una rata tan grande, cuesta mucha plata.

Le puse en la mano la bolsa que me había dado doña Manuela. La vieja contó el dinero y me dijo:

– Vuelve mañana.

Yo había pensado que el preparativo estaría listo enseguida y que doña Manuela no me iba a creer que le había cumplido el encargo. Pero no dijo nada, sino que regresara el día siguiente.

A todas éstas, don Fernando no había vuelto de la hacienda de Osma, y yo empecé a pensar en cómo haría para darle aviso cuando llegara. Me acostaba por las noches a darle vueltas a la cabeza, inventando la manera de decirle lo que estaba pasando, pero no se me ocurría nada. Una, podía ser dejarle un papel escrito en su mesa, pero lo escrito, escrito queda, y me parecía muy comprometido. Otra, era decírselo por las buenas, y pedirle a cambio que me sacara de Caracas y me mandara a España en algún navío, o que me escondiera en la hacienda mientras tanto. Pero lo que me hizo desistir fue el pensar que él no me creería. ¿Cómo me iba a creer a mí que doña Manuela y don Alonso querían envenenarlo? ¿Quién era yo, para que mi palabra valiera más que la de su mujer? Y además, que el pobre don Fernando era muy tontorro. Nada más ver la cara de gilipollas con que había saludado a don Alonso, el día de la fiesta, me bastaba para darme cuenta de que no se olía nada y no estaba pero ni cerca de saber los cuernos que le tenían puestos aquellos dos hijos de puta. Si hubiera estado conmigo Diego Hinojos, algo se le habría ocurrido, porque él era más listo que el hambre. Pero no estaba, que en paz descansa, y yo maldecía el momento en que se me había ocurrido hacerle caso al cochero de la señora del canónigo para venirme a América.

Regresó el desventurado don Fernando de la hacienda. No estaba ese día en casa doña Manuela porque era domingo y había salido con las esclavas a misa. Si será hipócrita la jodida, ir a misa, para que la miraran todas las señoras confesarse y comulgar. Traté de que a aquel hombre se le prendiera una luz.

– Lo noto a usted muy desmejorado, don Fernando.

– ¿Desmejorado, por qué, Juanita?

– Pues, no sé, como de mal color. Yo creo que a usted Caracas no le presta.

Se miró en el espejo del comedor. – No me veo nada raro.

– ¿Y de la digestión? ¿Cómo está usted de la digestión? ¿No tendrá un empacho?

– Pues bien, Juanita, muy bien. Te veo muy preocupada por mi salud.

– Es que yo he estado muy mala. Muy mala, don Fernando. He estado con unos retortijones que no vea, y mucho cólico. Es que el agua aquí es muy podrida, don Fernando, y como la sopa lleva mucha agua, y ya sabe usted que a doña Manuela le gusta que siempre se ponga sopa, pues yo lo que he pensado es que no voy a tomar sopa por muchos meses. Fíjese que el otro día se me ocurrió darle un poco de sopa al gato, y se ha muerto el animalito.

– ¿Cómo va a ser? ¿Y no le dijiste nada a la señora?

– ¡Ay, don Fernando! No le vaya usted a decir nada a la señora. No me traicione, don Fernando, mire que ella cree que es que yo le tengo manía a la cocinera, porque el otro día nos dijimos unas palabras. Si ella sabe que yo le he dicho a usted que la sopa está mala, me va a mandar otra vez para el hospicio.

– Bueno, bueno, no le diré nada, pero quédate tranquila, Juanita, que te veo muy desmejorada yo a ti.

En eso llegó doña Manuela de misa y me tuve que ir al patio de atrás. Estaba segura de que don Fernando me había tomado por loca.

A la semana de estar don Fernando de vuelta tuvieron que llamar al médico. Yo no me explicaba en dónde le ponía doña Manuela el preparativo, porque en la sopa no era. Primero, que se servía en la sopera, de la que comía ella también, y segundo, que más de una vez yo hice la prueba de dársela al gato, y no pasó nada. Si don Fernando pedía chocolate para merendar, yo corría a servirselo, antes que doña Manuela fuera a decir que se lo traía ella, pero no era tampoco en el chocolate; de eso estoy segura, porque también con el chocolate hice la prueba del gato. Nunca supe con qué lo mezclaba, pero a la semana ya al pobre se le veía el mal color. Estaba el hombre que no se podía mover de la cama, y echando todo el día aguas verdes.

Vino el médico y prohibió que le dieran de comer y mandó a hacerle las sangrías.

– ¡Ay, que se nos muere de debilidad! –le dije yo.

Pero el médico me mandó a callar de mala manera, diciendo que yo era una mujercita de pueblo y una ignorante.

– Oiga usted –le contesté –, que soy de Sevilla, y además que me han enseñado a leer y a escribir, lo que hay muchas señoras que no saben.

Pero doña Manuela me mandó a la cocina a traer unas compresas y me dijo que no me metiera en lo que no me llamaban. Don Fernando cada día andaba peor. El color era ya de sábana, de sudario, mejor dicho, porque lo veía yo que le quedaba poco en este valle de lágrimas, y el médico, venga sangrías, y unas póчимas que no le hacían efecto. Llegó un momento en que no pude más. Me pasó como a Diego Hinojos, que me perdió el buen corazón. Aproveché una tarde en que doña Manuela tenía visita, porque

desde que don Fernando estaba malo, la casa parecía un mercado de la cantidad de gente que venía. Estaba en la sala nada menos que el deán de la catedral, preocupado por la salud de don Fernando, que era un hombre muy apreciado, por lo bueno, y por lo tonto, digo yo. El médico estaba solo con él en la habitación y llamó para que trajeran agua caliente. Le quitó la jarra a la esclava y se la llevé yo misma.

– Digo yo, sin que usted me malentienda, si no será que allá en la hacienda, algún negro que le tiene mala voluntad le habrá echado un veneno –le dije para ver si el hombre picaba. Y picó.

– Pues, mira que yo también lo había pensado –me dijo– porque esta enfermedad que tiene es muy rara.

Me puse muy contenta porque creí que, a lo mejor, sabiéndose la causa, se encontraba el remedio, pero poco me duró la alegría. Don Fernando se murió esa noche. Vino toda la ciudad al velorio, y vino también don Alonso, y con dos pares de cojones le dio el pésame a toda la parentela. Vestido de negro, y de los primeros que alzaron la urna para llevar el féretro hasta la catedral.

Yo estaba muy triste porque no lo había podido salvar, pero me consolaba pensando que había hecho todo lo que estaba en mi mano, y el que no había querido era Dios. Pasaron varias semanas, ya ni me acuerdo cuántas, hasta que se presentó el alguacil a la casa de doña Manuela, con el teniente y dos soldados. Venían a prenderme.

El médico, la noche que murió don Fernando, se llevó en un frasco las aguas verdes que echaba y las había examinado. Descubrió que había veneno en ellas. No le cabía duda y había puesto la denuncia. Doña Manuela, al saberlo, dijo que faltaba dinero en la casa, que los pesos que don Fernando había traído de la venta del cacao no estaban en

su escritorio y que estaba segura de que los había cobrado. Les dijo también que yo, hacía algún tiempo, le había pedido permiso para salir todo el día, y que alguien le había dicho que me habían visto por Petare, en casa de una yerbatera. El teniente mandó a traer a la india a Caracas, la pusieron delante de mí, con los brazos doblados hacia atrás, para partírselos si no hablaba, y dijo que sí. Que era yo la que le había comprado el veneno, que yo la había engañado diciendo que era para matar ratas.

Nos llevaron a las dos a la Casa de Corrección. Allí nos tuvieron varios días, echadas en el suelo y sin comer. Yo pensé que me moriría de hambre, pero no fue así. A la india la quemaron, porque como era bruja no querían que quedara nada de ella, y el alcalde dijo que así se hacía en España con las que tenían trato con el demonio. A mí me dieron una muerte más digna. Me sacaron a la plaza y me ahorcaron delante de todo el pueblo. Tenía veinticinco años recién cumplidos cuando entregué mi alma al Señor.

Una sonrisa de satisfacción se paseó entre los rizos de la larga barba del Quinto y misógino Señor.

– ¡Qué injusticia! –exhaló con un profundo suspiro el Segundo y compasivo Señor.

– No veo la injusticia –dijo el Quinto Señor–. Se le dio la oportunidad de ser costurera y prefirió ser una mujer de mala vida.

– Pero no le daban casi de comer –volvió a su bondad el Segundo Señor.

– La costura es un oficio muy digno –replicó el Quinto Señor.

– Yo lo que no entiendo es por qué tenemos que ir tan atrás para solventar un reclamo formulado en 1992. Esta Juanita Redondo, que se sepa, no ha consignado reclamo de destino, y con la cantidad de casos pendientes que tenemos –señaló el Cuarto Señor.

– Apoyo la opinión del compañero. Continuemos con la lectura del último archivo sin interrupciones –propuso el Primer Señor.

– Si se estudia un caso tiene que hacerse con seriedad y responsabilidad –afirmó el Tercer Señor–. Yo creo que es indispensable revisar, aunque sea brevemente, las vidas anteriores para comprender las razones del reclamo.

– ¿Brevemente? –dijeron al unísono los otros cuatro Señores.

– No perdamos más tiempo y vamos al archivo 1992 –sugirió el Cuarto Señor.

– El tiempo es lo que nos sobra –consideró el Tercer Señor –porque, a diferencia de los humanos, el nuestro es ilimitado.

– De todas maneras, no hay que desaprovecharlo. Sigamos –dijo el Cuarto Señor–. Nos habíamos quedado cuando Malena se fue a la piscina porque estaba de muy mal humor con Martín.

– ¿Con el ferroviario de 1914? –preguntó uno de los Señores que estaba distraído.

–No, hombre, no. Con el Martín 1992 –contestó otro.

VI EN UNA ISLA DEL CARIBE

Cuando Malena regresó de la piscina, se dio un baño largo y se puso mucha crema hidratante en la cara porque el espejo le devolvió la imagen de sus líneas de expresión. Después levantó el teléfono.

– Te tienes que regresar ya, mi amor –dijo su mamá cuando escuchó su voz, en medio de la conversación de alguien que llamaba a la oficina de Ferrys.

Un sentimiento de orfandad, que la acompañaba como consecuencia de haber sido Juanita Redondo, la había llevado a cometer un error de los que se saben de antemano. Llamar a su madre. Era previsible que una mujer que se va con un tipo con el que tira rico, una semana, a una cabaña deliciosa, frente a un mar bello, a disfrutar de una comida divina, y a estrenarse una blusa Versace que le queda espectacular, no debe llamar a su mamá a preguntar por el niño, porque indefectiblemente el niño tendrá amigdalitis.

– Es muy difícil cambiar el vuelo, mami.

– Dile a Martín, que él es padre también y lo entenderá. Seguro que él tiene influencia y se lo cambian.

– No, mami, no se puede, de verdad, y además...

– ¿Además qué...?

– El ferry Virgen del Valle sale a las cuatro. Coño, este tipo está sordo. Que el Virgen del Valle sale a las cuatro, le estoy diciendo.

– ¿Que me vaya en ferry? Mami, tú estás loca, tú no sabes lo que es el ferry de Margarita.

– No te estoy diciendo nada de ferry, es que el teléfono está ligado, te estoy diciendo que cambies el vuelo.

– No, mamá, no lo voy a cambiar. Olvídate. Dale el antipirético, te fijas bien que no tenga aspirina.

– ¿Que si tiene cabina? No señor, los ferrys no tienen ninguna cabina.

– Le das el antipirético que diga acetaminofen. Sí, a-ce-ta-mi-no-fen. Llama al pediatra... Sí te atiende porque atienden enseguida, llama y deja el mensaje en la contestadora del consultorio para que la secretaria te llame después a darte la cita... ¡Ay mamá! ¿Cómo no vas a saber dejar el mensaje en la contestadora? Tú esperas a que la contestadora te hable, entonces dices lo que vas a decir y cuelgas... ¿Que qué es lo que vas a decir? Lo que vas a decir es que quieres una cita para el niño Carlos Eduardo Rengifo. Eso es todo, y que la quieres urgente porque tiene mucha fiebre. Ah, y dejas tu teléfono.... No soy egoísta, mami, son mis vacaciones, el nené no tiene nada grave, en lo que le den el antibiótico se le pasa... Bueno, mami, un beso, sí, le doy saludos a Martín, un beso muy grande, pásame al nené para hablar con él.

– ¡Qué buena vaina! –dijo Malena cuando logró dejar de hablar con su mamá–. ¿A quién se le ocurre llamar? Debería haber sabido que uno no llama cuando se va de vacaciones.

– ¿De verdad no quieres regresar? Si quieres cambiamos el vuelo, yo creo que sí es posible.

– Pero yo no lo quiero cambiar.

En ese momento volvió a sonar el teléfono.

– Si es mi mamá dile que salí.

Pero no era su mamá. Era Virginia.

Martín iba repitiendo en alta voz lo que Virginia decía, de modo que Malena pudiera ir tomando una decisión.

– ¿A cenar? Bueno, pero oye, que no sea al mismo restaurante que fuimos el día que nos encontramos a Susana. Ajá... , sí, bueno, déjame ver qué dice Malena porque habló con su mamá y estaba un poco preocupada.... por la mamá no, por el niño... Sí, tiene un niño de cinco años..., no, no creo, una fiebrequita, pero tú sabes cómo son las madres... Espérate un momento, Virginia, por mí encantado, pero déjame preguntarle que está en el baño.

Malena tenía rato diciendo que sí con la cabeza. Que Virginia los hubiera invitado a comer le parecía fabuloso. A Malena le hubiera gustado tener una mamá como Virginia. O eso pensaba.

A los ocho en punto Virginia los pasó a buscar y Martín y Malena salieron, estrenándose respectivamente la camisa Pierre Cardin y la blusa Versace. Virginia había cambiado de idea. No irían a Porlamar sino a un restaurante en playa Cardón, a poca distancia del condominio. La recomendación era excelente y además estaba segura de que no encontrarían a nadie, a la gente le daba flojera ir para allá de noche. Malena pensó que no le extrañaría encontrarse con Alfredo Rivero pero no dijo nada. Nunca había hablado de Alfredo Rivero con Martín y, en la medida de lo posible, pensaba respetar esa omisión.

Cada vez que se presentaba una-oportunidad-de-rehacer-su-vida, como decía su mamá, Alfredo Rivero se manifestaba. Prueba fehaciente el habérselo encontrado en la cinemateca el mismo día en que salía de viaje con Martín. Después de su divorcio se había mudado dos veces pero eso no era inconveniente para él. Le tenía prohibido llamarla a la oficina y él lo había cumplido, pero es que para Alfredo Rivero eso no era un problema. El encuentro no era su problema. El problema era el desencuentro. En uno de los momentos más calcinantes del proceso, Alfredo Rivero le había regalado *Rayuela*. Malena no la había leído porque cuando salió *Rayuela* era demasiado joven para leer ese tipo de novelas. La leyó tres veces seguidas, y veinticinco mil la dedicatoria:

Cuántas veces ese pasaje, el primero, en donde Oliveira y la Maga pretextan un desencuentro en el Quai de Conti, cuántas veces un deseo de ser ese deseo entre ellos, como un pájaro que sobrevuela el Pont des Arts, dentro de algo luminosamente gris y triste y muy llovido como es siempre un río civilizado que cruza la Cultura y no la selva.

Para mi Maga querida,

Alfredo Rivero

Había poca gente en el restaurante, como lo había previsto Virginia, y un mesonero puso en marcha el equipo de sonido para animar el ambiente. Ellos eran casi los únicos clientes y se acercó para preguntarles qué tipo de música preferían. Malena se levantó y distraídamente revisó los cassetes. *Dónde estábamos ayer*. Encontró aquella vieja canción que por alguna razón tanto les había gustado. La habían usado como contraseña, como

clave secreta. En los momentos más disímiles Alfredo Rivero podía mirarla y decirle, ¿dónde estábamos ayer? Podía servir tanto para invitarla a comer una hamburguesa como para amarse, igual que para interrumpir una pelea o para sonreírse con complicidad en medio de una reunión de amigos que se estuviera poniendo pesada. ¿Dónde estábamos ayer?, pensó Malena mientras Virginia le preguntaba al mesonero en qué consistía la salsa peruana para los cangrejos y el hombre proporcionaba una explicación incierta que sonaba a la bechamel de toda la vida.

¿Dónde estábamos ayer? Él le acaricia el pelo, tumbado en la arena. Frente a ellos, unos barcos cargueros se desplazan lentamente y dejan una marca oscura en el cielo. Es un día de trabajo y la playa está abandonada del gentío que la ocupa habitualmente los fines de semana, están solos, a excepción de unas personas que se bañan en la orilla. Hablan lentamente a la sombra, miran los barcos, ¿dónde estaremos mañana? Han escogido este lugar casi al azar, interrumpiendo un recorrido cansado y caluroso. Se besan largamente, se buscan en el cuerpo del otro. Malena recuerda el primer día, el cuerpo de él contra ella a la salida de una discoteca, el encuentro convulsionado entre dos cuerpos que se abren, recuerda su rostro angustiado al darse cuenta de que él, sorprendentemente, se ha derramado al sentir que ella también. Recuerda la ternura mutua, al saberse descubiertos por su deseo, la impresión de ambos de estar los dos después de todo, de haber sido cruzados por un momento que ya es anterior, recuerda que salieron de la discoteca y en silencio se abrazaron de nuevo. Ahora hablan vagamente del futuro, los barcos amenazan un desplazamiento, una partida. Corren hacia el hotel y entran en

una habitación casi desnuda, cierran las cortinas para dejar únicamente una penumbra, y sudando se extienden sobre las sábanas. Cada uno quiere cerrar en el otro su deseo, cada uno siente una urgencia y, al mismo tiempo, una nostalgia. ¿Dónde estamos hoy?

Pero Alfredo Rivero no estaba en el restaurante y Malena se sintió triste al comprobarlo. Pidió un whisky en vez de vino blanco y, si Alfredo Rivero hubiera estado, de inmediato habría sabido su estado de ánimo, porque ella sólo pedía whisky ante sentimientos culminantes. Pero Martín no lo sabía y le pareció normal, así que le preguntó qué marca prefería y Malena dijo Old Parr, porque era la marca preferida de Alfredo Rivero, pero Martín tampoco lo sabía.

Todos pidieron sus Old Parr y Martín le empezó a contar a Virginia lo que habían hecho durante el día. Comentaron que la puesta de sol había sido particularmente hermosa. A Malena no le gustaba que Martín intentara ser poético porque le quedaba malísimo y la comparación inmediatamente la remitía a Alfredo Rivero, pero coincidió en que sí había sido una puesta de sol particularmente bella, y Virginia, que también la había contemplado, lo aprobó. A Martín le agradaba Virginia. En algún momento, después de la separación de Julia, le había cruzado la idea de proponerle algo, ya que no tenía pareja, pero Virginia era muy directa y le había dicho que no arruinara una bella amistad. Esa conclusión le pareció bien a Martín y no insistió más, por otra parte, tampoco se sentía enamorado de ella. Como le había confesado a Malena, nunca había estado enamorado, y la presencia de Malena lo estaba comenzando a inquietar porque por primera vez ese proceso lo estaba rondando.

– Ustedes se ven muy bien juntos –rebuznó Virginia dispuesta a jugar a la Celestina sin las aptitudes necesarias.

Malena acometió sus camarones enchilados comprobando que no habían sido bien lavados y Martín sonrió con el coraje del viejo cazador que huele el peligro.

– Yo lo que digo –continuó Virginia implacable– es que tú con Julia nunca tuviste una buena comunicación. Julia y tú son personas muy distintas, Martín. Julia es una mujer que no vive sino para la sociedad, es la mujer tradicional por excelencia, y con esa pedantería de que su familia esto y su familia lo otro. Y luego, otra cosa que yo nunca te había dicho, Martín, pero tú has trabajado como un burro, en cierta forma se podría decir que ella te ha explotado. ¿Tú no crees, Malena, que esa actitud de algunas mujeres de tener al marido como agente de producción es, en el fondo, muy machista?

Malena no contestó y a Virginia no le importó nada porque lo que quería era hablar ella.

– Y también, Martín, yo estoy convencida, te lo digo como artista, bueno, no es que yo sea una artista en todo el sentido de la palabra, pero sí soy una persona que lo que le interesa es el arte y estoy siempre en contacto con los artistas que son gente de muchísima sensibilidad, y me doy cuenta de que tú eres un hombre más sensible de lo que parece, y Julia, no sé, es una mujer muy tosca en algunas cosas. Tú necesitas a alguien, cómo decirte, alguien que tenga más sensibilidad, y más comunicación. Porque es que la relación de pareja es una empresa difícilísima, y si uno no tiene comunicación para poder hablar de lo que a uno le pasa, de ahí es que vienen muchos de los problemas. ¿Tú no crees, Malenita, que de ahí es que vienen los problemas?

Malena contestó que eso era muy cierto y Martín aprovechó que Virginia le estaba pidiendo más pan al mesonero para llevar la conversación por otros derroteros, tal como preguntarle acerca de la situación del mercado del arte con el asunto de la inflación, y a Virginia le encantó explicárselo, de modo que Malena pudo comerse los camarones en paz y chapoteó en la nostalgia de sus incomunicaciones con Alfredo Rivero.

Se recordó a sí misma un día cualquiera, recorrer las cortinas de su cuarto y mirar la mañana desde la ventana. Se viste rápidamente con unos pantalones y una blusa y echa a andar entre los demás. Nadie podría adivinar sus intenciones de la misma manera en que ella sólo ve gente que pasa, que tropieza, que entra en las tiendas, que se sube a los autobuses, que espera parada en los semáforos. Gente, gente, gente, parte de un paisaje indiferente entre los edificios y algunos árboles escuetos que ella atraviesa para llegar a su cita. Está buscando un cuerpo entre miles, que debe esperarla en algún lugar convenido.

Él, simultáneamente, baja las escaleras del edificio y se ajusta la corbata, toma apresuradamente un portafolio y sale a la calle. Un niño que corre lo empuja sin querer, al perseguir a otro, y algunas hojas caen al suelo, las recoge pacientemente y sigue caminando, esquiva un grupo de estudiantes que toma todo lo ancho de la acera y cruza varias calles hasta llegar al lugar convenido.

Ella está sentada en un pequeño local, todavía vacío, en una mesa al fondo. Se saludan brevemente y hay un primer silencio. El mesonero dispone unas bebidas sobre la mesa y los deja solos. La conversación se hace difícil, intercambian frases cortas seguidas de largos parlamentos, ella mueve las manos agitadamente, enciende un cigarrillo y llora.

Ahora es él quien habla, levanta la voz a veces, en otras le toma una mano que ella retira. El mesonero interrumpe preguntando si desean otra bebida, el tiempo ha transcurrido y los vasos están vacíos frente a ellos, hay más personas en el local, es necesario alzar la voz para escucharse, el ruido de las conversaciones ensordece lo que hablan. De nuevo han quedado en silencio, miran hacia un lugar indefinido, como si precisaran los rostros que entran o salen, él mira el reloj también y pasa la mano por el portafolio. Parecen ahora muy cansados, como si ya lo hubieran hablado todo, las palabras se hubieran agotado, y sólo fueran mansos animales sometidos que, de vez en cuando, muestran sus hocicos o sus patas, ya sin fuerza. El uno propone una nueva cita, un nuevo momento, el otro declina. Las palabras siempre pueden ser extendidas, alargadas, desdobladas en nuevas configuraciones, siempre pueden crear la ilusión de algo aún no dicho. Dejan pasar otro silencio y por un momento sus ojos se pierden en la contemplación de lo que sucede alrededor, perdiéndose, a la vez, la razón de su conversación y su silencio. Parecen esperar a que alguien les dé una orden, los someta a continuar, salir juntos del local y avanzar hacia una nueva escena, alguien que pudiera borrar todas las palabras pronunciadas. En el fondo, ¿son tan importantes las palabras? Ellos dudan entre decirse palabras de despedida o, de un solo gesto, borrarlas y seguir como si tal cosa. Inician de nuevo un diálogo, interrumpido por una señora que pregunta si la mesa está libre, algunos rostros impacientes los miran, esperando a que finalmente hagan el gesto de llamar para que retiren el plato con el dinero puesto sobre la mesa. De ese modo sus testigos los incitan a considerar este momento como una trivial consumición de tiempo, dinero y espacio que otros, a su vez, quieren disfrutar. Un corte de humor los atraviesa y les hace decir que deben ir a despedirse a otra parte, quizás a una plaza pública, a un

parque, a una habitación privada. Salen de nuevo a la calle, de modo que la señora que esperaba mesa pueda cómodamente sentarse en la que dejaron libre, y desparramar en las sillas que ocupaban, unos paquetes que ha comprado en una tienda de departamentos, mientras regaña a su niño que empieza a mancharse con el helado y quizá piense que su marido la regañará a ella por los gastos que ha hecho, pero ésa ya es otra historia. La señora, su niño y sus paquetes quedan abandonados, mientras Malena y Alfredo Rivero salen a la calle y se pierden entre los demás. Se sorprenden frente a la entrada de un edificio al que han acudido muchas veces. Piden una llave en la conserjería y suben las escaleras hasta entrar en una habitación familiarmente desconocida. Las sábanas están recién cambiadas pero muestran su uso continuo, hay unas flores de plástico en un pequeño jarrón sobre una cómoda y un afiche de turismo colgado de una de las paredes. Se extienden sobre la cama y se desnudan.

Cuando salen, ella está sola y se dirige con pasos rápidos en una dirección que la aleja del edificio y de él, que con el portafolio en la mano se queda mirándola hasta que sólo distingue un bulto de color que se mueve, y luego muchos bultos de otros colores que se entremezclan en su visión hasta borrarla totalmente. Entonces ella llama a un taxi y el automóvil se mete en una vía de gran circulación, entre tantos otros automóviles que giran en múltiples sentidos.

Se había sentido tan contenta con Martín hasta ese momento, y ahora, entre la llamada de su mamá y el recuerdo tonto de Alfredo Rivero, se le estaba perdiendo la noche. Cuando pensaba mucho en él, le parecía que Alfredo Rivero era un hombre

normal y corriente, y el peso que había adquirido en su vida le resultaba inexplicable, pero también, cuando pensaba en su vida sin él, tenía la sensación de una calle oscura, lluviosa, en una perdida ciudad de provincias, como en alguna vieja película de Ives Montand. Malena se llamó al orden. Basta Alfredo Rivero, basta mamá. Quiero conversar con Virginia y dejar que Martín me consienta, y tomando una decisión radical, llamó al mesonero y le pidió una botella de Frascati.

– Querida, no pidas el Frascati sin saber cuál tienen, uno se lleva cada sorpresa – interrumpió Virginia, pero no quiso seguir con el tema de los vinos porque sufría otras curiosidades—. Me dijo Martín que tienes un hijo. ¿Y de qué edad?

Malena precisó la fecha de nacimiento de Carlitos y amplió los datos de su escolaridad, nombre del jardín de infancia al cual asistía, aficiones favoritas y color de los ojos.

– ¿Y su papá se ocupa de él? –mordió Virginia con la destreza de un Doberman.

Malena contestó que en cuanto a responsabilidad paterna nada tenía que reclamar al padre de la criatura, y que de acuerdo al testimonio del mismo, la nueva esposa de su padre era una persona cariñosa, solícita y comprensiva con sus posibles antojos.

– Menos mal, mijita –respondió Virginia con tono de no-me-lo-creo–, porque en ese asunto de los hijos yo lo que veo es que siempre las mujeres terminan cargando con ellos. Yo, por eso, una vez que salí en estado, me fui a Estados Unidos y me hice un aborto. En este país los hombres, chica, como que no han terminado de entender que la semillita la ponen ellos, y una vez que dejan la semillita, que es lo que les gusta, *chao* contigo.

Malena la reaseguró que ése no era, felizmente, su caso.

Virginia continuó la conversación con uno de sus platos favoritos: despellejar a Jessie. Martín no la seguía mucho porque no le gustaba hablar mal de la gente, entre otras cosas, porque no le importaba mucho la gente. La gente era accidental en su vida. Malena se interesó un rato por una anécdota de la vida de Jessie que ponía de manifiesto toda su maldad. Rosana, su mejor amiga, estaba desesperada por una lámpara Tiffany. Jessie la acompañó a buscarla, y visitaron todas las tiendas de decoración hasta estar seguras de cuál era la mejor lámpara Tiffany que se podía encontrar en Caracas. Cuando llegaron a la conclusión de haberla encontrado, Rosana fue a la tienda a llevarse su lámpara Tiffany, pero la lámpara no estaba. Alguien la había comprado antes. A la semana siguiente, Rosana vio la lámpara Tiffany en la sala de Jessie, y Jessie le explicó que la había visto tan dudosa acerca de la lámpara que había decidido comprarla ella. Ésta era la historia de la lámpara Tiffany y de la maldad de Jessie, y a Malena le pareció aburrida. Si se iba a despellejar a alguien, quería más sangre. Virginia lo entendió y procedió con el cuchillo. Jessie había estado yendo al psicoanalista. A todo el mundo, todo-el-mundo quería decir el grupo, le parecía bien que Jessie fuera al psicoanalista porque todos en algún momento habían ido o habían pensado en hacerlo, lo interesante era, ¿por qué iba Jessie al psicoanalista? La primera hipótesis era que su matrimonio andaba mal. Al grupo le preocupaba mucho que un matrimonio andara mal, porque sabían que eso sucedía constantemente, y porque un matrimonio que andara mal era una amenaza para el grupo. Tenía el mismo efecto que la descripción destructiva de Venecia. Pero el matrimonio de Jessie y Reinaldo no andaba mal, o por lo menos no daba signos evidentes de que así fuera. Seguían reuniéndose con el grupo una vez por semana, seguían yendo a la cabaña de Margarita dos veces al año, seguían viajando a Europa una

vez al año. Reinaldo seguía produciendo dinero todos los días, y Jessie seguía en aeróbics un día sí un día no. Entonces, ¿qué pasaba?

– Jessie tenía un amante –dijo Malena jugando a Agatha Christie.

– Jessie había aumentado de peso –dijo Martín para intentar terminar con la conversación.

– Reinaldo tenía un amante –dijo Virginia triunfal.

Se hizo un silencio y Martín continuó luchando con las espinas del pescado y Malena se sirvió otra copa de vino.

– Parece que a algunos hombres les sucede en el climaterio. Tendencias homosexuales reprimidas. Se entusiasmó con un muchachito que era modelo de propagandas de televisión, un muchachito de barrio. Imagínate con el Sida y todo eso, pero duró poco. El psicoanalista de Jessie logró convencerla de que Reinaldo debía ir a otro psicoanalista, y estuvo yendo un tiempo hasta que se le pasó.

– Y Jessie, ¿siguió con su psicoanalista? –preguntó Malena desinteresadamente.

– No lo sé –confesó, abatida, Virginia.

Malena intentó un cambio de conversación y pasó a confeccionar la lista de precios de la ropa italiana que había podido observar en su visita a las tiendas. El anzuelo fue engullido y Virginia pasó a intercambiar la lista de precios en las tiendas de Nueva York, mientras Martín lograba comerse el pescado en paz.

Malena había pensado que pasarían toda la noche hablando de Margaret Atwood y de Alison Lurie y no era así. Estaban pidiendo el postre y ni siquiera una mención. Virginia había entrado en una sistemática comparación entre los resultados de la medicina homeopática versus la medicina alopática, que permitió a Martín intervenir con

conocimiento de causa porque había sufrido un problema crónico de verrugas en los dedos, solucionados eficazmente con acupuntura, y el tema abarcó todo el dulce de lechoza. Después del café, Malena pidió su habitual menta *frappé* y Virginia trató de disuadirla.

– Las bebidas con azúcar y compuestos químicos son muy dañinas. Pide más bien un whisky, o en todo caso, un alcohol.

Malena estaba empezando a comprender por qué dicen que madre no hay más que una, y por qué es sabio que sólo haya una. No le gustaba el tono de Virginia jugando a ser su mamá porque la mamá de Malena tenía una forma más dulce de decirle, no comas tanto chocolate que te van a salir barros. El tono de Virginia era informado y actualizado, y a Malena le gustaba que las mamás estuvieran pasadas de moda. Insistió en la menta y, una vez más, ya sin mucha esperanza, en Margaret Atwood.

– ¿Cuándo crees que me podrás prestar el libro? –dijo tímidamente.

– ¿Qué libro?

Ni siquiera lo recordaba.

– *Lady Oracle* –musitó Malena al borde de las lágrimas.

– Ah, cuando tú quieras –contestó Virginia. Y se enfrascó en una consulta a Martín acerca de si resultaba mejor comprar yénes o dólares, lo que permitió a Martín mostrar sus conocimientos acerca del sistema financiero internacional, y a Malena refugiarse en el recuerdo de Fredy Márquez que le decía, desde el fondo de su proceso, burgueses de mierda.

Casi todo lo que Malena había aprendido en su vida, salvo algunos de sus conocimientos académicos, lo había aprendido de los hombres. Empezando por su

padre; de acuerdo a la mitología familiar, era un hombre muy culto que había querido ser historiador pero había renunciado a ello por circunstancias económicas. Malena también hubiera querido ser historiadora pero las mismas circunstancias económicas la llevaron a la misma conclusión. A su papá le gustaba hablar en la mesa de historia de Venezuela y Malena siempre pensó que sus conocimientos eran ecuménicos. Ese momento era el único en el cual su mamá lo escuchaba, ella a él, con respeto reverencial. Finalizada la comida, su papá volvía a su posición de radioescucha.

De Gustavo Graterol no podía decirse que era la fuente de la sabiduría, pero Malena admitía que sus primeros conocimientos sexuales, si se omiten las nociones básicas que le dio su primo Enrique en la infancia, le vinieron de él. Después hubo el infeliz interregno de Luis Cortés, quien no le enseñó nada bajo ningún respecto, y luego, paralelamente a Alfredo Rivero, como habían sido todos sus procesos, había aparecido *LA CULTURA* bajo el nombre de Fredy Márquez, profesor de sociología. El proceso con Fredy Márquez fue duramente combatido por su madre, hermanos y amigas, pero Malena resistió porque hablar con él era como vivir en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Particularmente su información política, bastante descuidada por su padre, quien se limitaba a decir que todos los gobiernos eran una porquería, logró cotas de alto nivel. Malena comprendió que la sociedad tenía una estructura y que estaba dividida, y dentro de ella, existían los distintos actores que se oponían unos a otros. Este conocimiento básico fue sucesivamente ampliado y detallado. Pero además, el Instituto Fredy Márquez incluía un curso de filosofía y antropología básica, elementos de lingüística y cinematografía, así como nociones generales de política internacional. Malena culminó su proceso con maestría y tesis, y su sed de conocimientos la hubiera

llevado a continuar hasta el doctorado si no fuera por el paralelismo constante del proceso Alfredo Rivero. También él contribuyó a su mejoramiento, especialmente en la sección Literatura Comparada, pero Alfredo Rivero era un profesor más intermitente y no se dedicaba a su alumna con la sistematización y rigor de Fredy Márquez.

Malena sentía una nostalgia en su educación y era la de no haber encontrado una mujer maestra. Todas sus amigas sabían más o menos lo mismo que ella acerca de la vida en general. Hablar con ellas era rico, pero era intercambiar opiniones y consejos prácticos. Ella hubiera querido una amiga que fuera una mujer definitivamente sabia, y no la había encontrado. Por eso Virginia le había parecido su oportunidad. Debería haber en alguna parte una mujer que le explicara la verdad de todos sus procesos. Su mamá, por supuesto, se había dedicado con gran amor a enseñarle todo lo que ella sabía del caso, pero a Malena le parecía que la relación entre sus padres no excedía su proceso con Gustavo Graterol, salvo por la continuidad. Su mamá había tenido un solo proceso, un solo entusiasmo, una sola decepción. Era una mujer uniprocesal, y eso hacía muy difícil el diálogo. Malena volvió de estas consideraciones a los riesgos del mercado *spot*, que Martín le explicaba a Virginia con placer delirante. A Martín le encantaba hablar de finanzas y ésta era una de las características que Malena amaba menos en su nuevo proceso. Bostezó deliberadamente para que los premios Nóbel de economía comprendieran que la sesión en el Banco Mundial había terminado, y Martín pidió la cuenta. Virginia se negó, y después de un regateo ficticio, Martín dejó que ella pagara.

Volvieron a la cabaña después de un corto trayecto y Malena se alegró de que fuera corto porque quería olvidarse de aquella feminista de pacotilla. Esa noche el juego entre

las sábanas importadas languideció, y cuando Martín se quedó dormido, sintió que tenía un extraño deseo: haber nacido en el siglo XVI con el nombre de Isabella Bruni.

– “Isabella Bruni. 1535-1585. Florencia. Hija de Mateo Bruni, famoso médico florentino, y esposa de Piero Pulci, médico también, nacido en Pisa. Se la conoce por su abnegada dedicación a las mujeres enfermas y parturientas” –leyó el Cuarto Señor a pie de página–. ¿Cuándo se decidió esta vida? –preguntó suspicaz.

– Dedicada abnegación a las mujeres enfermas, lo que hay que oír. Isabella Bruni fue una médica notable en su época –murmuró furioso el Tercer Señor.

– Pues en el archivo no dice nada de eso.

– Yo no sé quién escribe esos archivos –volvió a murmurar el Tercer Señor más iracundo todavía.

– ¿Y tú cómo estás tan informado de la vida de Isabella Bruni? –preguntó el Cuarto Señor duplicando su suspicacia.

– Es nuestro deber recordar todos y cada uno de los destinos de los humanos – contestó severamente el Tercer Señor.

– ¿No será que tú mandaste a la adúltera del siglo XIII a Florencia, en pleno Renacimiento? –le increpó el Quinto Señor estirándose con furia los rizos de su larga barba.

– Sí, ¿y qué? ¿Tú no mandaste a la pobre Juanita Redondo a que la ahorcaran?

El Cuarto Señor dio un puñetazo sobre la mesa de las esferas celestes.

– Estoy hasta los cojones de que aquí se decida todo a espaldas del Consejo Directivo. Y lo advierto para que quede claro de una vez, si esta situación continúa, yo voy a presentar mi renuncia.

– No te pongas así, chico, no es para tanto –intervino asustado el Segundo Señor.

– El destino de Señor del Destino es irrenunciable –dejó caer como una losa el Tercer Señor.

– Entonces será necesario aplicar sanciones. Yo propongo que cuando uno de nosotros decida un destino por su cuenta sea suspendido en sus funciones por un siglo.

– Pero si todos hemos cometido la misma falta... –argumentó el Segundo Señor–. Nos quedaríamos sin Consejo Directivo.

– Todos no, yo nunca he dado un destino inconsulto. Y tú vas a tener que explicar por qué se te ocurrió la vida de Isabella Bruni –dijo el Cuarto Señor acorralando al Tercer Señor.

– Yo me limité a darle un cupo sobrante. Iba a nacer una niña de los esposos Bruni y le di el cupo a la que éste tenía castigada desde el siglo XIII. La muchacha resultó muy inteligente y de allí para adelante ella se construyó su propio destino.

– ¿Me vas a decir que tú no volviste a intervenir? –preguntó irónico el Quinto Señor–, ¿me vas a decir que estudió medicina en el siglo XVI sin que tú metieras la cuchara?

Un rubor cubrió el rostro del Tercer Señor, que no sabía mentir.

– No –contestó al rato.

– Lo que yo veo es que en su archivo no sale nada de que estudiara medicina –señaló el Primer Señor como para distender el ambiente–. Aquí lo único que dice es que su padre y su marido fueron médicos.

– Yo guardé el archivo en otra parte –confesó valientemente el Tercer Señor.

– ¿Para que no supiéramos tu decisión inconsulta? –lo acusó el Cuarto Señor.

– Tuve temor de que se considerara su vida impropia para una mujer. Y ya ves, no conseguí nada. De todos modos fue castigada –respondió muy triste el Tercer Señor mirando de reojo al Quinto.

– ¿Dónde la pusiste? –lo apremió el Primer Señor.

– Está en Luca Paccioli, 1630.

– ¿Y quién fue ése?

– Otro médico.

– Aquí está –buscó eficientemente el Primer Señor–. ¿Lo leo?

– Si no hay más remedio –bostezó el Cuarto Señor.

– Isa-be-lla Bru-ni –pronunció destilando su hiel de siempre el Quinto Señor.

VII INFIRMITAS, IMBECILLITAS, HUMILITAS...

– Antes de morir, queridos discípulos, quiero legaros un secreto que he mantenido a lo largo de muchos años, pero que ya debo revelar porque el tiempo se me vence y siento a la muerte aproximarse para llevarme consigo. Quiero que vosotros sepáis el origen de los conocimientos que vuestro maestro, Luca Paccioli, os ha transmitido contra la opinión de los ignorantes. La gloria de la ciencia y el honor a la verdad requieren que el secreto deje de serlo. Para ello debo comenzar a relataros una historia que se remonta a los principios del siglo pasado, pero os aseguro que la paciencia de escucharla será retribuida.

Vivía en nuestra ciudad un médico llamado Mateo Bruni, cuyo padre había sido el notable historiador Leonardo Bruni, el autor de la *Historia de la República Florentina*, escrita en bellos versos latinos, que le hizo merecer el nombre de Astro Luminoso de la Latinidad, y los máximos honores en su muerte, ya que fue enterrado con el cuerpo cubierto por una seda negra y ceñida su cabeza de laureles, como acostumbraban nuestros antepasados. Era Leonardo el hijo de un modesto vendedor de aceite que tenía instalado su puesto en el Mercado Viejo, y por los méritos de su obra logró para sí y para sus descendientes estar exento de recaudaciones. Quizá, gracias a esta dispensa, pudo Mateo estudiar medicina en la escuela. ¡Ah, los tiempos de nuestra amada república, cuando un hombre del pueblo podía acceder al conocimiento! Pero no quiero

detenerme en cantar la vida de Florencia, pues haría mi historia demasiado larga para la impaciencia de oídos tan jóvenes. Mateo Bruni y su mujer, Verónica, tuvieron una niña que nació en 1535. Fue única hija y constituyó para Mateo el encanto y la dulzura necesarios para olvidar las amarguras de quien ejerce el oficio de Hipócrates, y debe por ello convivir siempre con las heces y la sangre. Isabella Bruni, a quien conocí en su madurez, pues tenía treinta y siete años, y yo, diecisiete, fue la mujer de mayor inteligencia que he encontrado. Poseía la lucidez y la serenidad que se atribuye a los hombres cultivados en el espíritu, y la intuición y la tenacidad de las mujeres más nobles, aun cuando no quiero hacer de ella un retrato de las virtudes ideales, pues carecía del recato y discreción con que debe estar adornada una mujer. Era tan obstinada en sus juicios y tan persistente en sus opiniones que su madre decía que vivir con ella debía ser una dura prueba para cualquier hombre que no hubiera tenido la paciencia de su esposo, el maestro Piero Pulci.

Mateo Bruni la educó no como a la hija de un modesto médico sino como si hubiera nacido en la familia de los Médicis o los Gonzaga. No hubo gasto que Mateo ahorrara en proporcionarle a Isabella profesores de filosofía o de latín. Compró todos los libros de nuestros poetas y novelistas que estuvieran a su alcance, la instruyó en matemáticas y ciencias naturales y, por si fuera poco, la tuvo siempre a su lado, consultando con ella los textos médicos que formaban su biblioteca. A los dieciséis años, Mateo se enorgullecía de decir que su hija poseía todos los conocimientos de su época, lo que sin duda era una exageración de su amor hacia ella, pues aun cuando el saber científico no era tan extenso entonces, jamás Isabella hubiera podido dominarlo. Era cierto, sin embargo, que Isabella había leído toda la biblioteca de su padre, y cierto también que éste le enseñó gran parte

de su oficio, y que muchas veces, acompañado de Isabella aún niña, recorrió las tiendas de los farmacéutas y droguistas, dejando que ella asistiera a sus conversaciones y escuchara sus opiniones y consejos.

Toda esta situación constituía un motivo de penas y reclamos incesantes para Verónica. Isabella recordaba que su madre, en la época de su adolescencia, dejó incluso de hablarle a su esposo durante semanas por este motivo. Verónica no podía comprender a dónde apuntaba aquella inusual educación que Mateo pretendía para su hija, y luchaba inútilmente contra ella, tratando de interesarla en los vestidos y adornos que llenaban de alegría a sus amigas, ofreciéndole sedas y brocados que a otras hacían sufrir de envidia. La llevaba a la vía Calimala para que comprara las finas telas que llegaban de Francia y constantemente invitaba a otras jóvenes de su edad para que Isabella participara de sus juegos y se adentrara en el mundo femenino que le estaba reservado. Pero, ¡qué dolor para la pobre Verónica! Isabella se escapaba de su lado en cuanto podía, pretextaba enfermedades para no ir a las tiendas con su madre, y en una ocasión, dando muestras de su carácter orgulloso y desenfadado, le rogó a las amigas que su madre había invitado, que se fueran, pues ella esperaba a su profesor de griego y no tenía tiempo para necedades. Creo recordar que Isabella me dijo que fue en esa oportunidad cuando Verónica hizo silencio y prometió no hablarle más a su marido, hasta tanto él interrumpiera aquella educación, apropiada para una princesa o una cortesana, pero no para una honesta hija de familia burguesa. Sin embargo, Mateo no varió en nada sus ideales y le dijo a Verónica que ella era doblemente culpable, pues no le había dado un hijo varón, y en vez, una hija de notable entendimiento.

Cuando Isabella cumplió diecisiete años, Verónica arremetió en su desacuerdo, y después de una violenta discusión, obtuvo, al fin, una victoria. Mateo no podía negarse a que su hija se casara. Sucedieron noches de llanto y de rebeldía hasta que Isabella tuvo que consentir en que su madre apalabrara un compromiso de boda con el hijo de un rico cambista del Mercado Nuevo. Era éste el destino más triste que Isabella podía esperar. Una vez casada con aquel joven, tendría que recluirse en su casa y dedicarse a la crianza de sus hijos y al cuidado de su hogar. De nada sirvieron las promesas que su madre le hizo, la comodidad y boato que le auguraba. Isabella lloraba continuamente, y Mateo, apesadumbrado, no encontraba motivos para oponerse a los planes de su esposa. No podía defender que su hija se transformara en un varón, para dedicarse al estudio de la medicina, ni tampoco pretender que continuara en él, pues al no serle permitido a las mujeres asistir a la casa de estudios, la única fuente de sus conocimientos era la práctica empírica a su lado; pero no parecía ser ésa la voluntad del hijo del cambista. Ignoraba Mateo entonces que Isabella estaba enamorada de su auxiliar, un joven venido de Pisa para aprender medicina con los sabios florentinos.

Piero Pulci era un muchacho sin fortuna, había sido un niño huérfano, y educado por unos frailes había logrado acceder con muchas dificultades a ser aprendiz de algún notable médico en Florencia. No, no era ése el marido que Verónica tenía predestinado para su hija, y desde que Piero había llegado a la casa de los Bruni, y el enamoramiento entre los jóvenes se había producido, como si hubieran bebido de un filtro, tal como relatan los antiguos romances, ambos habían tenido suma prudencia en ocultar la relación que los unía.

Llegó, al fin, el día señalado para que la familia del cambista fuera invitada a la casa de los Bruni, de modo que Isabella y el joven novio se conocieran. Curiosamente, Isabella, que tantos detalles me dio de su vida, nunca mencionó su nombre. Verónica preparó el más fastuoso banquete, en un arrojó de su modesto peculio. Palomas, tórtolas y faisanes, las más frescas frutas nadando en licor, los más jugosos melones, y los mejores quesos de la región, todo regado con nuestro exquisito vino del Trebbiano. La mesa, dispuesta en el jardín, era un espectáculo de buen gusto y placer que se abría a la suavidad de la primavera florentina. Cuando llegaron los invitados, la numerosa familia del cambista, Isabella mostró un comportamiento acorde con aquella circunstancia, e incluso accedió a pasear con su prometido a solas, mientras los padres celebraban de antemano la felicidad que esperaba a todos como consecuencia de aquella unión. A pesar de las burlas de Mateo, hombre de ciencia y de espíritu racional, Verónica había consultado con un astrólogo, de los tantos que en aquella época hacían moda en nuestra ciudad. De acuerdo con su vaticinio, el matrimonio de su hija estaba bien encauzado en el destino de los planetas.

Al día siguiente de la visita de su prometido, Isabella se negó a salir de su habitación, y Mateo, comprendiendo su sufrimiento, mantuvo una larga conversación con ella. Isabella le aseguró que no sentía el menor deseo por aquel hombre y que su vida sería a partir del día de su matrimonio una amarga experiencia. Mateo trató de consolarla explicándole que, una vez que tuviera hijos, accedería a la plenitud de su vida, pero Isabella no deseaba la maternidad. Consideraba que ser madre era el mayor de los sacrificios, y deseaba entregarse al conocimiento de la medicina, y no a la educación de unos hijos que le impedirían seguir en su camino, y después, cuando fuera anciana, la

olvidarían. Para Mateo aquella decisión era fuente de intensas preocupaciones. No podía contradecir a su mujer en haber procurado tan conveniente matrimonio y, al mismo tiempo, su mayor esperanza era que Isabella siguiera su oficio. Ideó, entonces, una proposición que estaba destinada a irritar aún más a su esposa. Siendo como era, un ferviente admirador de las obras de nuestros antepasados los latinos, y conocedor de la literatura y filosofía griega, sentenció que el amor entre los cónyuges era indispensable para la fertilidad de la pareja. Isabella sabía muy bien que su padre no creía en ello, pues él mismo le había indicado los textos antiguos en los que se aseveraba esta posición, advirtiéndole que la consideraba falsa, aun cuando no podía probarlo. Se refería, naturalmente, a los textos aristotélicos recogidos por Galeno, que explicaban la fecundación gracias a la abundante producción de la semilla femenina en el coito, cuando éste es placentero.

Pero Verónica no podía poner a prueba el conocimiento de su esposo y montó en cólera cuando Mateo le propuso que para saber si el matrimonio de Isabella con aquel joven era conveniente, sería necesario primero asegurar que lo deseaba, para lo cual deberían estar juntos, al menos una noche, de modo que ambos probaran su placer. Aquella inaudita proposición salvó a Isabella de su indeseado matrimonio. Los ruegos de Verónica no fueron escuchados por el maestro Bruni, quien se mantuvo en la idea de que no dejaría a su hija casar sin saber si sería fértil, y que puesto que ella no experimentaba ningún deseo hacia el joven prometido, la prueba del lecho sería indispensable para confirmarlo. “El matrimonio –dijo– no puede ir en contra de la naturaleza.” Verónica recorrió todas las iglesias de Florencia en espera de un milagro que hiciera cambiar de opinión a su marido, pero no obtuvo nada. Se vio obligada a romper

el compromiso con la familia del cambista, y ésta, airadamente, consideró que había sido burlada y no quiso devolver la dote. Isabella, apesadumbrada por el dolor que todo aquello había causado a sus padres, decidió reconsiderar su negativa, y pensó que debía sacrificarse. Ella amaba mucho a Verónica y comprendía que aquella actuación de su padre era no sólo absurda sino insólita. Ningún padre que tuviera el juicio intacto hubiera hecho aquella propuesta, y sólo el inmenso amor de Mateo Bruni por su hija podía haberlo llevado a tal extremo. Verónica, ante la desgracia que conmovía su hogar, tampoco quería llevar más lejos las cosas, y cuando Isabella le confesó su amor por Piero Pulci, para su sorpresa, dio su aprobación.

El maestro Pulci, como siempre os lo he dicho, fue un hombre de extensísima cultura. Su muerte, a los treinta y nueve años, impidió que desarrollara todo su saber y que su nombre llegara a ser famoso en toda Italia. Yo entré como su aprendiz, cuando era un joven de diecisiete, y él, que ya sabía su fin próximo, puso su mayor empeño en transmitirme todos sus conocimientos. Era un hombre, además, versado en filosofía, había leído a Marsilio Ficino, a Plotino, no había nada de la medicina griega y árabe que él no supiera, pero era, sin embargo, menos imaginativo que Isabella. Desde el inicio de su trabajo con el maestro Bruni, su pasión por ella se debía no sólo al deseo sensual que experimentaba sino también a la admiración hacia su despierta inteligencia, y juntos pasaban gran parte de la noche revisando los textos de la biblioteca de Bruni y comunicándose sus impresiones acerca de las mujeres enfermas que el maestro atendía.

Hubiera sido imposible para Isabella ejercer el acto médico en otras ramas, mas de antiguo el cuidado de las parturientas era patrimonio de las mujeres, y aun en aquella época, de mediados del siglo XVI, sólo eran llamados los médicos cuando se

presentaban graves dificultades. Por ello, el maestro Bruni había inducido a Isabella a interesarse en el arte de la obstetricia, y ella, a su vez, había encontrado en él su más apasionado interés. A pesar de su corta edad mostraba un gran temple para atender los partos, a veces en compañía de su padre, otras de Piero, y sólo después, cuando nadie la veía en su habitación, se permitía llorar a sus anchas, sin que ninguno lo supiera, pues eran tantos los dolores que presenciaba, que le era necesaria una gran fuerza de carácter para sobreponerse. Como es sabido, el arte de la obstetricia estuvo reservado a las mujeres por varias razones. Una, porque los árabes no consentían en que un hombre examinara las partes genitales de la mujer, y otra, porque siempre fue la obstetricia considerada como un arte impuro, una práctica vil, que debía estar al cuidado de las inferiores mujeres. *Infirmitas, Imbecillitas, Humilitas*, decían los textos de la mujer. El mal olor de sus partes, la suciedad de los excrementos y de la sangre menstrual, todo ello era aborrecido por los hombres, hasta el punto de que algunos padres de la escolástica recomendaban a los médicos que el día anterior a una operación no tuvieran contacto con mujer alguna, y mucho menos cuando estuviera menstruando.

Nunca llegó a confesarme si había rechazado la maternidad por temor a que su dedicación le impidiera llevar a cabo su vocación terapéutica o si fue por temor. No pudo ser favorable para una joven, como lo era Isabella cuando acompañaba a su padre o a Piero a atender a las parturientas, convertirse en testigo de los aborrecibles sufrimientos que la naturaleza ha impuesto a su condición. Recuerdo conmovido cómo me relató una oportunidad en que su padre y Piero atendían a una infeliz en trance de parto. La expulsión se veía imposibilitada por la presentación podálica del feto y, por más esfuerzos, no lograban sacarlo. Fue necesario, entonces, abrir el vientre, y por la

incómoda posición en que se hallaba la criatura después de tantos forcejeos, la mujer murió víctima de un descuartizamiento de sus órganos. Fue aquella ocasión en la que Isabella se probó a sí misma su decisión y el temple de su voluntad, pues cualquier otra hubiera desistido para siempre de aquel oficio. Tuvo que retirarse de la habitación de la moribunda, en medio de la peste y la podredumbre de aquella carnicería, para salir a la calle donde vomitó largo rato, y luego, apoyada contra la pared, se desmayó. Un hombre pasó por el frente de la puerta, y creyendo que se trataba de una prostituta embriagada, comenzó a insultarla a voces y a darle puntapiés. A sus gritos recobró el conocimiento, y recomponiéndose, volvió a entrar en la casa, en la que ya Piero y su padre se lavaban las manos, mientras la madre y las tías de la desgraciada comenzaban a vestir el cadáver.

Era tanta la ternura que demostraba hacia ella Piero Pulci que la misma Verónica tuvo que admitir la conveniencia de su matrimonio con Isabella. Se casaron en la intimidad, sin grandes festividades e invitados, puesto que el maestro Piero no tenía familia y, a decir verdad, Verónica no quiso darle demasiada noticia a un matrimonio que no era el que ella había deseado para su hija. Convivían con sus padres, debía ser el año 1553 aproximadamente, y juntos iniciaron sus investigaciones. Isabella se había trazado un ambicioso propósito: el descubrimiento del mecanismo de la fecundación, oscurecido por ideas estúpidas, y Piero y ella prometieron ante sí mismos que consagrarían su vida al conocimiento de la ciencia médica.

Poco después, por eso pienso que su matrimonio debió realizarse hacia 1553, o 1554, los padres de Isabella murieron. Sobrevinieron años tristes para la amada república florentina. Como recordaréis, en 1527 el rey español Carlos V había entrado en Roma y la había saqueado. Sería ése el fin de la república de Florencia y de su grandeza. Le fue

entregado el poder a Alejandro de Médicis, casado con una hija natural del Emperador, y cuando Alejandro fue asesinado por Lorenzino, descendiente de otra de las ramas de su misma familia, fue declarado como sucesor legítimo Cosme. Éste gobernó por mucho tiempo, y si bien es necesario admitir que protegió las artes, también debe hacerse justicia con la historia y decirse que en su largo ducado transformó a la ciudad en un estado policial, en el que todo el mundo temía una delación. Nunca ese engendro de la inquisición, tan caro a los españoles, tuvo en Florencia mayor despliegue que en aquellos años. Cosme fue un hombre guerrero. Hizo matar a Lorenzino, venció y decapitó a Burlamacchi, al saber que éste quería derrocarlo, y cuando en 1555 se produjo una revuelta en toda la Toscana, dirigida por Piero Strozzi, ordenó cerrar las puertas de la ciudad para evitar que el pueblo se levantara en su contra, uniéndose a las tropas de Strozzi. La ciudad sufrió inmensamente aquel sitio; los levantados y los españoles la invadieron; ocurrió un terremoto, y el pueblo, entregado a sus creencias mágicas, pensaba ver rayos y escuchar voces. Al fin, Cosme venció a sus enemigos e invadió Siena, pero el sitio de la ciudad y la penuria de sus habitantes se vieron agravados con una terrible plaga que asoló a gran parte de la población. La fiebre púrpura, se llamó. Mateo y Verónica Bruni cayeron entre sus numerosas víctimas. Cuando los enterraron, Piero e Isabella tomaron la decisión de huir, y a pesar de las amenazas que pesaban sobre aquellos que abandonaran la ciudad custodiada, lograron refugiarse en la pequeña villa de verano que Mateo había comprado a las afueras de Florencia, en la vía de Fiésole. Allí vivieron hasta que la paz y la salud regresaron a la ciudad, y allí regresaron, muchos años después, cuando la enfermedad de Piero había avanzado demasiado y estaba completamente ciego. En ella los conocí yo, pero no quiero adelantarme.

Haré ahora una pausa para refrescar mi garganta y continuar con la historia que quiero dejar para vosotros.

– La mayor preocupación de Isabella era el sufrimiento de las mujeres a causa de la maternidad indeseada. No solamente había presenciado la muerte de muchas que habían acudido a las brujas y comadronas para provocarse abortos, sino que también su padre la había llevado en sus visitas a los conventos, y allí, particularmente en el Hospital de los Inocentes, había escuchado de las propias monjas el número abundantísimo de niños que les eran entregados por una ventana. Mujeres de toda condición depositaban así a los hijos que se negaban a criar; unas, por falta de medios; otras, por no sufrir la vergüenza, pero, en suma, por todas Isabella sentía una dolorosa solidaridad. Decían los frailes, en los tiempos pasados, que los hijos mostraban al mundo el placer lúbrico de las mujeres, y al mismo tiempo, acusaban a las estériles de haber sido castigadas por Dios, o consideraban a los hijos malformados como la prueba de sus pecados. Mateo Bruni no había educado a su hija en la enseñanza de la Iglesia. Aborrecía el maestro Bruni la hipocresía de los clérigos, que fustigaban el pecado de los demás mientras ellos se regalaban con todos los placeres que proporciona el mundo, desde la comida y la bebida insaciable hasta el uso de las mujeres, e incluso de los muchachos. Ciertamente, nuestros papas y cardenales no han mostrado ninguna obediencia a las leyes que prohíben los pecados de la carne, y ello enfurecía aún más a Mateo, quien pensaba que todas aquellas prohibiciones estaban destinadas al populacho pero no a los grandes señores ni a las

grandes damas. Fue él un hombre atemperado, que persiguió la estabilidad y serenidad que prescribía la filosofía antigua, sin desdeñar el placer, pero siempre ordenándolo bajo la razón. Nunca de él se supo, decía su hija, que hubiera agraviado a su madre con alguna prostituta o cortesana. Por el contrario, pensaba que los seres humanos tienen derecho a gozar de la vida, como los dioses antiguos, pero siempre dentro de las leyes que los diferencian de los animales, y todo exceso, desde el desenfreno sensual hasta la ascética que predicaban algunos monjes, le parecía condenable.

Isabella, acostumbrada al razonamiento filosófico en que la había educado su padre, partió de la crítica a las teorías de la Iglesia sobre la fecundación. “Es evidente el abuso de la lógica –decía– que plantean los escolásticos. Si la mujer tiene hijos, demuestra su placer sensual, y por ende, su pecado. Si no los tiene, su esterilidad denuncia el castigo divino, y si por desgracia el hijo sufre de alguna enfermedad o malformación, también ello es prueba de haber pecado. Quiere así decirse que toda la fecundación es obra de la mujer, mas luego, y precisamente en franca contradicción, sostiene la doctrina que sólo Aristóteles y Galeno tienen razón, cuando consideran a la mujer un varón estéril que no contribuye a la generación sino pasivamente, a través del útero dispuesto como recipiente pasivo de la esperma masculina.” Piero estaba de acuerdo con ella. Era necesario, pensaban ambos, apartarse completamente del pensamiento de la Iglesia para poder profundizar el conocimiento; empresa difícil, sin embargo, porque los textos antiguos habían sido recogidos por los clérigos y eran ellos quienes los habían traducido.

“Es indispensable –le dijo Isabella a Piero– que estudiemos directamente el conocimiento antiguo, que vayamos a las fuentes originales para partir de algún terreno sólido.” Él no leía en griego, como lo hacía ella, pero, en cambio, tenía algunos

conocimientos del árabe, y juntos comenzaron a revisar todos los textos que pudieran encontrarse. Existió en Florencia un famoso librero llamado Bicci, a quien todos los hombres de ciencia y los literatos acudían en busca de manuscritos, porque se decía que su librería era la más completa de Italia. Bicci había muerto muchos años atrás y su librería había sido vendida a diversos comerciantes, que sin mayores conocimientos habían dispersado los textos. Fue necesario, pues, comenzar por el principio, y en ello dio Isabella muestras de su tenacidad. Recorrió uno a uno aquellos comercios en los que pudiera hallarse alguna huella de la librería de Bicci, y si bien nunca logró recuperar la totalidad de aquella magnífica biblioteca, pudo al menos encontrar mucho de lo que buscaba.

Leyeron así varios textos pertenecientes a la famosa Escuela de Salerno, heredera del conocimiento árabe. Aunque la disección estaba prohibida, los árabes tuvieron certeza de la existencia de dos principios generadores, y esta convicción animó a los esposos a continuar la búsqueda en aquella ruta.

– ¿No conocieron acaso el libro de Trótula? –preguntó a Luca Paccioli uno de sus discípulos.

– Claro está, tu pregunta me da mucha satisfacción, pues veo a través de ella que has seguido mi historia con interés. En el libro de Trótula, traducido por Constantino el Africano, se asienta uno de los principios que más iluminaron a Isabella y a Piero en su investigación. En él se parte de la idea de que existen dos semillas generadoras, pero con una diferencia sustancial entre ambas. No se establece en él cuál es la diferencia, pero Isabella, a partir de allí, comprendió que esa diferencia no radicaba en los humores, como pretendía Aristóteles en su rebajada comprensión de Hipócrates.

Los esposos conocían de memoria los dos textos fundamentales de Galeno: *De la utilidad de las partes del cuerpo*, y *De cómo las costumbres del alma son consecuencia de los trastornos del cuerpo*, pero estaban convencidos de que la iluminación de sus ideas debería llegar por otras vías. Tuvieron una gran alegría cuando lograron para su biblioteca un libro del cual el maestro Bruni les había hablado muchas veces como una piedra fundamental del conocimiento médico, texto de cuya existencia estaba seguro pues en algunos fragmentos del códice *Laurenziano* era mencionado, pero que pensaba se había extraviado, y probablemente destruido. Su hallazgo fue como un hijo que a ambos los uniera, ya que, por una parte, estaba escrito en griego y fue Isabella quien lo tradujo, y por otra, correspondió a Piero el mérito de encontrarlo. El libro en cuestión era la *Gynaecia* de Sorano de Efeso.

Un murmullo de admiración recorrió a los discípulos de Luca Paccioli. En muchos códices se hacía mención del texto perdido de Sorano, pero nadie lo había leído directamente.

– Este manuscrito está ahora en mi poder, y cuando yo muera, os será legado junto a toda la riqueza que poseo, mi biblioteca, que no es sino la biblioteca de Isabella Bruni y de Piero Pulci, con algunos pequeños agregados que yo he podido hacerle. Sin embargo, ya esa biblioteca contiene un saber atrasado y su interés será el de conocer en los siglos futuros qué pensaban los antiguos. Las investigaciones que estos dos notables médicos nos aportaron abren a la ciencia un camino nuevo, una vía completamente distinta, que dejará atrás la sabiduría filosófica del cuerpo humano para profundizar en la anatomía y la fisiología.

– Esto lo sabemos, maestro Paccioli. La medicina será una ciencia de lo real y su estudio habrá que hacerlo no sólo con ideas sino también con observaciones directas – dijo uno de ellos.

– Piero hizo un largo viaje para obtenerlo. Las escasas referencias acerca de Sorano de Efeso indicaban que su texto podía encontrarse en Alejandría. Muchos de los libros de la Biblioteca de Alejandría habían llegado a Italia y se encontraban desparramados por el sur. Piero viajó a Nápoles y a Salerno pensando que en alguna de esas dos ciudades podría quizás encontrar alguna pista y su esfuerzo fue recompensado. De Salerno navegó a Capri, donde tuvo conocimiento de que unos monjes griegos se habían refugiado de los turcos en épocas pasadas, y en efecto, en el monasterio del que le habían dado noticias, pudo rescatarlo.

El entusiasmo que le causó a Isabella el hallazgo de este tratado fue inmenso. Pasaron meses en los cuales los esposos, después de su diario trabajo, apenas si dormían, entregados a la traducción que Isabella iba dictando, y Piero lentamente copiando, hasta que todo el texto estuvo escrito en toscano y pudieron comenzar su estudio. A medida que la traducción prosperaba, era imposible para ellos no ir anotando sus conclusiones. Era claro que Sorano había practicado la disección de cadáveres, y que lo había hecho muchas veces, puesto que reseñaba las medidas aproximadas del útero en distintas mujeres, de las cuales señalaba no sólo la raza sino el tamaño del cuerpo y el peso aproximado, intentando establecer variaciones. Sorano negaba por completo la teoría egipcia de la migración del útero, que tampoco sostenía Galeno, pero añadía algo más. Hablaba de las trompas, a las que Falopio ya había dado su nombre en la época de Isabella, y mencionaba un elemento extraño, un huevo, del que después no volvía a

hacer referencia. Los conocimientos de Falopio no eran ninguna novedad para los esposos. Así como tampoco lo eran el *Cicero medicorum* de Celso, descubierto en Siena en 1426, y que contenía explicaciones importantísimas sobre el cuerpo femenino, el cual fue traducido por Guido Guidi, a petición del cardenal Nicolo Ridolfi, el nieto de Lorenzo el Magnífico. Inicialmente, Isabella pensó que el huevo del que hacía mención Sorano era la esperma femenina, solidificada en el momento de la fecundación. Seguía todavía muy de cerca las teorías humorales de Hipócrates, que basaban el funcionamiento del cuerpo en la circulación de los fluidos. Sin embargo, aunque errada, esta hipótesis la llevó por buen camino. Decía la teoría que el cuerpo de la mujer era más frío que el del hombre, y que de ello se derivaba su pasividad en la fecundación. Isabella pensó que para que la esperma de la mujer se transformara en un huevo sería necesaria, probablemente, una alta temperatura, y no la frialdad que se le venía atribuyendo al cuerpo femenino desde los egipcios. Puesto que se trataba de diferencias mínimas no le era posible establecerla, hasta que finalmente le planteó a Piero este dilema.

“Si la variación de temperatura entre el hombre y la mujer es tan poca que el contacto de la mano no puede diferenciarla, ¿cómo sería posible que esa cantidad imperceptible tuviese el poder de coagulación suficiente para convertir en un cuerpo el fluido seminal de la mujer?” Piero estuvo de acuerdo en su razonamiento. “Entonces, debemos por completo abandonar la teoría del calor para explicar la fecundación –concluyó Isabella–. Es una falsa vía y perdemos tiempo con ella. El problema es encontrar el origen del huevo, y no hay sino una forma de hallarlo.”

Piero comprendió muy bien adónde quería llevarlo su mujer. “Practicar una disección tiene muchos obstáculos” –le advirtió.

“Los venceremos”, le contestó Isabella, que, como ya dije, era un espíritu obstinado.

– ¿Y lo lograron, maestro Paccioli? –inquirió inquieto uno de los alumnos.

– No quieras adelantarte, Cosimo, la paciencia es una de las virtudes del médico, que debe saber esperar a que la naturaleza le hable.

– Pero Isabella Bruni no era muy paciente –le respondió entre risas otro de los oyentes.

– Cierto –rió también Luca Paccioli–, Isabella pensaba que el día no le alcanzaba para todas las ideas y estudios que quería discutir con Piero. Nunca, ni cuando ya era vieja, dejó perder un minuto del tiempo. Libraba una continua lucha contra la muerte, en lo que mostraba su vocación médica.

– Haz una pausa, maestro Luca, en la narración de sus investigaciones, y háganos más de ella –le pidió el más joven de sus alumnos–. Pienso, cuando la describes, que me hubiera gustado conocerla. Nunca he visto una mujer así. Todas las que conozco, desde mi madre y mis hermanas hasta las jovencitas que he rondado en busca de esposa, pasando por otras de baja condición moral, están siempre dedicadas al tema de su cuerpo, a engrandecer su belleza para atraer a los hombres, y luego, cuando lo logran, no hacen sino quejarse de los varones y llorar que son muy desgraciadas a causa de ellos. Isabella ha debido ser, sin duda, una mujer excepcional, pero tal como la pintas pareciera que nunca dedicó un momento al amor o al placer, o al contento de su marido. A ese Piero le envidio la esposa, pero no la hembra. ¿Cómo puede un marido disfrutar de una mujer que sólo espera su llegada para hablarle de Sorano de Efeso?

Los jóvenes irrumpieron en carcajadas.

– Te equivocas, Paolo Ferrarese, te equivocas completamente. Isabella no sólo era lectora de textos médicos, tenía una amplia cultura y sabía mucho más del amor de lo que tú te imaginas.

– Pues, cuéntalo, querido Luca, para que la conozcamos mejor –le pidió otro de los escuchas, comprendiendo el malestar que las risas habían provocado en Luca Paccioli.

– Todo a su tiempo. Y puesto que sois médicos, es de suponer que lo que os interesa es la medicina. ¿O más bien queréis escuchar anécdotas y noveletas? Precisamente, ésa fue una de las tesis que Isabella escribió en su libro, *De la consideración de la mujer*.

– No nos habías dicho –comentó arrepentido el que había iniciado las burlas– que Isabella Bruni escribió un libro acerca de las mujeres.

– Escribió un breve opúsculo en el cual comentaba el famoso libro de Christine de Pisan, la francesa amiga de Juana de Arco y autora de *La ciudad de la mujeres*. Estaba compuesto a modo de un diálogo en el cual convocaba a la discusión a las humanistas más preclaras, la misma Christine, a Marie de Gournay, y a nuestras compatriotas Isotta Nogarola, Moderata Fonte y la extraordinaria Vittoria Colonna. El librito no pudo ser impreso porque cuando fue escrito Isabella estaba en una situación muy precaria y ninguna imprenta quiso aceptarlo sin un pago anticipado. Por ello se reduce a dos o tres copias manuscritas, que la misma Isabella llevó a cabo, y de las cuales yo conservo una. No es verdaderamente un tratado filosófico que supere a *La ciudad de las mujeres*, sino un intento de reflexionar por qué la mujer es considerada solamente como un órgano de placer, a lo cual no se niega, pero descalificada como ser pensante. Un poco, querido Paolo, lo que tú planteabas hace rato. Te preguntabas cómo era Isabella en la cama, y si bien nadie pone en duda las dotes de una florentina para el amor, ella se hubiera sentido

ofendida de haber pensado que estaría en boca de un médico, no por sus conocimientos, sino por sus formas.

– Me ofendes tú, ahora, maestro Paccioli. No soy una bestia que sólo persiga el gusto y vea en la mujer un pedazo de carne. Envidio, por el contrario, al maestro Pulci el haber tenido una compañera tan digna.

– Isabella nunca hubiera llamado bestial al amor de los cuerpos. Era eso precisamente lo que refutaba. Su cultura humanista y su amor por los clásicos griegos y árabes le hacía concebir el amor como la unión máxima entre los seres, en la que al placer del cuerpo debía unirse el del espíritu, y criticaba a Platón porque éste concebía el placer del encuentro con la bella alma del amado como un asunto de hombres.

– Platón y todos los griegos han sido siempre pederastas embozados –sentenció uno que hasta el momento había guardado silencio.

– Haces mal en generalizar, Francesco.

– Estamos derivando hacia otros temas y lo que más nos interesa es saber de Isabella Bruni y de sus investigaciones –terció alguien–. Te ruego, Luca, que vuelvas a tu historia.

– Tienes razón, pero no ha sido una digresión inoportuna. Para Isabella la condición de la mujer requería de una dignificación, y le irritaba sobremanera que sólo las mujeres de alto renombre pudieran ejercer sus deseos con libertad, mientras que las hijas de burgueses, como ella, y más aún, las pobres, debían guardar una moral estrecha, para no ser injuriadas. Sus ideas sobre el amor se adelantaron demasiado a su tiempo, quizá considere el decirlo más de su vida, pero lo que puedo asegurar es que amó mucho a Piero, y cuando se agravó su enfermedad se dedicó profundamente a él. Pero continuaré ahora con sus investigaciones.

Una de las mayores preocupaciones de Isabella y Piero fue la de enseñar la higiene a sus pacientes. Era tanta la repugnancia que se sentía por el cuerpo de la mujer, gran paradoja, ya que por una parte las costumbres indicaban los mayores cuidados en las cremas, ungüentos y todo artificio que pudiera resaltar o devolver a las mujeres la belleza y el atractivo, y sin embargo, descuidaban lo esencial. Al ojo del médico no escapaban las mayores suciedades y todo aquello que de repugnante tiene el cuerpo humano. Las mujeres, quizás imbuidas por la prédica de los clérigos, habían llegado a considerar que sus fluidos eran malignos y que todo lo que tocara a su fisiología debía ser negado porque recordaba al demonio y al pecado. Isabella emprendió una campaña para alertar a las mujeres de las atenciones que debían tener para con ellas mismas, cuando menstruaran. Nada le dolía más que aquellas piernas sarnosas, aquellas vulvas infectadas de porquería y de sangre seca y maloliente, que llegaban a convertirse en llagas y pústulas. Piero la secundaba por completo y enseñaba a las mujeres a lavarse varias veces al día cuando atravesaban el período menstrual y después de los partos y abortos, para lo cual debía convencerlas de que no se trataba de una práctica judaizante o árabe, como muchas decían, sino de una necesidad de la naturaleza y de la cultura.

Pero lo más significativo fue para ellos el lograr la primera disección. Una joven fue colgada por robarle unas joyas a su señora, y Piero, enterado de que el cadáver sería arrojado a los perros, pudo capturarlo y lograr el permiso. Estos permisos para practicar la disección eran tan enojosos como si hubiera estado prohibida. Piero y Isabella necesitaban, más que ninguna otra cosa, poder estudiar en los hechos las ideas que habían desarrollado, y el cadáver de aquella pobre muchacha sirvió de mucho. Sin embargo, fue también una desilusión. Pudieron apreciar las trompas descritas por

Falopio, comprobar que el útero no se desplazaba dentro del cuerpo, pues estaba firmemente anclado en el abdomen, y que tenía una sola cavidad y no siete, pero nada encontraron del huevo fecundador. Piero, entristecido por lo que le parecía el fracaso, trató de convencer a Isabella de que quizá se habían equivocado y debían volver a estudiar los textos para encontrar dónde estaba el error.

“No estamos equivocados –le aseguró ella–, pero debemos ir más allá. La única manera es practicar una disección en una mujer que haya muerto esperando un hijo.”

Piero, entonces, no quiso oponérsele. Conocía su terquedad y la violencia de la que era capaz si se sentía contradecida; por otra parte, le parecía que aquel propósito sería por sí mismo irrealizable. Se equivocaba, sin embargo. La oportunidad vino a presentarse, sin que él mismo la buscara.

Y ahora comeremos algo, antes de seguir con nuestra historia.

– A medida que pasaba el tiempo, Isabella se había vuelto indispensable para Piero. No solamente en la atención de los partos y enfermedades de las mujeres, sino también en la curación de muchos otros casos. Piero, que siempre había sido un joven de salud frágil, sufría molestias que volvían difícil su trabajo. A menudo se encontraba cansado, más de lo que un hombre a sus años debería estarlo. Tenía frecuentes crisis de prurito en brazos y piernas, que atormentaban sus noches y no cedían a los ungüentos que él mismo se aplicaba, y lo que era aún más enojoso, unos enormes granos purulentos que le producían irritantes picores. Quizá lo que verdaderamente comenzó a alarmarlos era la

intensidad de sus emisiones de orina, acompañadas de una insaciable sed, que de manera perentoria lo obligaba a interrumpir cualquier tarea para beber agua. Sin embargo, su voluntad y el constante estímulo de Isabella no lo dejaban ceder, y aunque su aspecto estaba desmejorado y su delgadez se había convertido en flacura, sostenía el mismo ritmo en su quehacer; todo el día atendía a los enfermos, y al caer la tarde, después de cenar, los esposos proseguían sus investigaciones.

Piero se había inscrito en una lista de cirujanos que solicitaban la entrega de cadáveres a fin de ser estudiados, pero la larga espera irritaba a Isabella. Eran tres o cuatro cuerpos al año los que se concedían, para unos veinticinco cirujanos que había en la ciudad, ya que los médicos no se sentían proclives a tales prácticas. Solamente se permitía la disección de los ajusticiados, de los cuales la mayoría eran hombres, y pasaba el tiempo sin que apareciera la oportunidad que deseaban.

Entre tanto ocurrió una vez lo siguiente. Un mensajero tocó a la puerta de su casa por la noche. Era un sirviente de la señora Camilla de Sieva, quien le pedía al maestro Pulci que se presentara en su casa con urgencia porque se encontraba muy grave y temía por su vida. Piero se aprestó a vestirse y, como era costumbre, Isabella se levantó tras él. El sirviente hizo un gesto de sorpresa y se atrevió a decir:

– La señora no debe acompañarnos.

Molesto, Piero le argumentó que su esposa era su más fiel ayudante y que todas las pacientes que había tenido podían dar fe de ello.

– Mi señora conoce la fama que tiene en Florencia el maestro Piero Pulci y por eso lo ha mandado a llamar, pero creo que la presencia de su esposa no sería apropiada, en atención a su honor, maestro.

Piero comprendió de inmediato lo que ocurría.

– La señora Camilla de Sieva tiene amigos de muy alta calidad, pero no es conveniente que una mujer digna sea vista entrando en su casa –añadió el mensajero.

– Si no puedo entrar como mujer, entraré como hombre –afirmó Isabella, y sin darles tiempo a Piero y al mensajero de oponerse, corrió a su habitación. En pocos minutos apareció con su pelo recogido bajo el bonete, y tapando su ropa con la túnica de los médicos. Vestido con la ropa de su padre, su menudo cuerpo parecía el de un adolescente.

– Nuestra entrada debe ser discreta –continuó el mensajero–, pues a pesar del reconocimiento que tiene la señora Camilla, una orden del prefecto impide la curación de... de ciertas mujeres.

– La orden del prefecto no podrá estar por encima de la orden de Dios –dijo Piero– y Dios nos obliga a practicar el bien, de acuerdo a nuestra medida. Si soy médico mi medida es más alta que la de otros hombres. No perdamos más tiempo puesto que la señora está grave.

Subieron los tres al carruaje y se encaminaron a la casa de Camilla de Sieva. Después que la peste en la que habían muerto sus padres había cesado, Piero e Isabella volvieron a la antigua casa de éstos, en el barrio de Santo Spirito. Cruzaron, pues, el Arno a través del puente de la Santa Trinidad y el carruaje se internó entre las calles que rodean la iglesia de la Santa Cruz. Isabella nunca había montado antes en un carruaje, por lo menos del lujo que aquél ofrecía, adornado su interior con pinturas y ricos cortinajes, los asientos de terciopelo, decorado con laca sobredorada el exterior. Tampoco había visto nunca una casa de las proporciones y refinamientos como la que poseía Camilla de Sieva.

Vivía la cortesana en lo que quizá fue un antiguo palacete de algún poderoso en los tiempos de la república. Era una casa de tres pisos, con pórtico abovedado de doble galería en mármol. Había al menos tres terrazas y un ancho patio lleno de flores. Todas las paredes de las habitaciones estaban recubiertas de brocados de China o de tapices franceses. Cuando entraron en la habitación principal, ocupada por la enferma, la hallaron en una suntuosa cama de dosel, con mesas de finas maderas orientales, todas ellas atestadas de unguentos, frascos, finos vasos, y al frente un inmenso espejo, probablemente obra de un orfebre veneciano. Pero no era Isabella una mujer que se detuviera en los adornos por mucho tiempo. Inmediatamente se aproximaron ambos a la enferma, que estaba como desplomada entre las sábanas, rodeada de sirvientas y doncellas que calmaban, o intentaban calmar inútilmente, sus sufrimientos con compresas de agua tibia y olores gratos, provenientes de alguna resina que humeaba. En medio del temblor que agrietaba su bello rostro, Camilla los llamó a su lado y les señaló su vientre. Piero reconoció los flujos que exudaba su vagina, y sin temor a equivocarse, comprendió que estaba abortando. Isabella palpó el útero y consideró que la gestación se había iniciado hacía unos tres meses. Con ayuda de las tenazas logró Piero extraer el cuerpo del feto y procedió luego a pedir enormes cantidades de agua y jabón a las doncellas, de modo que Isabella lavara su interior. Camilla estaba desmayada, no sólo por los dolores sino por la hemorragia que podéis imaginar acompañaba al aborto, y ambos esposos temieron que sería su fin, pues no lograban detenerla. Cuando llegó la mañana la mujer había sobrevivido, y aunque muy débil, dormía tranquila. De nuevo el carruaje condujo a Piero y a Isabella a su casa, exhaustos de la intensa noche.

– Dínos algo de la vida de esta cortesana. He escuchado que éstas fueron, en el pasado siglo, espíritus cultísimos y refinados. No es fácil conjugar en una mujer que se dedique a tan bajo oficio una elevación del alma –habló Piero de Mantua.

– Los hombres deberían ser más cautos en sus juicios –le contestó Luca Paccioli –y sobre todo los médicos. Aquel que conoce el sufrimiento del cuerpo, debería también conocer los caminos del alma, para estar así preparado a comprender que la virtud y la sabiduría tienen a veces poco que ver con el oficio que los hombres desempeñan en el mundo, y con las calidades que les son atribuidas. Si el oficio hiciera al hombre, no podríamos entender por qué muchos de nuestros gobernantes y prelados son seres de baja condición moral, y en cambio, entre humildes hombres y mujeres del pueblo encontramos la mayor excelencia y nobleza. Ciertamente que ninguno de nosotros desearía para una hija o una hermana el oficio de prostituta, pero vosotros, como médicos, debéis estar preparados para saber que también las mujeres honestas son muchas veces culpables de los mismos pecados que a las otras se les atribuyen, y que es la miseria y la ignorancia las que llevan a esas desdichadas al rebajamiento de su dignidad moral, y no una naturaleza viciosa o demoníaca, como han pretendido hacernos creer los clérigos. El médico debe ser, además de un estudioso del cuerpo, un entendido en todo aquello que afecta a la realidad en la que vive el enfermo. Pero Camilla de Sieva no era una ignorante, sino lo que se denominaba en aquella época, una cortesana honesta.

– Contradictoria definición –acotó otro de los oyentes.

– Sí, porque contradictoria es la sociedad humana. Pero entonces se calificaba así a estas mujeres para, de alguna manera, diferenciarlas de las prostitutas del común, las que vendían sus favores a la puerta de estrechas casas, apiñadas en cuartos malolientes. La

cortesana honesta era, si queréis, la sublimación de la prostituta, el mayor rango que podía alcanzar en su oficio, y al que no estaban destinadas sino algunas privilegiadas, porque era necesario para ello ser una mujer de exquisita cultura y con ciertos dones. Sé de Camilla de Sieva lo que me relató Isabella y eso es lo que puedo yo relataros ahora.

Había nacido en el barrio de las prostitutas, en los callejones que se enredan detrás del Palacio Viejo, en una ruinoso casa en la que las ventanas no tenían cristales y a cuyos pasillos abrían numerosas habitaciones donde se hacinaban mujeres, desde niñas hasta viejas. Su madre llegó a ser una famosa cortesana romana, que con razón o sin ella, atribuía la paternidad de Camilla a un cardenal, cuyo nombre me callaré. Cuando Camilla tenía unos doce años, este hombre la hizo traer a Roma y allí la educó con la misma elegancia que si se tratara de una princesa. Recibió clases de danza y de arpa, para las que estaba muy bien dotada, aprendió latín y francés y nuestra más apreciada literatura. Culminada su educación, se estableció en Roma para vivir como otras cortesanas, rodeadas de cenáculos intelectuales y artísticos, quizá buscando imitar a los que habían llenado los salones de mujeres humanistas como Cecilia Gallerano, que hospedaba a Bandello en su casa, o Margarita Sarrochi, amiga de Galileo. O la célebre Imperia Cognata, la cortesana que inmortalizó en su pintura el bello Rafael de Sanzio. Pero tuvo que volver a Florencia porque su padre, el cardenal, huyó de Roma por temor a César Borgia y ella y su madre quedaron sin protección. Una vez en Florencia, Camilla, poseedora ya de una notable fortuna, compró para su madre una villa cercana a Sieva, de donde tomó el nombre. Camilla no volvió a ver a su madre, que quizá murió allí, y no hizo más mención de ella, cuando le relató su vida a Isabella.

Compró también la casa en la cual viviría a partir de su regreso a Florencia, y cuidó de que todos sus detalles fueran del mismo lujo y elegancia a los que ya se había acostumbrado. En ella recibía a poetas, nobles, banqueros y prelados, y brillaba su salón como uno de los más refinados por las cultas conversaciones que allí tenían lugar, en las que Camilla declamaba versos o cantaba acompañándose con el arpa. Cuando Isabella y Piero la conocieron debía tener unos treinta años, aun cuando su aspecto la hacía ver más joven.

En una oportunidad en que las medidas restrictivas de la prostitución se vieron aumentadas por el poder que la inquisición tuvo en la época de Cosme de Médicis, se implantó con rigurosidad que las prostitutas debían usar el distintivo y restringir su movimiento dentro de los barrios señalados. Camilla se negó al uso del velo amarillo y con gran desparpajo le escribió un soneto al Duque de Toscana, en el cual, en delicados versos, le rogaba la libertad de vestir y vivir como quisiera. Obtuvo, al menos, el permiso para no llevar el infamante velo y la autorización de continuar viviendo en su casa, con la condición de que cuando se dirigiera a otros barrios, iría oculta en su carruaje y sólo podría salir de él para entrar en las iglesias.

– ¡Cuántas medidas para ocultar lo que todo el mundo conoce! –exclamó Paolo Ferrarese.

– Así es, Paolo. Tienen mucho cuidado los hombres en tapar con un manto sus pecados, y pues más fácil es ocultarlos fuera de sí, preferían velar a las prostitutas, para que sobre ellas recayera toda la culpa.

– Sin embargo, no todo es hipocresía. También es cierto que las mujeres honestas no deben estar en contacto con las deshonestas, pues el vicio es una enfermedad que se contagia más fácilmente que la virtud –discutió Luigi Bandini.

– Separar el vicio y la virtud es tarea que le compete a Dios, Luigi. En el mundo andan revueltos y a todos nos toca una repartición de ambos. Pero continuaré con la historia de Camilla, en lo que atañe a Isabella, por supuesto, que es de quien verdaderamente me interesa hablar.

Después que Camilla se reestableció, volvió a llamar a su lado a Isabella y a Piero, pero no para atenderla, sino al contrario, para ofrecerles ella un banquete con el que quiso no sólo pagarles en moneda sus cuidados sino también ofrecerles una exquisita muestra de su gratitud. Aquella invitación se repitió más de una vez, y sin darse cuenta, Isabella y Camilla se volvieron grandes amigas. No había sido Isabella muy proclive a la amistad de otras mujeres. Decía que le aburría su conversación y que sólo pensaban en banalidades que la hacían bostezar o en preocupaciones que no compartía. El encuentro con las antiguas compañeras de juego, que su madre le obligaba a frecuentar cuando era niña, le dejaba un tierno recuerdo, pero siempre se le ocurría alguna buena razón para evadir las invitaciones que éstas les hacían. “Sus maridos –decía– son aún más aburridos, y no puedo obligar a Piero a escuchar durante horas las variaciones del precio de la lana o de la seda, ni las dificultades en recobrar los préstamos que les conceden a los banqueros de Padua.” La vida de Piero y de Isabella era muy solitaria, y en verdad no podía ser de otra manera, pues todo su tiempo se consumía en el trabajo. Por otra parte, la salud de Piero no mejoraba y un nuevo síntoma se había agregado a sus malestares. El maestro Pulci comenzaba a perder la visión. Había tenido algunas crisis de pequeños

sangramientos en los ojos que los habían alarmado gravemente, y a ellos había seguido una disminución en su agudeza visual, que había intentado compensar con el uso de unas antiparras, sin demasiado beneficio. Por ello, las invitaciones de Camilla se convirtieron para ellos en una grata compañía, en la que podían disfrutar de la inteligente conversación de su nueva amiga, y a la vez, compartir las ideas que estaban investigando. Camilla se interesó mucho por los temas médicos que Piero e Isabella le enseñaban. Les confesó que se había visto obligada a practicarse múltiples abortos, pues todas las medidas que las comadronas le habían dado para evitar la gestación habían resultado inútiles. Desesperada había acudido a una bruja, que decían tenía mucha experiencia en remediar todo tipo de males, desde la reconstrucción del himen para las jovencitas que necesitaban negar sus experiencias, hasta la evitación de nacimientos. Una vez les mostró el armario donde guardaba sus ritos. Allí vieron innumerables objetos repugnantes, como huesos de muertos, dientes, pedazos disecados de animales, y una colección de vasos que contenían filtros y bebedizos. Piero desaconsejó a Camilla beber ninguno de ellos, y mucho menos frotar en su cuerpo aquellos inmundos objetos, extraídos de cementerios o albañales, pero ciertamente no tenían algo mejor que ofrecerle porque la fecundación seguía siendo un misterio para ellos, como lo es aún para nosotros.

– Pienso, maestro Paccioli –le interrumpió Cosimo–, que si Dios no ha querido revelárnoslo debe ser porque debe quedar oculto. Si alguna vez la mujeres aprendieran una manera eficaz de evitar sus gestaciones, no habría para ellas ningún freno, ni tendrían los padres y los maridos modos para guardarlas. Las mujeres son débiles y el amor a sus maridos o las enseñanzas de sus madres son insuficientes para contener los deseos.

– Es ése un argumento de difícil discusión. Pero además de la moral está la verdad, y el descubrimiento del mecanismo completo de la fecundación es un misterio que a nosotros, los hombres de ciencia, nos aguarda. No podemos taparnos los ojos y pensar que mejor será no averiguarlo para que nuestras mujeres sigan siendo fieles.

Isabella comenzó a estudiar la fisiología de Camilla. Durante muchas horas, por las mañanas en las que Camilla no recibía a sus clientes, ambas mujeres se reunían. Isabella estaba convencida de que la fecundación de la mujer no era continua y que probablemente existían períodos en los que el huevo generador era más proclive a ser fecundado que en otros. En algunos textos griegos se recomendaban horas, días o épocas más favorables para la *conjunctio*, y ella pensaba que en aquella recomendación existía, quizás, una intuición que no había sido demostrada. A través de sus anotaciones logró aproximarse a una idea bastante precisa. Camilla recordaba que una de sus gestaciones se había producido quince días después del período menstrual. Tenía la certeza de que había sido así porque recordaba haber viajado a la villa de Sieva, durante un flujo menstrual, y haber recibido, a los quince días de hallarse allí, la visita de un banquero que la buscaba con tanto ardor que no había resistido su ausencia. Permaneció dos días con ella, y luego volvió a Florencia, mientras que ella no regresó a la ciudad por un largo tiempo. Cuando lo hizo, no había vuelto a menstruar, y algunos signos le hicieron reconocer que estaba de nuevo gestando.

Estas observaciones les parecieron a Isabella y a Piero de mucho interés, pero para su comprobación requerían de anotar semejantes condiciones en otras mujeres. Camilla les había prestado una gran ayuda en sus investigaciones, pero no sería ésa la única. Piero había aconsejado seriamente a Camilla que abandonara su oficio. Pensaba que un nuevo

aborto sería fatal para ella y que a toda costa debía ser evitado. Camilla, entonces, prometió que, de ocurrir una nueva gestación, no la impediría y tendría un hijo. Una vez que fuera madre, se retiraría a vivir en su villa de Sieva con la criatura y pasaría allí sus últimos días. Piero intentó disuadirla también de ese proyecto, no tenía ya la edad para llevarlo a cabo, y la maternidad en una mujer tan añosa sería muy grave.

Pero ocurrió. Camilla debía estar en los cuatro meses de su gestación, cuando de nuevo Piero e Isabella fueron llamados con urgencia. Su cuerpo estaba deformado por la hinchazón, las piernas parecían gruesas columnas y un color morado teñía su rostro. Los esposos comprendieron que había llegado su fin, pero decidieron intentar una expulsión como único recurso ante la muerte cierta que se aproximaba. Camilla, comprendiéndolo así, hizo llamar a un notario. Dispuso que todos sus bienes fueran legados al asilo de Santa María Egipciaca, en el que se recogían a mujeres arrepentidas, y que se vendieran públicamente, para convertir en dinero, sus lujosos muebles, sus sábanas y mantelerías, todos los objetos de plata y marfil y los finos vasos venecianos, así como sus innumerables vestidos y calzados y otros artificios de su indumentaria. En mano entregó a Piero y a Isabella los treinta y cinco libros que componían su biblioteca y varios cuadernos en los que había escrito pequeñas romanzas para arpa y laúd, así como un epistolario y un libro de versos, también de su creación. Luego conminó al notario a escribir el legado más importante de su testamento. Y fue éste que siendo una mujer pecadora, merecía que su cuerpo tuviera alguna redención, y por ello encomendaba al maestro Piero Pulci la disección de su cadáver. Piero insistía en intentar la expulsión del feto, como única posibilidad de salvar su vida, lo que naturalmente debía hacerse en secreto pues las leyes lo prohibían duramente. Camilla, sin embargo, se negó.

“No creo que mi vida se salve –les dijo– y, en cambio, muchas podrán hacerlo si algún descubrimiento ayuda a comprender el cuerpo humano. Para ello, debo morir así, con mi hijo adentro mío, para que podáis por fin llevar a cabo el estudio que estáis esperando.”

Camilla de Sieva murió aquella noche y Piero e Isabella transportaron su cuerpo en el carruaje que otras veces los había llevado a comer con ella. Tuvieron que atravesar por la prueba de descuartizar el cuerpo de una persona a la que tanto habían querido. Ni el hedor ni el sangriento espectáculo desanimó por un instante a Isabella. Se secó las lágrimas que irresistiblemente le empañaban la vista, y procedió a la disección del útero, que era el afán que la guiaba. Introducir los bisturís en el cuerpecillo del que hubiera sido el hijo de Camilla fue para ambos un inmenso dolor pero se vio recompensado. El envoltorio que lo contenía, fuertemente anclado a las paredes del útero, los convenció de la existencia del huevo. No había ninguna duda de que la semilla femenina nada tenía que ver con los visibles fluidos y exudados de la menstruación o del coito, sino por el contrario, residía en su interior.

Y bien, comienza a anochecer. Descansemos un rato, y me prepararé para relataros el final de esta historia –concluyó Luca Paccioli.

– Verdaderamente es prodigiosa –comentó alguien.

– ¿La naturaleza humana o Isabella Bruni? –preguntó otro.

– Ambas, pues, en realidad, Isabella pertenece a ella –les contestó el maestro.

– Después de la muerte de Camilla, Piero e Isabella comenzaron a hacer anotaciones más precisas sobre las fechas en las que se producían los abortos, los nacimientos, y su distancia con los períodos de flujo menstrual. Esta investigación era agotadora. En parte, las mujeres, la mayoría muy ignorantes, en poco podían ayudar a las preguntas que les eran formuladas, y en parte la salud de Piero disminuyó gravemente. Había perdido aún más peso, su estado de ánimo estaba abatido y muchos días no podía salir de la cama. Únicamente podían discutir los resultados de las anotaciones durante las tardes, ya que, apenas cenaba, Piero caía exhausto. Sus pérdidas de orina eran cada vez más frecuentes y se veía fustigado por una sed implacable. Algunas infecciones aparecieron en sus tobillos y muñecas sin que pudiera encontrar ninguna causa para ellas. Llegó un momento en que su visión se había empobrecido tanto que únicamente distinguía bultos y luces, por lo que el ejercicio de la medicina le fue imposible. Isabella recurrió a una nueva estratagema. Hizo correr la voz de que el maestro Piero Pulci asistiría a todos sus pacientes acompañado de un fraile mendicante que había llegado a la ciudad. Estaba convencido de que confortar el alma era el correlato de la salud del cuerpo, y por ello la presencia del fraile era indispensable. Evidentemente, el fraile no era otro que Isabella. Apoyado en su brazo, Piero lograba caminar hasta las casas de los enfermos, y cuando éstos no estaban postrados, les obligaba a asistir a su casa, bajo la excusa de que allí tenía toda la farmacopea que no podía desplazar.

La necesidad de la gente de creer en el poder de fuerzas ocultas transformó la estratagema en milagro y empezó a decirse que el fraile hacía curaciones con la imposición de manos, y que muchos moribundos se habían levantado del lecho en perfecto estado de salud, y en cuanto a las visitas al hogar del médico, que eran del todo

desacostumbradas, se hiló la versión de que se debían a que en su casa el maestro Pulci tenía pociones mágicas que no quería sacar a la calle por temor a ser sospechoso de herejía. Durante un tiempo pudieron así resistir, y, efectivamente, las manos del fraile no sólo tocaban el cuerpo de los enfermos sino que lo exploraban. Después Isabella y Piero se retiraban a solas para que ella le comunicara lo que observaba, y así entre ambos, decidían los procedimientos. Sin embargo, no lograron continuar por demasiados años, creo que tres o cuatro nada más, y finalmente, Isabella decidió que era necesario que se retiraran a la villa de Fiésola para dedicarse exclusivamente a la curación de su esposo. Volvió a releer muchos de los libros de su amplísima biblioteca y encontró la descripción de algunos de los síntomas que presentaba Piero.

Sucedió entonces un curioso incidente, que con su acostumbrada acuciosidad, Isabella registró. Paseaba Piero por el campo cuando sintió las intensas ganas de orinar que constantemente lo incomodaban, lo hizo, y sobre el charco de orina, en pocos instantes se posaron unas abejas. Decía Isabella que en ello debía residir una importante explicación y con mayor ahinco continuó la revisión de sus textos en busca de algún remedio, pero desgraciadamente nada lo mejoraba y se hacía evidente que no podría vivir mucho más. Tenía entonces treinta y ocho años. Puesto que ya no podrían dedicarse más al ejercicio de la medicina, pensaron que lo único que les sería posible era escribir todo cuanto habían llegado a saber, e Isabella redactó así su libro, *De la fisiología de la mujer y las condiciones de la gestación humana*, publicado en una imprenta de Florencia, al año 1572.

— ¿Firmó Isabella Bruni ese libro? —preguntó Cosimo.

– Naturalmente que no. Hacerlo hubiera sido una temeridad. La inquisición había puesto buen cuidado en que se eliminaran las obras que inspiraban a las mujeres a tener un espíritu independiente. Los tiempos de la república, cuando elevadas mujeres habían hecho gala de su inteligencia y cultura, estaban muy lejanos. Habían pasado al índice de los libros prohibidos obras como *La dignidad de las mujeres* de Speroni o la *Circe* de Celli, y *La ciudad de las mujeres* de Christine de Pisan, que ideaba un estado en el cual las mujeres tuvieran igualdad jurídica, el tratado de Marie de Gournay, *Igualdad de los hombres y las mujeres*, que dedicó a la insigne María de Médicis, y muchas obras de nuestra literatura amorosa, por considerarse que incitaban a las mujeres al libertinaje, empezando por el *Decamerón*, los diálogos de Castiglione y varias novelas de Bandello. Pero no solamente se perseguía a los libros. Mujeres como Olimpia Morato, ferrarense como tú, Paolo, tuvieron que exilarse, y la misma suerte corrió Isabella Bresegna, napolitana. No, nuestra Isabella no podía firmar ese libro, a riesgo de que la sometieran a un juicio de brujería o herejía. Lo firmó Piero y tuvo que dolorosamente omitir su nombre, pues él consideraba que las ideas que animaban aquella investigación habían sido de su esposa y no de él, aunque ciertamente él contribuyó a muchas de ellas. Su obra fue publicada con un enorme esfuerzo por parte de ambos, para lo cual tuvieron que vender algunas de sus pertenencias de la casa de Florencia, y los médicos se encargaron de destruirla. La crítica a las viejas teorías de Galeno, que constituía todo su saber, les hizo insoportable el tratado, además de que la idea de que la mujer era parte activa en la fecundación les era moralmente desagradable. Los hombres pueden ejercer la mayor crueldad cuando se sienten atacados, y los colegas de Pulci no perdieron ocasión de ridiculizarlo. Sacaron a colación que no sabía mucho de fecundación pues era impotente, ya que Isabella no

había tenido hijos, dijeron que estaba loco y que por eso su mujer lo había recluido en la villa, para que nadie lo supiera, y que la prueba de su locura era que había descubierto el huevo fecundador de la mujer; el maestro Pulci estaba tan demente que comparaba a las mujeres con las gallinas. No faltó quien fuera un poco más lejos e intentara una denuncia por herejía, pero no prosperó la acusación porque era tanta la gente en la ciudad que le debía la curación o, al menos, su generosa atención, que nadie quiso seguir adelante con aquella infamia. Yo tenía diecisiete años cuando llegué de Ravenna, con el propósito de estudiar medicina en Florencia o en Padua, decidiendo por la primera. Buscando textos en una librería, el comerciante me regaló el de Isabella. Nadie lo quería, me dijo, y al parecer contenía una sarta de disparates. Me lo daba pues yo había sido un buen comprador. Tuve la curiosidad de leerlo y pasé la noche sin dormir hasta que lo terminé. Al día siguiente pregunté por el paradero del maestro Pulci y no me fue difícil dar con él, ya que muchos lo conocían. De inmediato me encaminé a su villa, y a partir de entonces no me separé de él hasta su muerte.

– De él y de Isabella, suponemos –interrumpió un joven que hasta el momento había permanecido en silencio.

– Cierto, querido Giacomo, de él y de Isabella.

El maestro Luca hizo una pausa. Rememorar el episodio de la muerte de Piero le secaba la garganta.

– No es necesario que te obligues a un doloroso ejercicio –le dijo Paolo Ferrarese–, te debemos demasiado como para exigirte que nos relates aquello que te hiere.

– Tengo setenta y cinco años, Paolo, pero sigo siendo médico, aun cuando hace mucho que mi viejo cuerpo no me permite otra labor que la enseñanza. Vosotros sois

mis alumnos y también mi única familia, pues no tuve tampoco hijos y mi mujer ya murió hace tiempo. Si no cuento mi vida ante vosotros, ¿ante quién lo haré? Sabéis de sobra que soy ateo, así que no espero otro juicio que el de los hombres.

– En ese juicio –insistió Paolo– tienes sobrados méritos. Tu sabiduría es conocida en muchas ciudades de Italia y de Europa, y tus pacientes se han encargado de confirmarla.

– No me hagas falsos halagos. No creo que, fuera de Florencia, alguien haya escuchado hablar de mí, sino por azar. De lo único de lo que me vanaglorio es de haber tenido la inteligencia de comprender que en la obra de Isabella se hallaban conocimientos que algún día se probarán como ciertos, y de haber sido médico hasta el final de mi vida. Un médico nunca puede rehuir a la muerte, y yo espero la mía con serenidad.

Faltaba poco para que yo cumpliera dos años junto a los esposos Pulci, cuando se presentó la agonía de Piero. Tenía violentos dolores en la región del estómago, su respiración se veía muy dificultada, la lengua seca y un olor ácido exhalaba de su boca. Apenas si permanecía en vigilia alguna hora de día. Los ojos hundidos y las pupilas vidriosas, su pulso era muy débil y el cuerpo en una temperatura muy baja, que lo hacía temblar y constantemente quejarse de un frío que Isabella no lograba calmar con ninguna manta. Después de un intenso vómito, perdió por completo la conciencia y estuvo así por unas dieciséis horas, después de las cuales, expiró. No sé cuál es el nombre de su enfermedad ni qué la causa, aunque desde luego he visto otros casos bastante parecidos y con idéntico final.

Después de su entierro Isabella estuvo muchos meses en un profundo estado de tristeza. Yo le había pedido que, así como ella había ayudado a Piero en su oficio, lo

hiciera conmigo, ya que en aquel momento su conocimiento médico era muy superior al mío, pero ella se negó. Me dijo que ya no tenía razón para quedarme en la villa y que era necesario que regresara a la ciudad para que estudiara medicina en la escuela. Así lo hice y estuvimos separados varios años.

– ¿Volviste, pues, junto a ella? –preguntó Giacomo.

– Volví, Giacomo. Tú eres el más silencioso de tus compañeros, pero eres el que tiene mayor intuición para devolverme al nombre de Isabella, cuando trato de evadirme.

– Porque escuchándote, maestro Luca, yo siento un inmenso amor por esa mujer, a la que no conocí, y pienso que ese amor debe venirme de alguien.

Un silencio se hizo entre los alumnos y algunas voces le pidieron a Giacomo que moderara su imprudencia.

– No hay que regañar a nadie porque diga la verdad. La verdad de los hechos es la más clara aspiración de un médico. Dejemos para los clérigos la pasión de la ignorancia. Giacomo ha comprendido una verdad, la verdad de mis sentimientos, y creo que a mi edad, en 1630, a cuarenta y cinco años de la muerte de Isabella Bruni, puedo confesar sin temor que la amé. Y que ella me amó.

– Tenía veinte años mas que tú.

– Sacas rápido las cuentas, Piero. Sí, tenía edad para ser mi madre, pero esas distancias poco afectan al amor.

– Hace rato nos dijiste que Isabella había escrito un libro sobre el amor. ¿Cuál era?

– No lo había mencionado. Sólo dije que ella sabía mucho más del amor de lo que imaginábais. Pero es cierto, de nuevo Giacomo ha adivinado. Escribió un breve librito titulado *Del amor enamorado*, era un diálogo con la Diótima de Platón en el que expresaba

su descontento porque los comensales de *El Banquete* sólo se referían al enamoramiento de los efebos, y algunos temas más que no recuerdo.

– Vamos, Luca, no podemos creerte eso –dijo Francesco.

Luca Paccioli sonrió.

– O lo recuerdo y no quiero decirlo. En esa época vuestro viejo maestro era un bello efebo.

– ¿Fuiste su amante? –le preguntó directamente Giacomo.

– Sí.

Aclaró la voz y continuó:

– En el tratado de medicina de Isabella se comentaban diversos temas. Comenzaba por una acérrima crítica a Galeno, poniendo en duda sus observaciones porque muchas de ellas estaban basadas en la disección de cadáveres de simios. Esto irritó a los defensores de Galeno, pero a la hora de la verdad nadie pudo comprobar lo contrario porque el mismo Galeno lo afirma en varias referencias. Refuta la teoría hipocrática de la circulación de los humores como base del funcionamiento del cuerpo, lo que hoy en día, gracias al inglés Harvey, hemos podido comprobar a través de su descubrimiento de la circulación de la sangre, y en consecuencia, niega toda la terapéutica basada en los mecanismos para obligar al cuerpo de la mujer a evacuar sus fluidos. Particularmente, Isabella alerta sobre el peligro del uso de los emenagógos, que no hacen otra cosa que debilitar y empeorar a las enfermas, sin ningún resultado. Por supuesto, combate directamente la idea de que el parto o el coito, como evacuadores de fluidos, tengan algún poder de curación. Atestigua a su favor la larga vida que alcanzaban algunas mujeres estériles o vírgenes. Debo recordaros que Piero y ella atendieron con mucha

frecuencia a las religiosas de los conventos, que otros médicos rechazaban porque preferían cultivar su clientela entre los burgueses, y eso le permitió a Isabella refutar esa necia teoría de que el parto pudiera mejorar en algo la salud de la mujer. Antes bien, recomienda que las mujeres no tengan más de cuatro o cinco hijos. Existía un método con el cual se extraía el fluido de la mujer, a través de una manipulación de la vulva, y que muchas veces ocasionaba desgarramientos. Insiste en la crueldad e inutilidad de usarlo y luego pasa a denunciar las torturas que habían sido practicadas en su época; hoy en día, afortunadamente no se han llevado a cabo más, y que consistían en buscar el *Punctum Diabolicum* en las mujeres acusadas de trato con el demonio. Mediante clavos y ganchos, introducidos en las cavidades de la vulva, buscaban los inquisidores la marca que el demonio les había dejado, al poseerlas. No sé si verdaderamente Isabella tuvo ocasión de presenciar aquella barbarie o si hablaba a través de alguna referencia del *Malleus Maleficarum*. Negaba, por evidente, las siete cavidades del útero descritas por Galeno, y aducía para ello la prueba de la disección de cadáveres, mencionando que éstas habían sido practicadas en los cuerpos de ajusticiadas y con permiso solemne, lo cual era rigurosamente cierto pues Piero había logrado estos permisos. Omitió, sin embargo, la disección de Camilla. Supongo que Piero y ella pensaron que tal hecho podría costarles la cárcel o algo peor, y recurrió a un falso testimonio. Inventó el nombre de un médico francés que la había realizado en Perpignan, para darle visos de verosimilitud a lo que en verdad eran sus propias observaciones. Se apoyaba en la *Gynaecia* de Sorano y en el propio Nicolás de Cusa, el médico y cardenal que en sus *Coniecturae* había hablado de la reciprocidad fisiológica del hombre y la mujer en la fecundación. Este texto, por cierto, fue maliciosamente ignorado durante años.

Por último, desarrolla su teoría de la fecundación en la cual expone que existen períodos más proclives a la misma que otros, situados alrededor de los diez a dieciocho días después del flujo menstrual, y afirma sin ninguna duda la existencia del huevo en la mujer, localizado en el útero, el cual se desarrolla a partir de su contacto con la semilla masculina, y desecha totalmente la existencia de vasos espermáticos en la mujer, así como la idea de que esta semilla femenina tenga algo que ver con las exudaciones vaginales.

Ésta es, en síntesis, la contribución de Isabella Bruni a la medicina, y también de Piero Pulci, pues puede decirse que ambos trabajaron en conjunto sus hipótesis y discutieron sus teorías. Es una obra de amor, aunque ciertamente, y sin quitarle méritos a Piero, fue ella quien sostuvo las ideas más avanzadas y le proporcionó el estímulo para estudiarlas. Mi contribución, ya sabéis cuál es. Siempre guiado por el espíritu de que la medicina es una ciencia de comprobación empírica y que de nada vale la teoría si nuestros ojos no pueden atestiguarla, continué con las disecciones de cadáveres, que fueron cada vez más permitidas y de más fácil acceso. Creo que las trompas que describió Falopio juegan un papel fundamental en la fecundación, aunque no he podido describirlo en detalle, pero repetidas pruebas me han demostrado que, cuando una mujer tiene algún tipo de obstrucción en ellas, no puede engendrar. Pienso también que el huevo fecundador no se halla en forma permanente dentro del útero, ya que en ningún cadáver ha sido posible hallarlo. Debe, por lo tanto, generarse en algunos momentos que coinciden con esas etapas que Isabella consideró como las más proclives para la fecundación y que yo he podido también establecer sin ninguna duda. Eso es lo que puedo legaros, os toca a vosotros continuar el camino.

La noche había caído. Los discípulos de Luca Paccioli recogían sus libros y plumas, después de haber recibido del maestro su larga y última clase. Era el momento de la despedida.

– ¿A dónde irás ahora? –preguntaron inquietos.

Luca Paccioli les había anunciado que, a partir de ese día, no se verían más pues él se retiraba de la enseñanza y dejaba Florencia.

– ¿Cuándo nos darás tus libros?

– Todo lo que hay en mi modesta casa es vuestro. Hace tiempo que lo dejé consignado en mi testamento. En la biblioteca encontraréis fácilmente el libro de Isabella firmado por Piero. También sus otras obrillas literarias. Vuestra compañía ha sido muy dulce, y os he querido mucho a todos, aunque a veces me haya irritado con vosotros. Pero el afecto incluye todos los matices. Creo que seréis buenos médicos y que sois hombres honestos, lo que es aún más difícil. No tiene importancia a dónde me retiro. He cumplido ya mi vida. Prometo que mientras esté vivo vendré a veros de vez en cuando.

Mentía Luca Paccioli y Giacomo se dio cuenta.

– Pero no hay razón para que nos ocultes dónde vives.

– A mi edad tengo ya autoridad suficiente para determinar mis razones. Que tengas suerte, Giacomo, te deseo que seas un buen médico. Ah, y no dejes de leer el librito de Isabella, *El amor enamorado*. Te gustará.

Los abrazó a todos, rehuyó sus negativas a que los dejara, y desapareció.

Unos días después su cuerpo fue encontrado en la villa que había sido de Isabella y Piero, en la vía a Fiésole, y que Isabella le había legado a su muerte. Allí escogió Luca

terminar serenamente, como lo había previsto. Con parsimonia y certeza había llevado a cabo su último acto médico: su propia muerte. Un lento veneno le había permitido, entre sueños, acariciar por última vez el cuerpo de Isabella Bruni. Sentir bajo sus manos sus agolpados senos, la curva de su cintura, y pasear su lengua hasta lo más recóndito de ella misma. El recuerdo del profundo gemido de su placer lo acompañó en sus minutos finales.

– ¡Qué sabiduría la de los antiguos! –exclamó nostálgico el Primer Señor.

– ¡Tienes toda la razón! –corroboró el Segundo Señor.

– A hombres como Mateo Bruni, Piero Pulci, Luca Paccioli, les debíamos de haber dado ocho vidas por lo menos –se lamentó el Cuarto Señor.

– ¡Qué cultura tenían esos hombres! No es por nada pero uno se siente orgulloso de ser Señor del Destino cuando recuerda esas vidas –se jactó el Quinto Señor.

– ¡Qué extraño! –comentó el Tercer Señor que no había dicho nada.

– Extraño, ¿qué? –le preguntaron los otros Señores.

– Que nadie diga nada de Isabella, ni de Camilla de Sieva.

– Luca Paccioli estaba muy enamorado de Isabella –declaró el Quinto Señor.

– ¿Y qué quieres decir con eso? –lo fulminó el Tercer Señor.

– Los humanos, cuando se enamoran de las humanas, tienden a verles muchas cualidades –sentenció el interpelado.

– Sí, sí. Eso es cierto –aplaudió el Segundo Señor–. Los poetas han escrito maravillas de las mujeres.

– De los escritores no hay que fiarse mucho –opinó el Cuarto Señor.

– Yo no estoy hablando de los escritores, estoy hablando de esta mujer, Isabella Bruni –precisó el Tercer Señor–. No creo que sus cualidades se las haya inventado Luca Paccioli.

– También tienes que ver que era mucho más joven que ella. Eso influye bastante – señaló venenosamente el Primer Señor.

– Y que vivía en su casa, se puede decir que ella lo mantenía –se deslizó como una serpiente el Quinto Señor.

– Bueno, a lo mejor es que le estaba agradecido el muchacho – suavizó el Segundo Señor –. No hay que ser tan mal pensado.

– Y al fin y al cabo era su amante –redondeó el Cuarto Señor–, y en cuanto a Camilla de Sieva, pues ya se sabe cuál era su oficio.

– Su testamento fue una contribución a la medicina –dijo secamente el Tercer Señor.

– Se hubiera descubierto de todas maneras –remató el Cuarto Señor.

El Tercer Señor no quiso seguir la conversación.

– Descansemos un rato –propuso– antes de seguir con el archivo en reclamación.

Los cinco Señores se alisaron las túnicas de colores fríos y aumentaron el volumen de la música de las esferas celestes para cerrar los ojos y meditar profundamente en los destinos.

VIII EN UNA ISLA DEL CARIBE

Finalmente llamaron de la Hertz para decir que disponían de la unidad que Martín estaba esperando: un Toyota de cinco puestos, automático, con aire acondicionado. Era necesario irlo a buscar al aeropuerto. Martín rugió en el hilo telefónico y dijo una grosería en italiano. Serenándose volvió a su sabiduría fundamental.

– ¿Cuánto cuesta que venga un empleado a traérmelo?

Una hora y media después el empleado de la Hertz estaba parado frente a la cabaña 34. Martín pagó la suma convenida, firmó los papeles del vehículo y llamó a Malena que salía de la cabaña con una cava, dos bolsas de playa, unas sillas y una sombrilla. Habían decidido hacer una excursión a las playas de Macanao, bajo la recomendación de Virginia. Malena se sentía como una niña que por fin llevan de paseo y a Martín le gustaba esa característica de su nuevo proceso. En diecinueve años de matrimonio con Julia nunca había logrado sentirla entusiasmada por algo que dependiera de él.

Martín puso en marcha el motor, o mejor dicho, lo intentó. Después de repetidas pruebas y nuevas groserías en italiano, Martín vociferó hacia el empleado de la Hertz, que conversaba con el vigilante a la espera de un autobús que lo devolviera a su oficina. El empleado se acercó con su tono de estoy-harto-de-los-clientes, y con un gesto de que le sobraban conocimientos de mecánica automotriz para lograr que éste y cualquier otro

automóvil funcionara, le dio al encendido. Pero nada ocurrió. Repitió la maniobra varias veces hasta que la luz del conocimiento lo despertó.

– No tiene gasolina –dijo con el mismo tono en que Rodrigo de Triana le comunicó a Colón su feliz llegada.

– ¿Usted no le ha puesto gasolina? –preguntó Martín con el mismo tono en que un general nazi hubiera dicho, ¿es usted judío?

– Tenía algo pero este condominio queda muy lejos –contestó el empleado con tono de Einstein explicando la fisión del átomo.

– Usted va a ir hasta la estación de servicio más próxima, va a comprar un envase de gasolina grande, el más grande que encuentre, y lo va a traer inmediatamente –ordenó Martín con la voz de pedirle a su secretaria, quinientas copias del documento para dentro de media hora, por favor, señorita.

El empleado se refugió en su actitud silenciosa-vernácula y siguió hablando con el vigilante, convencido de que Martín se había dirigido a él en sánscrito. Martín continuó con su sabiduría habitual y le extendió el billete. El empleado lentamente se acercó hacia la salida, y anunció:

– Tengo que esperar a que pase el autobús –con la misma parsimonia con que un maestro hindú le comunicaría a su discípulo que no había llegado al OM.

Cuando el empleado apareció con el envase de gasolina, Martín y Malena se dirigieron a la estación de servicio para llenar el tanque, revisar el aceite, el agua y la batería, previa comprobación de que el aire acondicionado no funcionaba. Malena insistió en que era temprano y tenían tiempo de llegar a Macanao de todas maneras. Siempre que en el camino no se saliera una rueda, no se desintegrara la carrocería y no se cayera el tubo de

escape. Pero nada de eso ocurrió, el Toyota se puso de parte de los amantes y llegaron a Macanao a mediodía.

Encontraron sin mayores dificultades la playa que estaban buscando, y, efectivamente, como había informado Virginia, no había absolutamente nadie, salvo algunos niños del pueblo que jugaban en el agua, entre los botes de pesca.

– Si se quiere un paisaje, éste es –comentó Martín.

– Un paisaje, ¿qué?

– Un paisaje... extraordinario, paradisíaco. No sé. Pensé el otro día, Malena, que me gustaría llevarte a Santa Caterina, para que conocieras a mi madre.

Malena escuchó la frase con la serenidad de alguien a quien le han dicho, tengo entendido que el planeta va a ser destruido la semana que viene.

– ¿Has estado en Italia?

– No, nunca –contestó Malena–. Estuve en Grecia pero viajé directamente desde París y no pude conocer Italia. Me hubiera gustado.

– Yo voy generalmente una vez al año a visitar a mi madre. Santa Caterina es un pueblo increíble, parece sacado de una película.

– Querrás decir que sacan películas de pueblos como ése –acotó Malena en su tono de tengo-tres-doctorados-en-Visconti.

– Bueno, sí, claro –tartamudeó Martín en su tono de niño que no se sabe la tabla de multiplicar.

Una de las características que menos le gustaba a Martín de su nuevo proceso era que Malena se veía una mujer mucho más erudita que él, y se había estado haciendo la ingenua estos cuatro días, tratando de no parecerlo. A Martín le gustaba la franqueza, y si

Malena era erudita, quería una erudita franca. Julia había sido una mujer mentirosa franca, y eso lo había apreciado. Decidió perdonarla, sin embargo, y volvió a la carga.

– Bueno, como te estaba diciendo, creo que te gustaría ir a Santa Caterina. Mi madre tiene una casita en el pueblo; fue construida por mi bisabuelo a principios del siglo pasado. Vive allí completamente sola, con unas gallinas y unos cochinos, y creo que es feliz. Cuando yo estoy allí me siento recuperando mi infancia, curioso, ¿no?, porque jamás estuve en Santa Caterina de niño.

– Curioso –comprendió Malena en su tono de proustianos-a-mí.

– ¿Viste *Cinema Paradiso*? –preguntó Martín como si no hubiera captado todo la maldad de la que Malena era capaz.

– Un poco lacrimógena. No me gusta Tornatore.

– Lacrimógena, sí, yo lloré como un muchachito. Pero es bella también, ¿no crees?

– El cine italiano ha decaído mucho –sentenció Malena decidida a romper toda ilusión de Santa Caterina.

La idea de que ella, Martín, y la mamá de Martín pudieran compartir unas vacaciones de estío en Santa Caterina la había dejado con una sensación posciclón. Martín tenía una madre. Una casa en Santa Caterina. De pronto, tendría también unos hijos. Y problemas gástricos. En cualquier momento sobrevendrían los problemas gástricos. Hizo un homenaje a la excelente salud de Alfredo Rivero. Una bronquitis en dieciséis años.

Para no hablar del padre. Dentro de poco, como quien va o viene de Santa Caterina, Martín le anunciaría que los sábados en la mañana tocaba visita en el asilo. Y probablemente los jueves era el día en que sus hijos almorzarían con él, cuando regresaran de estudiar en Estados Unidos. Y seguramente alguno de ellos se casaría

pronto. Entonces los viernes en la tarde vendrían la nuera y el nieto a visitar al abuelo. Paralelamente, bien podría sufrir una deficiencia cardíaca la castellana de Santa Caterina y sería necesario viajar con premura, vía Palermo, para hospitalizarla en Milán.

En ese momento Martín estornudó. Malena comprendió lo que quería decirle una mujer que le había echado las cartas: “Hay un hombre en tu destino, un caballero extranjero, te quiere. Te hará muy feliz. Te necesita mucho porque sufre.”

Se había equivocado de diagnóstico. El problema no era por vía digestiva, era respiratorio.

– ¿Quieres un antigripal? –dijo con el tono de bruja de Blanca Nieves ofreciendo una manzana.

– Creo que es el aire acondicionado de la cabaña. Hay personas a las que el aire acondicionado les da alergia. Me lo dijo el acupunturista de las verrugas.

Malena hizo un esfuerzo para no vomitar. La cosa que más asco le daba en la vida era una verruga. Había dejado muchas veces de besar a su abuelita, a la que quería tanto, porque tenía muchas verrugas. Ahora que había muerto, se sentía culpable, pero ya no había remedio.

Trató de desviar la conversación.

– Vamos a bañarnos.

Jugaron un buen rato en el agua y Malena logró olvidar que en el mundo había un lugar llamado Santa Caterina y que Martín había tenido verrugas. En todo caso, ya no las tenía.

El baño le hizo bien y Malena comentó que el agua era limpia y no parecía tener residuos humanos.

– ¿Quieres algo de beber? –dijo abriendo alegremente la cava.

– No por ahora –contestó Martín, evidentemente lesionado por la conversación anterior.

Malena se dio cuenta de que su antipatía había sido innecesaria e intentó una recuperación.

– ¿Viste *El Ultimo Emperador*? –era el tipo de película que ve mucho la gente que va poco al cine–. Allí Bertolucci les da una lección a los americanos.

– No, no la vi –mintió Martín. Luego se arrepintió.

– Como que sí, sí la vi. La tengo en video.

– No es una película para video –Malena no lograba salir del efecto suegra-en-Santa Caterina.

Martín mordisqueó unos sándwiches de salmón que Malena había preparado para la excursión y comentó que el salmón estaba rancio. Probó el paté y dijo en su tono de miembro del grupo:

– ¿Dónde compraste este paté? Este paté es suizo, no es el francés.

Malena confesó que el francés le había parecido demasiado caro y el suizo estaba en oferta.

– Nunca es bueno ahorrar en el placer –dejó caer Martín en su tono de yo-también-he-leído-algunos-libros.

Después de almorzar, Martín comunicó que iba a dormir una siesta, extendió una toalla y se acostó. Malena dijo que no tenía sueño y que iba a caminar un rato por la playa. Cuando eran casi las cinco, Martín seguía dormido y decidió despertarlo. Recogieron todos los artefactos para dirigirse rumbo al condominio. Al pasar por

Porlamar, Malena sugirió pararse a tomar un trago en un bar que Leo había recomendado mucho, pero Martín rechazó la idea y comentó que, antes de regresar a Caracas, era indispensable despedirse del grupo.

– No quiero pensar todavía en irme –dijo Malena un poco triste.

– Yo tampoco pero en algún momento nos iremos.

Malena lo besó en la oreja, muy segura de sí misma y del poder de un beso en la oreja de un hombre que ha tomado más sol del que su piel tolera, tiene alergia al aire acondicionado y está solo en un automóvil con una mujer que ha visto cinco mil cuatrocientas treinta y dos películas en los últimos diez años.

Estaba oscuro cuando llegaron a la cabaña y, al intentar encender las luces, comprobaron que no había electricidad. No era un problema susceptible de ser solucionado con la sabiduría de Martín. Había una falla eléctrica en el sector con una duración prevista de dos horas. Malena dijo algo acerca de que no siempre un condominio lujoso asegura una buena calidad de vida y Martín estuvo de acuerdo. Por primera vez en el día se sintieron unidos frente a la adversidad. Martín encontró unas velas en el fondo de la mesa de noche, y con su ayuda buscó en el maletín el frasco de antialérgico.

– ¿Te da mucha alergia? –preguntó Malena en su tono materno.

– Con cierta frecuencia, sí.

– ¿Por qué no le consultas al acupunturista?

– Ya lo hice –dijo Martín deprimido–. Me recetó el antialérgico.

– He oído decir que los antialérgicos son bastante nocivos– Malena continuaba en su tono de mamá-que-ha-leído-al-Dr. Spock.

– Puede ser pero son efectivos.

Inesperadamente volvió la luz.

– Eso es lo bueno del subdesarrollo. Si en Suiza hubiesen dicho que la falla duraba dos horas no hubiera habido ninguna posibilidad de que se arreglara antes.

Malena se rió mucho. Le hacía gracia el sentido del humor de Martín, y él reaccionaba bien a este tipo de caricia positiva.

– Me voy a bañar. Te invito a cenar fuera –ladró alegremente como un San Bernardo– después-que-le-rellenan-el-barrilito.

– ¡Dale! –le rascó las orejas Malena–. Hay un sitio bello bastante cerca, me fijé cuando salimos con Virginia.

– Por cierto, el empleado de la oficina me dijo que Virginia había llamado. Tuvo que irse a Caracas y dejó este papel: “Queridos Martín y Malena. Me llamaron urgente de la galería. Los espero en casa el próximo viernes no, el otro, para una cena japonesa. A Malena que le tendré su libro. Besos. V.”

Malena escuchó el mensaje y orgullosamente contestó:

– Mi amiga Sonia va a Nueva York la semana que viene. Siempre me trae todos los libros que le pido.

Se bañaron y se vistieron, y de nuevo se pusieron la camisa Pierre Cardin y la blusa Versace. Les quedaban muy bien. Malena quiso manejar para que Martín, que estaba enfermito, no se cansara mucho, el automóvil funcionó de maravilla, y el aire acondicionado súbitamente comenzó a enfriar, aunque por la alergia de Martín decidieron apagarlo. El restaurante les encantó y la comida era muy superior a la del que habían ido con Virginia. Malena pidió su menta *frappé* sin que nadie le advirtiera de los

peligros de las bebidas químicas, y una luna hermosa y redonda los acompañó toda la cena.

Malena, para indicar que la reconciliación era total, dijo en su tono de armisticio:

– ¿Cuándo crees que tendrás tiempo para que vayamos a Santa Caterina?

Martín, más sabio en malenología, respondió que más adelante, no podía prever una fecha desde ahora. Malena pidió una segunda menta sin pensar por un momento en Alfredo Rivero, y Martín le hizo varias preguntas acerca del financiamiento de las primas de seguro colectivo para sus empleados, dándole la oportunidad de comprobar que no era vicepresidenta de la compañía por azar.

Regresaron temprano a la cabaña y se dispusieron al juego entre las sábanas. Malena estuvo un buen rato en el baño y cuando salió traía en la mano una loción hidratante que esparció por la espalda de Martín lentamente. Le sorprendió un detalle, sin embargo. Hasta el momento, cada vez que habían jugado entre las sábanas, cuando Malena salía del baño y se aproximaba a Martín, el pichuflín ya estaba funcionando. En este momento el pichuflín estaba en su más reducida proporción, en estado de guisante.

– ¿Qué le pasa a mi pichuflín que está como engurruñadito? –silbó en su tono de encantadora de serpientes.

El pichuflín tuvo una ligera respiración que lo abultó transitoriamente y quedó en estado de caraota. Malena pensó, ésta es una misión para la Super Niña, y se lanzó a la tarea de que el pichuflín lograra un tamaño idóneo. Después de cuarenta y cinco minutos de áridos esfuerzos, el pichuflín permanecía en su mismo estado, si acaso había alcanzado el de pepinillo. Fue un momento en que inevitablemente el recuerdo de Alfredo Rivero apareció en el horizonte.

– Creo que el antialérgico es también antierótico –sonrió Martín en un *tour de force* de su sentido del humor, pero la masa no estaba para bollos.

Malena revino al ataque en su espíritu de combatiente de la Guerra de los Mil Años.

– Ya va, no te desesperes.

Después de poner en práctica todos sus conocimientos amatorios, el pichuflín seguía en paro. Martín tuvo una idea.

– Hablemos un rato, cuéntame de ti, de tu vida sexual –dijo en su tono de lobo de la Caperucita.

Malena se sintió contentísima de ser Catherine Deneuve en *Belle de jour*. Decididamente iba a negar a Alfredo Rivero. Descartó rápidamente a Gustavo Graterol por resultar una anécdota de Heidi, y ni hablar de Luis Cortés, el más perdido proceso sexual de su vida. Optó por algunos procesos que había omitido en su declaración jurada ante el exgrupo. Procesos inferiores a los tres meses. Eligió un proceso de una tarde de duración. Era un hombre casado, y en eso Malena seguía fielmente los consejos de su amiga Sonia. “Un hombre casado es como el tercer sexo. No existe. Tú lo miras y pasas tu mirada a través. No has visto nada. Nunca, Malena, nunca amores con un hombre casado. Son infieles.”

Este proceso de cuatro horas era casado, pero como suele ser habitual, mintió de entrada y dijo que era divorciado. Su verdadero estado civil se reveló fácilmente. Malena conocía un sencillo proceso indagatorio que consistía en preguntar, ¿qué vas a hacer el domingo a mediodía? Ni los hombres más infieles dejan de almorzar con su mujer y sus hijos los domingos. Es una prueba infalible. El tipo era corrido en siete plazas e inmediatamente reaccionó, “este domingo es el cumpleaños de mi mamá, muñeca”.

Malena tenía una norma definida: nunca un hombre que te llame “muñeca”. Pero de todas maneras, en una ofensiva sádica, continuó: “¿y cómo a qué hora termina el almuerzo con tu mamá?, porque este domingo mi exmarido tiene el niño y puedes dormir en mi apartamento, te espero hasta tarde.” Malena hubiera podido pertenecer a la KGB, cuando existía. El proceso se levantó, se vistió en el acto, y confesó que estaba harto de su mujer pero no podía vivir sin ella. Martín se rió mucho y el pichuflín tuvo una transitoria mejoría.

Entusiasmada por su éxito, decidió relatar uno de sus procesos más candentes. Un proceso tipo *Nueve semanas y media*, aunque en este caso, fueron dos semanas y media. Un proceso que sólo podía funcionar mirando *El Imperio de los Sentidos*. Se lo advirtió por teléfono, “recuerda traer la película”. Malena cometió un error la primera vez y sacó de la videotienda *Garganta Profunda*. Pagó caro el error. Toda la noche frente a una pelea de boxeo. Era *El Imperio de los Sentidos* o nada.

Martín, decididamente mejorado de la alergia, se acariciaba el pichuflín para darle ánimos.

Cuando finalmente Malena consiguió la película correcta, y estaba esperando a que explotara la bomba nuclear, el consumidor de videos disparó un vuelo rasante y se quedó mirándola enternecido de su proeza.

– ¿Ya? –preguntó Malena.

– Ya –contestó el videoamante en su tono de cajero que pagó el cheque.

– ¿Estás seguro de que no quieres ver *Las edades de Lulú*? –preguntó Malena en su tono de vendedora de zapatos después de sacar doce pares sin dar con la talla.

– Sólo *El Imperio de los Sentidos* –contestó el pornógrafo en su tono de ama de casa que ha utilizado el mismo detergente desde hace veinte años.

Y ése fue el fin de la historia. Malena echó una mirada de reojo al pichuflín porque sabía que, en estos casos, una mirada demasiado penetrante puede ser fatal. El pichuflín había llegado al tamaño del huevito de Pulgarcito, pero por lo menos tenía ya forma humana. Malena intuyó que Martín estaba esperando un proceso tipo Alfredo Rivero pero ni por todos los orgasmos del mundo estaba dispuesta a su revelación. Además de que el pene de Alfredo Rivero no tenía nada de especial. Lo especial del pene de Alfredo Rivero es que estaba puesto en el cuerpo de Alfredo Rivero. Explicar la alfredoriveridad no le era posible, y menos a un hombre. Alfredo Rivero era inexplicable para ella misma, y eso, después de dieciséis años de proceso intermitente. Porque ésa era una de las características que más amodiaba del proceso Alfredo Rivero. Su intermitencia.

Malena pensó que, si seguía evocando a Alfredo Rivero, el pichuflín de Martín le iba a importar un carajo, y en su tono de reconstructora de la muralla china, continuó con otro proceso. A éste lo había conocido en una fiesta de la compañía. Malena, junto al presidente, recibía a los amigos y relacionados de la empresa. Un cliente se le acercó e iniciaron una conversación que Malena juzgó intrascendente. Algunos manidos chistecitos y jueguitos de doble sentido. Cuando terminó el coctél, el cliente en cuestión invitó a Malena a tomarse algo en otra parte. ¿Le gustaba el Jazz? Le encantaba. Se dirigieron a un bar donde había Jazz. Más o menos transcurrió lo habitual. Malena refirió brevemente sus estudios, sus intereses profesionales y personales, y un resumen de su proceso matrimonial. El cliente, ya impersonado en galán, describió su soledad. Su trabajo lo obligaba a viajar demasiado. Naufragio conyugal. Esposa egoísta y tradicional.

Búsqueda de mujer profesional comprensiva, inteligente y dinámica. Etcétera. Malena miró el reloj y pensó que era tarde. Le sugirió pagar la cuenta y quizás encontrarse otro día. El galán, decepcionado, se sirvió otro whisky y comunicó su propósito de prolongar la velada. Negativa de Malena. Insistencia de galán. ¿Era mucho pedirle que fuera un rato a un pequeño apartamento que tenía para estas ocasiones a las que su desgraciada vida matrimonial lo obligaba? Sin compromiso, aceptó Malena. Sin compromiso, por supuesto, ¿por quién lo tomaba?

– Ya sé lo que va a pasar –dijo Martín en su tono de conozco-las-realidades-de-la-vida–. El tipo te llevó a su matadero, se quiso acostar contigo, tú no quisiste y se puso furioso.

– Cerca, pero no del todo. El tipo me llevó a su apartamento, se quiso acostar conmigo, y yo sí quise. Pasaron varios días sin tener noticias de mi galán, cuando en eso llama y le deja dicho a mi secretaria que pasa a buscarme para almorzar. No tengo su teléfono de modo que no puedo evitarlo, cuando llega a la oficina me encuentra en la puerta, dispuesta a salir con un amigo. El tipo dice que yo tengo un compromiso con él. Yo le pido excusas pero le digo que tengo un compromiso con mi amigo. Breve cruce de palabras y quedamos en vernos otro día, previa cita. Llega el día concertado y el galán se presenta en su mejor traje y oliendo a lujo. Comida en restaurante caro. Tragos poscena en lugar más caro todavía, y vuelta al apartamento. Y aquí viene lo bueno. El galán se quita el traje de galán y me confiesa que estaba buscando una chica como yo: dispuesta a todo. Le comunico que tiene un error en la computadora porque yo no estoy dispuesta a todo, sin saber qué es todo. Todo es acostarse con cualquiera, dice. ¿Tú eres cualquiera?, pregunto entristecida por su insignificancia. Él no es cualquiera, él es muy

importante, hace un breve censo de sus méritos, pero yo estoy dispuesta a acostarme con cualquiera porque no lo amo. Enternecida, pregunto si él me ama. No todavía, pero en todo caso, yo no lo amo. La prueba de mi no-amor es que el otro día yo salía con un tercero. La prueba de mi amor sería salir sólo con él. La conversación se encrespa, y el galán, ya vestido completamente de rufián, ordena que pasemos a lo que hemos venido. Yo me niego, dado que el encanto de una noche de verano pareciera estar en pedacitos. Indignación por parte del galán-rufián y, por mi parte, procedo a ponerme los zapatos, recoger mi cartera y dirigirme al teléfono para llamar un taxi. Momentos de tensión en los que tengo la fantasía de que el galán-rufián va a atentarse contra mi vida, pero no. Se limita a abrirme la puerta mientras espero el ascensor, y me grita, eres una puta. Fin de la historia.

El pichuflín de Martín retrocedió dramáticamente de su anterior mejoría y quedó en estado de lenteja.

– ¿Esta historia no te gustó? –preguntó Malena, intentando el masaje de la lenteja.

Martín, en un arranque de sinceridad, contestó que, por el contrario, aquel proceso le había desagradado mucho.

– Puedo contarte entonces el día de mi primera comunión –dijo Malena inoculando un poco de veneno a través de sus colmillos.

– Me molesta saber que te hayas visto expuesta a esa situación –dijo Martín en su tono de nadie-te-quiere-más-que-tu-mamá–, y una mujer inteligente como tú debería saberlo.

– Saber, ¿qué?

– Saber que un tipo que logra acostarse con una mujer el primer día, después de una fiesta de relaciones públicas en una compañía, de la que él es cliente, piensa que tiene resuelta la noche. No quiere ir más allá.

– Yo tampoco quería ir mucho más allá –contestó Malena–. El tipo me gustó pero no estaba pensando que al día siguiente se presentara a pedir mi mano.

– Entonces, ¿por qué te acostaste con él?

– Porque me gustó, ya te lo dije.

– Te gustó para esa noche.

– Para esa noche y a lo mejor dos, pero no para muchas otras.

– ¿Te das cuenta? –dijo Martín en su tono de ya-te-lo-decía-yo.

– ¿De qué debo darme cuenta? –preguntó Malena en su tono de haber sido sorprendida contraviniendo las luces del semáforo.

– Malena, yo no quiero ofenderte, pero tal como tú llevaste las cosas con ese tipo te estabas exponiendo a lo que pasó.

– ¿Debería haberle dicho que para acostarme con él era necesario que transcurrieran tres meses de llevarme flores y pasar las tardes de visita en casa de mi mamá?

–Estás ironizando pero sabes muy bien lo que te quiero decir. Los hombres son así –concluyó en su tono de madre que dice, ya-sabes-hija-lo-cochinos-que-son.

– ¿Son cómo? ¿Buscan el placer?

– Muchas veces buscan sólo eso.

– Y las mujeres deben buscar otra cosa, ¿no es eso?

– Es bastante complicado, Malena –dijo Martín con su tono de no-has-entendido-las-ecuaciones-de-segundo-grado.

– Es bastante sencillo. Las mujeres debemos estar disponibles para el placer, pero buscar el placer no nos queda bien –dijo Malena con su voz de Simone de Beauvoir.

– Creo que debemos dejar esta discusión tan tonta. La verdad es que no me siento muy bien, entre el antialérgico y la insolación que tengo, lo que más me conviene es dormir.

– Yo creo –cerró Malena, y se dio la vuelta fingiendo dormir.

Le sobrevino un recuerdo neblinoso que localizaba más o menos como una pesadilla del siglo XIII.

Vestía un camisón largo, en la mano tenía una calavera, el cabello le caía hasta la cintura. No era un camisón, sino un manto deshilachado. Estaba en una cueva. No, era un monasterio. Una celda en un monasterio. Estaba allí para redimir sus pecados. Unas monjas la habían recogido. Quizá la secta de las beguinas. ¿Dónde había leído eso? ¿Era una película? Estaba cansada. No podía recordar con claridad. Sí, ahora sí. Entraba luz por los barrotes de la celda. Ella estaba allí por su propia voluntad. Había pecado y se había refugiado en un beaterio. Los pies descalzos sangraban, arrodillada, con una mano sostenía la calavera, con la otra un crucifijo. Un fraile maloliente entraba en su celda. No, no entraba. No quería contaminarse. Desde un ventanuco de la celda le hablaba.

“Hija del pecado, originada en la culpa, has pecado tanto como la impúdica Salomé, quien, para hacer callar la voz del Bautista, que descubría su lascivia ante el mundo, ordenó su martirio. Tu naturaleza es indigna y mezquina. Eres de la raza de Eva, la primera pecadora, la que lleva en sus espaldas el origen de nuestra culpa. Animal lascivo

e impuro, llena de viles inclinaciones, de sucios deseos, de turbios placeres. Más baja aún que los animales, puros y limpios porque sólo cumplen la ley de Dios. En cambio, tú, hembra humana, cobijas en el interior de tu cuerpo la tentación, eres la encarnación del demonio, porque has venido a tentar al hombre, has sido la forma humana que el demonio dio al primer pecado. Ni aun las monjas son del todo puras, porque todavía en ellas el monstruo de la mujer respira, aun en ellas el pelo asoma debajo de su toca, el larguísimo cabello con que Eva cubre su desnudez inmunda después de haber profanado el Paraíso y ser la culpable de que todos sus hijos lo hayan perdido para siempre. Aun en las monjas se escucha una voz que mantiene resonancias de seducción, aun en sus manos se dibujan movimientos inútiles que no son sólo gestos para el trabajo o la oración sino infames juegos del pecado. Aun bajo sus hábitos se adivinan las formas del cuerpo que tuvieron. En tu condición no hay redención total, siempre tu cuerpo será una cueva de pasadizos escondidos que los hombres escarbarán como bestias ávidas, y tú, cochina hembra, animal demoníaco, magdalena pecadora, enseñarás esos pasadizos a los hombres, permitirás que ellos entren y que se solacen como perros paganos en tu interior, y lo que es más, tú, serpiente luciferina, apenas un hombre enfermo, abrirás tus pliegues recónditos y sucios para que el hombre peque por tu culpa, por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa, hija de Eva, estúpida hembra que escucharás el silbido de la serpiente y te dejarás engañar por sus palabras emponzoñadas. Tonta, además de pecadora, boba, además de impura. Y cuando hayas hecho caer a los hombres, cuando ellos te hayan husmeado buscando el perfume que escondes en el cuello para tentarlos, siguiendo tu voz, canto de la serpiente que utilizas para fascinarlos y embobarlos, tú, cochina hembra, en vez de saber que tu propio cuerpo asume la forma del pecado, que

nada puedes hacer porque en tus propias formas, sellada en tu propia carne, está la tentación y la semilla de la perdición, la ofrecerás, humillando al Señor tu Dios. Nada te redime, hembra sucia, porque eres el pedazo de carne que se arroja al perro hambriento, y cuando el hombre haya pecado y profane en tu cuerpo el nombre del Señor, cerrarás tus ojos, y ocultándote debajo de su cuerpo, buscarás el placer. Esa es tu culpa, buscar el placer que se oculta en tu negro interior. Eres culpable porque eres culpable, porque has nacido culpable, porque vienes de la culpa. Albergas la culpa. Eres la culpa.”

– ¿Cómo es posible que se acuerde del siglo XIII? –preguntó suspicaz el Cuarto Señor.

Un silencio se coló entre los gongs de la música de las esferas celestes.

– Nadie quiere hablar pero es evidente que de nuevo ha ocurrido una filtración, y en este caso, una filtración muy rara, porque se acuerda con bastante precisión. Si no se produce una explicación inmediata a este hecho me abstendré de acudir a las sesiones – amenazó el Cuarto Señor.

– El deber de asistir a las sesiones es irrenunciable –señaló el Primer Señor.

– Aquí no hay un coño de deberes. Aquí todo el mundo hace lo que le da la gana y yo estoy harto de esta situación. Exijo saber por qué se ha producido esta filtración de recuerdos.

– Bien, fui yo mismo –aceptó el Quinto Señor–. No pude resistir la tentación. Cuando la dama feudal se iba a morir, me daba mucha rabia pensar que se iría de la

esfera terrestre olvidando para siempre su mal comportamiento. Quise que al menos recordara la acusación, que eso le pesara siempre en la conciencia.

– Pero Malena no recuerda por qué fue acusada.

– No. Quise que quedara como una acusación indefinida, para que le produjera más culpa –confesó el Quinto al Tercer Señor, en el colmo de su maldad.

– Nosotros no somos jueces –recordó el Primer Señor–. Somos Señores del Destino, pero no tenemos la función de premiar o castigar a los humanos.

– Me daba mucha rabia, mucha rabia –exclamó entre sollozos el Quinto Señor–. No podía dejar que se saliera con la suya. Isabella Bruni nunca lo recordó, y menos Juanita Redondo. Yo veía pasar el tiempo sin que nadie recordara lo ocurrido, pensé que hubo una falla en la filtración o que alguien la había borrado.

– Creo que esta situación amerita una reforma estatutaria. Podemos definir cómo y cuándo serán permitidas, en algunos casos, filtraciones parciales de las vidas anteriores –pensó ecuanímente el Primer Señor–, de ese modo no se producirán tensiones entre nosotros y todos tendremos derecho a alguna filtración que otra.

– Siempre hemos pensado que las filtraciones traerían malas consecuencias –se opuso el Segundo Señor.

– Pero podemos cambiar de opinión –respondió el Primer Señor.

– Discutamos eso otro día –propuso el Cuarto Señor–. No hemos terminado aún con el archivo 1992, pero de una vez dejo consignada mi posición en contra de cualquier filtración. La lista de reclamos se haría inmanejable.

Malena odiaba este recuerdo, sabía que no tenía sueño, que estaba arrecha, y decidió levantarse de la cama para ponerse el mono de *jogging*.

– ¿Qué haces? –preguntó Martín sabiendo perfectamente lo que estaba haciendo porque era obvio.

– Voy a salir a dar una vuelta.

– ¿A esta hora?

– A esta hora.

Afuera la noche estaba muy oscura, salvo por las luces que bordeaban las vías de circulación. Una brisa inesperada le hizo sentir frío y el mal humor que tenía le dio ganas de fumar. Malena había dejado de fumar hacia bastante tiempo. Echó a andar con el ánimo de despejar el vapor de su desencuentro con Martín y se cruzó con el vigilante que en ese momento encendía un cigarrillo.

– Se me acabaron los cigarrillos. ¿Me regala uno? –le pidió con el tono de Anita la huerfanita.

El hombre sacó la cajetilla y Malena aspiró el añorado sabor de un Belmont Suave.

– Hace ocho años que no fumo –le informó como si el vigilante fuera el director de un programa de rehabilitación de cardíacos.

El hombre no contestó y siguió fumando.

– ¿Tiene tiempo trabajando aquí? –insistió Malena con ganas de conversación.

El hombre contestó que no mucho y tampoco pensaba quedarse demasiado. Desistiendo de aquella posibilidad de tertulia, se despidió de él y continuó su camino.

– Tenga cuidado –le advirtió el vigilante– porque aquí por la noche manejan muy rápido y luego vienen los problemas.

Escuchado esto, Malena cruzó de acera y se internó entre un grupo de cabañas en primera fila del mar. Bordeó un sendero y de pronto cayó al suelo con un lacerante dolor en una pierna.

Romina se bajó de la bicicleta y la ayudó a levantarse mientras le decía:

– Oye, lo siento, oye, de verdad, lo siento muchísimo. Oye, es que no te vi.

Malena pensó que si la hubiera visto, y de todas maneras la hubiera atropellado, estaría frente a una asesina, pero se limitó a contestarle:

– No te preocupes, no fue nada. Es culpa mía porque esto está muy oscuro.

– Sí, mi mamá se ha quejado varias veces de que en este condominio no ponen suficiente luz, pero es que todo funciona malísimo.

Malena tuvo un presentimiento que quiso corroborar.

– ¿Y quién es tu mamá?

– Soy Romina, la hija de Jessie y Reinaldo. ¿Tú no eres la amiga de Martín?

– Oye, qué nota –dijo Romina cuando Malena le confirmó su identidad de amiga de Martín–, qué nota, porque quería conocerte.

Aquel instante de inmerecida popularidad le llamó la atención.

– Bueno, ya me has conocido –dijo con tono de buenas noches.

– Mira, ¿y qué estás haciendo? –preguntó Romina como si Malena pudiera estar buscando oro en las minas del Rey Salomón.

– Nada, no tenía sueño y Martín sí, entonces me puse a dar una vuelta hasta que me atropellaste.

– Oye, sí que lo siento, ¿te hiciste daño?

Malena cayó en cuenta en ese momento de que su accidente no había sido atendido con la premura de unos primeros auxilios y se dobló para mirarse la pierna y comprobar que la rueda de la bicicleta le había cortado la piel y estaba sangrando. Romina insistió en que fuera a su cabaña porque su mamá tenía alcohol, vendas y todo lo necesario, pero a Malena la idea de volver al encuentro del grupo en aquel momento le causó pánico. Sin embargo, Romina la convenció:

– No hay nadie en casa porque salieron al bingo, no creo que regresen hasta muy tarde pero yo sé dónde guarda mi mamá las cosas de farmacia. Vente, chica, y nos tomamos un trago. Yo tampoco tengo sueño. Acabo de llegar, y me encontré una nota de mi mamá diciendo que habían salido, entonces agarré la bicicleta, que me encanta. ¿Tú no montas bicicleta?

– Troto en el parque algunas mañanas, pero no siempre porque tengo mucho trabajo –contestó Malena con su tono de yo-también-soy-posmoderna.

– Ay, qué nota, tú eres una ejecutiva superestresada, me di cuenta enseguida.

Malena, sorprendida de que aquella joven hubiera en la oscuridad descubierto sus incipientes líneas de expresión, quedó preocupada.

Romina trajo el frasco de alcohol y las curitas, y una vez cumplido su papel de enfermera, sacó hielo y sirvió unas vodkas.

– ¿Tomas vodka, no?

Malena asintió y el sabor del limón y el sonido del hielo le dieron una pausa de buen humor.

– ¿Y tú qué haces? –le preguntó.

– Estudio modelaje y publicidad –contestó orgullosísima de sus dos vocaciones.

– Yo soy administradora con una maestría en finanzas –aclaró Malena antes de que Romina se lo preguntara.

– Ya. Oye, eso debe ser complicadísimo, ¿no? Quiero decir lo de las finanzas, yo era malísima en matemáticas, todo el bachillerato tuve profesores particulares.

– Bueno, no es tan complicado. En realidad, cuando yo tenía tu edad quería estudiar historia, pero por varias razones no lo pude hacer.

– ¿Historia? –exclamó Romina como si Malena le hubiera dicho que pretendía ser astronauta–. ¡Niña! A mí jamás se me hubiera ocurrido estudiar historia.

– ¿Y qué era lo que te gustaba? –preguntó Malena buceando en el profundo mundo de Romina.

– Gustar no me gustaba nada, el bachillerato lo odié muchísimo, y por fin lo terminé en un instituto pirata porque en el colegio no me volvieron a dar la inscripción porque tenía un promedio malísimo. Entonces decidí lo del modelaje que me encanta. ¿A ti no te gusta el modelaje? Mi papá dijo que me pagaba la academia de modelaje a condición de que estudiara algo más serio y entonces me metí en publicidad, es un curso de dos años y ya tengo aprobado el primer semestre –y se sirvió otra vodka.

Malena comprendió que la conversación de temas académicos no las llevaría muy lejos y emprendió otra vía.

– ¿Tienes novio?

– Tenía un novio pero ahora tengo un empate.

– Ya –contestó comprensiva Malena.

– ¿Y a ti con Martín cómo te va? –curioseó Romina con tono de saber-bastante-de-la-vida–. El es un tipo fabuloso. Mi mamá siempre lo dice, que él es una maravilla. Yo a Martín lo conozco desde que estaba chiquita, a él y a Julia, su primera esposa.

Se produjo una pausa y Romina se levantó unos minutos, luego regresó y le preguntó a Malena:

– Tú no..., no quieres un pase, ¿no? Te ofrezco, si quieres, pero no se lo vayas a decir a mi mamá porque luego es el escándalo.

Malena juró complicidad eterna y aseguró a Romina que otra vodka sería más que suficiente.

– ¿Qué era de lo que estábamos hablando? Ah sí, de los novios. No, no tengo novio de momento. La verdad es que no tengo nada de ganas de casarme y si uno tiene novio empieza la presión, y a mí una cosa que no me gusta es que me presionen.

Malena ratificó su solidaridad contra cualquier tipo de coacción que violara los derechos humanos y Romina continuó:

– La presión de que te pongas a jugar casitas, ¿comprendes? A mí me parece fastidiosísimo jugar casitas, lo digo porque veo a mi mamá y a mi papá todo el tiempo jugando casitas, y definitivamente eso es fastidioso. Tú sabes, que si compré un *chintz* fabuloso para las cortinas, que si voy a redecorar la cocina, que si hoy vamos a preparar comida árabe, ese tipo de cosas.

Malena guardó un silencio prudente porque no tenía clara la visión del mundo de Romina.

– ¿Tú jugabas casitas cuando estabas casada?

Malena comprendió que Romina ya había escuchado hablar de ella y dio una brevísima explicación de sus tareas domésticas.

– ¡No, niña, qué horrible! –se espantó Romina al conocerlas–. Bueno, también será que tu marido no ganaba tanto, digo, porque se ve que tenías un trabajo horrible.

Malena le explicó que siempre una mujer tiene de alguna manera la responsabilidad del hogar y que, después de todo, había en ello cierto placer.

– Sí –aceptó Romina muy dudosa–. A mí me gusta el empate éste que tengo porque es un tipo que se parece mucho a mí. Nos gustan las mismas cosas, montar bicicleta, hacer excursiones, ahora estamos pensando meternos juntos en un curso de ícaro. Eso debe ser una nota total. Es un chamo que yo estoy segura que nunca va a pretender que seamos novios de casarnos. Le gusta el momento, ¿entiendes? La frescura de las relaciones. No te digo que yo no me vaya a casar, cómo no, a lo mejor lo hago más adelante, tener niñitos y todo eso, pero ahora ni de vaina.

– ¿Y sexualmente? –preguntó Malena decidida a darle un tono comprometido a la conversación.

– Sexualmente es una maravilla de tipo. De lo mejor que he probado. Y muy cuidadoso, oíste, porque hay tipos que se niegan a un condón y ahora hay mucho *bi* y con eso del Sida, yo, si se niegan al condón, nada. Y luego, imagínate, si salgo embarazada. Mi papá me mata. No, éste que te digo, una nota. O sea, yo creo que es el tipo con el que mejor he tirado.

– ¿Y tienes mucha experiencia? –inquirió Malena con su tono de pornócrata.

– Bueno, más o menos, lo normal creo yo. Pero yo soy zanahoria, ¿me entiendes? Nada de vainas raras, que si varios tipos y tipas, videos, nada de eso, mi cosa normal. Bueno, eso depende mucho de lo que uno encuentre.

– ¿A ti te preocupa acostarte con un tipo y que luego no lo vayas a ver más nunca? – preguntó Malena con la voracidad de conocer los-secretos-de-la-vida.

– Eso depende. Si es un tipo que me gustó, bueno, claro que me preocupa no verlo más, porque se supone que si me gustó yo voy a querer volver a estar con él. Ahora, si el tipo no me gustó, porque a veces un tipo te gusta en el papel, ¿entiendes?, lindo rostro, pero luego no te deja buena nota, entonces no me importa nada. A veces me ha pasado eso, loca detrás de alguien porque la fachada es un atraco y después no hay química. En ese caso se lo puedo recomendar a una amiga, porque la química es muy personal y a veces con otra persona la cosa funciona de maravilla.

– Me refiero a que si te preocupa que hable mal de ti, que te deje mala fama, o algo así –explicó Malena con la paciencia de su maestra de primer grado.

– ¿Mala fama?, ¿que el tipo diga por ahí que tengo mal aliento o que soy un pescado? Bueno, un poco sí porque hay unos resentidos, que si no les sale bien, se ponen a hablar güevonadas. Uno dijo una vez que yo me arrugué a última hora y eso me quitó mucho *rating*. Sí me ha pasado, pero no tanto.

Malena comprendió la inutilidad de su esfuerzo pero, aún así, insistió.

– Me refiero a que de alguna manera te desprecie porque te acuestas con alguien sin mayor consecuencia.

– Ah, ¿eso? –bostezó Romina–. No sé, no me lo he planteado. Bueno, me imagino que uno no va a estar todo el tiempo explicando qué es lo que hace. En una ciudad tú te

consigues la gente más variada. Otro día te cuento. Pero yo con un tipo que pretenda que sea virgen no voy a estar, por más nota que sea. Ahora, tampoco es que voy a estar contándole mi vida y milagros a todo el mundo. O sea, yo no veo mucho el problema. Se supone que tú tienes tu vida y él la suya y *chao*. También hay el tipo parejita romántica, yo tengo una amiga que está de novia con un tipo así, de manos agarradas en el cine y todo, y a ella le da supernota, pero no creo que le vaya a contar todo. Porque ella, te lo digo porque no la conoces ni te voy a decir su nombre, ella sí es de meterse en la cama con un gentío empericado. Sexo grupal, se llama. Ahora, si se casa con el tipo éste, no sé si se lo contará, me imagino que no. Ni pendeja que fuera.

– Pero, ¿no te parece que la comunicación en la pareja es algo muy importante? –dijo Malena con un tono muy pasado de moda.

– Claro. Superimportante. Si tú y el chamo no tienen gustos parecidos es malísimo. Imagínate que yo una vez me empaté con uno que lo único que le gustaba eran los juegos de video, y yo soy puro aire libre. No duramos ni una semana.

– Pero, si estás enamorada... Quiero decir, sentir que esa persona es como tu vida, que es insustituible. No sé cómo explicártelo –confesó Malena derrotada.

– Sí, sí, yo te entiendo, que te mueres si no te llama.

– Algo así –dijo Malena con el tono de jugar a la gallinita ciega.

– Bueno, a mí realmente no me ha pasado. Tengo una amiga que creo que sí le pasó y fue terrible, pero luego se le quitó. Yo no creo que ésa es mi nota. Eso de que es ése y más ninguno, no sé. Tendría que ser alguien superespecial, pero de todos modos... –se quedó pensativa y luego concluyó:

– A mí me parece que uno se puede enamorar un ratico, pero si quieres que te diga lo que pienso, no me parece sano.

Malena quedó anonadada.

– No es muy sano, porque uno no sabe las vueltas que da la vida –continuó Romina– y para luego estarse reclamando que si esto que si lo otro. Mi mamá, por ejemplo, yo la considero una fracasada. Yo no sé si estaba enamorada de mi papá cuando se casó o no, pero hoy en día, es una fracasada, eso te lo aseguro. ¿Quieres otro trago?

Malena se lo agradeció pero pensó que el relato de las escenas de la vida conyugal de Jessie le produciría ganas de vomitar y procedió a despedirse.

– Oye, tú eres una nota –le dijo Romina besándola con mucho cariño–. Me encanta hablar contigo, espero que nos volvamos a ver antes de que te vayas.

– Yo también –contestó Malena con su tono de niña bien educada.

Cuando salió el aguacero la empapó y corrió a su cabaña a meterse entre las sábanas importadas. Apagó la luz y tuvo un pensamiento transcendente: el amor ha desaparecido. El amor que yo entendía. Soy el eslabón perdido entre mi mamá y Romina. ¿Esto es lo que se supone una vida de mujer moderna? La próxima vida, si es que me toca otra, la quiero en el 2052. Y se sumió en un voluntario recuerdo del siglo XIX.

Ahora, por ejemplo, pensó, voy a imaginarme algo que salga como yo quiero. Soy una señora que vive en París, en el Boulevard des Italiens, en el siglo XIX, y estoy casada con un rico comerciante de telas. No. No me gusta el comercio de telas. Puede ser un escritor. Tampoco. Pongamos que es un banquero. El escritor es el barón de Montmorency, quien asiste a nuestras recepciones. Recibimos los martes. Hoy es martes. Tengo, como todos los martes, una ilusión insatisfecha. Quizá venga el barón de Montmorency. Es un joven delgado, no muy alto, aire proustiano, pelo engominado y raya al medio, manos largas, ojos tristes, nariz aguileña, muy pálido. Le atrae el fru-fru de mi vestido y los senos pequeños y abultados en los que guardo un terrorismo sentimental. Los músicos se están levantando las colas del frac para sentarse y dar inicio al cuarteto de Mozart que les he pedido. El barón entra. El primer violín me sonríe. Me ama, quizás, y lo ignoro. Mira ahora a mi esposo, quien le hace un gesto de que puede comenzar, alzando sus gruesas cejas. Mi esposo es, naturalmente, rico, gordo y poderoso. Yo también soy rica, gorda y poderosa. Ha sido un buen matrimonio. Comienza el concierto y yo estiro mi elegante cuello para contemplar al barón que, desgraciadamente, se ha sentado algo lejos, a la izquierda, y está casi eclipsado por la imponente duquesa de Clercy, que sigue la música con la partitura mientras sus manos enguantadas se llevan a la boca una copa de champaña (no puedo evitar en este momento pensar en mi abuela española y su cuello, cuyas arrugas tapa una gargantilla de perlas, y que junto a una mesa vestida, saborea, golosa, una taza de chocolate). Finaliza el segundo movimiento y puedo claramente distinguir que el barón está buscándome con la mirada y me encuentra. Fijamente nos miramos y nos decimos en voz baja, *nosotros que nos quisimos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más*. Sigue la música y mi mayordomo le

cambia la copa de champaña vacía a la duquesa de Clercy (mi abuela española grita: “Felisa, ¡traiga usted más bizcochos que están muy buenos!”) Tercer movimiento. Me parece que estallaré, romperé los violines, y me lanzaré en brazos del barón, pero me contengo y espero a que termine el concierto. El barón, ahora en persona, se me acerca y mirándome con desesperación, me dice, “sólo espero que sea martes para saber que vivo”. Y yo le contesto, “me alegro que disfrute nuestras veladas. Pronto será verano y marcharemos a la costa”. “En efecto – sonríe tristemente–, pero siempre esperaré el otoño. ¿Recibirán los martes el próximo otoño?” “Sí –le digo–, mi esposo adora la música.” “Es la dulzura del alma –me contesta–, en cambio mis poemas son tristes.” *Te quiero con el alma*, le digo en un susurro. Y él, *en nombre de este amor, y por tu bien, te digo adiós*.

Pienso que huiremos juntos, quizás esta noche, y embarcaremos en una goleta hacia Inglaterra (mi abuela española vuelve a gritar: “Felisa ¡más chocolate que está frío!” y se lleva a la boca otro bizcocho). La duquesa de Clercy se toma otra champaña, y mi total esposo llama al barón, mi casi amante, y le habla de caballos. Detesto las conversaciones de caballos y de perros. Son poco femeninas, y, además, soy muy mala amazona. Mi esposo le ofrece un habano al barón y se enfrascan en los caballos, mientras la duquesa me busca una conversación espantosa que yo trato de evitar (mi abuela española me grita: “¡Niña, siéntate bien y no cruces las piernas.”) Y yo siento que se me nubla la vista, quizá por las lágrimas.

El recuerdo del barón va tomando mal camino, si no interrumpo la conversación de caballos con mi esposo, y la mía con la duquesa. La terminación, como yo la quiero, es ésta:

– Barón: Tú eres mi amor total. Tú eres el amor más rico que he tenido en mi vida.

– Yo: Yo te quiero con todo.

– Barón: ¿Cómo es con todo?

– Yo: Con todo es con todo.

(De pronto me doy cuenta de que esa frase es de *El Nido*, una película que no tiene nada que ver. Vuelvo al recuerdo). El barón y yo damos media vuelta, y pensamos que *nosotros, que nos queremos tanto, no debemos separarnos, por mi bien.*

Así es como debe terminar el episodio, y no como los terminan los que escriben mi destino. Éste me lo escribí yo, y me quedó de pinga.

– ¿Qué haces? –la llamó al orden la voz de Martín.

– Nada, estaba..., nada, pensando tonterías.

– Es muy tarde, vamos a seguir durmiendo –dijo Martín y la abrazó.

Malena se dejó apurruñar por los brazos de Martín y pensó que le gustaba, pero no se parecía nada al barón de Montmorency. Afuera la lluvia batía fuertemente contra los ventanales.

– Esto es intolerable –rugió el Cuarto Señor.

– Inaudito –acertó a decir el Primer Señor.

– Insólito –corroboró el Segundo Señor.

– Sorprendente –añadió el Tercer Señor.

– Esto, queridos amigos –silbó venenosamente y tratando de controlar la ira el Quinto Señor–, es sólo un resultado predecible. Los humanos tienen mucho tiempo cometiendo errores, graves errores, y no todos hemos podido evitarlos.

– ¿A qué te refieres concretamente? –preguntó el Tercer Señor.

– ¿A qué me refiero? Tú sabes muy bien a lo que me refiero. No te hagas el pendejo.

– Explícate –respondió éste.

– Claro que me voy a explicar. Vienen los humanos de un tiempo a esta parte diciendo que el destino de cada uno debe ser libre, metiéndole a la gente en la cabeza que la vida no es ningún misterio, que no hay que contar con nosotros para dirigirla. Nos tienen desprestigiados, en una palabra. Hemos perdido credibilidad. Pero donde se han equivocado de medio a medio es con las mujeres. Yo vengo escuchando en silencio este archivo, no he dicho ni una palabra sobre esta mujer, porque quería ver qué efecto producía en los demás, pero nada. Para mi sorpresa, nada. Ahora es que ustedes vienen a sorprenderse porque dice que ella se quiere escribir su destino, y tiene las bolas de criticarnos, a nosotros. A *nosotros*. Muy bien, ¿quieren que desaparezcamos? ¿Creen que ellos se las arreglarán mejor sin nosotros? Allá ellos–. El Quinto Señor se calló exhausto.

– Tampoco hay que tomar las cosas así –armonizó el Primer Señor–. No seas apocalíptico.

– Si era una broma, es una chica con mucho sentido del humor –banalizó el Segundo Señor.

– Es al fin y al cabo una consecuencia lógica. Los humanos han tenido la costumbre de dirigirles la vida a las humanas y ellas se rebelan, con el tiempo llegarán a un acuerdo –concluyó sereno el Tercer Señor.

– Yo estoy de acuerdo con el compañero –afirmó el Cuarto Señor–. Ni hombres ni mujeres tienen derecho a escribir sus destinos, y en todo caso...

– En todo caso, las mujeres son más erráticas –completó el Quinto Señor.

– ¿Qué quieres decir con erráticas? –lo precisó el Tercer Señor.

– Pues eso, erráticas. No hay más que ver los tumbos que ha ido dando por la vida esta mujer, Malena, cuyo caso estamos considerando hoy, pero podría ser otra, se parecen mucho las unas a las otras.

– Ese es el tipo de opinión que los humanos llaman sexista –citó el Tercer Señor.

– Pues no sé cómo lo llaman, pero a mí me parece que es así, y con la experiencia que ya uno tiene sobre el asunto, después de dirigir tantas vidas...

– Eso es lo que ella dice, que quiere probar a dirigirla ella.

– Que pruebe, que pruebe, a ver cómo le va –rió con su risa malvada el Quinto Señor–. Yo, después de que ella ha dicho que no le gusta como le escribimos los episodios, no continuaría con la revisión del caso. Es un desacato a la autoridad y merece un castigo.

– Si el Consejo Directivo se ha comprometido en la revisión de un caso de reclamo, es necesario llevarlo hasta el final –sentenció el Cuarto Señor.

– Apoyamos la moción –dijeron al unísono los otros tres Señores.

– Además, ya falta poco –anunció alegremente el Primer Señor.

Al día siguiente amaneció gris. No se veían desde la ventana los islotes de Los Frailes envueltos en bruma, el agua tenía un color oscuro y las montañas estaban cubiertas por nubarrones. Martín y Malena habían pensado ir a la bahía de Juan Griego, bañarse en la playa, y quedarse hasta la puesta del sol, pero el plan parecía cancelado. Se desayunaron tarde, algo apesadumbrados por el fracaso del día anterior, y Martín empezó a jugar con el fax, con ganas de mandarle un mensaje a alguien y de inventar que había algún problema urgentísimo en la oficina. Pero no lo había. Su secretaria contestó un fax anodino dando a entender que disfrutara sus vacaciones y la dejara a ella disfrutar de su ausencia. Sobre la mesa de la terraza, Malena encontró un folleto turístico y convenció a Martín:

– Hoy no está el día de playa. ¿Por qué no hacemos un recorrido histórico?

Martín estuvo de acuerdo, se pusieron zapatos de goma y una chaqueta para la lluvia, y el Toyota aceptó la proposición de salir a pasear. Malena, al volante, se dirigió al castillo de San Carlos en Pampatar. Atravesaron una carretera secundaria que cruzaba varios pequeños caseríos de campesinos. Se observaban los estragos que había causado el agua. Grupos de hombres fabricaban unos precarios muros de contención con el barro acumulado, mientras las mujeres y los niños trasegaban utensilios domésticos, colchones y muebles, rescatados del aguacero.

Malena echó de menos a Fredy Márquez. Inmediatamente hubieran compartido la desolación.

– Esta es la vaina de este país. Entran millones a esta isla y no han podido hacer unas alcantarillas –se limitó a decir.

A Martín no le gustaba mucho profundizar en temas sociopolíticos con Malena porque generalmente estaban en desacuerdo. El quería un país donde los pobres tuvieran agua corriente, luz eléctrica y alcantarillas, y ella quería un país donde no hubiera pobres. Malena comprendió el prudente silencio de Martín. Llegaron al castillo y dieron una vuelta rápida por las salas de la planta baja. Martín no quiso comentar el estado de deterioro en que se hallaban porque no estaba muy seguro de cuál podría ser la reacción malenística. En la terraza superior de la fortaleza le tomó una foto sentada en un cañón. El cielo se había aclarado, y aunque todavía gris, podía contemplarse todo el panorama de la bahía.

– Es una belleza –dijo Martín en su tono de buen turista.

– Es una belleza pero no hay más que ver el color del agua para saber que está contaminada. ¿Cómo es posible que este lugar histórico esté en el estado de porquería en que está? Es uno de los lugares más importantes de la isla –dijo Malena en su tono de conservadora del patrimonio nacional.

– No hay conciencia conservacionista –se lamentó Martín.

– No hay conciencia de un coño.

Martín miró el reloj y sugirió almorzar para ver si un cambio de tema podía llevarlos a un momento más feliz. Avanzaron hasta un restaurante que tenía varios avisos a lo largo de la carretera, estacionaron el automóvil y caminaron a lo largo del malecón. Martín comentó que la factura de la baranda era netamente mediterránea pero Malena lo pasó por alto. Se sentaron en la terraza del restaurante y pidieron unos tragos y un filete de mero. Después de hora y cuarto el mesonero volvió para decir que no tenían mero y ofrecer un cambio. Malena miraba el mar con su mirada-de-morir-en-Venecia y aceptó el

cambio de plato sin comentarios. Martín temía que todo el síndrome Venecia se desencadenara y se sentía inseguro. No sabía si debía iniciar una severa crítica sobre el servicio del restaurante o más bien desviarse hacia temas laterales. Optó tácticamente por una muda contemplación del mar.

A Malena le extrañaba un poco que en la reconstrucción de sus episodios amorosos de la noche anterior, Martín no le hubiera hecho ninguna pregunta sobre su matrimonio. “Generalmente las parejas que se forman en el segundo tiempo del partido experimentan mucha curiosidad por saber cómo fue el primero –le había dicho Sonia–; es para saber de qué mal van a morir. Pero debes callar. Ni una entrega al enemigo. Si te pones a contar los detalles de la vida conyugal te expones a caer en aquello de, ¿crees que me vas a hacer lo mismo que le hiciste a aquel tipo?, o, yo no soy como tu esposo, querida, a mí me tratas distinto. Ni una palabra al respecto, si insisten mucho les cuentas una película de Woody Allen, adaptada, claro está, al contexto local y sales del trance.”

Malena se repitió a sí misma lo que Martín no le preguntaba. Es decir, por qué se había casado con Carlos Rengifo, y llegó a la misma conclusión de siempre. La razón por la cual se había casado con Carlos era, fundamentalmente, para huir de Alfredo Rivero. Para hacer desaparecer a Alfredo Rivero de su vida. La otra razón, accesoria, era porque estaba embarazada de Carlos, pero la razón secundaria era consecuencia inmediata de la primaria. Malena pensó en la posibilidad de practicarse un aborto, y después de una larga averiguación entre sus amigas, obtuvo el nombre del médico más confiable, dentro de las circunstancias. Su mamá lloró mucho y su hermano mayor le dijo que esos aborteros clandestinos eran muy peligrosos, pero Malena estaba decidida. Solamente que el día pautado para efectuar el aborto, Malena decidió que no. Que amaba a ese bebé. Y que

finalmente Carlos no era una mala persona y podía probar a vivir con él siquiera un tiempo, que fue lo que hizo hasta que la prueba dio como resultado incompatibilidad de caracteres.

La familia de Carlos era de clase media-media como la suya, y ambas mamás se entendieron muy bien desde el primer momento, entre otras cosas, porque no estaban obligadas por ley a vivir juntas, únicamente en los cumpleaños, las fiestas familiares, la navidad y alguna vacación esporádica. Los hermanos de Malena y sus esposas también hicieron un buen cuadro con los hermanos y hermanas de Carlos y sus respectivos cónyuges. La situación de Carlos, para el momento del matrimonio, era media-baja-con-tendencia-alta. Se sobreentendía que una vez terminara un largo postgrado, sus posibilidades mejoraban, y mejoraron. Carlos era una buena persona, como había presumido Malena, y no demasiado perspicaz, por lo que no entendió en absoluto que su misión en la vida conyugal con Malena era hacer que ésta olvidara a Alfredo Rivero, lo cual era imposible porque, como es sabido, Alfredo Rivero era inolvidable, y además, ubicuo. A donde quiera que Malena fuera, allí estaba Alfredo Rivero. Siempre escogía las mismas películas, los mismos restaurantes, las mismas playas, y hasta los mismos cumpleaños de amigos. Y cuando todo eso fallaba, el mismo centro comercial. La relación de Malena y Alfredo Rivero estaba predestinada.

Inocente de esta condición, Carlos comenzó su vida conyugal haciendo lo que había visto hacer a su papá, y dentro de lo que estaba estipulado que un marido hiciera. Tenía relaciones sexuales con ella, por lo menos tres veces por semana, la complacía en sus caprichos, uno de cada dos caprichos, la regañaba cuando la casa estaba sucia y las camisas sin planchar, le insistía en que su mamá sabía más de niños que ella, le pedía

permiso para jugar tenis con sus amigos, ayudaba a su suegra en el problema de la filtración de la pared medianera, y nunca la engañó con otra mujer, aunque las oportunidades no faltaron. Entonces, ¿por qué carajo Malena no se olvidaba de Alfredo Rivero? Malena también cumplió con sus obligaciones conyugales haciendo lo que había visto hacer a su mamá. Es decir, nunca engañó a Carlos con otros hombres, atendía lo mejor que podía a su casa y su bebé, acompañaba a su suegra al médico, y le pedía permiso a Carlos para ir al cine con sus amigas. Aunque no había olvidado a Alfredo Rivero lo había pospuesto bastante en sus fantasías, diurnas y nocturnas, y empezó a pensar que la vida podría seguir viviéndola con Carlos, limitándose a una breve nostalgia de sus tormentosos días con el proceso Alfredo Rivero. El problema se desató cuando un buen día Malena pensó, como quien no quiere la cosa, sin haberse propuesto pensarlo, que ella había pasado a ser propiedad de Carlos Rengifo. Manos, boca, vagina y pensamiento incluidos. Nunca había pensado que su mamá era de su papá, ni que su suegra era de su suegro. Ni que ella era de él. Más bien Carlos se quejaba de que Malena era muy dominante. Y Malena era muy dominante, pero dominante *de él*. El día en que esto se hizo patente fue cuando a Malena le dieron su tercer ascenso en la compañía, secretaria a su orden y viáticos para los desplazamientos a las filiales de la provincia. Carlos trajo una botella de vino y brindaron. El nené cumplía un año y era bello. Todos eran muy felices. Se sospechaba que un día de éstos también Carlos ascendía e iban derecho a clase media-alta. Entonces sobrevino la incompatibilidad de caracteres. A Malena le asignaron un viaje de dos días, y Carlos dijo que muy bien, tenía tiempo con ganas de robarse dos días de trabajo. Se iban juntos. Malena dijo que muy bien. Pero de pronto, por la noche, se le apareció Fredy Márquez y le dijo, ¿muy bien, qué, soberana

pendeja? ¿No te das cuenta de que no te tiene confianza? Te acompaña para que todo el mundo sepa que su joven y ejecutiva esposa es suya, oíste, suya de su propiedad. Malena sugirió al día siguiente que quizás era mejor que fuera sola y notó que a Carlos eso le daba muy mal humor. No dijo que no. Sólo le dio mal humor. Y allí se empezó a desencadenar la incompatibilidad de caracteres. Malena empezó a hacer cosas, únicamente para comprobar que estaban prohibidas, y Carlos a prohibirlas, únicamente para probar que las podía prohibir. Eran cosas que Malena no tenía ganas de hacer ni Carlos de prohibir, pero una tras otra fueron convirtiéndose en un monstruo. Los pleitos eran de película y ya los vecinos sabían qué día tocaba pelea. No había cumpleaños ni fiesta familiar ni reunión de amigos en que Malena y Carlos no se gritaran, y Malena empezó a decir que ella iba a dejar de producir porque eso le tocaba a Carlos, y Carlos dijo que él no daba un tetero más porque eso le tocaba a Malena. Así las cosas, su mamá intervino y le explicó a Malena que estaba equivocada, que todo estaba equivocado y que la culpa seguramente era de su papá, que en paz descanse, porque no quiso ponerla en un colegio de monjas. Ella *era* de Carlos. ¡Claro que *era* de Carlos! Siempre había sido de alguien. Había sido de su papá y su mamá y ahora era de él, y luego, cuando estuviera viejita, sería de sus hijos. Y demasiado bueno era Carlos en aguantarle una pila de malacrianzas.

Pero lo peor no había sucedido. Lo peor sucedió cuando una noche de sábado, en pleno pleitazo, Malena se negó a acostarse con él. Porque no le daba la perra gana. Y Carlos le dijo, “a ti no te gusta tirar conmigo porque te sigue gustando ese cretino de Alfredo Rivero. Pero tú eres mía, oíste, eres mía, y te vas a acostar conmigo, porque si yo me entero de que te acuestas con ese tipo, tú vas a saber quién soy yo.” No llegó a

saberlo. Malena se levantó de la cama, metió en un maletín sus pantaletas y un cepillo de dientes y se fue a la casa de su mamá a media noche. Y no regresó.

– Te veo muy callado –dijo Malena volviendo a su proceso actual–. ¿Estás aburrido?

Luz roja, pensó Martín. Todos al refugio. Comienza el bombardeo. Intentó, sin embargo, una maniobra de rescate.

– En absoluto. Estaba disfrutando del momento, de estar contigo. No tenía demasiadas ganas de ir hoy a la playa. Tomamos demasiado sol ayer.

– Martín, quería decirte, a propósito de ayer, que no te sientas mal en lo más mínimo. No sé si estuve desagradable, si lo estuve, perdóname, no tiene ninguna importancia, hemos disfrutado muchísimo estos días y estas noches, y son cosas que le pasan a cualquiera.

– Gracias, Malena. Yo sé que tú tienes experiencia.

Malena sintió claramente el silbido del misil.

– ¿Qué quieres decir con eso? –preguntó enviando su cazabombardero.

– Nada. Que creo que sabes perfectamente que un hombre puede fallar –dijo Martín utilizando el extinguidor de incendios.

– Si el hombre falla, también hay que preguntarse qué pasó con la mujer –sentenció Malena en su tono de estoy-suficientemente-psicoanalizada.

Hubo un silencio mientras los radares esperaban la identificación de los Scud.

– ¿Te molestó que te contara de otras relaciones?

– Si me molestó, es culpa mía, porque yo fui quien te pidió que lo hicieras.

– Bueno, pero te molestó.

– Hay una fantasía difícil de perder y es la de que el hombre es quien le enseña a la mujer qué es el amor.

– ¿Porque tú, definitivamente, lo sabes? –soltó Malena, monitoreando cómodamente en la pantalla la población a ser destruida.

– No, no creo. No creo que nadie lo sepa.

– (Eso crees tú porque no te he hablado de Alfredo Rivero, te hice el favor de no hablarte de Alfredo Rivero). No es fácil de saber –dijo para la galería.

– No, no es fácil de saber –confirmó Martín sabiamente.

– ¿Quieres que nos vayamos? Podríamos llegar hasta un hotel que queda al final de la bahía. Me dijeron que era agradable –sugirió Malena.

– ¿No estábamos en el recorrido histórico? Vayamos más bien al castillo de Santa Rosa y a la catedral de La Asunción. Me parece que el tiempo está mejorando bastante. Quizá podamos intentar llegar a la puesta de sol en Juan Griego.

Las nubes habían levantado y únicamente quedaban nubarrones hacía la parte norte. La isla volvía a tomar su tono festivo. Llegaron a La Asunción, pero no pudieron entrar en la catedral porque estaba cerrada, así que tomaron la carretera que conducía hacía las ruinas de la fortaleza de Santa Rosa. Se asomaron y desde allí contemplaron el valle que se abría. Martín intentó el recurso del humor.

– Esos españoles sí saben de turismo. Hicieron los castillos en los sitios de mejor vista.

A Malena le hizo gracia pero aprovechó para informar a Martín que el prócer del cual descendía su abuelita había sido defensor de la plaza en tiempos de la Independencia. Martín pensó que un poco de historia no vendría mal y que probablemente a Malena le

gustaría abundar en detalles acerca de la época en que su familia no era clase siempre-media-media, pero Malena no estaba en la tónica de recordar viejas glorias y prefirió revisar la mercancía de unas mujeres que vendían pequeños objetos de artesanía, sandalias de goma para la playa, toallas y jugo de naranja.

– Me gustaría comprar una hamaca –suspiró Malena con su tono de niña-que-quiere-unos-patines.

– Vamos a Santa Ana, me dijeron que allí las venden muy bonitas –dijo Martín como el perrito de *His Master's voice*.

Malena, súbitamente alegre, aceptó la proposición y durante el camino se detuvo varias veces para que Martín tomara algunas fotos. Generalmente Malena detestaba tomar fotos de viaje pero Martín estaba estrenando una Vivitar y hasta el momento la había usado muy poco.

– Estoy pensando en comprarme la videocámara. No sé si la Sony o la Toshiba.

– Si vamos a Santa Caterina sería fantástico –comentó Malena en su tono Kodac.

Martín estaba seguro de que la píldora contenía veneno y no se la tragó.

Llegaron a Santa Ana y caminaron un rato a la búsqueda de la hamaca. Después de haber recorrido todos los puestos de venta y tener una exhaustiva información de los diferentes precios, Martín guardó por octava vez su billetera.

– No tiene sentido comprarla –concluyó Malena muy juiciosa–, definitivamente no tengo dónde ponerla.

Siguieron adelante, y sin darse mucha cuenta, llegaron a Juan Griego. De allí subieron hacia el fortín de la Galera, desde donde era posible ver, unidas en vértice, dos inmensas bahías. Una bandada de niños los paró y uno de ellos subió al automóvil.

– Y ahora les cuento la historia del fortín –cantó en su acento isleño.

– ¿Y eso cuánto es? –preguntó Martín en su tono de quiero-hacer-feliz-a-un-niño-pobre.

– La voluntad. Éste es el fortín de la Galera y allí está la bahía de los Mártires –iba recitando– donde murieron los patriotas y aquí llegó un señor que se llamó Juan Griego, y entonces los españoles iban a matar a su hija, y él les dijo, muere hija ante de que seas la hija de un traidor, y ése es el Cerro Matasiete porque los indios dispararon sus flechas y por cada flecha mataron siete. Y ahora que te conté la historia, zúmbame lo que me toca.

Malena se rió mucho y le preguntó al niño dónde había aprendido esa historia.

– La aprendí de chiquito.

– Creo que tiene una mezcla entre el Tirano Aguirre, la conquista y la Independencia bastante complicada –comentó Martín, y le extendió el billete, tratando de ahuyentar al resto de los niños que se acercaban con la intención de repetir.

Un multitudinario grupo de turistas se bajaba del autobús y Malena corrió a apartar su puesto en la punta de la fortaleza. Suavemente, entre las nubes, una gran pelota roja comenzaba su trayectoria hacia el mar. Cuando se hubo hundido completamente, Martín le tomó una mano y regresaron al automóvil. La vuelta al condominio en la oscuridad, esquivando un pesado tráfico, la hicieron en silencio. En el radio se escuchaba un concierto de Mozart.

– Viene un director de orquesta muy bueno el mes que viene –sugirió Martín.

Malena no contestó inmediatamente–.¿Quién? –dijo al rato.

– No recuerdo bien el nombre, un polaco, creo. Podríamos ir.

– Me encantaría –aceptó Malena con el tono de niña-da-las-gracias que le había enseñado su mamá.

– ¿Vas mucho a conciertos? –preguntó Martín.

Malena recordó que se conocían hacía apenas un mes—. Sí, más o menos –dijo desinteresadamente–, a veces.

– A mí me encanta la música –suplicó Martín con el tono de ojalá-tengamos-eso-en-común.

– A mí también..., Martín...

– ¿Qué?

– No, nada, es decir, tengo la impresión de que tratas constantemente de agradarme –habló la maestra que le comunica al alumno que sabe que se copió en el examen.

– Es probable, porque tú me agradas mucho –afirmó él en su tono de me-encanta-la-sopa-de-cebolla.

– ¿Te quieres casar conmigo? –preguntó ella con la voz de la Ratita Presumida.

– No he llegado tan lejos, entre otras cosas porque no he conseguido todavía el divorcio y no tengo la menor idea de cuándo Julia decidirá que me lo quiere dar. Sé que quiero estar contigo. Nada más. ¿A ti te gustaría volverte a casar? –declaró en su tono de telenovela.

– No he pensado en eso –mintió Malena.

– Bueno, a lo mejor un día lo pensamos juntos –cerró Martín en un *Hollywood's Happy End*.

Estaban llegando al condominio y se salvaron de continuar por el precipicio. Debajo de la puerta había un mensaje de Jessie. Había preparado comida árabe. Malena dijo un

breve, yo no voy. Y Martín decidió pasar un rato por la cabaña 8. Llegó a las dos horas y encontró a Malena dormida, así que esa noche no hubo juego entre las sábanas importadas. Martín, aliviado, se puso el pijama y leyó un rato el *Newsweek*, antes de apagar la luz.

Malena se despertó un poco triste cuando tomó conciencia de que era el último día en la isla. Al día siguiente se marchaban. Martín dijo que, si no le importaba, él quería ir un momento a hacer unas compras a Porlamar. Malena sabía que era para comprarle un regalo y le dijo que tenía muchas ganas de nadar un rato en la piscina y que lo esperaba allí a mediodía. Se puso el traje de baño y se fue hasta la piscina. En el camino se cruzó con Romina que trotaba con unas pesas y su reloj de controlar la presión arterial.

– ¡*Chao!* –se gritaron mutuamente.

Una vez en la piscina, se le quitaron las ganas de nadar y se extendió a la sombra en una de las sillas. Procedió a una de sus actividades favoritas: recapitular su vida sentimental.

Desde joven a Malena le gustaba llevar un inventario actualizado de sus procesos. Comenzó con Luis Cortés, el más aburrido. Luis Cortés era el hijo de una de las mejores amigas de su mamá, y cuando se hicieron novios, su mamá se puso muy contenta. Era un muchacho bueno, estudiante de medicina, y de carácter muy estable. Fueron novios hasta el día en que Malena entró en el proceso capital de su existencia: Alfredo Rivero. Ese día había ido a ver *Un hombre y una mujer* con su amiga Alicia y estaban en la cola de

las entradas. Se acercaron Alfredo Rivero y un amigo. El amigo empezó a levantar a Alicia con las bromas habituales. Alfredo Rivero la miró fijamente y le dijo:

– ¿Dónde estabas tú metida que yo no te conocía?

Vieron la película juntos y luego fueron los cuatro a un bar que no era para nada el tipo de bar que le hubiera gustado a Luis Cortés. Un bar de intelectuales.

Al día siguiente Alfredo Rivero llamó por teléfono y dos horas después se presentó con un libro de regalo: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Malena leyó esa noche treinta y siete veces, *es tan corto el amor y tan largo el olvido*, y por la mañana llamó por teléfono a Luis Cortés y le comunicó que, después de una detenida reflexión, había concluido en que no eran tal para cual. A Luis Cortés no le afectó mucho este descubrimiento. El quería tener una novia y le importaba un pito la marca, con tal de tener una. Malena le comentó a Alfredo Rivero este primer rompimiento de su vida y Alfredo Rivero le contestó que estaba muy bien porque él sabía que ellos se amarían siempre. Y allí se desencadenó el proceso Alfredo Rivero.

En una de sus oleadas, Alfredo Rivero propuso una convivencia de prueba. “Para casarse es necesario saber si se puede convivir”, dijo, y a Malena le pareció muy sabio.

– Vas a ser flor de un día –aseguró su mamá.

– Música pagada no suena –dejó caer su abuela que para entonces vivía.

Ni lo uno ni lo otro. Malena y Alfredo Rivero, después de tres meses de estar encerrados en el apartamento que alquilaron con ese fin, llegaron a la conclusión de que la convivencia era una manera sórdida de matar su proceso y que era necesaria una ventilación. Alfredo Rivero se ventiló por varios meses, Malena perdió varios kilos, y su abuela comentó:

– No se ponga a repasar hombres, niña.

Su mamá le advirtió:

– Malena, no me meto en tu vida pero has cometido un disparate. Este señor lo que quería era acostarse contigo.

Malena sabía que Alfredo Rivero volvería. Y volvió. Entonces fue cuando le propuso el viaje a Europa. Había cobrado las prestaciones del trabajo del que acababa de despedirse, y como en esa época la moneda era bastante fuerte, al ponerlo en dólares daba para pasar por lo menos cuarenta y cinco días. Malena no se inscribió ese semestre en la universidad y su hermano mayor le explicó:

– Malena, estás cometiendo una pendejada.

Pero Malena se fue de todas maneras a Europa con Alfredo Rivero y nunca se arrepintió de haber perdido un semestre. Alfredo Rivero sufría una malenitis aguda y Malena estaba totalmente entregada a su proceso.

De cada lado de la vía, tú y yo agitábamos pañuelos que nunca supimos, sabremos, si eran de encuentro o despedida, siempre mirando al tren alejándose con la vida a cuestas. Cada uno doblaba su pañuelo, ya muy mojado, y se iba a casa con la nostalgia de los niños después del circo. Un amor para no amarte de lado, siempre en pasado o en futuro, un amor que no resiste el aguacero ni el sol de la mañana. Quizás un bello animal saltando entre nosotros, nunca dispuesto al cautiverio, queda así rescatado en una playa lejana, defendido de las olas incuestionables de mi vida y de la tuya, del desgaste que es acostarnos sobre él. Así respira todavía, salvado del tiempo, en la única esperanza de no ser abogado en el abrazo.

Cuando regresaron de Europa, Alfredo Rivero le regaló *Cambio de Piel*, con esa dedicatoria, y procedió a una nueva ventilación. Malena volvió a perder unos kilos y estuvo varios días llorando en su cuarto.

– Este hombre va a matar a la niña –dijo su abuela.

– Aquí va a haber que tomar medidas –dijo su hermano mayor–. O se casa con ella o se va al carajo.

Ni lo uno ni lo otro. Alfredo Rivero estuvo un tiempo ausente, trabajando en otra ciudad, y cuando anunció que regresaba, Malena salió corriendo a la peluquería, pidió permiso en el trabajo, se compró una blusa y se fue al aeropuerto a recibirlo.

– Qué falta de dignidad –lamentó su madre.

Malena le había perdonado a Alfredo Rivero esta segunda ventilación porque ya estaba metida de lleno en la intermitencia del proceso, pero cuando ocurrió la siguiente ventilación, lamentablemente se atravesó Carlos Rengifo y Malena pensó que en esta oportunidad la ventilación se la tomaba ella y los kilos los perdía Alfredo Rivero.

– Pero, ¿qué tiene este hombre, mijita? –se desesperaba su mamá.

– Yo no le veo la gracia al tal Alfre –decía su amiga Alicia.

– Ni buen mozo es –se quejaba su abuela, a pesar de que ya estaba muy enferma.

– Es el hombre de mi vida –declaró Malena en su tono de *Madame Bovary*.

– Pero, ¿qué vida?, si te da una vida de perros –se sorprendió su mamá.

– Esta niña es de psiquiatra –sentenció su hermano segundo.

– Este señor no pone más los pies en esta casa –ordenó su hermano tercero.

Pero cuando el proceso Carlos Rengifo llegó a su fin, Alfredo Rivero se presentó en el apartamento que había alquilado Malena mientras tanto, y le llevó de regalo *La exagerada vida de Martín Romana*, con otra dedicatoria:

Me fastidian estos personajes siempre asomados al Sena, apenas se enamoran, el Sena es testigo, y en cuanto tienen un recuerdo de su infancia subdesarrollada, lo evocan al cruzarlo. Siempre cerca un agua gris. Deprime un poco no ser testificado por el agua negra y fría en la que brillan las luces de los barcos y unas estrellas tristísimas. No debe ser lo mismo reconsiderar un amor contrariado a sus orillas, que cuando nos sucede a nosotros, dándole la vuelta a la autopista en Caracas. Sin embargo, en todas partes, los amores tienden mucho a contrariarse.

Creo que te gustará. Con todo el amor de,

Alfredo Rivero

P.D. En homenaje a cuando enterramos juntos el paraguas que se te rompió en la Rue du Bac.

Cuando Malena regresó del trabajo y encontró el libro, estuvo llorando toda la noche. Pero no quería llamarlo. Esperó al día siguiente y Alfredo Rivero la llamó y volvieron a su proceso. La psicóloga que le hizo la psicoterapia posdivorcio le dijo que estaba tratando de negar el duelo por su marido, pero Malena le contestó que era lo contrario. Había tratado de negar a Alfredo Rivero con su marido y no había podido, porque como ya se sabía, Alfredo Rivero era innegable.

En ese momento Martín se acercó por detrás y le tapó los ojos con un paquete. Malena palpó toda la ternura de Martín condensada en aquella blusa Pancaldi, comprada

en Patricia Nitti, y se prometió a sí misma que no volvería a recapitular sus procesos mientras estuviera con él.

Pidieron unos sándwiches en la piscina y se estuvieron bañando un buen rato. La tarde empezaba a caer, se fueron a la cabaña y estuvieron jugando entre las sábanas importadas. Martín demostró una franca recuperación del pichuflín y Malena fue muy feliz. Después que tuvo el tercer orgasmo se sintió muy emocionada y lo besó llorando.

– Quiero que estés toda la vida conmigo –le dijo Martín en la oreja.

Una cosa que jamás hubiera dicho Alfredo Rivero.

En las esferas celestes retumbó tres veces el gong de la música lejana y metálica y el Segundo Señor comentó ingenuamente:

– Parece que se van a casar.

– No creo –dijo el Tercer Señor–, Martín viene teniendo mala suerte en todas sus vidas.

– ¡Mala suerte! –exclamó con su conocido sarcasmo el Quinto Señor–. Yo no me casaría con esta mujer por nada del mundo.

– Pues no es fea –suspiró bobaliconamente el Segundo Señor.

– ¡Señores del Destino! –llamó al orden el Primer Señor–. No estamos para estos predicamentos sino para analizar un caso de reclamo.

– Así es –confirmó el Tercer Señor–. Dice la reclamante que en su anterior existencia le prometimos una vida moderna y que no fue así. Ya hemos revisado cuatro archivos y no hemos encontrado cuándo le hicimos la promesa, nos debe faltar uno, el que termina en 1900.

El Segundo Señor pulsó la tecla de Siglo XX, años 1900 a 1930, Letra M, y leyó:

– “Continuación de Malena en Viena. 1900. Cuando regresó de Europa, empujada por la marea sentimental que la devolvió a sí misma, y ya curada de todo, supo que había perdido, en la malenitis, a su Malena querida. Ahora sólo era una historia de amor sucedida, un relato que algún día alguien podría recordar. Sumida en la tristeza de que todo había quedado atrás, Malena se entregó al aburrimiento infinito de los días que vendrían, y dejó que la muerte la encontrara sentada en la mecedora, al fresco del atardecer, cayendo el sol.”

– ¿Eso es todo? –se sorprendieron los Señores.

– Ahí termina el archivo y aquí está anotado lo que le dijimos. Leo:

–“Malena, has muerto muy joven –a lo que ella respondió–, a los treinta y tres, como Cristo.” “¿Y no te gustaría resucitar? –le volvimos a preguntar. “Según y como –, fue lo que contestó–porque mi vida romántica ha sido muy desgraciada.”

–“Te hemos concedido la gracia de tener una nueva vida. Nacerás en 1957 y serás una mujer moderna.” Eso le prometiste tú –leyó el Quinto Señor de reojo en la pantalla y frunciendo el ceño en dirección al Segundo Señor.

– Siempre se suele dar cinco vidas por lo menos –se excusó éste.

– Nacen más mujeres que hombres, lo tengo dicho. No se puede estar dando vidas así como así –lo regañó el Cuarto Señor.

– En todo caso se le deben dar a mujeres especiales. ¿Se le dio otra a Simone de Beauvoir? –deslizó astutamente el Quinto Señor.

– Ahora mismo no me acuerdo –contestó avergonzado el interpelado.

– Tampoco todas van a escribir *El Segundo Sexo*. De vez en cuando hay que pensar en las mujeres normales y corrientes –salió el Tercer Señor.

– Esas son las peores –sentenció el Quinto Señor.

– Si le hicimos una promesa, a lo hecho pecho, sigue leyendo –ordenó el Primer Señor–. Todavía no ha terminado la última vida.

– Pero, un momento –se dio cuenta el Tercer Señor–, este archivo de 1900, para treinta y tres años me parece muy corto. El resto debe andar por aquí –y pulsó la tecla de Siglo XIX, años 1870 a 1899, Letra M.

Pero el archivo de Malena no aparecía.

– Busca en Tercer Mundo –sugirió el Cuarto Señor.

– Los de Tercer Mundo, Siglo XIX, están todavía a mano –informó rojo de vergüenza el Primer Señor.

– ¡Esto es el colmo! –dijo el Cuarto Señor un puñetazo sobre la mesa de las esferas celestes–. Todos los documentos tienen que estar debidamente procesados. Y más los del Tercer Mundo, no quiero líos con esa gentuza.

Pero como no lo estaban, los cinco Señores se alisaron sus túnicas de colores fríos y se pusieron a revolver en el Archivo de Documentos en Proceso de Incorporación a la Base de Datos hasta que dieron con el que buscaban.

IX MALENA EN SU DIVAN

Malena había tomado la decisión radical de permanecer acostada en su cama, o a lo sumo, en un diván contiguo, desde el día en que su padre le había prohibido casarse con el conde de Santa María de Regla, poderoso propietario de un central en la isla de Cuba.

– ¡Pero qué vaina nos echó Antoñito! –se refería su padre a Antonio Guzmán Blanco, presidente-dictador-ilustre-americano-regenerador-de-la-patria-protagónico militar-y-absoluto-caudillo-de-Venezuela.

– Yo te lo dije, Mariano, que no llevaras a la niña a la ópera –decía María Luisa, su mujer.

– ¡Pero cómo carajo me iba a imaginar yo que a Antoñito se le iba a ocurrir presentarle a la niña un conde y que esta pendeja se iba a emperrar en casarse con él!

– Pues son las cosas que hay que prever. Ahora el mal esta hecho y la niña enguayabada.

– Niña, ¿cómo te sientes hoy? –preguntaba su madre.

– Igualito que ayer, mamá –contestaba Malena.

– ¿Pero tú no notas mejoría con el asunto de los pañuelos granate que te mandó a poner el doctor Torres?

– Nada, ninguna mejoría –negaba tercamente.

– Ya van dos años, Mariano, dos años con esta niña postrada en una cama.

Y no dos años, sino diez pasó Malena acostada en la cama, y a veces en el diván.

Durante el tiempo en que duró la malenitis aguda y crónica, que en vano el doctor Juvencio Torres intentó curar, Malena comenzó a llevar un diario, pues era lo único que le divertía hacer en aquella posición.

– ¿Tú has visto, Mariano, el diario que escribe la niña? –preguntaba María Luisa.

–Yo no tengo tiempo para esas necedades, Luisita –se sacudía don Mariano–. Estoy muy ocupado con la hacienda y los peones, que los tengo a todos medio embochinchados.

– Pues te deberías ocupar. Yo lo he leído, y te digo una cosa, Mariano, esta niña está loca, lo que se dice completamente loca.

– La cromoterapia es muchísimo más eficaz que la fototerapia, la electroterapia, la hidroterapia o la magnoterapia en las afecciones debidas a los cambios humorales; es sabido que los colores influyen de tal modo sobre la vida de los seres, tanto humanos como animales y plantas, que no les es indiferente la naturaleza de los mismos. Aunque parezca nimiedad, debe atenderse a estas propiedades del colorido para influenciar a las personas, porque de ellas se obtendrán ventajas, y después de todo, lo mismo ha de ser el gasto para un color que para otro, y nada se pierde con elegir el apropiado a los fines que se desean.

Así hablaba el doctor Juvencio Torres cuando Malena caía presa de un estado de postración. El doctor Juvencio la observaba detenidamente y diagnosticaba:

– Está anémica, asténica y clorótica. Tiene una deficiencia sanguínea, producida por el agotamiento muscular de estar tantos días en cama. Es necesario aplicar el rojo y sus variantes, del rosa pálido al granate fuerte, porque estas tonalidades aumentarán sus

energías, dominando la tristeza y la falta de voluntad, si no con rapidez, al menos con seguridad, de aplicarse el tratamiento con persistencia.

Ordenaba que Malena fuese vestida de rojo sangre de toro y se taparan las ventanas de la habitación con paños igualmente encendidos. Cualquier prenda, así fuera un mínimo pañuelo, de color violeta, debía ser eliminado, decía, porque ese color es fatal para los asténicos, y sólo les conviene a los pletóricos. Y la plétora no era en absoluto la enfermedad de Malena.

A veces también recurría a los pañuelos amarillos, de efectos sedantes, específicos para calmar el insomnio y las periódicas excitaciones en los vesánicos, y en cualesquiera otras manifestaciones de la patología del espíritu.

– En estas manifestaciones –opinaba el doctor–, y en todas las perturbaciones del acontecer vital, es necesario tener en cuenta los límites del comprender y el sinfín del explicar.

Se defendía así de los reclamos de la familia cuando le increpaban:

– Doctor, esta loquera no se le quita, y ya vamos para cinco años.

“La malenitis, aguda y crónica, es precisamente la enfermedad que me aqueja –escribía Malena en su diario–, la propia, única e indivisible. La reconozco cuando comienzo a sentir que ella, Malena, se hace demasiado presente en mí; ése es el primer síntoma, la constante presencia de nosotros mismos, el sabernos ligados indisolublemente a nuestra vida, el no poder ser sin nosotros, y eso me atormenta. Pero más me atormenta cuando me curo, cuando me abandona la malenitis y no me siento a mí misma. Entonces, cuando llego a la pérdida del sentimiento de vivir, y apenas participo de los gestos de mi cuerpo, me siento vagando por ahí, sin mi Malena querida. Cuando me percibo así,

desmalenada, toda impresión me parece engañosa, porque, ¿qué son las luces, los volúmenes, las fulguraciones que nos rodean, si no tienen significación para nosotros, si no son objetos de pasión? Solamente, si sufro de la pasionitis aguda, reencuentro a mi Malena.”

– ¿Usted no ve, doctor, que está completamente loca? –lloraba María Luisa.

– La neurastenia también se la reconoce, señora, cuando el enfermo, lejos de sentirse acorde con su espacio, experimenta una vivencia de lo infinito. Su dimensión parece extendida, sus fronteras se ensanchan difusamente, y como no encuentra consonancia con su lugar, quisiera propagarse en cualquier parte, todo el muro de sus límites le parece insoportable y quisiera vagar más allá. Tiene entonces un impulso al alejamiento.

– ¿Quiere usted decir que la niña no se encuentra bien en su casa? Pero, ¿dónde cree usted que va a estar mejor la niña que con sus padres, sus hermanitas y su abuela que la adoran?

– Yo no le digo a usted que la niña no esté bien en su casa. Lo que le digo es que tiene una alteración del espacio, y también del tiempo. Es imprescindible lograr una vivencia exacta del tiempo y su transcurso para poder dominarnos a nosotros mismos, y Malena, cuando está muy neurasténica, percibe el tiempo como si fuese siempre el mismo momento, como si hubiese un vacío sin tiempo, o el tiempo se le hubiera perdido y estuviera completamente detenido. Por eso es que, para ella, estar en el diván o en otra parte, es lo mismo.

– ¿Tú te das cuenta, Mariano, que este señor no sabe nada? Hoy me ha dicho que la niña está perdiendo el tiempo. ¡Pero claro que está perdiendo el tiempo! ¡Imagínate si esa

necedad no se me había ocurrido a mí antes! ¿Tú has pensado con quién vamos a casar a esta niña, si no sale del diván y no hay quien la conozca?

– Pues que no se case.

– ¡Ah sí, cómo no! ¡Que no se case! No, Mariano, esto no se puede quedar así, entre tú y el doctor Torres me están acabando a la niña.

“No somos más que partículas arrojadas en un torbellino –continuaba Malena escribiendo–, materia temporalizada, y nacer y morir no son actos tan dramáticos como estamos acostumbrados a representarlos, sino apenas ese tiempo en acción; por momentos, un dejar de estar dentro de él; a veces, albergados; otras, expulsados; y eso en cuanto al alma, porque el cuerpo se ve obligado a una violencia, a una entrada y una salida, ambas sangrientas. Nuestra conciencia es sólo una luz que por instantes se refleja. Somos así, puro tiempo. Pero a veces el tiempo se nos cierra, y no hay nada más mortífero que la sensación de encontrar frente a nosotros una puerta que se niega a dejarnos pasar. La ausencia de futuro nos daña, es como ser arrojados a los escombros, exiliados en una habitación vacía, condenados a que en ella nada ocurra, sino sólo nosotros, contemplando la vida sucediendo afuera para otros. Es así como he podido sostenerme diez años en mi cama, o en mi diván, y no diez, sino veinte o cuarenta podrían transcurrir, porque si me está negado el futuro, puedo decir que estoy muerta.”

– Mariano, si la niña está antojada con este hombre, ¿tú no crees que se podría hacer una excepción? Porque yo lo que veo es que ella, así, se nos va. Se nos va, Mariano, te lo digo yo que soy su madre.

– Con el conde, ni de vaina. Si no se quiere casar con otro, que no se case. La prefiero loca en su casa antes que loca en otra parte.

– Malena, creo yo, está estática. En el momento de retener el instante que se escapa, asume toda la extensión del pasado, y aún del futuro, y es incapaz de medir el tiempo del reloj. Vea usted, doña María Luisa, lo que escribe en su diario. Una pieza, si usted me lo permite, digna de estar en un tratado de Jaspers.

Leía el doctor: “Cuando nos sentimos tan violentados por la vida que todos nuestros recuerdos, y hasta los que habíamos olvidado, se estremecen en forma tal que pierden su orden, tenemos la sensación de desencuadernamiento. Es tal el impacto de algunos hechos sobre el alma, que, aturdidos, nos sentimos como un ave apedreada que no sabe si alzar el vuelo o cubrirse con sus plumas ensangrentadas. Esta confusión es el derrumbamiento, la catástrofe más absoluta, el estrépito de todos los tiempos, y por consiguiente, de los órdenes que como tablas se desprenden. Se nos cae la vida entera, se nos destroza el tiempo, se le estrellan sus partes, desasidas, volando irreparables, y ya no hay horas, ni minutos, ni días. Todo es un puro venirse abajo, las propias vivencias desvividas, un silencioso estruendo en el que nos perdemos. El tiempo nos duele, pero no como la nostalgia de haberlo perdido, la nostalgia se nos ha muerto también, y el tiempo es puro sufrimiento. No puedo explicarlo más, quien lo haya experimentado me entenderá.”

– Yo lo que digo, Mariano –volvía María Luisa–, es que de dónde ha sacado la niña esas ideas tan raras. Yo no creo que las clasicitas de gramática y de historia que le daba la señorita Ramírez hayan dado para tanto. ¿Qué crees tú?

– Yo creo que se lo habrá copiado de un libro.

– No, Mariano, no. Si en esta casa hay muy pocos libros. No, eso se le ocurre a ella solita y eso es lo que me mortifica. Fíjate lo que dice aquí. ¡Qué inmoralidad! Es que esto

es muy grave, Mariano, y tú no tienes ojos ni oídos más que para ocuparte de la hacienda.

Leía María Luisa:

“El cuerpo es nuestro propio espacio, el único cierto. Estamos encerrados dentro de él, y es una cárcel que llegamos a amar. Pero existen dos momentos en que intentamos sobrepasar sus límites. Uno es el amor, pues en él nuestro cuerpo precisamente se rebela a ser cárcel, y quiere escaparla para encontrar al otro, cautivo también de su propia carne. Dos presos se encuentran y se tocan, y se mortifican queriendo estar cada uno en la cárcel del otro, pero precisamente allí encontramos nuestros linderos; el amor, en su acto, nos devuelve a la imposibilidad de ser otra cosa que nosotros mismos, de no poder abandonarnos, pues del cuerpo sólo salimos con la muerte. En la malenitis aguda nunca he pretendido sobrepasar la amada superficie de mi piel, pero en el afán de alcanzar al otro, he encontrado el suplicio y el placer.

El otro momento es el cuerpo perdido. El corte mortal que experimentamos al sentir que en otro queda un pedazo nuestro, irremisiblemente más allá. Ese otro que forma parte de nuestro cuerpo, cuando a una extensión de nuestra mano, se dobla otra en la distancia precisa para el encuentro; a un encogimiento, un acercamiento; a una tristeza, una alegría moderada; a una exaltación, un decaimiento *ma non troppo*; a un *Andante Dificile*, un *Largo Tranquilo*; a un *Vivace*, un *Grave*; a un *Affectuoso*, una *Fugue Alla Breve*; a un *Allegro di molto*, un *Adagio*; a un *Spiritoso*, un *Allegro assai*; a un *Capriccio*, un *Andante Comodo*; a un *Maestoso*, un *Gentile*; a un *Presto*, un *Allegro Appassionato*; a un *Dolce*, un *Fortísimo*; a un *Agitato*, un *Soto Voce*; y a una *Tocatta*, un *Finale*. Es decir, la perfección del contrapunto. Su ausencia nos obliga a un *Solo tristissimo*. Y, a la vez, en ella, me maleneo totalmente y

encuentro mi deseo, como sólo el agua nos da sed; la compañía, soledad; la ausencia, nos devuelve la presencia; y en resumen, la muerte nos concede la vida.”

– María Luisa, temo lo peor –concluyó don Mariano después de haberlo escuchado.

– ¡Qué desgracia, Mariano! ¿Tú estas seguro?

– Completamente, este carajo me las va a pagar.

– Mariano, ¡qué vergüenza! Una niña educada de lo mejor, una niña de las familias más distinguidas de Caracas, y este canalla nos la ha malogrado. ¿No te cabe ninguna duda, Mariano? Tú que eres hombre, ¿estás seguro?

– Seguro.

– Entonces que venga y se case con ella.

– Prefiero morirme antes.

María de la Trinidad, la abuela de Malena y madre de María Luisa, salió de la penumbra.

– Mariano, deje que esta niña se case con el conde porque lo ocurrido no tiene remedio. Ahora, ¿con quién la va a casar usted?

Pero don Mariano no consintió. Vino, sin embargo, el destino a consentir. Don Mariano se cayó del caballo en la hacienda y se le infectó la herida. Murió en pocos días. Y meses después, María Luisa dio a luz dos hijos.

– Este conde sí fue pavoso –dijo María de la Trinidad–. Lo que es yo, con María Luisa postrada de un parto de morochos, Mariano enterrado, y esta niña, acabada, en una cama, no me quedo. La niña se va para La Habana, y que se case con el conde, si eso es lo que ella quiere.

Tan mala suerte tenía el conde, que cuando Malena llegó a La Habana, diez años después de haberlo conocido, y se casaron y Cuba ganó la guerra de Independencia contra España, también él se murió, y Malena no tuvo más remedio que regresar a Venezuela y se volvió a acostar en el diván.

– Ahora sí le digo, doña María de la Trinidad, que ya mi ciencia no da para más. Mande a esta niña a París, a ver si el doctor Charcot puede curarla –aconsejó el doctor Torres.

Y María de la Trinidad, que era una mujer de acción, le ordenó a Malena:

– Prepara las maletas, niña, que te vas a Europa en el próximo vapor.

En las esferas celestes los cinco Señores hicieron una pausa, se alisaron sus túnicas de colores fríos, y el Cuarto le preguntó al Segundo:

– ¿Este viaje a Europa fue idea tuya?

– Sí –contestó un poco asustado el interrogado.

– Ya voy viendo por dónde viene el reclamo. ¿Cuántas veces tengo que decir que no se pueden tomar decisiones anacrónicas? Las mujeres no viajaban solas entonces, por lo menos las mujeres con destino decente.

– No te pongas así –le suplicó el Segundo Señor–. La abuela estaba muy vieja para esos trotes y la madre quedó muy mal con el parto. Y además... –continuó en voz muy baja–, la pobre había tenido tan mala suerte.

– ¿Qué dices que no te oigo? ¡Bajen el volumen de la música de las esferas celestes que no se oye nada! –gritó el Primer Señor.

– Decía que la mandé a Europa sola porque no había nadie para acompañarla – musitó el Segundo Señor.

– Y a ver, ¿de qué le sirvió? Si es que a las mujeres nada les va. Después de haber estado en el Paraíso Terrenal, ¿no vino Eva a reclamar que le estaban echando la culpa de todo? –citó el Quinto Señor.

– ¿Y qué me dices de la Kollontai, que vino a protestar porque la habíamos obligado a dedicar su vida a la lucha proletaria? –apuntó el Cuarto Señor.

– Para lío el que armó Sor Juana Inés de la Cruz. Todavía me acuerdo de los bramidos que daba acusándonos de que se había tenido que meter a monja para poder ser escritora –recordó amargamente el Quinto Señor.

– No creo que sea la ocasión de estar sacando casos viejos –opinó lacónico el Tercer Señor.

–Bueno, bueno. Sigo leyendo –concilió el Segundo Señor–. Veamos qué pasó con ese viaje.

X MALENA EN VIENA

Cuando Malena llegó a Viena finalizaba el siglo. Se bajó del tren dando un paso titubeante, enfundados los pies en unos botines que asomaban de la falda de lana marrón y se encharcaban al posarse sobre el andén. Titubeaba el pie y titubeaba Malena, porque aun cuando era una joven bien educada y hablaba a la perfección el francés, no por ello dejaba de sentirse algo incómoda e inquieta en aquel recorrido que la había depositado en el imperio Austro-Húngaro, a partir de un caluroso día en el puerto de La Guaira, del cual ya tenía un recuerdo muy lejano y casi inexistente. Era admirable como, gracias a los adelantos de la revolución industrial, las máquinas de vapor pudieron trasladarla desde la América del Sur hasta el puerto de Cádiz en veinte días, y en otros veinte, a la Europa Central, a las orillas de aquel río marrón, falsamente llamado azul, para así, ahora, entrar en Viena, la ciudad casi más importante del mundo.

Había realizado el viaje acompañada de un matrimonio francés, amigos de su familia, y se había despedido de ellos en París para continuar hacia el este. De pronto se vio sola en la estación, con su equipaje, compuesto de tres maletas, un baúl y dos sombrereras, y montada en un coche que se deslizaba entre la niebla hasta detenerse ante la puerta del hotel Sacher, donde varios porteros de libreas rojas y azules se apresuraron a ayudarla a descender del pescante y bajaron ordenadamente el equipaje. Malena nuevamente sintió miedo, esta vez más claramente miedo de una torpeza, de ser súbitamente invadida por un no saber qué hacer, antitético del *savoir faire* que se le suponía, un titubeo más intenso

que el anterior, al bajarse del tren, miedo de encontrar aquel contexto excesivo, pero apenas tuvo tiempo para darse cuenta de que estaba temblando cuando ya un señor elegantemente vestido de levita gris y muy repeinado, con una larga mano trenzaba en el aire la invitación, y le decía en francés que la esperaban desde la mañana, su habitación estaba preparada, y ella tendría después la amabilidad de indicarle si algún detalle no le agradaba. Era muy bienvenida en Viena. Mientras, con un chasquido de los dedos, llamó a un mozo para que sostuviera la sombrerera que tímidamente se balanceaba de la mano de Malena, quien a la vez intentaba quitarse los guantes, tratando de hacerlo como quien se ha quitado todos los guantes del mundo al llegar a Viena en 1899, pero el movimiento le resultaba difícil, más atascados los guantes o más sudorosos los dedos, y los guantes traicionaban a Malena que temía la mirada implacable del señor de levita gris, y que éste pudiera comprender que ella, apenas unas semanas atrás, vivía en un país remoto llamado Venezuela, nombre que para el señor de la levita gris tenía una resonancia a piratas de la Malasia, comedores de carne humana y desnudas aborígenes, y por eso, Malena, entendiendo los pensamientos del señor de la levita gris, forcejeaba con los guantes que no querían salir con la rapidez y gracia con que deberían salir unos guantes de cabritilla *beige*, y se enredaban un poco con el abrigo de cuello de zorro y el sombrerito de plumas, debajo del cual se veía un rostro de facciones mediterráneas, rasgos confusos para el señor de la levita gris, quien no llegaba a vislumbrar cuáles serían las líneas coincidentes entre sus evocaciones sudamericanas y la Malena que tenía delante, y al leer el pasaporte le pareció que quizá quería decirse *Vennezzuela*, nombre de alguna provincia italiana en litigio con la corona española, y así lo escribió en el registro de huéspedes.

Malena, ahora en su habitación, tiene una duda, una devastadora incertidumbre acerca de la utilidad y sentido de este viaje. Siente ganas de llorar y quiere hablar con su abuela, pero sabe que no puede hacerlo porque, aunque ya le han puesto teléfono, no sirve para tan larga distancia, y como niña caprichosa y acostumbrada a dar órdenes que es, patalea y bate el sombrero de plumas contra la pared. Finalmente, se acuesta en la cama y llora largamente un llanto de niña desconsolada hasta que, agotada, se queda dormida sobre un edredón rosado. Despierta en la oscuridad y cree que es de noche, pero son sólo las cuatro de la tarde cuando abre la puerta de la habitación y ve el reloj del pasillo. Decide cambiarse de ropa y bajar al salón de té, donde pide papel y sobre, pero no para escribirle a su abuela María de la Trinidad, ya tan vieja y casi ciega, sino para tomar la iniciativa que la ha traído a Viena, de la cual está, en el fondo, bastante arrepentida. Escribe, entonces, una nota, y se la entrega al conserje para que la haga llegar a su destinatario.

Herr. Professor S. Freud

Berggasse 19

Estimado Doctor:

Le extrañará recibir esta carta de una persona totalmente desconocida para usted. Yo lo conozco a través de algunas publicaciones tuyas que he leído con sumo interés, y de las recomendaciones de mi amigo Otto Bauer. Conocí a Bauer en París, en casa de unos amigos comunes, y él me habló con tanto entusiasmo del novedosísimo tratamiento que usted practica con su hermana Ida, que he tomado la

decisión de someterme a sus conocimientos. Padezco desde hace tiempo sufrimientos morales muy intensos y deseo que ud. me examine lo antes posible.

Atentamente suya,

Malena de Santa María

La respuesta no se hizo esperar, y a la noche siguiente llegó en los siguientes términos:

Apreciada Frau Malena:

He recibido su carta y me complace saber que Otto Bauer se expresa tan lisonjeramente de mi persona. Con mucho gusto quisiera examinarla, pero no tengo en este momento tiempo suficiente para una nueva paciente. Si su estadía en Viena se prolongara, posiblemente más adelante pudiera tratarla.

Prof. Sigmund Freud

P.D. Me gustaría conocer su procedencia, ya que algunos errores de acentuación en su nota me sugieren que no es usted francesa.

Aquella noche Malena lloró más que la de su llegada. No solamente estaba harta del frío y de la soledad, sino llena de furia al verse despreciada por aquel médico pretencioso

que, además de negarle una cita, se permitía hacer observaciones sobre su francés, y la rechazaba, a ella, que había atravesado el océano atlántico en busca de la paz para su espíritu atormentado, como le decía su abuela, “Malena, Malena, eres un espíritu atormentado y serás siempre muy desgraciada, nadie te podrá entender”, y este Sigmund del carajo tampoco quería curarle los tormentos de su espíritu. Cuando estuvo más calmada pensó en aprovechar la curiosidad del profesor por conocer su procedencia, para de nuevo escribirle detallando algunos aspectos de su enfermedad, y quizás así llamar su atención y lograr la cita, mientras tanto, se dijo que iría a la ópera, a los cafés, se distraería en aquella ciudad tan interesante, hasta alcanzar el objetivo que la había traído desde tan lejos.

Así las cosas, Malena decidió disfrutar el mayor placer de sus desdichas y emprendió frenéticamente la visita de Viena. En el hotel había conocido a un joven alemán, más bien lánguido, acompañado de su madre, una mujer imponente que se le hacía detestable, pero eran los únicos huéspedes con los que había llegado a cruzar algunas palabras a la hora del té o al coincidir a la entrada del comedor, y decidió aceptar la invitación del joven para ir al teatro, aunque le parecía bastante *snob* ir al teatro sin hablar una palabra de alemán.

El joven era de esos tan apegados al poder de sus madres que sólo bajo su compañía y dominio se atreverían a intentar una relación con alguna mujer. Se limitaba a dirigirle frases breves y miradas largas en la esperanza de que Malena comprendiera que él esperaba los fortuitos encuentros en el *hall* o en las escaleras que conducían al salón de té o quizá frente a la conserjería, momentos antes de salir a la calle, pero Malena, demasiado comprometida en sus propios pensamientos, no encontraba tiempo para

fijarse en él, y si aceptó ir al teatro con ellos fue solamente por despejarse un poco de tantas aflicciones como la abrumaban.

Después de la representación, que se le hizo larguísima y tediosa, la madre del joven sugirió cenar en el café Landtmann, un restaurante muy frecuentado por artistas e intelectuales. Malena asintió sin protestas, y tragándose su mal humor, admitió que nunca había visto una atmósfera parecida en Caracas ni en La Habana. Por más que intentaba tener un aire de quien está de vuelta de todo, y mirar displicentemente hacia el resto de los personajes que llenaban el comedor, se sorprendía del lujo, de la riqueza de los terciopelos de los silloncitos de a dos, de las pulidas maderas que modelaban las paredes, de las fuentes de plata soportadas por los camareros mientras iban y venían, de las vajillas de oro que adornaban las mesas, del silencio, a pesar de estar lleno hasta los topes, y se sorprendía tanto porque nunca había pensado que Viena pudiera ofrecer ese refinamiento y encanto siempre escuchado en referencia a París, la ciudad de la que tanto le habían hablado como el único lugar en el mundo en el que había algo que imitar. Pero estas triviales consideraciones que se hacía mientras escogía el menú y desviaba sus ojos de la pegajosa mirada del joven, quien intentaba llamar su atención dándole unos toquecitos con el pie, fueron interrumpidas porque, al pasear la vista por las mesas, había descubierto a un hombre de aspecto anodino, sentado con una joven más bien fea y narizona y una mujer de mediana edad, regordeta y muy alhajada. He aquí que el hombre era nada menos que Otto Bauer, a quien le habían presentado en París, hacía poco tiempo, los amigos de sus padres.

Malena dudaba entre levantarse de la mesa y dirigirse impetuosamente hacia los Bauer o enviarles una nota con un camarero, o hacer algunos gestos de saludo de mesa a mesa,

porque no estaba muy segura de cuáles serían las normas de cortesía apropiadas para aquel ambiente, que le parecía tan estirado, y hubiera querido tener al lado a su abuela para preguntárselo; pero no fue necesario porque Bauer descubrió a Malena y se acercó a saludarla con mucha cordialidad, provocando un silencioso ataque de celos en el joven lánguido. Al terminar la cena, Bauer insistió en invitarla a la mesa y le presentó a su madre y a su hermana Ida, y ésta la convidó a tomar el té, al día siguiente. Así fue como entró en la casa de los Bauer, en la familiaridad de unos judíos provenientes de la Bohemia, que hablaban el checo en la intimidad, y vivían dentro de la prosperidad alcanzada por Philip Bauer, un exitoso industrial textil, de ideas liberales y francmasónicas que tanto hubieran desazonado a su abuela.

Malena se tomó una taza de té, reconociendo en ese gesto impensado un momento nunca antes previsto por nadie, porque todo el viaje, el café Landtmann, la visita a los Bauer, la sonrisa que amablemente le dirigía Frau Kathe, todo ello estaba fuera del recorrido de los pasos y gestos que le habían designado, allá en Caracas, una familia notable. Mientras tanto Ida, encantada con Malena, cuya conversación la sacaba por un rato de su *tedium vitae*, había tratado infructuosamente de ubicar a Venezuela en el mundo y había desistido, conformándose con saber que no estaba ni en Asia ni en África. En cambio, Otto era un hombre de ideas socialistas y con ambiciones políticas, conocía de ideologías, había leído acerca de la independencia americana, y le preguntó a Malena su opinión de la influencia del enciclopedismo en los países de su continente, influencia acerca de la cual Malena no sabía nada, pero supuso que debía ser una buena influencia, como todo lo que viene de Europa, y repitió que sí, que había sido muy importante. Entonces se acordó de algo que le había escuchado a su padre y le contó

que el General Francisco de Miranda tenía su nombre inscrito en el Arco de Triunfo, y eso impactó muchísimo a Otto, que lo ignoraba, y pensó que Malena era una mujer de letras. Otto conocía muy bien dónde quedaba Venezuela porque tenía relaciones comerciales con una casa importadora de textiles muy famosa en Caracas, cuyo nombre Malena también conocía, y ahí fue cuando ella se dio cuenta de por qué dicen que el mundo es un pañuelo.

Así transcurrió la tarde en la que tomó el té con los Bauer, en la que tuvo esperanzas de ser atendida por el profesor, porque Ida le prometió hablarle de ella, y lo que es más, hablar con su padre, gran amigo del profesor, para que la recibiera sin más dilaciones. Pero, entretanto, irían a la ópera juntos, Malena, Ida y Otto. Malena, excitadísima, pensó que si se estaba divirtiendo tanto no veía la necesidad de tratarse los nervios, puesto que ya los tenía mucho mejor, pero no le quedó otro remedio porque la influencia de los Bauer fue decisiva y a los pocos días recibió una carta que decía:

Apreciada Frau Malena:

He sabido por mi amigo Philip Bauer que usted persiste en su deseo de someterse a mi tratamiento. A pesar de mi poco tiempo disponible, le daré una cita a fines de este mes. Le ruego sepa esperar a mis compromisos y no desmaye en sus intenciones.

Respetuosamente

Prof. Sig. Freud.

A la cual ella le contestó en los siguientes términos:

Mi muy estimado profesor:

Ayer recibí su carta que me llenó de confianza. Debe usted saber que vengo desde muy lejos; como bien supuso, no soy francesa, tampoco europea. Provengo de la América del Sur, de un país llamado Venezuela, en cuya capital, Caracas, cuna de nuestro Libertador Simón Bolívar (del cual, además, soy pariente en línea colateral), nací hace treinta y dos años. Aquejada por muchísimos sufrimientos espirituales, decidí emprender un largo viaje hasta París, en la idea de tratarme con el profesor Charcot, por recomendación de mi médico de familia, el doctor Juvencio Torres, quien me había tratado la neurastenia sin resultados, y entendiendo que su ciencia no era suficiente para la curación de mi enfermedad, me sugirió la idea de buscar un tratamiento más moderno con el doctor Charcot. En París unos amigos de mi padre me presentaron a Otto Bauer, como le dije anteriormente, y fue él quien me hizo desistir del tratamiento con el Profesor Charcot, poniéndome en conocimiento de que todo lo que sabe Charcot lo sabe también usted, y mucho más, por sus novedosísimas investigaciones sobre los padecimientos nerviosos. Ésa es la razón de mi presencia en Viena, donde esperaré lo que fuese necesario hasta lograr la curación y la liberación de mis sufrimientos, que me acosan desde mi viudez, y muchas otras cosas que me suceden pero no puedo revelárselas a usted por carta.

Atentamente de usted, su futura paciente,

Malena de Santa María

No sabía Malena que había utilizado la palabra clave para despertar el interés del profesor. La había escrito con inocencia pero había sabido escoger, de todos los términos, el más importante: su condición de viuda. La tremenda resonancia de Irma, la célebre viuda de su sueño revelador en el Palacete de Schloss-Bellevue, en donde tuvo la visión de cómo llegaría a conocer el significado de los sueños, el conocimiento ocultista que se remontaba más allá de los emperadores asirios y los magos caldeos, se hizo presente. Sin saberlo, Malena había sido admitida a la clientela de Freud, por el hecho, para ella desgraciadísimo pero, para Freud, muy seductor, de ser el amor de un hombre muerto; y el profesor le hizo saber a través de Otto que la esperaba en su consultorio la semana próxima.

– Esta idea del psicoanálisis, ¿fue tuya también? –preguntó el Quinto Señor mirando duramente al Segundo Señor.

– Fue mía –confesó el Primer Señor.

– ¿La consultaste en Consejo Directivo? –le interpeló el Cuarto Señor mirándolo con más dureza todavía.

– No hubo tiempo. Ese fin de siglo tuvimos mucho trabajo –explicó el Primer Señor, lleno de remordimiento.

– Pues son las cosas que hay que consultar –afirmó triunfante el Cuarto Señor.

– Me pareció una hipótesis plausible... y como el Dr. Freud era muy famoso, pues se me ocurrió que probara a ver cómo le iba. Estaba tan triste con lo de la muerte del marido...

– Señala la estadística que las psicoanalizadas protestan más que las otras –informó el Quinto Señor.

– Protestar, protestan todas. Pero tiene que respetarse la decisión del Consejo Directivo y eso no fue consultado –insistió en su triunfo el Cuarto Señor.

– Tomando en cuenta que la decisión inconsulta fue hace más de noventa años, propongo que se le perdone la falta al compañero y sigamos adelante –terció el Tercer Señor.

Mientras se sentaba en la sala de espera reconstruía sus pasos. Había remontado despacio la empinada Berggasse hasta reconocer la placa que anunciaba el consultorio en la puerta de la entrada del edificio, lentamente también había subido las escaleras, deteniéndose frente a una ventana que iluminaba el descanso entre un piso y otro, y traslucía un parque al otro lado de los vidrios, dibujados con orlas y espigas asemejando un encaje, como si fuera un teatro que invitara a un mundo desconocido y suavemente melancólico. Eran las tres de la tarde pero la luz del invierno provocaba una impresión de penumbra, solamente iluminada por los reflejos que devolvía la claridad del jardín interior. Malena se sentó en el quicio de la ventana, tan ancho como un banco, pero probablemente no pensado para sentarse sino para alejar la ventana de la escalera y evitar así las corrientes de aire. Se dejó llevar por la atmósfera del jardín, del aire suspendido que la hacía sentir un personaje de otra escena, y perder, por instantes, la continuación de sí misma en las paredes grises y los marcos herrumbrosos de las ventanas, a través de los cuales no era posible ver ni saber nada de sus habitantes. Una sirvienta, vestida de negro con una cofia y delantal blanco, la interrumpió diciéndole que el profesor la atendería en unos minutos. Se entreabrió una puerta y le pareció escuchar la voz chillona de Ida. Pasados unos segundos, Ida salió enfurecida, batiendo la puerta, y bajó las escaleras sin siquiera haberla reconocido. Fraulein Bauer abandonaba el psicoanálisis después de gritarle al profesor que no esperaría por más tiempo la curación. Malena la miró asombrada. Qué malcriadas son las vienesas, se lo diré a mi abuela para que no diga que yo soy tan maleducada, pensó.

El doctor Freud la invitaba a pasar.

Se discutió en primer lugar el problema idiomático. Malena se había dirigido a él en francés, pero Freud insistió en que dominaba el castellano ya que había leído *El Quijote* en su versión original. El lenguaje de Malena se distanciaba bastante del idioma cervantino y pronto los criollismos comenzaron a crisparlo. Tenía constantemente que interrumpirla para entender algunas frases y expresiones, y eso hacía del diálogo un constante detenerse, como quien lee una novela nativista consultando el glosario de americanismos. Malena se acostó en el diván, y a la indicación de que dijera cuanto le venía a la mente, se acogió con entusiasmo porque era su manera preferida de hablar; estilo, por cierto, muy criticado por su abuela quien siempre le recordaba, “Malena, lo indiscreto no es la pregunta sino la respuesta, piensa antes de hablar lo que vas a decir”, pero éstas eran órdenes que ahora le invitaban a contradecir, y no bien el profesor hubo desaparecido de su visión, sentado detrás del diván, Malena se sintió como si estuviera sola y se lanzó al monólogo.

Primera sesión de Frau Malena, anotó Freud cuidadosamente en su cuaderno.

– En la inauguración del siglo XX, el siglo del futuro, según algunos vaticinan el siglo de los inventos, cuando el hombre verá a Julio Verne y a Leonardo convertidos en realidades cotidianas, yo siento vibrar en mí toda la pasión del alma americana y tengo la emoción profunda de encontrarme en el continente de las luces, de ser la primera, porque sin duda soy la primera mujer que inicia el psicoanálisis para América, y será así penetrada por el conocimiento de la mente más fabuloso del siglo. Quisiera corresponderle a su invitación, doctor Freud, queridísimo profesor, inaugurando

también mi espíritu y explicándole todos los sufrimientos de mi intimidad por tanto tiempo sellada y ...

(Interrupción del profesor Freud: Me parece que su tono es grandiloquente): – Quisiera que me relatara sus síntomas, Frau Malena.

Malena, algo molesta porque había preparado esta introducción la noche anterior, comprende que el tiempo es limitado, y sobre todo que debe abandonar la frase, “los sufrimientos de mi alma y los tormentos de mi espíritu”, utilizada hasta ahora para entenderse con el doctor Juvencio, para entrar en algo más concreto, y esto le resulta muy difícil, incluso desagradable, comenzar a ponerle palabras a lo que hasta ahora sólo ha sido la pasión de sufrir, llenura de tantos vacíos. Pero no quiere adelantarse y continúa su discurso.

– Pues bien, a eso iba. Quiero expresarle todos los sufrimientos que durante muchos años he debido guardar para mí, ya que ni mi familia ni mis amigos podrían comprenderme. Todos relacionan mi dolor con la muerte del que fue mi esposo, ocurrida en 1898, al mismo tiempo que tenía lugar la independencia de su país, la isla de Cuba, en una epidemia de disentería que trajo la guerra.

(Curioso, piensa Freud, tuve un paciente que sufrió un ataque de disentería en Egipto, y lo diagnosticué como histeria, pero sin duda éste no es el mismo caso.)

– Mi familia –seguía Malena– está compuesta por mi abuela María de la Trinidad, ya muy anciana, tenga en cuenta que nació durante nuestra guerra de independencia; mi madre, María Luisa, mis tres hermanas, y mis hermanos morochos; mi padre falleció hace varios años y se llamaba Mariano. Mamá es una persona a la vez muy distante y cercana, pues vive en la casa pero alejada de todos, no sale de su habitación ni para

comer, lleva el pelo largo porque se niega a que se lo corten y le llega casi hasta el suelo. Se niega también a usar la bacinilla, y sólo permite que la toque una vieja sirvienta de la casa que fue manumisa de mi abuelo.

El doctor Freud la interrogó acerca de la bacinilla y la manumisión, y se espantó al conocer la verdad.

– Así, Frau Malena, ¿quiere usted decir que su familia tenía esclavos?, ¿esclavos negros, abatidos por el látigo?

– Bueno, tanto como abatidos, no, porque el precio de un esclavo era muy alto, pero sí eran esclavos, todo el mundo los tenía –contestó Malena irritada.

– ¿Proviene usted, entonces, de una familia esclavista? –se horrorizó Freud.

– Caramba, no lo había pensado en términos tan duros, efectivamente, mi abuelo tenía esclavos, y mi esposo también, y dígame una cosa, profesor, ¿quién, si no, iba a recoger el café que cultivábamos y vendíamos a Europa?, hasta es posible que usted mismo haya tomado una taza de café explotado en las haciendas de mi padre.

Esta parte de crítica social había molestado mucho a Malena, que no había pensado nunca que Freud le haría esas preguntas y le rogó:

– Por favor, déjeme continuar. La criada que le dije era manumisa, ya le explique qué quiere decir, y se quedó en la casa porque le dio su gana –subrayó “gana”– y adoraba a mamá, y mamá a ella, y si se quedó fue porque también nos quería mucho a todos.

(Clara herencia neuropática, pensó Freud, y cierto delirio de magnificencia, también.)

– La desgracia de mamá impedía que lleváramos una vida normal, porque usted comprenderá que en el estado lamentable en que se encontraba, era necesario estar muy pendientes de que no se le escapara a la criada y pudiera dar un espectáculo cuando

había gente extraña, así que fue mi abuela la que a partir de entonces llevó el peso del hogar. Usted, como neurólogo brillante que es, sabrá muy bien que esas melancolías suelen ser frecuentes en las mujeres que sufren de mal parto, y ése fue el caso de mi madre, que después de la muerte de mi padre tuvo gemelos y estuvo durante un mes delirando entre la vida y la muerte, quedando de ese parto tardío en una condición trágica de la que no ha podido recuperarse. Sin embargo, no sé si siento dolor por ella, sé que está confinada a la locura y que su mundo no es el nuestro, pero me pregunto si realmente sufre, su aspecto es muy extraño porque pareciera que el hecho de no compartir las preocupaciones y cuidados de la vida cotidiana la mantuviera ajena al tiempo y sólo su pelo ha encanecido, mientras su rostro permanece en la juventud, un rostro que me asusta ver, porque me recuerda enormemente al mío, y a veces he tenido la ensoñación de ser ella misma encerrada, o apenas un espejo de su vida, y la duda, al verla, de si ella me recuerda mi encierro adolescente, que más adelante le relataré, o ella me imita a mí, o es una solidaridad a lo largo de las generaciones o un destino llevado hasta sus últimas consecuencias, porque la vida de una mujer allá es muy triste, salvo que encuentre un gran amor, y eso no es tan fácil, mi querido profesor, como debe usted saber.

Mi madre enviudó al cumplir los cuarenta años y entonces comenzaron sus sufrimientos, pero a veces me pregunto si ésa fue la causa de su encerramiento, y pienso si mamá no quería darnos una lección, un ejemplo, de cómo una mujer debe renunciar a todo, de cómo una mujer cuyo marido ha muerto, debe dejar toda esperanza, de cómo una mujer, en fin, puede demostrar la posibilidad de la muerte en vida. Su existencia oscila entre ambos polos porque tanto da pensarla viva que muerta. En algunos

momentos recorro a su imagen del pasado para imaginármela en un presente lleno de vida y de belleza, en otros, la veo ahora para saber cómo estará cuando muerta. Le voy a leer lo que escribí en mi diario:

“Tu muerte que no ha sucedido. Pero sí, yo sé que estás bien muerta, perdida en un hueco infinito que te abisma en un dominio desconocido. ¿No será la muerte habitar desconocidos espacios? Yo te tengo muerta hace mucho tiempo, mido muy claramente el peso de piedra que siento adentro de mí, sé que eres tú. Puedes estar también en una noche sin estrellas, hay un lago y una barcaza mal amarrada a un pequeño muelle. Rara vez algún animal se acerca a beber, sé que hace calor, que el agua es negra y profunda, es una ciénaga, los árboles cerca del agua amenazan al mecerse sus hojas, debajo hay un movimiento de líquenes, de cuerpos entre animal y planta. Puede, de pronto, salir la luna y eso es mala señal, pueden despertarse murciélagos atrapados en las ramas, sé todo esto, pero no puedo saber en dónde. Creo que es en mi cabeza, pero otras veces pienso que el lago está cercado entre mis vísceras, y otras lo siento tan pesado que lo sospecho en algún recodo del útero. No podría precisar, lo que sí sé es lo que dije antes, me dicen que no estás muerta, me muestran tu vida como prueba irrefutable, pero yo te siento tan perdida, tan lejana mi voz si te hablara, tan lejanos los ojos que no pueden reflejar mi mirada, que es imposible pensar que estás ahí. Y el lago tan cerca, oliendo la putrefacción que exhala, rezumando, presintiendo la fiera si se acercara a beber, oyendo la madera de la barcaza crujir sobre una alfombra de flores maltrechas, sintiendo el terror de las noches sin fin, de los paisajes sin mapa, y a la vez, el peso claro y definido dentro de mi cuerpo. Cómo dudar de tu muerte, cómo renunciar a proclamarla y a llorarla. Y si

tú supieras que ahora me siento culpable de haber contado lo del lago, era tu tumba secreta.”

(Muy patógena la relación de esta joven con su madre, pensó el doctor Freud, pero interesante, tomaré notas para un futuro trabajo que quizá llame *Aflición y Melancolía*.)

– Mi madre –continuó Malena– hubiera sido una mujer muy rica al heredar las tierras de mi abuelo pero, por causa de las guerras, esos campos se fueron perdiendo, y cuando mi abuela enviudó, ella y mis tías debieron acogerse a la generosidad de algunos parientes para subsistir y al trabajo vergonzante, al trabajo vil de usar sus manos en la fabricación de jaleítas de cambúr, huecas de papelón, dulce de leche, alfondoques, conservas de coco y guayaba, quesillos de guanábana, tortas de piña, majarete, jalea de mango, tortas de auyama y de batata, para venderlas a unas monjas, las hermanas Reverendísimas del Santo Pastor y Enamoradas Sempiternas de la Divina Gracia de María, dedicadas al pudoroso oficio de recoger niños de madres mantuanas que, por su condición, no podían tenerlos. Y nacían muchísimos, doctor, nacían por carajazos, y a las madres las vestían con inmensas faldas de crinolina y siete armadores para disimular la preñez. Entonces, las monjas recogían a las criaturas y les enseñaban a leer y escribir, si eran varones, y a planchar y bordar, si eran hembras, y para mantener esta santa obra, necesarísima para el orden y bienestar de la sociedad, recurrían a verbenas y *kermesses*, organizadas por las señoras de la godarria, a las que también mi abuela y mi mamá asistían, pero sin que nadie supiera que eran ellas las que preparaban las meriendas, y las monjas se cuidaban mucho de decirlo. Así que, gracias a esos deseos sexuales prohibidos

pero fructíferos, mi abuela, mi madre y mis tías pudieron sobrevivir a la miseria y pobreza causadas por las guerras de la Federación.

El profesor se interesó mucho por el deseo sexual de las mantuanas y preguntó qué quería decir “carajazo”, “mantuanas” y “godarria”.

– Mantuano viene de manto. El privilegio de usar manto en la catedral que sólo tenían las mujeres principales.

– ¿Quiere decir, Frau Malena, que el resto de las mujeres no podían taparse?

– Taparse sí, pero no en la catedral. También los hombres principales tenían el derecho exclusivo de usar paraguas y bastón.

– ¿Es que llueve poco?

– No crea, llueve bastante, pero los que no fueran principales no podían ni acogerse a la protección del paraguas si llovía, ni al bastón, si eran cojos.

(Bárbaras costumbres españolas, se dijo Freud) –¿Y qué me dice de la godarria?

– Godarria viene de godo, y godo no sé de dónde. Supongo que tiene que ver con los españoles. Se usaba para decir conservadores.

(Extraña sinonimia, pensó Freud)

– Y bien, usted dice que los niños nacían por carajazos. No he logrado entenderlo, no recuerdo si en *El Quijote* se usa esa palabra.

– Carajo, profesor, se lo puedo explicar con más detalle. Digamos que un carajote es un hombre de gran tamaño, pero un carajito es un niño; un gran carajo, puede ser alguien de malas intenciones, y una carajada, una mala acción; irse al carajo es abandonar algo, pero, un carajo, es que no hay nada; carajear es un insulto, y una carajita una linda

joven. Por carajazos es con abundancia; del carajo, cuando algo le gusta, y a carajazos, a golpes. Y finalmente, carajo puede usted decir si le pisan un dedo o si se gana la lotería.

(De gran desplazamiento semántico el vocablo, lástima que no lo incluí en mi libro de chistes, consideró el profesor) – Bien, y cuando usted dice que los niños nacían por carajazos, ¿sabe usted la cifra exacta de los nacimientos ilegítimos de las mantuanas?

– La cifra exacta no la puedo saber. No somos, profesor, gente de exactitudes, pero sí le digo que por lo que le oí decir a mi abuela, fueron bastantes.

(Interesante, pensó Freud, cuánto fluye la libido en ese exótico país).

Malena le pidió permiso para seguir hablando de ella, y Freud le pidió excusas por aquella digresión, alegando que le era necesario conocer la idiosincrasia del trópico para poder mejor comprenderla a ella.

– Cuando mi madre cumplió quince años, mi abuela le dijo, María Luisa, puedes sentarte en la ventana. Y así lo hizo, como quizá yo, por atavismo, repetí hoy antes de entrar en su consultorio, y desde la reja, sentada en el poyo, comenzó a buscar su destino.

Nuevamente el doctor Freud pidió una aclaración. –¿Su madre esperaba el destino en la ventana? ¿Qué podía bajar del cielo?

– Un hombre, profesor, un hombre. Se trata de una vieja costumbre andaluza, ve, las mujeres bajo el calor de la tarde, después de la siesta, cuchichean y ríen en la ventana, esperando que un hombre las visite y vea en sus ojos la esperanza. Se sientan de una o de a dos, dependiendo de la anchura de la ventana, y se muestran así durante horas y durante tardes hasta la caída del sol, y viera usted cuán rápida es su desaparición en el trópico, cómo cae toda la esperanza con la tristeza de una ventana no requerida, la

melancolía de unos postigos que se cierran hasta otro día, o no, si entra la alegría para siempre con el atardecer, mientras se riegan unas flores cantando.

(La herencia árabe, dijo para sí el profesor.)

– ¿Quiere decir que un padre de familia entregaría así a su hija, al primero que se acerque a mirarla en la ventana?

– No, no. ¡Cómo se le ocurre!, el ventaneo es la primera parte. Luego viene la visita.

– ¿Para conocer al pretendiente? Los judíos acostumbramos a consultar con un asesor para estos casos.

– Bueno, es que nosotros, como éramos tan poquitos, pues bastaba con saber el nombre. La mayor parte de las veces eran primos –explicó Malena un poco avergonzada.

(¡Lo sabía!, pensó Freud, el incesto es universal).

– Yo nunca llegué a sentarme en la ventana –continuó Malena–, porque me enamoré a los trece años de un hombre que me doblaba la edad, y el amor me llegó tan pronto que no tuve ni siquiera el tiempo de esperarlo.

Hace unos días, cuando fui a la ópera con Ida y Otto, recordé punto por punto cómo lo conocí, y al evocar aquel momento sentí como si todo el StadtOper se diera la vuelta y yo cayese en un remolino en medio del cual giraban todas las butacas, palcos y espectadores, así como músicos, instrumentos y artistas, enredados con las bambalinas, telones y decorados, las nubes de cielo pastel y los arcos de cartón dorados, todo se desplomaba mientras el piano alzaba un estruendo final, y me sostuve del brazo de Otto para no rodar yo también.

– Frau Malena, deténgase en esa descripción, debe haber una escena anterior que le sugirió ésta, un momento predecesor que se asemeje, trate de recordar.

– Por supuesto que la hay, fue la noche en que conocí al conde de Santa María de Regla, con quien me casé diez años después. Estrenaron en Caracas el teatro Guzmán Blanco, y en su inauguración representaron *El Trovador*. Mi padre era muy amigo del presidente y recibió una invitación para asistir a su palco. Cuando se acercaba la hora de salir y ya estaban enganchando los caballos, mamá comenzó a quejarse de migraña para excusarse porque no le gustaba la ópera, y papá dijo entonces, “que venga Malena, que ya tiene trece años”. Así fue como me presenté en el teatro, con papá de frac, y vestida de largo con ropas de mamá, rellenándome un poquito el escote con algodón, y cuando entré al palco presidencial, el Ilustre Americano me besó la mano y separó una silla para mí, diciéndole a papá, “Mariano, quién tuviera veinte años y no llevara la pesada carga del poder para conquistar a esta niña tan bella”.

Cuando apagaron todas las luces y comenzó la música, yo no disfruté tanto porque mi deseo era mirar y ser mirada por aquel mundo que me pareció fastuoso. Al terminarse el primer acto sucedió lo que le dije. Se acercó al presidente uno de sus edecanes. Edecán, doctor, se lo digo antes de que me lo pregunte, es una palabra inventada para decir más rápidamente *aid-de-camp*. El edecán, pues, le comunicó que el conde de Regla estaba en uno de los palcos y le enviaba saludos. Entonces Guzmán lo invitó a pasar y ordenó abrir una champaña, porque era su amigo y se conocían de París, y cuando de nuevo subió el telón, me pareció que hubieran apagado la inmensa lámpara de ciento sesenta luces, el palco se bamboleaba como si se tratara de un barco, y yo iniciaba un viaje para siempre.

– Frau Malena, necesito saber qué significa “regla” en castellano.

– Regla –contestó obediente la paciente– es un pueblecito de la isla de Cuba, porque mi marido era cubano, y el rey de España le había otorgado el título de conde, en virtud de su labor colonizadora en los productivos centrales que había establecido en el oriente de la isla, pero no creo que eso tenga importancia.

– Pero debe tener otro significado –insistió Freud.

Malena pensó un rato y dudosamente le contestó que también así se designa a la menstruación.

– ¡Por supuesto!, ésa era la conexión que me faltaba. Ya sé, Frau Malena, por qué usted creyó desmayar en el palco, ya sé por qué de nuevo sufrió un ataque de angustia en la ópera de Viena. Usted quedó súbitamente enamorada del caballero y seguramente tuvo la fantasía de sostener relaciones sexuales con él, pero de inmediato temió que tal situación pudiera cortarle sus “reglas”, y esa excitación se transformó en angustia, de la misma manera que le sucedió en el StadOper, cuando del brazo de Otto se acordó de mí, el caballero a quien pronto sería presentada.

Malena se quedó tan impactada que no pudo contestarle a Freud. Le parecía absolutamente fuera de tono que aquel señor insinuara que ella, al conocer al conde, había querido tener relaciones sexuales con él, y encima confabulara una rocambolesca conexión con su persona.

– Frau Malena, mi interpretación le ha irritado mucho y me parece muy comprensible que usted se censure un pensamiento tan contrario a las buenas costumbres de una joven, casi púber, educada en una familia distinguida, y naturalmente, en el temor del deseo sexual y su consecuencia, el embarazo, que usted misma me explicó ocurría

desafortunadamente entre las jóvenes de su sociedad, pero ésta es precisamente la teoría que actualmente he construido, según la cual explico cómo la libido reprimida se convierte en angustia, de la cual sufre usted cómo tantas otras pacientes mías, y espero que si sabe afrontar las dificultades de este tratamiento, podré pronto liberarla de ella.

No hubo manera de convencer a Malena, que era muy malcriada y acostumbrada a dar órdenes, detalle que se le había escapado a Freud, y aquella tarde al profesor le dieron su segundo portazo.

En su segunda sesión, Malena le dijo al profesor que hablaría solamente ella. Quería leerle un fragmento de su diario, escrito para el conde, cuando estaba acostada en su cama, o en su diván, y que había logrado esconder de la curiosidad de su madre y del doctor Juvencio Torres.

“Te quiero comenzar a amar desde el olvido, porque el amor no puede escribirse sin el vacío que deja cuando pasa, como dice o dirá un poeta, *es tan corto el amor y es tan largo el olvido*. Quiero, pues, amarte desde entonces, cuando se me haya olvidado el sentimiento; quiero imaginar que ya te has ido, y que no vuelves. Quiero irte desolvidando, pero me rebelo porque aún te amo mucho. Quiero amarte después de tu ausencia pero aún me siento sobrecogida e inundada por tu presencia. Desalmada sin ti, la vida se divide entre el tiempo perdido de todo lo que sucede en tu inexistencia y el breve instante exaltado en el que presiento tu cercanía. Aún te amo en el goce de no tenerte, que a nadie quisiera

ceder, pero que es también un lastre del que desearía desembarazarme para volver a medir la tarde sin tener como único compás el sonido de tu voz o el olor de tu piel. Aún te amo desde el desconcierto de tus gestos, desde el no saber si cuando colocas tus manos sobre la ventana y se mueven acariciando el muro, es a mí a donde se dirigen, o si cuando levantas los ojos, es a mí a quien quisieras ver, o si, cuando dices esas frases cualesquiera que se dicen al pasar, es a mí a quien hablas. Aún te amo desde la incertidumbre, desde un desierto enamorado, desde una solitaria voz que resuena en el espacio opaco del amor incierto. Te amo desde la esperanza, absolutamente necesaria de quien ama, de pensar en tu amor como existente; aún mi amor es tan inmenso que sólo se concibe presente, ha olvidado todo pasado, todo vestigio de sentimientos anteriores y no tiene noción de futuro. Aún me hallo tan crecida de ti que no puedo recordarte, y mi amor se encuentra tan sumergido en tu presencia que, buscando su principio y su fin, no logra encontrarse.

Pero también te amo desde la alegría, desde el júbilo en que tú también me amas y no nos preguntamos qué sentimiento encontraremos para sustituir nuestro amor cuando nos falte. Te amo ahora, cuando no queremos medir nuestro amor por el espacio que quedará en su ausencia, sino desde este juego que es posible provocar con nuestro cuerpo. Te amo, pues, desde el gozo de imaginarte asomado en el balcón cuando contemplas el mar y el mar te mira, cuando atraviesas apenas un brevísimo momento que se desliza. Cómo poder explicarte que es de ese instante del que sufro, de esa ranura de la que surge mi deseo, de esa hendidura que tú abres entre el cielo y el mar, esa apenas ventana o abertura o transparencia, y que yo lo que amo es una casi hoja detenida en el aire desprendiéndose. Cómo decirte que si tu cuerpo se atrapara en mis manos, sería un

bulto velado, y yo seguiría aún más allá, buscando el contraluz de una expresión inapresable, cómo suplicarte que no desenlaces tus gestos y anules así la imagen que no eres pero que, al fin y al cabo, para mí te constituye. Y en contradicción con mi deseo aguijoneado, quisiera que nunca cometieras el error de la entrega total, porque quiero siempre perseguir, en mi malenía distante, la malenanza perdida, para decirte que deseo mi deseo, y es lo único que deseo más que a ti. Es una infatigabilidad de seguirte que no quiere realmente encontrarte, que no acepta estar cerca de saciarse y que, aun cuando ambiciona tocarte en el centro profundo del amor y dejar así una huella inalterable, estima más no concluirse en un gesto, sino situarse allí donde puedas también sentir la satisfacción de estar insatisfecho. Y si alguna vez te asomaras al malecón de tu ciudad y miraras el mar con el secreto propósito de no volver a quererme, yo moriré de un profundo desmalenamiento, y quedaré para siempre desmalentada.

Pero, aun así, cómo no amarte desde una tarde empedrada de lluvia, viendo el agua entrar para siempre en el mar, hundiéndose en la desmalenanza de sabernos perdidos y que ninguna palabra ni señal podría devolvernos de ese convencimiento, mojado y atroz, de que andamos por el mundo sin vernos. El sufrimiento será esa caída imprevista, cuando piense que una ráfaga ha cruzado tus ojos y que has dejado de mirarme para siempre, sin conocer por qué ha ocurrido ni tampoco cómo he llegado a comprenderlo. Es por la lluvia, es por qué, pero puedo asegurar que te has desvanecido, y sin embargo, en ese sufrimiento te encuentro, y por eso creo que necesitas hacerme sufrir, para que te continúe amando porque es en el dolor cuando más cerca estoy, cuando más podría decir que he llegado al enmalenamiento absoluto, cuando de todos los escombros, sólo tú te alzas recordándome la vida, erigiéndote en el símbolo de la ilusión que me lleva a

insistir, cuando sólo pensar que aun en la ausencia podrías amarme, es suficiente justificación del hastío y del vacío. Por eso hoy te amo desde la desesperanza de tenerte mutilado de mi cuerpo, hoy te amo a pesar de que se ha extendido toda la vida entre nosotros, y en el medio están todas las ciudades del mundo, todos los paisajes, todas las verdades, todos los sentimientos, todo el discurso de la razón, y hemos perdido todas las guerras. Hoy nos amamos irrecuperables, insostenibles, indefendibles. Hoy nos amamos sin voz porque no podemos oírnos, y yo tengo para ti una tristeza despalabrada que no me permite embellecer los contornos hirientes de la vida. Hoy ni siquiera podría consolarte de mí, porque no me encuentro a mí misma, no tengo gestos propios, y se me han perdido todas las palabras. Entre tú y yo todos los otros no son sino tu ausencia, pues no hay más terrible soledad, para quien ama, que la presencia de los que ocupan el lugar vacío de lo amado. Quiero amarte también desde la tristeza de mi razón, cuando me aconseja olvidarte y ejercer el olvido como única arma afligida que puede sostenerme del desconsuelo de tu ausencia, pero prefiero quevedianamente resignarme a ser aflicción, pero aflicción enamorada de tu falta. Antepongo este sufrimiento al homicidio del amor, porque desarraigarlo de mí sería, cuando menos, la muerte aturdida de un sentimiento que es ya la arboladura de mi cuerpo; de la pasión respeto su ritmo declinante, atardeciendo con ella, dejando que caigan sus últimos rayos, como lo hace el sol para entrar en el mar, y no me importa acabarme muchas veces antes de estar otras tantas por debajo de la altura de mis propias afecciones. Y si es un gran acto, estoy dispuesta a asistir a su última escena y ser la actriz fidelísima de todas sus partes y gran final, esperando el momento en que se presenta su agonía, para recorrer los pasos de su entierro, pero no quiero arrepentirme de haberlo abandonado antes de perder toda

esperanza, antes de llegar a la más absoluta certeza de que es el amor quien me ha abandonado, hasta obtener la más dolorosa y profunda convicción, la de saber que el amor ha ejercido su irrevocable renuncia y no quiere ya habitarnos. Y sólo entonces, con la violenta dulzura terrible de su despojo, me negaré a ti. Entiendo que toda pasión debe terminar, como los hombres, las plantas, y alguna vez, el mundo, y no pretendo desafiar las leyes que nos rigen, pero tampoco escatimaré un matiz de su luz, ni una artesa de su fuego, ni un rasgo de su propia belleza. Quiero permitir que me transpire, y me ahogue, y me plazca, y me atormente, y me enfrente, y se me oponga, y me transcurra, y me traspase, y me goze, y me abuse, y me violente, porque con razón o sin ella, quiero cometer esta crueldad contra mí, sin proyecto y desenlace, aunque sea la última romántica que acepte este incómodo lugar. Espero así ser siempre el espacio que llena tu palabra, y no el vacío anegado de mi propio lenguaje, y si la lejanía me obliga a ser solitaria protagonista de mi amor, ése es, sin embargo, el oficio de quien ama, desear eternamente ser objeto amado del amado.

Pero antes de llegar a la decepción, está también el momento, a fuerza de esperado, presente, en que te encuentre y pueda amarte desde cualquier lugar. Puedo amarte si hace sol y todo es un estallido alrededor, puedo amarte si llueve y quiero pensar que es una lluvia que nos obliga a recoger el amor en la soledad de la habitación y correr a resguardarnos desde una plaza solitaria en la que las puertas se cierran y se levantan apresuradamente las mesas, mientras el aguacero se desploma sobre los muros de la calle; puedo amarte si atravieso todas las plazas del mundo, mientras un vuelo de palomas se alza en la cabeza de la estatua de alguna figura patria, si recorro todos los jardines y parques, mientras pasean por ellos desconocidos que serán para nosotros sólo

un escenario; y bajo los árboles más diversos puedo escoger todas las sombras para amarte, porque sólo serán decorados, y nosotros, únicos actores; desde todos los mares puedo amarte, porque su inmensidad será la misma, y desde sus nombres diferentes y sus tonos distintos, tendrán para nosotros la misma expresión de lo infinito. Puedo amarte desde todas las ciudades, pues en su soledad encontraremos siempre la misma coincidencia, y desde todas las esquinas, los palacios o catedrales, las calles estrechas o los barrios tristes; desde todos los ríos puedo amarte, porque atravesarlos no será más largo que el curso de mi amor, y su lejana desembocadura no alcanzará el agotamiento de mis cauces, desde todos los libros puedo amarte, porque en cualquiera de ellos aparecerán unas páginas que expliquen mi amor o lo asemejen, y en todas las escenas ya escritas podremos también, en alguna, hallarnos, y así saber de nosotros a través de espejos de palabras; y desde todas ellas puedo amarte, porque con cualquiera podría construir frases que decirte; y desde todos los silencios, porque en ellos estará el vacío expresivo que a veces encuentra el amor, cuando sobresale del lenguaje y no encuentra en él suficiente envoltura; desde todos los sentimientos puedo también amarte, porque en tu encuentro todos mis matices se resaltan, como si pulsaras un instrumento en mí que contuviera todos los sonidos, y ésa fuera la mayor alegría del amante, saberse ejecución propia del amado, resonancia secreta cerrada para otros; y en fin, desde toda la historia podríamos amarnos, porque en cada época una configuración distinta ha moldeado esta extrañeza, y sería así como vivir una perpetua educación sentimental; pero solamente desde nuestros cuerpos podríamos amarnos porque únicamente ellos dominan su atadura, solamente ellos son singulares y ocultan el enigma de su encuentro pues, carecientes de palabras, no es posible preguntárselo.

– ¡Qué mujer tan apasionada! –suspiró emocionado el Segundo Señor.

El Quinto Señor lo miró con aire reprobatorio.

–Francamente, me parece una exageración. No creo que nadie pueda amar así –dijo suspicaz el Cuarto Señor.

– Nosotros, como Señores del Destino, tenemos muchos privilegios pero no amamos como los humanos –afirmó el Tercer Señor.

– Yo me alegro. Se enredan muchos los destinos con esto del amor –dijo sabiamente el Primer Señor.

– ¿Quién es el responsable del enamoramiento de esta mujer? –quiso saber el Tercer Señor.

– Se llevaba mucho la pasión en esa época –ofreció a modo de disculpa el Segundo Señor.

– ¿Fuiste tú, entonces?

Un silencio siguió a la pregunta y el Tercer Señor continuó:

– A mí lo que me parece una carajada es haberla hecho enamorarse como una perra para luego mandarla a psicoanalizarse.

– El doctor Freud era una eminencia –se defendió el Segundo Señor.

– Eso no es lo que discuto, lo que digo es que para qué se convence a alguien de que la pasión es una razón de vivir si luego resulta que hay que convencerlo de lo contrario.

– A las mujeres les encanta la pasión, así que allá ellas –rió más sarcástico que nunca el Quinto Señor.

– Yo no hice más que ponerle al conde en el camino. Ella fue la que se inventó todo el rollo –se volvió a defender el Segundo Señor.

– ¿Y por qué le pusiste al conde en el camino, si se puede saber? –continuó en su interrogatorio el Tercer Señor.

– Oye, no sé. Pues por lo mismo que tú le pusiste a Alfredo Rivero, porque me pareció que llevaba una vida muy aburrida en su casa, todo el día encerrada, con un padre que no la dejaba hacer nada, y la madre que era una mujer pesadísima. No sé, chico, porque todas las mujeres querían estar enamoradas, y yo pensé, para que se casé con alguien que le escojan los padres y luego no le guste, más vale una pasión.

– Creo que cometiste un error –le contestó seco el Tercer Señor.

– Entonces, ¿se puede saber para qué somos Señores del Destino?

– Bueno, bueno –interrumpió el Cuarto Señor– esta discusión se está saliendo de la agenda. Me parece que debemos volver al archivo. Por favor...– e hizo un gesto para que la lectura continuara.

Después de varios meses de acudir al diván del doctor Freud, Malena le dijo:

– A lo largo de mi vida la obsesión de amar me ha acompañado y no estoy muy segura de quererme curar la malenitis, porque me parece que esa curación acabaría

conmigo. Renunciar a la pasión sería morir, sólo me quedaría por delante la vida de vivirse, la vida insulsa.

– Es usted un espíritu atormentado, Frau Malena.

– Eso mismo dice mi abuela, profesor.

– Coincido con ella. Su abuela es una mujer muy sabia.

– Pero usted no me puede decir lo mismo que ella. Piense que he viajado desde La Guaira hasta Viena en un barco horrible, y en un tren incomodísimo, y que yo espero de usted más sabiduría. Y más sabiduría que del pobre doctor Juvencio Torres, que me mandó hasta aquí.

– Es usted una joven completamente neurasténica. Las jóvenes a quienes yo he tratado, incluyendo a su amiga Ida Bauer, sufrían por no poder expresar sus deseos sexuales, pero algo me dice que usted ha disfrutado del sexo como sí...

– Como sí... ¿qué?

– Disculpe, Frau Malena, no quiero ofenderla. Como si fuera un hombre.

– ¡Ya yo sabía! ¿Usted no ve que es igualito a mi abuela? Lo primero que me dijo mi abuela, cuando le confesé que me había acostado con el conde: “Malena – me dijo–, nos has deshonrado, y además, eso no te queda bien. Eso de estar con alguien desconocido son cosas de hombres.”

– Yo creo que he hecho por usted lo más que podía, usted será siempre un espíritu atormentado; usted no sufre por la muerte de su marido, sufre porque antes de que eso ocurriera, ya había dejado de quererlo. Usted siempre estará insatisfecha –y se acordó, nostálgico, de sus viudas.

– La desaparición del amado, querido profesor, no es ni con mucho comparable con el diluvio final que es encontrar, dentro del vacío, el vacío. No sé bien por qué ocurre esto, profesor, pero ocurre. ¿Por qué los seres humanos somos tan egoístas que nos dolemos menos de la muerte ajena que de la de nuestros propios sentimientos? No sé bien por qué algo nos empuja al amor, cuando más bien el amor nos deshace, tremendo naufragio del que no aprendemos a alejarnos, y no sé qué se resiste, cuando queremos apartarnos. No sé a qué viene esa intención vacilante de recoger nuestros propios pedazos, nuestras partículas enamoradas que queremos unir en alguien, para no quedarnos con un deseo atravesándonos, un travieso atravesamiento de nosotros mismos. No sé por qué seguimos creyendo en esa frase necia que alguien dijo algún día, el amor nos une, cuando es todo lo contrario, está siempre interpuesto, siempre de través, en rasgadura, en quiebre, en la hendidura que nos permite separarnos para ser cada uno nuestra propia soledad enamorada.

Sé que nunca encontraré la paz, querido profesor, nunca, porque me da vueltas la ausencia, me invade la ausencia que es la vida sin pasión, esa exigencia de plenitud, ese vacío que es remontarse del diluvio cuando creemos haberlo perdido todo, para comprender que todo no lo hemos perdido porque nunca lo tuvimos, y que apenas un fragmento acaba de pasar. Todo el dolor que he llorado en su colorido diván, doctor Freud, donde creí haberle contado mi vida entera, todo no era sino un fragmento en el más propio sentido de la palabra, ruptura, hondonada en la que se ha instalado un momento del que nos trasladaremos sin solución de continuidad a otro, y así quedará acurrucado el anterior en su diván, doctor Freud, cuando le anuncie al señor de la levita gris que partiré hacia América, y me recorra la infinita soledad de que mañana será un día

cualquiera, mañana todo habrá terminado, mañana me podré ir, mañana será el primer día en que no pasará nada, mañana vendrá la nostalgia de todo aquel desgarramiento que me trajo desde tan lejos hasta tan lejos.

– (Por mí puede irse al carajo. ¿Al carajo o por el carajo?, nunca me acuerdo) –Frau Malena, si sigue melancólica, allá usted. A mí me gustan mis viudas insatisfechas, y su viudez no es lo que me pensaba.

Al día siguiente Malena entró por última vez al consultorio cantando esta canción:

Yo soy la viudita, la hija del rey, me quiero casar y no hallo con quién. A lo que debe contestarse: *Contigo sí, contigo no, contigo, mi vida, me casaré yo.* Pero el profesor no se la sabía.

Malena se despidió afectuosamente de él. Empezaba a sentir que necesitaba un aire más cálido, una visión más colorida que las calles vienesas, un sabor más suave y dulce, y de nuevo el mar, no un río marrón sino un mar de verdad, azul y blanco, y se veía desembarcando en La Guaira y subiendo el largo y curvado camino hacia el valle de Caracas, rodeada de sus hermanos y hermanas, primos y primas, tíos y tías, y de su abuela, que le preguntarían tantas cosas de Europa, de Viena y de París, de los sombreros que se usaban, de los abrigos y los zapatos, y los coches y los trenes, y los cafés y el lujo, y la elegancia y la cultura, y si había conocido condes rusos y húngaros, y si después de todo, el clima y el doctor Charcot le habían convenido y estaba más repuesta de sus males y neurastenias. Y en efecto.

Cuando Malena regresó a su casa, se sentó en el patio y escuchaba la lluvia del desencuentro. Volvía ahora a un pozo insípido de voces, comentarios, compromisos, y deseaba de nuevo ser parte de una lluvia que lavara los vestigios del amor sobre la tierra, que borrara los sentimentalismos que a veces desprenden los sentimientos. Quería saber si una palabra, un gesto podría de nuevo devolverla a los días heroicos de su encierro, a la espera infinita de las cartas, al vapor que había tomado para ir a La Habana, al día glorioso en que había descendido de él, y había entrado en una ciudad llena de luz, nacida del mar, y había recorrido sus calles empedradas, umbrosas de palmas, y desde el palacio del conde, asomada en un balcón, vestida de blanco y con una pamea, en las manos una sombrilla, había contemplado el Caribe.

– Fin del archivo –anunció el Segundo Señor.

Los Señores del Destino hicieron una pausa y removieron sus túnicas de colores fríos para estirarse un poco. Cerraron los ojos y escucharon con atención la música de las esferas celestes para relajarse. Después de un rato que, tratándose de ellos, podía ser de un segundo o de un siglo, alguien habló:

– Estábamos en que se había quedado con la sombrilla en la mano y contemplando el Caribe.

– Ya habíamos terminado con esa vida. Ahora lee lo que falta de la última, a ver por qué no le parece moderna –dijo el Tercer Señor.

– ¡Qué casualidad que también haya sido en el Caribe! –comentó el Cuarto Señor abriendo el archivo de Malena 1992.

– ¿Qué decía yo? Todo el mundo se mata por pasar unas vacaciones en el Caribe y ésta se queja –acotó el Quinto y último Señor.

– Me parece un chiste de mal gusto –le contestó el Segundo Señor.

XI VIAJE AL FONDO DEL PROCESO

El avión salía a las cuatro y media y se despertaron tardísimo. Malena empezó a meter frenéticamente la ropa en la maleta, pero como siempre le ocurría al regreso de un viaje, la maleta no cerraba. Estuvo forcejeando un buen rato hasta que logró que le cupiesen las compras y los regalos y, triunfante, a las dos y media le dijo a Martín que estaba lista. Tenían el tiempo justo para llegar al aeropuerto, Martín estaba nervioso porque éste era un vuelo regular y los vuelos regulares, a diferencia de los normales, eran puntuales. Cuando llegaron al mostrador de la línea aérea, les extrañó que estuviera vacío y Martín comenzó a recorrer los pasillos en busca de un empleado que le pudiera dar información. Después del recorrido número cuatro dio con un empleado que le comunicó que los vuelos tenían demora a causa de un paro escalonado de los controladores de tráfico. Martín preguntó que si ese paro estaba anunciado, porque en el periódico no decía nada al respecto, y el empleado le contestó con un leve alzamiento de los hombros.

Subieron a la terraza para comerse un sándwich y Malena dio un vistazo final por las tiendas, recordó que no le llevaba nada a su amigo y presidente de la compañía, por lo que añadió a su maletín una botella de Tankeray y unos chocolates Toblerone para su hijo, y ya metida en gastos, compró un queso de bola holandés para su mamá y más chocolates para sus sobrinos, y en eso se acordó de que se le había pasado su secretaria y

adquirió un juego de cuchillos alemanes que le parecieron a muy buen precio. Los nuevos objetos no cabían en el maletín, por lo que no tuvo más remedio que comprarse otro, y finalizadas sus compras, se dirigió a la cafetería donde Martín peleaba por su sobrevivencia en la cola y discutía con la cajera que no le había dado el ticket de las consumiciones.

Finalmente se sentaron con un té y un jugo de melón, aunque habían pedido un café y una limonada, y cada quince minutos Martín se dirigía al mostrador de la línea aérea para saber si había noticias de los controladores. Por fin las hubo y anunciaron que el vuelo salía a los ocho y media, con escala.

– Esto es el colmo. Yo llamo al presidente de la línea al llegar a Caracas. Me conoce muy bien porque bastantes pasajes le compro, y yo le voy a explicar lo que está pasando con esta línea de mierda.

– La huelga de controladores no tiene nada que ver con la línea –dijo Malena en un momento de serenidad.

– La huelga no, pero la escala sí, la falta de información también, y el que no haya donde poner las maletas mientras se espera, también.

Malena no quiso seguir con los derechos de la sociedad civil. Se sentía triste por el regreso y, en el fondo, la espera no le había importado. Estaba segura de que en su ausencia la muchacha no había limpiado. El apartamento estaría hecho un asco y tendría que escuchar a Carlos Rengifo reclamándole el deterioro de la vivienda familiar y su incompetencia como custodiante del niño. Tendría que escuchar a su mamá todas las calamidades que había sufrido con la amigdalitis de Carlitos, y cómo ya ella no estaba en edad de quedarse sola con un niño tan pequeño. Probablemente alguno de sus

hermanos le diría que ella era muy egoísta con su mamá y le exigía cosas para las que ya no estaba. Tendría que repasar un informe que había dejado a medio hacer y que la junta directiva estaba esperando para el lunes sin falta. Probablemente su amigo y presidente de la compañía le diría que había escogido un mal momento para vacaciones porque estaban en plena ampliación de un sistema corporativo y ella era el alma del proyecto.

– ¿En qué piensas?

– Pensaba en lo horrible que es regresar. Todos los compromisos están ahí, me parece como si fuera un lobo que me quiere comer. Una niñita que se escapó del colegio sin hacer la tarea.

Martín le dijo que a él le pasaba lo mismo y que era inevitable. En eso vieron que un grupo de personas se desplazaba tumultuosamente escaleras abajo y supusieron que estaban llamando a los pasajeros de su vuelo.

– No hay que temer que lo llamen a uno por el altavoz.

Pero Malena no le contestó, estaba peleando con su maletín porque el pase de abordar el avión no aparecía.

– Yo lo tengo, mi amor –dijo Martín.

Era la primera vez, fuera del juego entre las sábanas, que Martín le decía “mi amor”, y Malena sintió que la luz de alerta estaba intermitente.

A pesar de la escala, y de una discusión menor con el funcionario de la aduana porque se le había perdido el comprobante de la maleta, Malena llegó a su casa a las diez y media de la noche. Martín le dio un beso muy fuerte y siguió en el taxi hacia la suya. Una vez adentro, tiró las maletas en el medio de la sala y corrió al teléfono.

– Hola Male. ¿Cómo te fue? Cuéntame, ¿cómo se portó el italiano?

– Ya te contaré. Quería decirte que te traje la N° 2 y el frasquito de Arpels y, bueno, saber cómo habías estado.

– Bien chica, bien. Nada de particular, Male, ¿estás bien?

– Sí, estoy bien, bueno no sé, tengo ganas de conversar contigo, pero me parece que es un poco tarde. ¿Almorzamos mañana?

– Mañana impo. Es el cumpleaños de mi jefe, pero el martes sí. Almorzamos el martes. Male, ¿estás segura de que te sientes bien? Suenas destruida.

– A lo mejor estoy un poco triste. Una semana menos de vacaciones. Estuve pensando en que de todas maneras quisiera ir a las islas griegas. Yo voy a hablar eso en la compañía. A lo mejor consigo un crédito blando.

– ¿Tu Donald Trump no funciona?

– Sí, sí, funciona muy bien, pero una cosa no quita la otra. Bueno, Alicia, estoy cansada, mañana nos ponemos de acuerdo para almorzar.

Se despidió de Alicia con la seguridad de que la había llamado para apoyarse en un afecto solidario y permanente. Ahora tenía que llamar a su mamá.

– Mami, soy yo, ya llegué.

– ¡Ay mi amor, qué bueno que llegaste! Nos has hecho mucha falta.

– ¿Cómo está el nené? ¿Se le pasó la fiebre?

– Sí, ya se curó. Estaba pendiente de que llegabas hoy y quería esperarte despierto, pero como vi que se hacía tarde lo convencí para que se acostara.

– Es que tuvimos mucho retraso en el vuelo.

– Bueno, pero llegaste bien que es lo importante.

– Dale muchos besos y dile que voy tempranito en la mañana a recogerlo para dejarlo en el colegio. Mami, te traje el mantel ovalado que estabas buscando, no había amarillo sino uno azul clarito, pero creo que te gustará.

– ¡Ay qué bueno! Los manteles ovalados son difícilísimos de conseguir.....

– ¿Qué?

– Nada, eso, que me alegro que consiguieras el mantel.

Malena conocía muy bien a su mamá y sabía que cuando hacía una pausa, la pausa correspondía a algo que no estaba segura de si debía decir.

– Me pareció que ibas a decir algo.

– Nada..., o bueno, sí. Alfredo Rivero estuvo aquí en estos días. Le dije que no estabas en Caracas. Te dejó un libro y una carta.

– ¿La abriste?

– Pero bueno, ¿cómo se te ocurre que te voy a abrir la carta?

– Mami, no cierras la reja de la calle, voy para allá.

– María Elena, son las once y cuarto de la noche.

A Malena le daba mucho miedo cuando su mamá la llamaba por su nombre completo. Era como si le dijera que ya era una persona mayor.

– No es tan tarde, a esta hora llego en cinco minutos.

– Es un disparate que salgas ahora. ¿Has leído el periódico? ¿Sabes cuántos atracos hubo el fin de semana pasado?

– Espérame porque ya voy –y colgó.

Bajó corriendo las escaleras del sótano del estacionamiento y tuvo que volverlas a subir porque se había olvidado de que no llevaba las llaves del automóvil en la cartera.

No había contado con que Alfredo Rivero apareciera. Después de su encuentro en la cinemateca supuso que él estaba esperando que fuera ella la que llamara. Pero el proceso Alfredo Rivero se había reiniciado, tras una de sus más largas ventilaciones, y ella necesitaba leer la dedicatoria que seguramente había escrito en el libro, y saber cuál era ese libro.

Su mamá la recibió furiosa.

– Éstas no son horas. Es culpa mía, he debido esperar hasta mañana para decírtelo. Yo no sé hasta cuándo Alfredo Rivero va a estar echando vaina.

Su mamá casi nunca decía groserías, ni las más inocentes. El libro estaba envuelto en papel de regalo y Malena lo arrancó de las manos de su madre junto con la carta, y salió corriendo de nuevo.

No puso en marcha el motor sin antes abrir el paquete. Lo hizo en la calle, una vez que se cerró la puerta. El libro era otra vez *Veinte poemas de amor*. Malena barajó en centésimas de segundos el sentido de ese regalo repetido. Quiere decir que volvemos al principio, pensó, que el tiempo no ha pasado, que todo va a ser como antes. ¿Antes de qué? Antes. Abrió el sobre y leyó la nota. Lo único que decía era una dirección en San Antonio de Los Altos. Su nueva dirección, pensó Malena inmediatamente. Buscó en la primera página la dedicatoria. La había pero no era del mismo estilo que las anteriores.

Sé que estás con alguien. No sé si te quiere o si te conviene. Tampoco sé si tú lo quieres y si le convienes. Yo sé que te quiero y no sé si te convengo o si me convienes. Sé también que regresas este domingo. Te estaré esperando esa noche y siempre. Pero si no vienes entenderé que no debo esperarte más.

Alfredo

P.D. Tu hijo me dijo que regresabas en el avión de las cuatro Tu mamá no me quiso decir nada, creo que me sigue odiando. Se parece a ti, traté de enseñarle a jugar trompo pero sólo le gustan los juegos de video.

Alfredo Rivero no contaba con los retrasos de los vuelos. Alfredo Rivero no contaba con la cotidianidad. Para él la vida cotidiana era una cosa y el proceso Malena-Alfredo Rivero era otra. Otra, como un pájaro que sobrevolaba siempre el Pont des Arts.

Malena miró el reloj, era un cuarto para las doce. Calculó cuánto tiempo le tomaría llegar a San Antonio. Al menos cuarenta y cinco minutos. Verificó el contador de la gasolina y estaba casi lleno. Pensó en la posibilidad de irse a su casa, dormir unas horas, y salir en la madrugada. Llamaría temprano a la compañía y diría que no podía ir hasta la tarde. Era lo más lógico. Se dirigió a la Avenida Libertador pero súbitamente cambió de dirección. Esperar hasta la madrugada era demasiado. Ella tenía toda la vida esperando a Alfredo Rivero. Por lo menos toda esta vida, la vida de Malena en el siglo XX, casi XXI.

Inició el ascenso de la carretera que subía la montaña después de salir de la autopista. La garúa se intensificaba y comenzó a llover en serio. El camino se oscurecía y le era difícil seguir el rayado. Trató de concentrarse en las curvas.

El trayecto se le estaba haciendo muy largo, de pronto una señal le indicó que había equivocado la dirección y que iba en sentido contrario. Frenó y se detuvo unos minutos para pensar. No resultaba muy tentadora la idea de preguntarle a alguien, y por otra parte, no había a quien. Eran las doce y media y el tráfico habitual había desaparecido

por completo. Muy de vez en cuando pasaba un automóvil a gran velocidad, de modo que resultaba completamente imposible detenerlo. El monte, a los dos lados de la carretera, le devolvía una soledad hostil. Decidió avanzar aun cuando fuera sin rumbo con el propósito de encontrar alguna casa donde pudiera pararse a preguntar. Más que improbable que alguien le abriera la puerta a estas horas. Malena sintió que era su ángel de la guardia cuando vio el anuncio luminoso de un motel que le hacía guiños en medio de la lluvia y de la noche. Le pareció vagamente recordar que ella había estado en ese motel, no podía precisar si había sido con el propio Alfredo Rivero o con algún breve proceso. En todo caso de eso hacía muchos años. Probablemente era de una época en que sus procesos eran tan jóvenes que no contaban con apartamento propio, o quizá de algún momento en que Alfredo Rivero no tenía vivienda fija. Alfredo Rivero era un especialista en mudanzas.

Decidió parar en el motel, visitado o no. Estacionó el automóvil frente a la entrada y tocó el timbre. Tardaron mucho tiempo en contestar, y finalmente, un hombre con tono de quién-me-va-a-asaltar-esta-noche abrió la puerta. Era un hombre de baja estatura, más joven de lo que quizá parecía, con un suéter de rayas moradas y amarillas y acento colombiano. Cuando vio que era una mujer sola, el pánico lo invadió. No era una pareja de última hora sino una trampa. Detrás de Malena estaban dos hombres armados. Pegó un brinco, cerró la puerta y desde la ventana dio un tiro al aire. Malena quedó estupefacta.

– Yo no estoy armada –le gritó–, estoy sola. Sólo quiero preguntarle una dirección.

El hombre cambió su hipótesis. Una puta. Al dueño del motel no le gustaba que entraran putas solas.

– No se puede entrar mujeres solas.

Malena agarró la seña.

– No soy una puta. Estoy buscando una dirección de una casa en San Antonio. La casa de mi tía, que está muy enferma y me avisaron para que viniera. No hay teléfono en la casa.

Malena no estaba muy segura de si la casa tenía teléfono, pero en ese momento insultó a Alfredo Rivero por no haber tenido la precaución de anotarlo.

El hombre volvió a cambiar la hipótesis. Un control. Detrás de ella se escondía el jíbaro que venía a recoger la droga. Llegaba la policía, él iba preso. Era un indocumentado. El desempleo lo había llevado a este trabajo de mierda. Estaba seguro de que el día menos pensado amanecía con un balazo en la cabeza. Repitió su frase:

– No se puede entrar mujeres solas.

A Malena le pareció percibir un tono de miedo en su voz y le gritó de nuevo:

– Yo no quiero entrar, lo único que quiero es que me diga dónde queda la carretera a San Antonio.

Pero fue inútil. El hombre cerró la ventana y decidió una política de silencio. Debería haber visto más series de *Cagney y Lacey*, pensó Malena, y dio la vuelta. Lo más aconsejable era volver sobre sus pasos y regresar a la autopista.

Logró hacerlo, y cuando se encontraba en el punto inicial, vio una estación de gasolina. Estaba abierta. Había un empleado y dos policías. Malena sacó la cuenta rápidamente y pensó que era demasiado riesgo. Una de la madrugada. Estación de gasolina solitaria. Tres hombres, dos armados. Se vio al día siguiente en el periódico. *Joven ejecutiva violada anoche por unos desconocidos en la autopista panamericana.*

Por más proceso que fuera, Alfredo Rivero no se merecía tanto. Decidió renunciar a su propósito y volver a su plan anterior. Se iría a su casa, y por la mañana temprano, en la clara luz del día, emprendería de nuevo su viaje hacia el fondo del proceso. Pero en ese instante, al girar el volante para tomar la vía de retorno, el cartelito señalando la dirección a San Antonio apareció ante sus ojos. No lo había visto la primera vez. Estaba ladeado, casi tumbado. Martín hubiera de inmediato lanzado una crítica a la alcaldía, pero a Malena no le importó en ese momento la desidia de los poderes públicos ni el incierto destino de los impuestos municipales. Había encontrado la carretera a San Antonio, y era apenas la una y diez de la madrugada. Faltaban varias horas hasta que amaneciera. Varias horas en las que Alfredo Rivero tendría que hacer algo o decir algo. Algo que justificara aquel regalo repetido y aquella frase de, *yo sé que te quiero y no sé si te convengo o si me convienes*. Malena tenía treinta y cinco años, Alfredo Rivero, cuarenta, el proceso había empezado cuando Malena tenía diecinueve y Alfredo Rivero veinticuatro. En el entreacto ella se había casado, se había divorciado, había tenido un hijo, era vicepresidenta de la compañía de seguros más ágil y dinámica del país, tenía un pretendiente dueño de las empresas textiles más avanzadas de Suramérica, un futuro de villa en Santa Caterina, y varios años de soledad irremisible de proceso en proceso. Alfredo Rivero tenía que llegar a una definición concreta del futuro de su proceso, o desaparecer por completo del mismo.

Segura ya de estar en la vía correcta, apretó el acelerador. La lluvia no había cesado pero parecía atenuarse. La carretera continuaba indefinidamente sus curvas, y pensó que le gustaría que comenzara a amanecer. No recordaba que el trayecto fuera tan largo, le parecía un callejón sin salida que se prolongara constantemente, como un pasadizo que

conducía a una caverna que estaba en el centro del mundo. Recordó una lectura de su infancia, un libro de Julio Verne de alguno de sus hermanos, que había leído en alguna tarde aburrida. *Viaje al centro de la tierra*. Se había preguntado si eso era posible, si verdaderamente uno podría llegar hasta el centro mismo de la naranja, algo achatada por los polos y ensanchada en el centro, como le explicaba su maestra de tercer grado. Un recuerdo la llevó a otro. Se vio niña, caminando por un parque de la mano de su padre.

A lo lejos huele a fiera y se escuchan los ronquidos de los tigres y el aullido de los monos. Hay también un carrusel con su musiquita de feria. Gira pero está vacío, no se ven niños subidos en él. Pareciera haber sido abandonado a su propia música. Surge en el parque así, de pronto, Malena piensa que es un cuento de hadas, que nace en el bosque como la casa de *Hansel y Gretel*, como el castillo de *La Bella Durmiente*. Los centímetros que faltan para su futuro tamaño son suficientes para impedir una visión total del parque, una perspectiva general que permita fácilmente ver que el carrusel ha estado siempre ahí y que la música acaba de ser puesta en marcha por un hombre de mono azul que le quita el polvo a los caballos mientras rueda con ellos, de pie, sobre la plataforma. Por unos momentos duda, no sabe si es necesario esperar a otros niños que quieran montarse, pero el hombre de mono azul le invita a subir. Una vez montada sobre el caballo de pasta, de bridas doradas pintadas sobre la crin verde, Malena tiene la impresión de que avanza, de que sigue una línea recta hacia adelante, el camino se alarga entre los árboles y va recorriendo un bosque, subida en el caballo, hasta que la música cesa y lentamente recorta el paso hasta su total detención. Se ve obligada a bajar y es entonces cuando le pide a su padre, cómprame un globo. Sola, con el globo en la mano,

un globo rojo, permanece extasiada ante la jaula de los osos. ¿Eran tan grandes los osos? Probablemente no, pero desde su altura de niña, observa dos enormes osos que, sentados sobre sus gruesas patas traseras, miran hacia arriba y giran constantemente los cuellos. Queda capturada por la visión de los osos. Majestuosos, silenciosos osos marrones que miran al cielo a través de la pequeña rejilla de su jaula. De cuando en cuando se tiran a un estanque de agua sucia y se frotan el pelo o juegan uno con otro, en un abrazo que debe ser terriblemente peligroso. Se sacuden y se lanzan zarpazos amistosos, o se muerden el lomo, rascándose, nadan despacio, sin levantar el agua a pesar de su gran tamaño y rasguñan las rejas cuando los niños se acercan y les ofrecen comida aunque un cartelito lo prohíbe.

Malena se recuerda absorta ante la visión del enorme oso marrón que rítmicamente, en forma incansable, tenaz, hace girar su cuello y mira la luz a través de la rejilla. Cuando oye su nombre llamándola, regresa del ensueño, baja los escalones y mira al cielo, a donde escapa su globo rojo que se le ha ido de las manos mientras contemplaba al oso. Mira al oso, siempre ahí, insensible a ella, mira el cielo donde el globo no es ya sino un punto lejano de color entre las nubes. Duda entre ambas imágenes cuál le gusta más, pues ha comprendido que son sólo las imágenes las que permanecerán. El oso está encerrado detrás de las rejas e intentar su posesión equivaldría a la muerte. El globo se escapa y ya no es visible, pero aun cuando lo hubiera retenido, el gas lentamente se habría vaciado y no flotaría ya por sí mismo en el aire. Es dueña de ambas imágenes, y a la vez, presa de ellas. Duda de si la contemplación del oso valía la pérdida del globo, si la pasión visual que le inspiraba su figura podría consolarla de la falta del globo. Duda de si la posesión codiciosa del globo hubiera compensado la contemplación exhaustiva y

absoluta del oso. Desde ese momento hay una total imposibilidad de alcanzarlo, es un globo para siempre perdido en el espacio, y ningún otro podrá reemplazarlo. El globo se eleva, el oso se esconde en su jaula, ambas imágenes se transponen y Malena abandona el parque de la mano de su padre sin hablar. Ha comprendido que siempre el globo está donde no está el oso y el oso en el espacio que deja el globo.

Pensó en ese momento que rara vez evocaba a su padre. A él le gustaba, cuando su madre le daba ocasión de hablar, contar anécdotas curiosas, de casualidades, de semejanzas extravagantes. Una era de dos amantes que se habían conocido durante la Segunda Guerra Mundial, se habían separado a causa de la guerra y prometido encontrarse un día preciso, en una precisa estación de tren, varios años más adelante. El 4/5/50. Él le envía un telegrama a ella pensando que habla del cinco de abril, porque es norteamericano. Ella es francesa, supone que es el cuatro de mayo. Ambos acuden a la cita pero el equívoco se ha instalado entre ellos. Ambos se amaban, ambos creyeron ser defraudados. ¿Será posible que ocurra un error así?, pensaba Malena que tenía unos catorce años. ¿Será posible que por un estúpido error de interpretación no vuelvan a encontrarse? No recordaba el final de la historia, pero debía haberlo porque si no, ¿cómo hubiera llegado su padre a conocer la anécdota? ¿En qué revista la habría leído? Quizá se habían encontrado en la vejez, cuando ya todo había terminado, y se confesaban su error. Morían en la certeza de haberse amado.

Recordó una ocasión en que Alfredo Rivero estaba ausente y le había prometido venir a verla, pasar unos días con ella. Él debía bajar de alguno de los aviones y ella evocó con pánico la anécdota de los amantes de la Segunda Guerra Mundial. Quizá no era ése el día o la hora en que él debía llegar. Pero sí, efectivamente, descendió del avión, llevaba una

pequeña maleta y miró hacia la sala de espera buscándola. Ambos estaban en el momento correcto. Era tan sencillo. ¿Por qué pensar que podían equivocarse en una cita anunciada? Salieron del aeropuerto abrazados. Dejaron la maleta en una reducida habitación de hotel barato. Pasearon por el borde de la playa, todavía había niños jugando, rezagados, que acudían a las voces que los llamaban. Se sentaron en el muro del malecón y se abrazaron de nuevo. Encontrarse en un mundo donde hay tanta gente siempre parece un milagro. Cualquier encuentro, hasta el más mínimo. Se reconocen, se tocan, se hablan para saber si sus sentimientos no han cambiado, si no los ha afectado la ausencia, pero siguen siendo los mismos. De pronto una fuerte ola salta por encima del malecón, la noche se cierra y ellos quedan allí, detenidos, mojados, heridos.

Los rasgos comunes de Alfredo Rivero se le aparecieron de pronto y tuvo la impresión de que era un extraño, un rostro entre tantos otros, uno cualquiera entre millones, que hubiera venido a recordarle que ella era suya, a reclamarla, a poseerla para siempre. A ejercer un imperio del cual no había más rescate, a no ser que. A no ser que se refugiara en otras posesiones, que se entregara al dominio del tiempo.

El automóvil continúa su ascenso por la carretera, las curvas se cierran, y en uno de los giros las ruedas se deslizan, el vehículo da vueltas sobre sí mismo por varios minutos. Los pies de Malena buscan el freno pero el movimiento no cesa, el pie se hunde en los pedales. El automóvil queda con las ruedas hacia arriba, como un enorme animal

resbalado contra la defensa de la curva, y dentro de él, el cuerpo de Malena, aferrado al volante, abierta la boca y exorbitados los ojos, bajo el pelo ensangrentado.

XII MALENA ANTE LOS SEÑORES DEL DESTINO

– Estoy en desacuerdo con que muera de esa manera –dijo compungido el Primer Señor.

– Ese accidente no tendría por qué haber sucedido. En ese país mantienen muy mal las carreteras –dijo furioso el Segundo Señor.

– No es el momento para morir. Debería tener al menos una oportunidad de arreglar las cosas con ese Alfredo Rivero –dijo muy serio el Tercer Señor.

– También es que a las mujeres se les olvida siempre revisar los frenos –no podía dejar de decir el Quinto Señor.

– Eso era antes. La culpa es nuestra porque la pusimos en demasiadas dificultades – dijo muy responsable el Cuarto Señor.

– ¡Tratemos de evitar que muera! –gritaron al unísono los cinco Señores.

– ¡Rápido! ¡Pulsa el sistema de reconversión temporal! –apremió uno de ellos.

Los Señores del Destino se lanzaron frenéticamente a los botones del tablero de la computadora pero era muy tarde.

– Se nos fue. No hay nada que hacer –exclamaron desolados mientras intentaban retroceder el tiempo y veían en la pantalla del monitor a los de la ambulancia recogiendo el cadáver.

– Bien, creo que hemos llegado al final del archivo. No habrá más remedio que decidir el reclamo –consideró el Primer Señor.

– Sí, ahora tendremos que tomar una decisión.

– ¿Qué tipo de decisión? –consultó suspicaz el Quinto Señor al que había hablado, que era el Tercer Señor.

– No ha tenido mucha suerte –se compadeció el Segundo Señor.

– Deberíamos haber tomado precauciones con este Alfredo Rivero. Yo le he llevado los archivos de varias vidas y no se corrige –se disculpó el Cuarto Señor.

– Creo que Malena merece otra oportunidad –manifestó el Tercer Señor.

– ¿Otra oportunidad? Pero bueno, ¿qué es esto? –protestó el Quinto Señor que la veía venir–. ¿Cuándo se ha visto dar las vidas así como así?

– Antes de decidir nada llamemos a la interesada para que formule su reclamo – propuso el Primer Señor.

Malena fue llamada a comparecer ante los Señores del Destino. Se escucharon tres gongs de la música de las esferas celestes anunciando su entrada.

– Malena, estamos aquí reunidos para escuchar tu reclamo –declaró pomposamente el Primer Señor–. Habla.

– Ya expuse mi reclamo en 1900. Se me prometió entonces que la próxima vida sería de mujer moderna y no considero que haya sido así.

– ¿Y qué es una vida de mujer moderna? –preguntó inocentemente el Segundo Señor.

– Eso lo deben saber ustedes. Yo sólo sé que esta vida ha sido muy parecida a las anteriores, es decir, no ha sido moderna –replicó Malena.

– Malena, te moriste en un accidente de automóvil. A mí me parece bastante moderno –disimuló el Cuarto Señor.

Malena guardó silencio.

– Fuiste una ejecutiva de una empresa de seguros. Y vicepresidenta. ¿Eso no te parece bastante moderno? –le doró la píldora el Primer Señor.

Malena permaneció sin hablar.

– Por otra parte –se alisó los rizos de la barba el Quinto Señor –cuando ocurrió su muerte, usted venía de pasar una semana en una isla del Caribe con un amigo suyo, que no era ni su esposo, ni su prometido.

Malena insistió en su insolente silencio. Y el Quinto Señor dijo a dentelladas:

– Y al parecer, disfrutó mucho de su compañía.

– Malena, no tenemos la culpa de lo ocurrido con Alfredo Rivero. Ya sabes cómo son los hombres, pero tú tuviste una vida sexual moderna –trató de convencerla el Tercer Señor.

– Si lo dice por el uso de anticonceptivos, ya ese cuento no me lo trago.

– Pues ha sido un gran invento –comentó el Primer Señor.

– Yo creo que Malena quiere decir otra cosa, ¿no es así Malena? –volvió a intervenir el Tercer Señor.

– Sí. Considero que ustedes deben incluir en su Consejo Directivo a una Señora del Destino –contestó desafiante Malena.

Los gritos taparon la música de las esferas celestes.

– ¡Una Señora del Destino! Pero, ¡cuándo se ha visto! –se escandalizó el Cuarto Señor.

– ¡Lo vengo advirtiendo! ¡Soy un profeta del desierto! –rió con su malvada risa el Quinto y antifeminista Señor.

– Para tu información, son muchas las mujeres que han dirigido los destinos de un país, te recuerdo a Margaret Thatcher, a Indira Gandhi, a... –comenzó a declamar el Tercer Señor.

– No me interesa nada dirigir los destinos de un país –le cortó Malena –, yo soy una mujer normal y corriente, y lo que quiero decir es que debería haber una mujer entre ustedes para que se dieran cuenta de las vidas que nos mandan. Ustedes convencieron a Giulia Metella de que su destino era ser una buena esposa y una buena madre, y que su poder residiría en ello, y luego que se convirtió en un monstruo, ni siquiera la dejaron defenderse con su propia voz. Ustedes castigaron a Juanita Redondo por ser pobre, por ser impotente, y por no tener un hombre que la protegiera. Ustedes callaron a Isabella Bruni al punto que ni siquiera pudo escribir su archivo y todo lo que se conoce de ella es lo que contó Luca Paccioli. Vaya a saber lo que omitió, aunque por supuesto, no podía dejar de decir que se acostó con ella y que estaba muy rica. Ustedes llevaron a la locura a la Malena del siglo XIX con el asunto de la pasión romántica, y encima la mandaron a psicoanalizar para decirle que era una insatisfecha crónica, una Madame Bovary tropical. De la del siglo XIII no quiero ni hablar, porque aun cuando ustedes no lo leyeron, yo sé que el marido la mató.

Los Señores del Destino escucharon atentamente a Malena porque, entre otras cosas, estaba tan furiosa que hubiera sido imposible detenerla.

– Cállese, señorita Malena –la amonestó bondadosamente el Segundo Señor–. Nosotros no hemos tenido mala intención en su destino. Lo de Alfredo Rivero ha sido, cómo decirle, un accidente. Su familia le advirtió que no era una buena elección, pero usted se emperrió. No vaya a creer que tenemos un oficio sencillo. A veces los humanos

son muy tercos. Y además le mandamos a este caballero, a Martín, para que usted se sacara de la cabeza al otro.

– Eso es lo que reclamo, precisamente. Que hasta cuándo el amor y el sexo van a ser los responsables del destino de las mujeres. ¿Es que no se les ocurre otra cosa? –y se puso a llorar.

– No lo tomes así, Malena. Tenías un trabajo interesante, eras muy competente como ejecutiva de seguros –la consoló el Tercer Señor.

– La vida sin amor es muy triste. Eso dicen los humanos –glosó el Cuarto Señor.

– Y sin sexo muy aburrida –añadió el Primer Señor.

– ¿Sexo? No me venga a hablar de sexo. Ya ve usted el problema que armó Martín cuando le conté mis procesos sexuales.

– Es que no tuviste mucho tacto, permítame que te diga –la regañó cariñosamente el Tercer Señor.

– ¿Saben lo que les digo yo a ustedes? Que son unos hipócritas. La vida de una mujer moderna es tan imposible como las de antes, sólo que con más trabajo.

– Ya va a sacar lo de la doble jornada –escupió el Quinto Señor.

– Sí señor, lo de la doble jornada también.

– Pero, señorita Malena, ¿no cree usted que la humanidad ha avanzado mucho al respecto? –la animó el Segundo Señor.

– Habrá avanzado al respecto pero yo le digo a usted, Señor del Destino, que para saber cómo camina el burro hay que ir montado.

– Malena, si te damos otra vida, ¿quieres cambiar de sexo? –le ofreció benévolo el Tercer Señor–. ¿Es eso lo que deseas?

– No, no quiero cambiar de sexo porque me gusta el que tengo. Quiero tener una vida moderna, eso es lo que quiero.

– Pero es que nosotros no podemos tramitar reclamos así tan inespecíficos –le explicó el Cuarto Señor.

– Quiero una vida en la que no se repita ninguno de los problemas que tuvimos en las anteriores. Ni yo ni las otras mujeres, óigalo bien.

– Sigue siendo muy inespecífico –le volvió a aclarar el Cuarto Señor–. Nosotros estamos abiertos a darle otra oportunidad pero usted tiene que formular un deseo más exacto, más concreto, ¿me entiende?

– Me gustaría nacer en el 2052, ir a Grecia y que no aparezca más Alfredo Rivero. Ah, y pido cambio de país, porque llevo tres vidas en el mismo, y cansa –contestó Malena por último después de pensarlo un rato.

– ¿Puedo preguntarle por qué quiere ir a Grecia? –dijo el Primer Señor.

– Pues ya que me lo pregunta, le diré que estoy segura de que ustedes me escamotearon una de mis vidas en sus archivos esos que leyeron. Y creo que esa vida era en Grecia.

Los Señores del Destino quedaron anonadados.

– Usted está haciendo un juicio muy a la ligera –la sermoneó el Cuarto Señor.

– Aquí los archivos se llevan con mucho rigor, sabes, y no se están escamoteando vidas así como así –recalcó el Tercer Señor.

– Señorita Malena, eso que usted... –iba a decir el Segundo Señor.

– Señora, porque soy divorciada.

– Disculpe, tiene razón, señora Malena, lo que le quiero decir es que...

– No me lo diga –interrumpió Malena– porque ya sé que me va a decir que ser Señor del Destino es muy difícil y que a lo mejor se les ha escapado una vida por error.

El Segundo Señor se quedó muy triste porque eso era lo que iba a decir.

– Usted sabe que nosotros podemos castigar su arrogancia, ¿no? Aquí nadie ha venido a reclamarnos una cosa como ésa –amenazó el Quinto Señor.

– Pues siempre hay una primera vez. Ahora estoy segura de quién fui yo en Grecia –dijo Malena más desafiante todavía–. Yo fui Diótima.

– Vamos a buscar en el archivo y comprobar lo que dice –sugirió iracundo el Primer Señor–, y esperemos que no sea una impertinencia.

Los cinco Señores se arremolinaron junto al monitor y pulsaron todos los archivos habidos y por haber.

– Esta mujer se cree la última cocacola del desierto –murmuró furioso el Cuarto Señor–. Ponernos ahora a buscar en los archivos de antes de Cristo.

– Aquí no aparece nada de esa Diótima. ¿Usted se acuerda de la fecha más o menos? –dijo el Segundo Señor agotado y con la túnica de colores fríos muy arrugada.

– ¡Diótima! –descubrió al fin el Tercer Señor–. ¿La amiga de Platón?

– La misma –contestó contentísima Malena.

– Pero Malena, por favor. Diótima fue un personaje de ficción. Nunca existió –le informó amablemente el Tercer Señor.

– Yo le aseguro a usted que yo fui Diótima. Por eso quiero volver a Grecia, en busca de la cuna del erotismo y la cultura. Cuando estuve en Grecia con Alfredo Rivero me di cuenta de que yo había vivido allí antes.

– Sería otra Diótima –dijo despectivo el Primer Señor–. A lo mejor es un nombre muy corriente.

– Yo lo que sé es que ustedes me han escamoteado una vida y me la tienen que devolver.

– Pero, tú crees, Malena, que en Grecia, hoy en día... –le comenzó a advertir el Tercer Señor.

– En Grecia o en donde sea, pero devuélvanme la vida que me falta –insistió muy tozuda.

Los Señores del Destino le ordenaron a Malena retirarse porque necesitaban quedarse solos para tomar una decisión, y para concentrarse mejor, apagaron la música de las esferas celestes.

– Es una inconforme, como todas –opinó el Quinto Señor–, pero estoy hasta las bolas de este reclamo. Si quiere volver a vivir que viva otra vez.

– Si es una decisión conjunta del Consejo Directivo, no tengo reparos en concederle otra vida –convino el Cuarto Señor.

– A lo mejor es verdad que se nos perdió una vida y la echa en falta –argumentó el Tercer Señor.

– Lo que no está muy claro es cómo quiere ella la próxima –dudó el Segundo Señor–, pero estoy de acuerdo. A mí también me tiene jodido esta señora.

– Por mí que no quede –remató el Primer Señor.

– Sea –prometieron los Señores del Destino.

Llamaron a Malena de nuevo a su presencia y al unísono le anunciaron:

– Volverás a nacer en el 2052.

Cuando el óvulo se descongeló en el conservador de materia genética, un espermatozoide onduló de placer.

– ¿Estoy en Grecia? ¿Es el 2052? –preguntó el óvulo.

– Es el 2052 pero estamos en Venezuela. Y por cierto, ¿dónde estabas tú metida que yo no te conocía? –se insinuó, seductor, el espermatozoide.

– Algo en ti me resulta conocido –emitió el óvulo.

– Adivina de quién es mi programación cromosómica –susurró el espermatozoide, enigmático.

–No me hace falta –concluyó el óvulo–. Siempre he sabido que los Señores del Destino son unos hijos de puta.